

MARIAH EVANS



Un ángel
en la
oscuridad

SERIE NUEVA YORK 5

UN ÁNGEL EN LA OSCURIDAD

—Mariah Evans—

Título: Un ángel en la oscuridad

©Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del autor, la reproducción parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público. La infracción de los derechos mencionados puede ser constituida de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del código penal).

©MariahEvans

Diseño de cubierta: Marien F. Sabaniego

Maquetación: RachelRP

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Contenido

[Prólogo](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[Otros libros de la serie Nueva York](#)

Esta novela está dedicada a Daiana Andrea Codesal. Aunque la distancia nos mantiene separadas, tú en Argentina y yo en España, llevamos más de 10 años en contacto. Gracias por ser mi lectora cero, por todo el apoyo que siempre me has dado, por ser mi amiga, pero sobre todo por hacer de mi ilusión la tuya. Un fuerte abrazo hasta Argentina.

Prólogo

Josh corrió junto al resto del equipo en la oscuridad de la noche, dirección a los todoterrenos. Podían observarse en el cielo algunas estrellas, pero la luna estaba oculta tras unas nubes que comenzaban a divisarse en el horizonte. Había poca luz, simplemente les llegaba el resplandor de unas pocas farolas que habían en la lejanía. Llegó hasta los dos todoterrenos y se apoyó contra uno de ellos con una mano, mientras sus compañeros le rodeaban recuperando también el aliento. Sin duda, era una de las luchas más encarnizadas que habían mantenido. Pero no tenían tiempo que perder. Abrió su todoterreno e introdujo las llaves haciendo contacto.

—¡Nicholas!—gritó—. Las luces solares del todoterreno. ¡Vamos!

Al menos, de aquella forma, estarían protegidos por si algún vampiro conseguía escapar de aquel edificio o aparecía algún hombre lobo.

Las luces se conectaron emitiendo una luz potente y clara. Con aquella luz, cualquier vampiro que se acercase acabaría hecho cenizas, y si lo intentaba algún hombre lobo, se desconcertaría y sería mucho más fácil de matar.

Salió del vehículo y miró al resto de sus compañeros, todos con sus armas en las manos. Se fijó en los nuevos, con los que llevaban poco más de un mes. Eran buenos. Excesivamente buenos, aunque aún les quedaba por aprender, pero estaba seguro que en poco tiempo estarían tan bien formados como ellos mismos.

Se bajó del todoterreno y miró alrededor mientras se quitaba el auricular del oído con el que habían mantenido el contacto los unos con los otros mientras luchaban contra todos los vampiros, cada uno distribuido por las diferentes plantas de aquel alto edificio en construcción.

Miró hacia el edificio. Un edificio que aunque estaba acabado tenía que ser finalizado por dentro. A medio construir.

—¿Habéis encadenado las puertas?

Sean se aproximó a él.

—Ningún vampiro podrá salir de ahí.

—Perfecto—dijo girándose hacia el resto. Contempló uno a uno y entonces vio que algo no encajaba—. ¿Y Nathan?—Se movió nervioso de un lado a otro buscándolo al igual que el resto de sus compañeros. Tragó saliva y miró al frente, hacia el edificio—. Joder—susurró. Se puso el auricular de nuevo y apretó el cuello de su traje negro, preparado y diseñado para luchar contra los vampiros y hombres lobos, y en el cual habían introducido unos pequeños micrófonos por los que comunicarse—. ¡Nathan!—exclamó mientras todos lo miraban algo asustados—. Nathan. ¿Estás ahí? ¡Contéstame!—acabó gritando.

Su mirada voló hacia aquel edificio al que habían cegado cualquier tipo de salida y que explotarían en pocos minutos.

—Joder, Nathan. ¡Contéstame!

Adrien, uno de los nuevos dio un paso hacia él.

—¿Está dentro?—preguntó preocupado—. ¿Quitamos las cadenas y vamos a por él?

Josh lo fulminó con la mirada, pero en ese momento la voz de Nathan le llegó a través del pequeño auricular que había introducido en su oído.

—Dime, Josh.—Nathan tenía la voz grave.

—¿Dónde cojones estás?—gritó apretando aún su cuello para que su voz no le llegase distorsionada.

Nathan esquivó las garras de un vampiro mientras con un movimiento rápido clavaba su daga en su corazón y la extraía. Su otra mano voló a su cinturón donde llevaba su arma. La sacó y apuntó al frente disparando otra racha de balas hacia el vampiro que se dirigía hacia él. Justo antes de que llegase a su lado se convirtió en cenizas.

Echó su brazo hacia atrás mientras disparaba con la otra mano a otro vampiro que se aproximaba por su derecha y lanzó con todas sus fuerzas la daga hacia la derecha acertando a la primera.

Bajó su mano y se movió rápido, al frente, avanzando y cogiendo la daga que había caído entre las cenizas del vampiro al que acababa de matar. Miró al frente y vio que la fiesta no había acabado. ¿Pero cuántos debía haber? Parecía que no se acababan nunca.

Se agachó justo cuando sintió aquella brisa tan característica de los vampiros, justo lo suficiente para esquivar de nuevo sus garras. Echó la pistola hacia atrás mientras sujetaba la otra y disparó tanto para adelante como hacia atrás, evitando que se acercasen a él. En aquel momento escuchó la voz de Josh.

—¡Nathan!—Su tono parecía enfurecido—. Nathan, ¿estás ahí? ¡Contéstame!

Se movió rápido hacia un lateral esquivando a unos cuantos vampiros más, mientras apuntaba con cada brazo hacia un lado y disparaba compulsivamente. Se agachó y rodó por el suelo esquivándolos. Se levantó de un salto y volvió a apuntar un poco más alejado de ellos.

—Joder, Nathan. ¡Contéstame!—volvió a gritar la voz de Josh en su oído.

Dos balas más atravesaron dos corazones diferentes y al momento dejó una de sus pistolas en el cinturón sujetando una de las dagas, se dio media vuelta y atravesó sin previo aviso al vampiro que se había acercado.

Miró hacia los laterales, contemplando aquella habitación ahora vacía, con charcos de sangre en el suelo y cenizas, iluminada por una pequeña bombilla que colgaba del techo. Las paredes

estaban sin pintar. Todo el enorme edificio estaba sin arreglar, sin detalles. Únicamente, las paredes de yeso, unas grandes cristalerías y algunas bombillas colocadas que alumbraban de una forma leve las estancias de lo que serían, en un futuro, las oficinas de algún gran banco o inmobiliaria. Miró al frente y observó la siguiente puerta. Tomó aire y llevó la mano hacia el cuello de su traje.

—Dime, Josh—pronunció con la voz grave después de la lucha.

—¿Dónde cojones estás?

Nathan miró la pistola que sujetaba y con la otra soltó su cuello y la llevó hacia su cinturón de donde colgaba la otra pistola, cargadores y cuatro dagas más. Comenzó a avanzar hacia la siguiente puerta y esta vez adoptó un tono de voz similar al susurro.

—Estoy dentro. Última planta.

Josh tardó un poco en responder, como si estuviese intentando mantener el control.

—Joder—acabó gritando—. ¿Por qué no has hecho lo que he ordenado? ¡He dado la orden de salir del edificio!

—No pienso marcharme de aquí hasta saber si está o no—gruñó mientras llevaba su mano hacia el pomo de la puerta y la hacía girar. Al momento, el alarido de unos vampiros al otro lado de la puerta, llegó de forma estridente.

Nathan no lo pensó mientras con una patada abría la puerta por completo y comenzaba a disparar de un lado a otro.

—¡No es seguro que se encuentre ahí!—respondió la voz de Brad con un grito.

—¡Pero es posible!—Le devolvió el grito, mientras llegaba hasta uno de los vampiros. Clavó su daga y se giró directamente mientras colocaba la pistola en el pecho de otro y disparaba. Tuvo que agacharse de nuevo para esquivar el brazo de otro, pero esta vez lo cogió desde abajo y tiró de él, partiéndoselo. El vampiro emitió un grito y cayó al suelo revolcándose de dolor. Nathan elevó sus piernas y consiguió echar al que se abalanzaba sobre él colocando sus pies en su pecho y echándolo a un lado.

No tuvo ni un segundo de descanso, se impulsó y de un salto se puso firme, en el preciso momento en que otro vampiro se acercaba, clavó su daga en el corazón y elevó su pierna derecha golpeando la mandíbula de otro que se acercaba.

—¡Nathan!—gritaba Josh en su oído—. ¡El edificio va a estallar de un momento a otro! ¡Sal ya!

Cogió la otra pistola, puso un brazo a cada lado y comenzó a correr por la enorme estancia disparando a cada uno de los vampiros que intentaban acercarse. Cuando llegó al final fue hacia la siguiente puerta la cual salió disparada al recibir una patada de él.

—¡No!—gruñó mientras observaba la siguiente habitación, plagada de vampiros. Suspiró, puso los ojos en blanco y al siguiente segundo tuvo que girarse para hacer frente a los pocos vampiros

supervivientes que habían quedado de la anterior habitación.

—¡Joder!—Escuchó el grito Josh—. ¡No va a servir de nada que mueras!

Al momento, la voz de Sean le llegó también a través de su oído. Todos estaban conectados.

—¡Nathan! ¡No podemos detener las bombas! ¡Sal de una vez o vas a saltar por los aires! ¡No creo que esté ahí! ¡Vamos!

Comenzó a disparar hasta que notó que una de sus pistolas ya no tenía balas. Cogió su daga y desapareció de la vista del vampiro apareciendo justo detrás. Pero no clavó su daga, sino que lo impulsó hacia delante con todas las fuerzas posibles derribando a los tres vampiros que venían hacia él.

Aprovechó aquellos segundos para coger un nuevo cargador, añadirlo a su pistola y disparar hacia los tres vampiros que acababan de ponerse firmes.

—¡No!—gritó él, observando a los siguientes vampiros con los que se batiría—. ¡No pienso marcharme sin asegurarme de que no está!

—¡La madre que te...!—Esta vez no supo de quién era aquella voz, pero pudo intuir que sería de uno de los nuevos, seguramente de Christopher.

No pensaba irse de allí sin asegurarse, sin tenerlo totalmente claro, aunque sabía que le costaría la vida seguro. No le importaba morir intentándolo.

Volvió a moverse de forma rápida entre los vampiros, intentando no perder mucho tiempo. Casi no le quedaba. Sabía que faltaban pocos minutos antes de que el edificio saltase por los aires.

Avanzó entre ellos disparando a todo aquel que intentase aproximarse, moviéndose a la mayor velocidad que podía. Divisó la siguiente puerta y fue directa hacia ella. La derribó haciendo que la puerta volase hacia dentro de la estancia, pero no tuvo tiempo de detenerse a observar. Tuvo que agacharse para sortear otras afiladas uñas que amenazaban con separarle la cabeza del resto del cuerpo y clavó la daga en el centro de su corazón.

Seguro que acabaría volando por los aires, pero antes acabaría con unos cuantos vampiros. Disparó a los dos últimos que quedaban de aquella habitación pero tuvo que moverse hacia un lateral, pues de la puerta que acababa de derribar salían tres vampiros más directos a por él.

Uno de ellos casi ni le dio tiempo a salir, pues una bala atravesó su pecho en ese mismo momento.

Se echó a un lado, esquivando a uno de ellos pero tuvo que agacharse de nuevo al encontrarse de frente con el siguiente. Hizo un corte en su pierna con la daga de plata mientras se giraba y disparaba al que notaba que tenía a su espalda. Una vez la bala atravesó el corazón de ese, se giró y apuntó directo al corazón del que tenía detrás, colocando su pistola en su pecho al vampiro al que acababa de cortar en la pierna. Disparó y se apartó a un lado cuando escupió sangre ante de desintegrarse.

No tenía tiempo de entretenerse, corrió hacia la puerta y al momento notó cómo algo golpeaba

su pecho. Se vio impulsado varios metros hacia atrás. Un vampiro le impedía la entrada en aquella habitación, colocando una mano a cada lado, cubriendo totalmente la entrada.

Nathan se incorporó de inmediato, mientras el vampiro ladeaba su rostro hacia él con una sonrisa perversa, como si se sintiese orgulloso de haberlo cogido por sorpresa y haberlo empujado varios metros lejos de él. Nathan ladeó su rostro hacia él, imitándolo, y arqueó una ceja.

Con un movimiento rápido le apuntó con el arma y disparó. Al momento, el vampiro se convirtió en cenizas, pero pudo observar su mirada sorprendida justo antes de caer arrodillado al suelo y comenzar a desintegrarse.

Nathan corrió hacia aquella sala. Era igual que el resto, las paredes sin pintar, alumbradas por pequeñas bombillas que aparecían bajo un tubo negro y dotando a aquellas habitaciones de muy poca luz. Todas ellas con grandes cristalerías desde donde podía verse la calle y la ciudad.

Entró y observó de un lado a otro, hasta que su mirada coincidió con el de ella. Se encontraba de pie, en la esquina más alejada de aquella enorme estancia, mirándolo asombrada. Él no se hizo esperar, avanzó hasta ella de forma rápida y se fundió en un abrazo.

—Nathan—gimió abrazándose, mientras temblaba y lloraba en su hombro.

Él pasó su mano por su cabello negro y lo besó mientras suspiraba.

—Tranquila. Estoy aquí—dijo apretándola contra él.

Notó cómo su corazón se disparaba al volver a tenerla entre sus brazos, al ver que aún estaba viva y no había sufrido daño alguno. Sabía que era una mujer muy importante para los vampiros, pero no sabía a ciencia cierta si la encontraría con vida. La estrechó más fuerte contra él, saboreando aquellos segundos, notando cómo el cuerpo de ella comenzaba a agitarse por las lágrimas que vertía.

Al momento, la voz de Ryan inundó su oído, aunque no hablaba con él.

—La tiene.—Escuchó que gritaba.

Esta vez pudo escuchar e identificar la voz de Josh.

—¡Sácala de ahí!—gritó con urgencia—. ¡Vamos! ¡Salid de ahí! ¡Va a explotar de un momento a otro! ¡Tienes dos minutos!

Nathan se separó un segundo de ella y la observó con convicción.

—¡Vamos!—exclamó cogiéndola de la mano—. ¡Hay que salir!

Corrieron hacia la puerta, pero nada más atravesarla, cinco vampiros aparecieron en la siguiente habitación. Ella tiró de su mano, asustada.

—Mierda—gritó Nathan mientras apretaba más su mano y con la otra apuntaba a los vampiros, los cuales le miraban paralizado—. No te separes de mí.

Comenzó a correr con ella cogida de la mano, sabía que tenían que salir de allí en pocos minutos o acabarían muertos. Su vida y la de ella, en esos momentos, tenían una cuenta atrás.

Debían llegar hasta las escaleras y bajar hasta la última planta. Sabía que sus amigos le abrirían las puertas de acceso a aquellos pisos, que ahora permanecían cerradas por grandes cadenas de plata, eliminando cualquier posibilidad de escapar para los vampiros. Pero ellos estaban dentro.

Cuando uno de los vampiros se interpuso en su camino, Nathan se tiró al suelo, aun manteniendo la mano de ella y se deslizaron por él, resbalando. Escuchó el grito de sorpresa de ella.

En un determinado momento soltó su mano y pasó entre las piernas del vampiro que les cortaba el paso. Se puso en pie de un salto y clavó la daga en la espalda de este, desintegrándose al momento.

Con la pistola disparó a los otros dos que se acercaban, pero el grito de ella le hizo girarse. Se encontraba de rodillas en el suelo, tal y como la había dejado, y otro de los vampiros se había colocado a su lado y se inclinaba para cogerla.

Nathan se movió rápido, se agachó en el suelo deslizándose hacia ella flexionando sus rodillas y la apartó de su lado con un leve empujón colocándola tras su espalda y situándose él, en la posición que estaba ella.

—¡Un minuto! —Escuchó la voz de Josh.

Cogió el brazo de él partiéndolo, colocó la pistola en su pecho mientras el vampiro gritaba dolorido y apretó el gatillo.

Cuando el vampiro comenzó a desintegrarse notó cómo ella cogía de su cinturón la pistola que llevaba y disparaba a otro vampiro, el cual se desintegró al momento. Nathan echó su brazo hacia atrás y arrojó con todas sus fuerzas la daga al último que quedaba en aquella estancia.

Se giró hacia ella y la observó. Era la mujer más hermosa que había visto.

—Buena chica—susurró mientras la cogía de la mano. Ella le sonrió, aun así, su rostro estaba pálido por el miedo.

La puso en pie y esta vez la cogió de la cintura deslizándose los dos de forma rápida hasta la siguiente habitación, donde sabía que al cruzarla hallaría las escaleras que les permitirían bajar de aquella novena planta.

Se desplazó hacia la siguiente y se detuvo mientras notaba la respiración agitada de ella en su oído.

—¡Medio minuto, Nathan! —gritó Sean.

Más vampiros les cortaban el paso.

—No, no, no...—exclamó soltándola al momento.

Aquello se ponía más difícil cada vez. Sabía que no le dejarían llevársela, que ella era como un talismán para los vampiros, pero también para él y toda la división.

Observó a los diez vampiros que los esperaban y miró hacia la puerta de salida abierta, por

donde parecían que entraban algunos más.

No podían entretenerse o acabarían muertos cuando todo el edificio se hundiese. Debía salir de allí, de inmediato. Debían quedar pocos segundos.

Observó cómo ella apuntaba con su arma al primer vampiro y este se desintegraba, pero no había tiempo de luchar. Debían salir de allí.

Observó que ella apuntaba a otro vampiro y disparaba, pero si se entretenían así no saldrían con vida. Obviamente, ella no sabía que al final los dispositivos de las bombas se habían conectado y la marcha atrás, iniciada.

La cogió del brazo, atrayéndola hacia él, y la rodeó con sus brazos. Al momento comenzó a desplazarse de forma rápida entre los vampiros, esquivando sus brazos y garras y sin detenerse a luchar con ellos.

Colocó una mano en la cabeza de ella y le hizo agacharse para esquivar las uñas afiladas, escuchó de nuevo cómo gritaba, pero no tenía tiempo a detenerse para tranquilizarla.

Estuvieron a punto de llegar a la siguiente habitación, sorteando con movimientos extremadamente rápidos, mucho más rápidos que los vampiros, hasta que un par de ellos se interpusieron en su camino y les hizo perder el equilibrio.

Cayeron al suelo justo para ver cómo se abalanzaban sobre ellos. Nathan rodó cogiéndola y haciéndola girar por el suelo, mientras con el arma disparaba a uno de ellos.

Cuando se distanció, se puso en pie. Pero otro se había aproximado, y de nuevo intentaban arrebatársela. La cogió de la mano tirando de ella para que se pusiese en pie y esquivó las garras del vampiro mientras con la otra apuntaba al corazón y apretaba el gatillo.

Ella miró de un lado a otro nerviosa, con su rostro pálido y sus ojos azules muy abiertos.

—Nathan—gritó señalando hacia la puerta por donde pretendían salir.

Entraban los vampiros en fila. Por Dios, ¿de dónde salían tantos?

Nathan la colocó detrás de él, protegiéndola, mientras cogía con una mano el arma y con otra la daga y fue dando pasos hacia atrás, empujándola a ella hacia aquella enorme cristalera e intentando poner la mayor distancia entre ella y los vampiros, sabía que a la menor oportunidad se la arrebatarían, y no estaba dispuesto a pasar por ello de nuevo. Ahora la tenía, y aunque le costase la vida la pondría a salvo. No dudaría en dar su vida por ella. Ya no solo por lo que sentía, sino por todo lo que representaba.

Cuando ella tocó el cristal con la espalda se situó a su lado, apuntando también con el arma, pero los vampiros los tenían totalmente rodeados. Le iba a ser demasiado difícil escapar. La contempló durante un segundo. Permanecía con los brazos hacia delante apuntando con el arma de un lado a otro, aunque su pulso temblaba.

Nathan miró hacia delante, sabía que comenzarían a atacar de un momento a otro. Cogió con más fuerza su daga, dispuesto a comenzar la batalla pero en ese momento lo notó.

Una sacudida en el edificio que precedió a un gran estallido. Notó cómo el suelo de aquella planta se elevaba un segundo y posteriormente la fuerza de la explosión los echaba al suelo, haciendo volar parte de algunas paredes.

Nathan se encontraba tirado en el suelo mientras los vampiros gritaban al ser conscientes de lo que ocurría. Los pilares maestros de aquel edificio estaban siendo bombardeados, era cuestión de segundos que el edificio se desmoronase arrastrándolos a todos.

Miró hacia delante y contempló que ella estaba tumbada a su lado, mirándolo con ojos llorosos. No pudo evitarlo y cogió su mano, apretándola.

—Sam—susurró.

Ella le devolvió el apretón justo antes de sentir cómo el edificio cedía arrastrándolos a todos hacia el infinito y una intensa luz blanca lo inundaba todo.

1

Tres semanas antes

Samantha Murray miró por la ventana del taxi en el que se encontraba desde hacía casi una hora. Había llegado al aeropuerto de New York sobre las cuatro de la tarde. Por suerte, no había tardado mucho en conseguir un taxi. El frío era impresionante. Aún quedaba nieve sobre las aceras.

Estaba asustada. Era la primera vez que haría las prácticas del Pentágono, que tendría que enfrentarse a vampiros, hombres lobos... y no sabía cómo reaccionaría. Pero eso no era lo peor. Lo peor eran sus nuevos compañeros.

En el pentágono había hecho grandes amigas con las que había pasado aquellos últimos años. Ahora se sentía sola. Confiaba en que fuesen buenos compañeros, que la trataran bien, pero que la enviaran a un grupo de lucha no le daba buena señal. Sabía por experiencia que los grupos de lucha estaban formados exclusivamente por hombres. Eso la asustaba. Encontrarse sola entre ellos no era su fuerte.

Volvió a mirar a través de la ventana mientras se apartaba su mechón de cabello oscuro de sus ojos azul claro y suspiró.

Había descubierto sus poderes hacía cuatro años, con veinticuatro. Los recuerdos de aquellos momentos hicieron que la piel se le erizase y los ojos se le pusiesen llorosos.

No le gustaban aquellos recuerdos. Había tenido pesadillas frecuentes con aquel momento durante los últimos años. Las paredes llenas de sangre, los gritos de sus padres.

Su vida había sido una auténtica pesadilla hasta que conoció a Nicholas. Él la había ayudado, le había llevado al Pentágono donde había aprendido a controlar, más o menos, sus poderes. Y ahora, él era el que le había sugerido las prácticas en un equipo de lucha.

Al menos lo conocía a él y parte de su equipo. Pero la llevaban a New York, al distrito de Brooklyn. Por lo visto eran numerosos los ataques de vampiros y hombres lobos en aquella zona, por eso mismo habían sugerido que una persona con sus poderes fuese con ellos.

Sabía que sus poderes eran extraños, que existía poca gente con aquella habilidad. Solo cuatro chicas en la historia del Pentágono. Al principio le habían asustado, pero después de varios años había logrado superarlo, y aunque no los controlaba del todo y se agotaba, había aprendido a despertar aquella fuerza que residía en su interior.

El taxi giró la esquina y entró en un polígono industrial.

Ya le habían avisado dónde residían, pero no esperaba que fuese tan deprimente la zona.

Suspiró y comenzó a abrocharse su abrigo blanco mientras se ponía los guantes. Notó cómo su corazón se aceleraba mientras el taxi comenzaba a frenar ante la puerta de una nave industrial.

—¿Seguro que es aquí, señorita?—preguntó el taxista girándose un segundo hacia ella.

Ella observó la gran nave industrial a su lado izquierdo y sonrió de forma amable al taxista.

—Sí, es aquí—susurró entregándole unos cuantos dólares—. Puede quedarse con el cambio.

Bajó del vehículo colocándose el abrigo y el taxista abrió el maletero depositando una enorme maleta en el suelo. Samantha la cogió al momento. Era una maleta de tela, lo que menos necesitaba era que se mojase la ropa que había dentro con la acera encharcada de nieve. Pesaba demasiado, así que la cogió con las dos manos mientras notaba cómo sus músculos se ponían en tensión.

El taxista la miró.

—Bienvenida a New York.—Sonrió antes de introducirse en el taxi y arrancar.

Samantha lo observó hasta que se perdió de vista tras una esquina. Dio unos cuantos pasos, a trompicones, hasta que llegó al portal de la nave industrial y dejó con un fuerte golpe la maleta.

Lo primero que hizo fue mirarse las manos, protegidas por los guantes, pero estiró varias veces los dedos haciendo que la sangre comenzase a fluir por ellos. Dichosa maleta. No tendría que haber traído tanta ropa.

Llevó la mano a su bolsillo y miró el papel donde se había apuntado la dirección. Comprobó el número y vio que era la dirección correcta.

Se guardó de nuevo el papel en el bolsillo y suspiró. Notaba cómo su cuerpo temblaba, su corazón latía fuerte. Estaba realmente nerviosa por ver al nuevo equipo con el que entrenaría. Tragó saliva y haciendo todo el acopio de valor del que pudo, llamó al timbre mientras se frotaba las manos por el frío.

Dio unos cuantos botes haciendo que sus pies entrasen en calor mientras observaba la puerta de la nave y se pasaba las manos por los brazos.

Inclinó una ceja hacia la puerta y volvió a llamar al timbre ¿Porqué no abría nadie?

Resopló y se separó de la puerta para observar. Había unas cuantas ventanas aunque estaban cerradas.

Estaba claro que ahí no había nadie. ¿Pero dónde estarían?

Sin poder evitarlo llevó su mirada hacia la puerta que había varios metros más adelante. La vivienda del antiguo equipo. Los que estaban al cargo de la operación según el Pentágono. Miró su maleta. Pesaba demasiado como para llevarla hasta allí sin acabar gimiendo.

Avanzó los metros que la separaban hasta el nuevo portal y llamó al timbre observando su maleta.

Volvió a frotarse las manos y dar pequeños saltitos mientras no perdía de vista su equipaje.

—¿Sí?—contestó al interfono la voz grave de un hombre.

—Hola, soy Samantha Murray. Estoy buscando a Nicholas—respondió algo tímida.

Al momento escuchó una especie de rumor, como si aquella persona conversase con otras y la puerta cedió al momento.

¿Y qué debía hacer ella? ¿Debía entrar? Tenía que ir a coger la maleta.

Sin previo aviso la puerta se abrió del todo y un enorme hombre apareció sonriente ante ella. Aunque la observó de arriba abajo, sorprendido.

Samantha se apartó un poco de la puerta intimidada, quitándose los cabellos de su rostro que volaban de un lado a otro por la corriente de aire.

—¿Sam?—preguntó arqueando una ceja hacia ella.

Ella sonrió tímidamente.

—Sí, suelen llamarme así—susurró.

Finalmente el muchacho sonrió y tendió una mano amable hacia ella en actitud divertida, como sino creyese que fuese una mujer.

—Soy Josh Gallager. Jefe de la división.—Le explicó.

—Ah, sí—respondió sorprendida.

—Estábamos esperándote. Vamos, pasa—sonrió—. Fuera te vas a helar.

Ella lo miró tímida y miró de reojo la maleta.

—Tengo que coger mi equipaje—pronunció mientras comenzaba a distanciarse de él a paso acelerado hacia el otro portal. Nada más cogerlo con las dos manos, Josh se encontraba a su lado quitandoselo—. No hace falta—dijo, mientras él la miraba entre divertido y sorprendido.

Lo que menos quería era aparentar debilidad delante del jefe de la división ala que le habían encomendado.

—No tiene importancia.—Cogió la maleta y caminó hacia la puerta que había dejado abierta.

Ella se colocó a su lado y lo miró de reojo.

—Pensaba que me tenía que instalar en la otra nave —le dijo mientras Josh le señalaba con un movimiento de su brazo que entrase.

—Sí, te instalarás en la otra nave. Pero estamos todos aquí, ahora.—Cerró la puerta y le sonrió. La observó de nuevo. Permanecía con su cuello algo agachado. Como si estuviese nerviosa y muy tímida. Colocó una mano sobre su hombro y le sonrió—. Vamos, te presentaré al resto de tus compañeros.

Subieron hasta la primera planta por las escaleras. Menos mal que Josh se encargaba de la maleta. Ella no hubiese podido subirla.

Abrió la puerta y la depositó en un lateral del pasillo.

—Luego te la llevaré—comentó de forma amable, puso una mano en su espalda y comenzó a empujarla hacia el comedor, de donde venían todas las voces.

Samantha tragó saliva mientras notaba cómo Josh ejercía cierta presión en su espalda, animándola a avanzar hacia delante. ¿Tanto se le notaba que estaba nerviosa?

Se detuvo al lado de él. El resto de personas que rondaban por aquel enorme comedor no parecían prestarle atención, pero ella no pudo evitar sonreír cuando observó que entre todas aquellas personas había dos chicas. ¿Dos chicas?

Se quedó algo confusa, no le habían notificado que en aquella división hubiese mujeres. Aquello, sin duda, mejoraba, lo que más iba a extrañar era el apoyo femenino, el no poder charlar con una chica con sinceridad.

Miró de reojo a Josh, con una extraña sonrisa en sus labios.

—¿Hay mujeres en la división?

Él le sonrió. Parecía que aquello había mejorado su humor. La comprendía en cierto modo. Había sido toda una sorpresa descubrir que Sam, era en realidad Samantha, desde luego cuando pillase por banda a Nicholas se iba a enterar. Ella debía sentirse indefensa, sobre todo cuando la mandaban a trabajar con diez hombres. No era de extrañar que buscase algo de apoyo femenino.

—No pertenecen a la división.—Señaló hacia una chica—. Ella es mi novia. Bueno, mi prometida, Sarah.—Le sonrió abiertamente—. La otra chica se llama Lucy, es la novia de Brad.—Contempló hacia sus compañeros que aún no habían reparado en él—. Hay dos chicas más, Evelyn y Elisabeth, pero ahora no están aquí, están en la universidad. Luego las conocerás. Te llevarás bien con ellas. —Apretó un poco su hombro intentando darle algo de valor—. Este es mi grupo. Tus compañeros de vivienda están arriba en el gimnasio.

Ella aceptó con una leve sonrisa.

—Bien, chicos... chicos...—Alzó un poco la voz, lo cual hizo que Samantha diese un bote a su lado—. Eh, ¡chicos!—volvió a gritar. Al momento, todos se giraron y lo miraron sorprendidos, pero las miradas volaron hacia la chica que miraba hacia abajo, en actitud tímida—. Al fin. Esto parece un patio de guardería—bromeó. Volvió a colocar la mano sobre el hombro de Samantha—. Ella es Samantha. —Todos la miraron confundidos y luego se miraron entre ellos sin comprender. Josh sonrió más abiertamente, como si estuviese disfrutando del desconcierto de sus compañeros—. Es Sam, la nueva chica de prácticas enviada por el Pentágono.—Acabó sonriendo abiertamente.

Todos se quedaron mirándola fijamente. Oh, cómo disfrutaba de aquellos momentos, los momentos en que veía las caras de asombro de todos sus compañeros.

Cinco hombres, a cuál de ellos más altos y musculosos, la miraban sorprendidos. Al momento comenzaron a enviarse miradas de soslayos entre ellos.

Josh la hizo avanzar un poco más.

—Bien, Samantha, este es Brad, Ryan, Sean, Nathan y Jason. Y como te he dicho antes, ellas son Sarah y Lucy.

Ella los observó uno a uno, aún mantenían los ojos muy abiertos hacia ella, en actitud confusa. Ella se encogió de hombros.

—Bueno, mis amigos me llaman Sam—susurró de forma tímida al ver que nadie decía nada.

Finalmente, uno de ellos se acercó en actitud sonriente. Creía que había dicho que se llamaba Brad.

—Bien, encantado—dijo estrechándole la mano—. Estamos encantados de que hayas llegado—continuó de forma amable—. El Pentágono nos había dicho que llegarías esta semana, pero no sabíamos el día.

—Ya.

—¡Bien!—dijo Ryan también acercándose—. ¡Pues ya estamos todos al fin! —Le estrechó la mano también.

El resto del equipo se acercaron una vez parecieron salir de su asombro.

—Soy Sean.

—Nathan—pronunció en un tono más serio, aún con la mirada confundida.

—Jason.

Cada uno estrechó su mano. Bueno, al menos parecía que eran agradables.

Se quedaron mirando todos de nuevo hasta que finalmente Samantha se giró hacia el jefe de aquella división.

—Perdona, pero ¿y Nicholas?

—Oh, sí—pronunció como si no lo recordase—. Voy a avisarlo—dijo mientras se alejaba—. En vuestra nave aún no tenéis gimnasio así que aprovecháis este. Ahora vengo—pronunció, abriendo una puerta y desapareciendo tras ella.

Samantha se giró y observó que todos la miraban con una sonrisa, como si fuese la nueva muñeca o juguete de aquel equipo.

—¡Hola!—exclamó una de las chicas, desde detrás de la barra de la cocina. Todos se giraron para observarla—. ¿Quieres tomar algo? Fuera hace mucho frío. Estamos preparando café.

Ella volvió a mirar a sus nuevos compañeros y aceptó mientras comenzaba a quitarse el abrigo.

—Trae—dijo Sean cogiéndoselo y dejándolo encima del sofá.

—Gracias.

Avanzó hasta la barra y Sarah se acercó para darle dos besos, igual que Lucy.

—Hace mucho frío fuera, ¿no?—preguntó sonriente mientras le acercaba un vaso y lo llenaba de café.

—Sí, bastante.

Al momento, Nathan le acercó un taburete para que se sentase.

—Gracias.

Él le respondió con otra sonrisa y fue en busca de otro taburete.

—¿El viaje ha ido bien?—preguntó Lucy mientras le pasaba el azúcar.

Ella cogió el vaso y antes de echar el azúcar lo estrechó entre sus manos para calentarlas.

—He dormido bastante—acabó diciendo al observar que todos se sentaban alrededor.

Lucy y Sarah la miraban sin cesar, pero al menos parecían sonrientes y agradables. Cogió la cucharilla y se echó unas cuantas de azúcar.

Sarah se apoyó contra la barra, con una mirada que se había vuelto algo instigadora.

—¿Tú también luchas?

Ella le miró impresionada y después miró alrededor, observando a sus nuevos compañeros. Todos la observaban con una especie de diversión en los ojos.

—No, no—susurró rápidamente—. Yo...

—¿Telequinesia?—preguntó Lucy rápidamente.

Ryan chasqueó la lengua al momento. Lo que menos necesitaba es que se descubriese que su novia, Evelyn, era telequinésica y vidente. De momento, lo habían logrado esconder, no quería que Evelyn tuviese que marcharse al Pentágono.

—No—sonrió—. Soy... soy un potenciador—acabó susurrando.

En ese momento hubo un gran silencio, mientras Lucy y Sarah seguían sonriendo como sino entendiesen nada. Aunque pudieron detectar que ellos se miraban incrédulos entre sí.

—¿Un potenciador?—preguntó Sean—. ¿En serio? Hay muy pocas mujeres con ese poder. Creo que unas tres.

—Cuatro—respondió algo cohibida.

—Caray—intervino Brad—. ¿Y lo llevas bien?

Lucy levantó su mano como si quisiera preguntar.

—¿Qué hace un potenciador?

Ryan se acercó adoptando una postura algo tirante, apoyándose contra la barra.

—Capta los poderes y los amplía—Le explicó—. También pueden crear un campo electromagnético de protección.

—Vaya, no me he enterado de nada.—Rio Sarah. Luego miró hacia Samantha—. Seguro que tú lo explicas mejor.

Samanta dio un sorbo a su café.

—Bueno.—Se encogió de hombros—. Sé captar los poderes y puedo ampliarlos.

—Es como un receptor—intervino Sean—. Ella detecta el poder, lo canaliza y lo devuelve ampliado. Así que con ella cerca podremos movernos más rápido, tener más fuerza y sanar antes.

Sarah y Lucy la miraron asombrada.

—Caray.

—Además—continuó Sean—, la mayoría de potenciadores pueden crear un campo electromagnético para protegerse.

—En realidad eso es lo más difícil—dijo sincera mirando su café—. Me cuesta bastante.

Nathan la miró situado al lado y le sonrió.

—Poco a poco.—Samantha le devolvió la sonrisa. En realidad era un chico realmente atractivo. Su cabello castaño oscuro caía en algunos mechones sobre su frente. Sus ojos de un color marrón verdoso aún brillaban como si estuviese divirtiéndose.

—¿Y dices que puedes captar los poderes?—pronunció Lucy, nerviosa.

Samantha apartó la mirada de él y aceptó más sonriente al ver que ellas le daban conversación.

—Sí. En ellos capto la fuerza, velocidad, que sanan rápido...

—Disculpad—comentó Ryan algo nervioso—. Tengo que hacer una llamada—dijo sacándose el móvil del bolsillo, ante la atenta mirada de todos.

Sabían lo que ocurría. Si Evelyn se acercaba a aquella chica podría captar su poder, su telequinesia y videncia. Ella acabaría en el Pentágono y a ellos le abrirían un expediente seguramente. Debían intentar mantenerla alejada de allí.

Resopló y se dirigió fuera del comedor, a la entrada al pasillo, mientras los observaba a lo lejos y buscaba el móvil de su novia en la agenda.

Al menos aquella muchacha dormiría en la otra nave.

Se llevó el teléfono al oído mientras abría la puerta de su habitación y entraba. Al tercer tono, Evelyn descolgó al otro lado de la línea.

—¡Hola!—exclamó alegre—. El profesor Donovan sigue sin aparecer por aquí—susurró como si ese fuese el motivo por el que él le llamaba—. No sé, quizás podría preguntar al resto de profesores si lo han visto o saben algo de él...

—Cariño, hay un problema...

—Eli, Eli...—Le cortó como si no le escuchase—. Pídeme un café a mí también.

Pudo escuchar la voz de Eli por el teléfono.

—¿Descafeinado?

—No. Esta clase me ha dejado medio dormida.

—¡Evelyn!—Alzó Ryan un poco el tono para que le escuchase.

—Ehhhh... ¿qué pasa?—protestó al escuchar su tono.

—Tenemos problemas.

—¿Qué problemas?—Esta vez su tono de voz sonó más preocupado.

Ryan se paseó nervioso por la habitación.

—Ha llegado Sam, de prácticas, ¿recuerdas?

—Sí, claro.

—Pues en realidad es Samantha.

—Oh, ¿no me digas? ¿Una chica?—Su voz sonó divertida, como si aquello le agradase—. ¿Y ella también lucha? Debe tener una espalda que no veas, ¿no?

—Evelyn, Evelyn... cállate un segundo, por favor. No lucha, es un potenciador.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Un potencia... qué?

—Un potenciador—le dijo con urgencia.

—¿Y eso qué es?

—Puede captar nuestros poderes y ampliarlos. Y obviamente si apareces por aquí...

—Ohhh... joder—acabó susurrando—. ¿Me pillaría?

—Supongo que sí.

—Joder, joder, joder...

—Eh, no duermes aquí, se instala en la nave industrial de al lado.—Tragó saliva y se pasó la mano por el cabello revolviéndoselo—. Pero no aparezcas por aquí hasta que te avise. Lo que menos necesitamos es que nos abran un expediente a todos.

—Oh...—gimió—. Esto es culpa mía.

—No, no.—Le cortó—. No tiene por qué pasar nada. Tú simplemente no vengas de momento, luego te aviso.

—De acuerdo. Pero acabo a las seis de la tarde las clases.

—Jason o yo iremos a buscaros. Pero hasta que no te avise, ni se te ocurra aparecer por aquí.

—De acuerdo.—Dicho esto colgó el teléfono, nervioso.

Lo que le faltaba. Resopló de nuevo y estuvo a punto de pegar un grito. Ya no era solo por Evelyn y por él, sino porque podía arrastrar a todo el equipo si lo descubrían.

Paseó nervioso por la habitación hasta que escuchó la voz de Josh y el equipo nuevo bajando por las escaleras.

Abrió la puerta y fue hacia Josh con gesto molesto, lo cogió del brazo, sin previo aviso, ante la atenta mirada del resto, y lo introdujo en su habitación.

—Josh. Tenemos un problema—comentó nervioso.

—Lo sé. Samantha es un potenciador. Me lo acaba de decir Nicholas.—Luego hizo un gesto gracioso—. Después de que le comentase sorprendido que era una mujer.

Samantha sonrió y afirmó mientras acababa de tomar el café que le habían servido. Las chicas eran agradables, confiaba en poder hacerse amiga de ellas y hacer su estancia más agradable. Los chicos también parecían simpáticos e incluso divertidos. En ese momento, estaba bastante más tranquila que cuando había llamado al timbre.

—Sí, normalmente las prácticas son sobre un mes y medio o dos. —Se encogió de hombros.

Sarah aplaudió como si aquello le alegrase.

—Perfecto, ¿estarás para la boda?—pronunció emocionada.

—¿Qué boda?

Nathan se levantó y fue hacia la nevera, abriéndola.

—Josh y Sarah se casan—Le explicó. Luego puso los ojos en blanco hacia ella, lo cual le hizo sonreír.

—Sí, la semana que viene.—Esta vez fue Lucy la que aplaudió—. Así que si formas parte de esta división, estás invitada.

Ella la miró sorprendido.

—¿Me invitas a la boda?

—Todos irán—Le respondió alegre—. Tú también.

—Ah, bueno...—La verdad es que no sabía qué decir. No la conocía de hacía más de quince minutos y ya la había invitado a la boda. De todas formas estaba agradecida porque lo hiciese, se sentía parte de aquel grupo—. Me encantaría. Muchas gracias—susurró, mientras notaba cómo sus mejillas se ponían coloradas.

—¡Perfecto!

Al momento, unos pasos rápidos le hicieron girarse en el taburete.

—¿Sam?

Nicholas caminaba hacia ella con los brazos extendidos. Su cabello negro y sus ojos grises la miraban ilusionado. La acogió entre sus brazos y la estrechó.

—Nicholas—susurró junto a su pecho—. Te he echado de menos.

Él pasó su mano por su cabello, acariciándolo. Todos se miraron algo confundidos por aquella muestra de cariño.

—Yo también.—Acabó separándose de ella.

—¿Por qué no me has llamado durante este último año?—protestó ella cruzándose de brazos.

—He estado muy ocupado. ¿Tú sabes la que se ha liado? Entre vampiros, hombres lobos... joder, no he parado un segundo.

—¿Ni siquiera una llamada? ¿Un mensaje?—continuó ella.

Él volvió a acercarse y abrazarla.

—Lo siento. No lo volveré a hacer.

Ella le miró un poco enfadada pero con gesto gracioso, colocó una mano en su pecho.

—Más te vale, o no incrementaré tus poderes—bromeó.

Chasqueó la lengua y luego se giró hacia Josh y Ryan que entraban por la puerta con cara de pocos amigos.

—Pues ya tenemos aquí a Sam. Menuda sorpresa, ¿eh?—continuó hacia su reciente jefe en actitud bromista, colocando su brazo sobre los hombros de ella y acercándola a él.

Josh meneó su rostro algo contrariado mientras miraba a Ryan de reojo.

—Sí—dijo chocando las manos—. Ha sido sorprendente que nos hicieses creer durante esta última semana que Sam era un hombre.—Notó cómo ella lo miraba de reojo y al momento salió de debajo del brazo de Nicholas—. Pero aún es más increíble que nos ocultases que era un

potenciador—acabó, como si bromease.

Sam enarcó una ceja hacia él mientras reía.

—Vamos, ni que no me conocieses ya, Sam.—Nicholas miró de reajo a Samantha como si aquello lo explicase todo.

Ella resopló y aceptó. Realmente no le sorprendía. Había sido uno de sus mejores amigos, su apoyo durante aquellos duros años. Conocía su carácter. Sabía que era un bromista empedernido y sabía ganarse la confianza de la gente de forma rápida.

Sarah se acercó a Josh y se cogió a su brazo, pues le parecía que estaba algo tenso.

—He invitado a Samantha a la boda—dijo sonriente—. Como va a estar aquí y ahora forma parte del equipo...—Pero al momento recibió una mirada de desaprobación por parte de Josh y Ryan. Por suerte, Sam aún seguía mirando de reajo a Nicholas—. Si... si... te parece bien, cariño—acabó diciendo confusa.

—Claro que me parece bien, tesoro—dijo alzando la voz para que todos le escuchasen. La cogió de la cintura y la atrajo hacia él mientras se acercaba al oído—. No puede acercarse a Evelyn, ¿entiendes eso?

Sarah se mordió el labio al entender las implicaciones de su invitación. Por lo poco que había entendido, Samantha era capaz de captar el poder de la gente, si podía captar el de ellos podría captar el de Evelyn, y entonces... entonces podría liarse mucho.

—Lo siento—susurró—. No había caído en eso.

Josh chasqueó la lengua y suspiró mientras miraba a Ryan, el cual parecía que iba a comenzar a dar botes y gritos por los nervios.

—Bien—continuó Josh separándose un poco de ella y mirando a Nicholas con una sonrisa, intentando transmitir tranquilidad—. ¿Por qué no le acompañas a que se instale en su nuevo hogar? Que descansa esta noche y mañana por la mañana... —Miró de reajo a Ryan el cual se lo confirmó—, hacemos una reunión, contigo.—Señaló a la recién llegada.

—Claro—dijo Nicholas mientras colocaba la mano en el hombro de ella y sonreía—. Te irá bien descansar un poco. No tienes muy buena cara.

—De acuerdo.

—Vamos a avisar al resto del equipo. Se alegrarán de verte.

Sam miró hacia el resto del que sería su nuevo equipo mientras se despedía con un ligero movimiento de mano. Lucy permanecía con una gran sonrisa detrás de la barra de la cocina al lado de su novio Brad. Sean estaba sirviéndose otra taza de café acomodado en un taburete, Ryan parecía algo inquieto, pues se movía con movimientos algo rápidos, pero lo que le llamó más la atención fue Nathan. Se encontraba apoyado en la barra de la cocina, con los brazos cruzados y mirándola fijamente, aún de forma impresionada y algo confusa.

—Hasta mañana entonces—pronunció sin centrar la mirada en ninguno de ellos, saliendo del

comedor.

2

Adrien depositó la maleta de Samantha en su cuarto.

—Vienes bien preparada—comentó sonriente.

Ella le sonrió y miró a su alrededor. La habitación era bonita. Espaciosa, con una enorme cama de matrimonio en el centro, adornada con una colcha amarilla. Tenía varias estanterías vacías, las cuales llenaría de inmediato, a la que abriese la maleta, con unos cuantos libros.

Tenía una enorme pantalla plana colgada en la pared, justo debajo de un pequeño escritorio con una silla. Un par de butacas a cada lado de la habitación y al final un amplio aseo.

—Muchas gracias por subirme la maleta—pronunció girándose hacia él. Fue hasta ella y la tumbó en el suelo agachándose al lado—. ¿Cómo os ha ido este último año?

Adrien se apoyó contra el marco de la puerta y se encogió de hombros.

—No había mucho trabajo en Los Ángeles. Esto está bastante más animado.

Abrió la maleta y observó que bastante de la ropa había cedido, cayendo hacia un lateral. Suspiró y comenzó a colocarla sobre la cama. Aquello era lo que más odiaba de viajar, deshacer la maleta.

Cogió unos cuantos jersey y los depositó sobre la mesa.

—¿Hay mucho trabajo aquí?—preguntó sin mirarle.

—Bastante, mañana ya te comentará Josh.

—Ah.

Fue hasta ella y colocó una mano en su espalda a modo cariñoso. Ella le observó con una sonrisa igual.

—Me alegro que estés con nosotros.—Dio un suave golpecito y comenzó a avanzar hacia la puerta—. Cuando acabes ven al comedor, prepararemos la cena y seguramente veremos alguna película.

—De acuerdo—contestó agachándose de nuevo al lado de la maleta.

Quizás sí había traído demasiada ropa. Cogió una cazadora de cuero y fue directamente hacia el armario empotrado colgándola en una percha. Menos mal que el armario era hondo y largo, pensó mientras lo observaba de un lado a otro.

Depositó los jerséis que había dejado sobre la cama en los cajones y volvió hacia la maleta. Echó sobre la cama el par de pijamas que había traído y observó los dos libros. Los miró. Uno se había doblado un poco por una punta. Había leído aquellos libros infinidad de veces, los sabía prácticamente de memoria, pero le encantaban. Quizás debía comprarse algún libro más. Se levantó y los colocó en la estantería. Sí, le encantaría poder llenar aquellas estanterías. Era una de

sus mayores aficiones.

Al menos, la habitación era bonita. Tenía buena iluminación, espaciosa, el parquet brillaba y tenía una enorme televisión que podría ver desde aquella inmensa cama. Aquello estaba mejor de lo que esperaba.

Dio una vuelta sobre sí misma, observando todo a su alrededor, y se dirigió de nuevo a la maleta. Se agachó al lado y extrajo unos cuantos pantalones y faldas. Los depositó sobre la cama de nuevo y se quedó observando el interior de la maleta. Notando cómo su corazón comenzaba a latir más fuerte y un temblor se apoderaba de su cuerpo.

Llevó su mano hasta aquel marco que albergaba la fotografía y lo cogió con las dos manos, situándolo justo frente a ella.

Sus padres sonreían alegres. Su madre, con su cabello oscuro y sus enormes ojos azules, igual que ella, echaba un brazo sobre su hombro, con el otro rodeaba a su padre, y este a su vez tenía rodeado a su hermano.

Recordaba cuándo se habían hecho aquella fotografía. Su padre llevaba una semana preparando la barbacoa que iba a organizar para los amigos el fin de semana. Era agosto y hacía mucho calor, pero eso no había frenado a su padre a la hora de comprar la mejor carne y encender el fuego. Había sido un éxito. Aún recordaba a su hermano echándole más hamburguesas en el plato y ella quejándose para que dejase de hacer eso.

Sin poder evitarlo notó cómo sus ojos se humedecían. Había sido duro. Demasiado duro saber que no volvería a verlos, que aquellas personas a las que tanto amaba no volverían a estar en su vida.

Se puso en pie pasándose una mano por la mejilla al notar que una lágrima resbalaba por ella y fue hacia la mesita de noche colocando la fotografía al lado de la lámpara.

Se quedó observando a sus padres y hermano, sonrientes. Incluso ella estaba feliz, hasta que una tos intencionada le hizo despertar de sus pensamientos.

Se pasó rápidamente la mano por la mejilla ocultando su rostro y miró hacia la puerta.

Nicholas la observaba con gesto algo triste.

—¿Estás bien?—Ella lo contempló durante unos segundos, hasta que finalmente afirmó de forma dudosa y volvió a colocar la mano sobre la foto situándola correctamente, mirando hacia la cama. No dijo nada, así que se limitó a acercarse a ella—. ¿Seguro?—insistió con voz tierna.

—Sí, tranquilo—susurró sin mirarle, contemplando la fotografía.

Nicholas se colocó a su lado observando también. Ella sonreía, llevaba un vestido blanco que contrastaba con lo morena que estaba ese verano. Nunca la había visto sonreír como en aquella foto.

La miró de reojo y suspiró.

—Tienes que superarlo, Sam—dijo pasando su mano por su espalda a modo de caricia.

Ella permaneció callada unos segundos hasta que finalmente giró su rostro hacia él. Tenía los ojos llorosos, pero aún conseguía controlar las lágrimas.

—Ya lo sé—pronunció apartando la mirada de él.

—Siento haberte dejado sola tanto tiempo.

Samantha se encogió de hombros y se distanció hacia la cama. Cogió los pantalones y las faldas y se dirigió al armario con paso apresurado, como si quisiese huir de aquella conversación.

—No pasa nada, Nick. Es tu trabajo —pronunció con dulzura.

Él se giró para mirarla mientras apartaba la vista de la fotografía. Observó su espalda recta mientras iba colgando los pantalones en las perchas y luego doblaba las faldas introduciéndolas en el segundo cajón.

—¿Has vuelto a tener pesadillas?

Ella se detuvo un segundo sin mirarle, como si aquella pregunta le hubiese pillado por sorpresa.

—Cada vez tengo menos.

Se giró y fue directa de nuevo a la maleta. Se agachó y cogió unas cuantas camisetas y vestidos. Decididamente, había traído demasiada ropa. Seguramente más de la que fuese a ponerse. Se puso en pie y se dirigió de nuevo hacia el armario, pero Nicholas la cogió del brazo de forma delicada.

—Sabes que esto es necesario—susurró con ternura.

Ella le sonrió y afirmó.

—Sí, ya lo sé.—Puso la mano en su hombro y dio una palmadita—. Tranquilo. Estoy bien. No te preocupes.—Se distanció de nuevo hacia el armario organizándolo. Cuando colgó unos cuantos vestidos y camisetas se giró de nuevo—. Adrien me ha dicho que hay bastante trabajo.

—Sí, bastante.

—Habéis... ¿Habéis salido de...?

—¿De caza?—preguntó enarcando una ceja. Ella afirmó—: Sí, unas cuatro veces desde que llegamos.

—Ah, ¿y cómo ha ido?

—La verdad es que esta zona está infectada. Ya te lo comentará bien Josh mañana, en la reunión, pero bueno, por lo que he deducido los hombres lobos y los vampiros han formado una especie de alianza para luchar contra nosotros.

Ella lo miró sorprendida.

—¿En serio?

Nicholas avanzó sonriente hacia ella, con sus brazos cruzados.

—Macabro, ¿eh?

—Parece sacado de alguna película.—Se burló también.

—Pzzz... a veces la realidad supera a la ficción—comentó situándose al lado, pasándole parte

de la ropa que había dejado sobre la cama.

Cuando finalmente acabó de sacar toda la ropa de la maleta, se giró hacia él con una prenda de ropa en la mano.

—Me han dicho que esto debía guardarlo en...

—Ah, ¡el uniforme!—dijo observándola. Era igual que el de ellos, solo que bastante más pequeño—. ¿Es para una pitufa o para ti?—bromeó. Ella comenzó a reír—. Tenemos los uniformes en la nave de ellos. Mañana cógelo por la mañana y lo llevaremos allí. Así los tendremos todos juntos.

—De acuerdo—dijo cogiendo la última bolsa de la maleta que contenía todo el neceser. Lo miró de reojo mientras iba hacia el aseo—. ¿Y el grupo principal? ¿Qué tal?

—Son buena gente. Estarás bien con ellos.

Encendió la luz de aseo y depositó el neceser sobre el mármol, abriéndolo. Miró a través del reflejo del espejo cómo Nicholas aparecía bajo el marco de la puerta.

—¿Las chicas viven ahí?—preguntó sin observarle. Abrió su neceser y colocó su cepillo de dientes y la crema en un pequeño vaso que había sobre la pica.

—Sí, son muy agradables. Te llevarás bien con ellas. Y cocinan estupendamente—volvió a sonreír. Ella chasqueó la lengua y lo miró con burla—. Oh, vamos, Sam, ya sabes que una de las formas de conquistar a un hombre es por el estómago.

Ella rio y abrió el cajón introduciendo unos cuantos peines y un pequeño secador del cabello.

Fue hacia la ducha y depositó los jabones y la esponja. Luego se giró hacia Nicholas y suspiró.

—Bien, pues ya estoy instalada—dijo colocando los brazos a cada lado.

—Perfecto. ¿Vienes a ver alguna película?

—La verdad es que me apetece una ducha, cenar algo y descansar.—Se excusó siguiéndole a la habitación.

Nicholas se giró hacia ella y colocó sus manos en sus bolsillos. La contempló unos segundos y finalmente fue hacia ella.

—De acuerdo.—Le sonrió con ternura—. Descansa.—Luego inclinó su rostro hacia ella—. Y si necesitas hablar de algo avísame, ¿de acuerdo?

—Nick, deja de preocuparte, de verdad, estoy bien—insistió.

Él la estudió unos segundos pero finalmente le sonrió.

—De acuerdo.—Suspiró y se giró—. Pues iré a preparar algo de cenar mientras te duchas.

Realmente no había podido dormir bien. Había cenado junto al nuevo grupo unos sándwiches. Adrien, Christopher, Taylor y Nicholas se mostraron habladores y bromistas durante toda la cena.

Pero nada más dar el último bocado había decidido ir a su habitación y descansar. Necesitaba recuperar el sueño y estar bien fresca para el día siguiente.

Había tardado horas en conciliar el sueño, y para cuando había logrado un sueño profundo su despertador había sonado.

Se había dado otra ducha rápida, se había recogido el cabello en una cola alta y se había puesto unos tejanos con un jersey color marrón chocolate, a conjunto con sus botas.

Había observado a sus compañeros engullir el desayuno como si hiciese días que no comían. A ella le había bastado con un café y unas cuantas galletas.

Tras coger el uniforme se habían dirigido todos a la nave contigua donde les esperaban. Había bostezado varias veces ante la atenta mirada de Nicholas, el cual caminaba delante de ella y se iba girando para observarla.

Cuando llamó al timbre se acercó a ella.

—¿Una mala noche?

Ella lo miró de reojo.

—Aún tengo que acostumbrarme a la nueva cama y a la almohada—le susurró observando la nieve acumulada sobre las aceras. Por suerte, había traído varios abrigos de plumón, bastante calientes.

Josh abrió la puerta de la nave con una sonrisa. Se le veía totalmente fresco, como si hubiese dormido toda la noche. Ella debía tener un aspecto bastante diferente, pues notaba que sus ojos pesaban y su boca se abría constantemente.

—Buenos días—canturreó, abriendo del todo la puerta para que pasasen.

—Joder, cada vez hace más frío—comentó Christopher pasando detrás de Samantha.

Ella se giró para observar al resto del grupo, sin saber bien qué hacer. Por suerte, Josh se colocó primero y ascendió las escaleras hasta la primera planta.

La primera planta estaba totalmente en silencio, todo lo contrario de ayer por la tarde. Mientras iban por el pasillo rumbo al ascensor para subir a la siguiente planta, Samantha no pudo evitar echar una ojeada rápida al comedor desde allí. No estaba ni Sarah ni Lucy. Confiaba en poder verlas aquella mañana y estar un rato con ellas.

Se mordió el labio y cuando el ascensor llegó subieron al interior. Josh apretó la segunda planta y se giró para contemplarla.

—¿Cómo ha ido tu primera noche?—Le sonrió de forma amable.

Ella se encogió de hombros.

—Bien, gracias.—Luego observó la bolsa que llevaba en su mano—. He traído el uniforme.

—¿Lo llevas en la bolsa?—preguntó alargando la mano. Ella afirmó—:Dámelo, lo dejaré con los nuestros.

Nada más abrirse el ascensor, caminaron por el pasillo hasta lo que debía ser la oficina. Ahora

que caía, aún no había investigado su nueva vivienda. ¿Sería igual que la de ellos? Por lo que sabía, aún no tenían las máquinas del gimnasio, así que suponía que debía tener también una planta superior. Ya lo preguntaría más tarde.

El resto del equipo se encontraba en la oficina, la mayoría sentados sobre las mesas o apoyados contra ellas. La verdad es que verse rodeada de aquellos hombres tan altos y musculosos le hizo sentirse más pequeña aún.

—Ya están aquí—comentó Josh dirigiéndose hacia su silla.

Todos se saludaron con gestos cordiales y fueron sentándose en las sillas que suponía que tenían asignadas. Samantha se quedó de pie sin saber hacia dónde dirigirse, mirando de un lado a otro.

—Sam—comentó Nathan desde atrás. Ella se giró de inmediato—. Siéntate aquí—le susurró mientras tendía una silla al lado de él.

Ella le sonrió y se sentó a su lado. No le gustaba nada encontrarse entre un grupo desconocido, pero al menos parecían que todos estaban pendientes de ella y de que se encontrase cómoda.

—Gracias.

Le sonrió y volvió su rostro hacia Josh, el cual se encontraba de pie apoyado sobre la mesa.

—Bien—comenzó—. Pues finalmente ya estamos todos.—Señaló hacia Samantha con una sonrisa—. Esperamos que te sientas muy cómoda. Ya sé que es muy común que se diga esto, pero realmente cualquier duda, cualquier problema que tengas puedes contar con nosotros, ¿de acuerdo? Te ayudaremos en todo lo que podamos.

Ella aceptó ruborizada y luego apartó la mirada de él durante unos segundos. No le gustaba ser el centro de atención, y en aquel momento todos la miraban con una sonrisa, incluso Nathan que la tenía al lado había inclinado su rostro para observar su perfil.

—No sé si te habrán explicado cómo está la situación.

Ella se mordió el labio y lo miró negando.

—Muy poco. Me comentaron que se explicaría en la reunión—acabó susurrando.

Nicholas, situado al otro lado de la sala intervino:

—Como tú eres el jefe, pensé que te gustaría hacerlo a ti.—Sonrió.

Josh puso los ojos en blanco con una sonrisa y se volvió a mirarla.

—Bueno, la situación comenzó a empeorar hace poco más de un año. Hubo varios asesinatos y eso nos llamó la atención, por eso el Pentágono decidió poner una división permanente en este distrito.—Tomó aire y se cruzó de brazos—. Cuando llegamos los vampiros estaban bien organizados. Habían tenido una camada hacía poco. Conseguimos matar a su jefe y eso desató el caos entre ellos. Como ya sabes, los vampiros son muy jerárquicos. Posteriormente, descubrimos que debían tener más hembras, pues los vampiros no paraban de aumentar en la zona. Descubrimos su nuevo escondite situado en una cueva y lo destruimos. —Dio un paso al frente

internándose entre las mesas—. Por lo visto se tuvieron que ver bastante amenazados, porque lo último que hemos descubierto es que están colaborando con los lobos.

Ella arrugó su frente y se atrevió a preguntar.

—Perdona. Pero lo que me explicaron en el Pentágono es que hombres lobo y vampiros nunca abarcan un mismo territorio.

—Sí, lo sé—Le sonrió él—. Pero se ha reforzado una alianza entre ellos. Una alianza bastante antigua. La alianza de la muerte.—Ella inclinó una ceja sin comprender—. Data de la época de la inquisición, cuando todos los consagrados al mal unieron sus fuerzas para luchar contra los guerreros del bien.

—Dijéramos que han vuelto a instaurar esa alianza—explicó Nathan. Ella se giró y lo observó unos segundos, como si aún no lo comprendiese.

Volvió a girarse hacia Josh.

—¿Y cómo lo sabéis?

Jason intervino esta vez.

—Uno de los lobos a los que matamos llevaba un tatuaje. Ese tatuaje es el símbolo de la alianza de la muerte. En realidad, la mayoría de los lobos a los que hemos matado lo llevan.

—Ah—respondió confusa.

Josh suspiró y volvió a caminar hacia su mesa con los brazos cruzados. Se giró y se apoyó en ella.

—Así que esa es la situación actual. Creemos que un profesor de la universidad llamado Donovan es uno de los cabecillas. Estamos buscándolo, pero es bastante escurridizo.—Hizo al final un chasqueo con la lengua, como si aquello le irritase—. En cuanto al nuevo escondite, lo estamos buscando.

—¡Para ir y darles por culo otra vez!—exclamó Jason con una sonrisa. Automáticamente, se puso serio y miró hacia Samantha—. Perdón.

Ella negó, pero al momento sonrió cuando vio que Ryan, situado detrás de él, le daba una colleja.

—A ver si moderas esa boca tuya. Ahora hay señoritas aquí—bromeó.

Jason se giró y lo fulminó con la mirada, pero luego suspiró y aceptó.

Josh lo miraba fijamente pero no dijo nada al respecto, volvió su mirada hacia ella y sonrió.

—¿Alguna pregunta?—Ella dudó un segundo y luego negó con su rostro tímidamente—. Bueno, cualquier duda ya sabes. —Fue hacia ella colocándose en frente. Samantha tuvo que echar su cuello hacia arriba para observarle—. ¿Son tus primeras prácticas?

Volvió a dudar.

—Sí.

Josh aceptó.

—No te has enfrentado a ningún vampiro ni hombre lobo, ¿verdad?—Durante unos segundos miró fijamente a Nicholas y finalmente negó con su rostro. Josh la contempló unos segundos, como si la estudiase y finalmente fue hacia la mesa y se apoyó en ella—. Bueno, supongo que la teoría la sabes bien. Los vampiros son muy rápidos y fuertes, igual que los hombres lobo, pero la peculiaridad es que no te transformas en vampiro si te arañan o te muerden. Contrariamente, un pequeño rasguño de hombre lobo, y acabas como ellos.—La observó y luego le aclaró: Tenemos antídotos. Más tarde te enseñaremos cómo ponerlos, por si lo necesitas. Ella se mordió el labio y aceptó. Josh volvió a contemplarla. Parecía realmente joven. Tenía unos rasgos dulces. Su cabello negro y largo contrastaba con aquellos enormes ojos azules. Era delgada y no llegaría al metro setenta.

—Sé que asusta un poco—le dijo con ternura—. Pero con nosotros a tu lado no tienes por qué preocuparte. No te perderemos de vista.

Ella se removió incómoda en la silla mientras notaba que Nathan la observaba de nuevo. Realmente, debía tener un rostro asustado porque escuchó que Nathan suspiraba y se cruzaba de brazos.

—Bien —dijo Josh dando una palmada para animar un poco el asunto—. Veamos qué sabes hacer.—Samantha elevó la mirada hacia él sorprendida e inclinó una ceja—. Vamos, ven.—Le animó con un movimiento de mano a que se acercase.

Ella se levantó de su silla sin mirar a nadie. Lo que le faltaba. Inspiró aire profundamente, y caminó hacia él colocándose a su lado.

—Bueno, un potenciador—comentó Josh apartándose un poco de ella—. ¿A cuántos puedes potenciar a la vez?

Ella miró hacia el resto del equipo, el cual la miraba fijamente.

—No tengo problemas para eso—susurró cohibida—. He llegado a potenciar a quince a la vez.

—Vaya—dijo impresionado.

—Lo que me cuesta es el campo electromagnético—susurró.

—Bueno, por partes. Poco a poco —dijo intentando que se calmase—. Vamos a comenzar potenciando a tres. ¿Qué te parece?—Ella se encogió de hombros. Josh sonrió y miró divertido a sus compañeros—. ¿Algún voluntario?

Ryan levantó rápidamente la mano.

—Yo, yo—dijo poniéndose en pie.

Nicholas se encogió de hombros.

—Yo ya lo he probado. Es como si te metiesen un chute de cafeína a lo bestia.

Josh volvió a mirar a sus compañeros.

—Brad, ven hacia aquí. Sé que estás deseándolo.—Paseó su mirada por el resto—. Y Nathan, tú también.

Nathan se levantó con gestos cansados, como si aquello no le interesase, y caminó colocándose al lado de Brad.

Josh se apartó.

—Bien Sam, todos tuyos.

Ryan rio.

—Trátame con cariño—dijo guiñándole el ojo, lo cual hizo que Samantha riese.

Ella aceptó y los miró fijamente.

—Rapidez, fuerza y regeneración—susurró con la mirada fija en ellos, como si acabase de captar sus poderes. Cerró los ojos unos segundos y respiró de forma profunda, al momento los abrió.

Ryan, Brad y Nathan notaron cómo un calor comenzaba a apoderarse de todos sus cuerpos, iniciándose en sus pechos y extendiéndose por todos ellos.

—Ohhh—comentó Brad—. Esto es una pasada.—Al momento desapareció de la vista de todos y apareció en el otro extremo de la habitación, en menos de un segundo. Miró hacia Nicholas divertido—. Esto es mejor que un chute de café.

Ryan se movió también hasta donde estaba Brad, extendiendo su mano hacia su amigo para chocar los cinco, pero al momento Brad pegó un grito y acabó estampado contra la pared.

—Joder, me has hecho polvo.—Se quejó mientras se levantaba y colocaba su mano en su pecho, como si la protegiese.

Nicholas rio.

—No incrementa solo la rapidez, incrementa la fuerza y la regeneración.—Se burló.

Ryan se miró la mano divertido y sacó bíceps.

—Qué fortote soy—rio divertido.

Samantha sonrió mientras respiraba de forma calmada, luego observó hacia delante. Nathan permanecía estático, observándola. Sus ojos permanecían dudosos, como si estuviese investigándola o reflexionando sobre ella.

Finalmente, se movió hacia sus compañeros situándose al lado y sonrió al momento.

Josh se colocó al lado de Samantha.

—Perfecto. ¿Podrías potenciar a más personas, ahora?

Ella lo miró un segundo y le sonrió.

—Sí—susurró.

Miró al resto de sus compañeros, inspirando tranquilamente, como si así controlase su poder.

Al momento, Josh notó cómo el calor iba apoderándose de su cuerpo. Era una sensación magnífica, como si inyectasen algo en sus músculos haciéndolos más fuertes.

Se movió rápido hacia el otro lado del salón igual que el resto de sus compañeros. La sensación era fantástica. Se movía a una velocidad mucho más superior de lo que había esperado.

Notaba sus músculos mucho más fuertes y potentes. Acabarían con los vampiros y hombres lobo sin casi cansarse.

Fue de nuevo hacia ella y le sonrió.

—Ya puedes parar. —Al momento, el calor comenzó a desaparecer hasta que los abandonó por completo.

—Oh, vamos... —Se quejó Ryan—. Esto me gusta. Vuelve a hacerlo.

—Ya habrá tiempo.—Le cortó Josh. Se giró de nuevo hacia ella mientras sus nuevos compañeros tomaban asiento otra vez.

Bueno, al menos la primera impresión que se habían llevado de ella parecía que era buena, no le había costado nada potenciarlos. Todos permanecían sonrientes, excepto Nathan, el cual no parecía estar mucho por la labor de sonreír. Volvió a cruzar su mirada con ella durante unos segundos mientras tomaba asiento.

—¿Cuánto rato puedes incrementar nuestros poderes? —preguntó Josh apoyándose otra vez contra la mesa.

Samantha apartó la mirada finalmente de Nathan y volvió a observar a Josh.

—Realmente con la potenciación no me canso mucho. Puedo mantenerla bastante rato sin parar.

—Genial—dijo finalmente, como si aquello le alegrase. Se cruzó de brazos y la miró sonriente, como si en realidad estuviese disfrutando de que estuviese allí—. Ahora, tu escudo. ¿Cómo lo llevas?

Ella chasqueó la lengua y bajó su rostro un segundo.

—Eso me cuesta más. La verdad es que me agoto muy rápido. Y si estoy potenciando los poderes no puedo crearlo. No sé hacer las dos cosas a la vez.

Josh la observó pensativo.

—Lo más importante es que aprendas a crearlo mientras nos amplias los poderes. De esa forma no pueden atacarte a ti si tienes el escudo creado.

—Ya—respondió tímida—. Pero necesito mucha fuerza para crearlo. Me cuesta —admitió.

Josh colocó una mano en su hombro.

—Poco a poco—le repitió—. Vamos a ver.—Se separó de ella de nuevo—. Créalo.

Ella lo miró asombrada.

—¿Ahora?—preguntó en un tono más alto.

—Claro.

Suspiró mientras se pasaba una mano por su brazo como si lo acariciase.

—Vamos, inténtalo.—Le animó—. Si no lo consigues no pasa nada—intentó calmarla.

—Aquí no suspendemos a nadie—bromeó Ryan—. Con lo que acabas de hacer ya tienes la matrícula asegurada, así que tranquila.

Ella lo miró sonriente y se notó algo más calmada. La verdad es que se notaba en bastante

tensión. Sabía que al fin y al cabo ellos redactarían un informe sobre su estancia allí. No quería quedar mal. Quería hacerlo perfecto. Tomó aire y apretó sus puños.

—De acuerdo—dijo más convencida—. Lo intentaré.—Cerró los ojos concentrándose, pero al momento miró hacia Josh abriendo un ojo—. Será mejor que te apartes—le indicó. Josh enarcó una ceja sin comprender, pero igualmente dio unos pasos hacia atrás. Samantha miró hacia delante. Nathan, Jason y Nicholas estaban en primera fila. Dios unos pasos hacia detrás apartándose de ellos. Pudo ver los rostros de intriga de todos, como si aquella actitud les hubiese cogido desprevenidos.

Volvió a cerrar los ojos y colocó los brazos hacia abajo apretando los puños. Comenzó a respirar profundamente. Aquello le costaba demasiado. Comenzó a poner todos sus músculos en tensión, a apretar la mandíbula ante la atenta mirada de todos.

Nathan la observaba bastante impresionado. Lo que había experimentado cuando ella había potenciado sus poderes era impresionante. Jamás se había sentido tan lleno de vida ni con tanta fuerza. Observó sus párpados cerrados, cómo parecía estar haciendo fuerza con cada parte de su cuerpo. Incluso así estaba adorable. Sin duda era la mujer más hermosa que había visto nunca. Parecía un ángel bajado del cielo.

Pero al momento entrecerró los ojos cuando el cuerpo de Samantha comenzó a desprender una luz azulada. La miró sorprendido. A pocos centímetros del cuerpo de ella, siguiendo su silueta se había creado una barrera azulada, color eléctrico, incluso podía asegurar que algunos rayos de electricidad pequeños corrían por ella.

La observó asombrado. Se había generado una suave corriente de aire en toda la sala, obviamente, motivada por la corriente electromagnética que ella estaba generando alrededor de su cuerpo.

Se quedó impresionado mirándola, hasta que ella hizo que aquella luz se apagase poco a poco.

Samantha notó cómo se agotaba por dentro, incluso cómo su respiración se entrecortaba. Dejó de emitir energía y acabó con un pequeño gemido, automáticamente tomó una bocanada de aire de forma urgente, como si hubiese estado corriendo la maratón.

Notó cómo sus piernas cedían a la falta fuerza y se llevó al pecho su mano para intentar controlar su respiración acelerada.

Observó a Nathan que la miraba preocupado, incluso detectó que su siguiente movimiento era levantarse para cogerla, pero antes de que lo hiciese, Josh la estaba sujetando del brazo. Parecía que fuese a caerse de un momento a otro.

—Samantha—dijo preocupado mientras la sujetaba. Ella le miró de forma tímida, logrando mantenerse en pie, aunque su rostro estaba pálido—. ¿Estás bien?—preguntó con urgencia.

Ella aceptó mientras se mordía el labio.

—Se me pasa en pocos minutos—logró susurrar.

Josh la cogió más fuerte del brazo mientras sus compañeros la miraban preocupados. Dio los pasos pertinentes y la ayudó a sentarse en la silla.

—¿Seguro que estás bien?—preguntó Josh inclinándose hacia ella, con gesto preocupado.

—Sí, de verdad—dijo tragando saliva—. Serán solo un par de minutos.—Logró sonreírle. Realmente parecía preocupado.

—¿Quieres algo de beber o comer?

—No, no.

La observó y se distanció un poco de ella para darle su espacio, parecía que la chica estaba abochornada, pues no dejaba de mirar hacia abajo.

Se apoyó contra la mesa y miró al resto de sus compañeros, los cuales miraban con actitud preocupada a Samantha.

Cuando Josh volvió a hablar hacia el resto de sus compañeros y las miradas volvieron a él, Samantha notó cómo se tranquilizaba un poco. Al menos, lo había logrado sin desmayarse esta vez. ¡Bien! Aquello era todo un logro. Su profesor en el Pentágono no había dejado de repetirle que debía encontrar su límite. Parecía que al fin sabía evaluar cuál era. Cerró los ojos un segundo mientras se pasaba la mano por la frente, notaba cómo esta temblaba por el esfuerzo que había hecho y apoyó su codo en la mesa colocando su frente en la mano. Sabía que no tardaría más que un par de minutos en recuperarse, pero realmente la debilidad que sentía después de formar un escudo electromagnético era horrible. Todo su cuerpo pesaba toneladas, incluso le costaba respirar.

Intentó controlar su respiración, como le habían enseñado para recuperar su fuerza antes, pero al momento notó una mano en su espalda.

Samantha giró su rostro hacia Nathan, el cual se había acercado un poco más a ella y la observaba preocupado.

—¿Estás bien?—preguntó.

Ella lo observó. Realmente era uno de los hombres más atractivos que había visto. Sus ojos marrón verdoso destacaban en aquella piel dorada. Su cabello castaño oscuro caía en unos cortos mechones sobre su frente.

Ella lo miró y le sonrió.

—Sí, es normal—susurró intentando tranquilizarlo, pues parecía preocupado—. Siempre me pasa—explicó—. Debo aprender a dosificar mi fuerza.

Él aceptó.

—¿Quieres que te traiga algo?

—No. Ya me encuentro mejor—dijo bajando su brazo de la mesa y colocándose algo más erguida.

Nathan siguió observando su rostro.

—No lo parece. Estás muy pálida, como si te fueses a desmayar de un momento a otro.

Ella apartó su mirada de él y echó la cabeza un poco hacia abajo.

—Esta vez no me desmayaré, te lo aseguro—susurró más bromista, finalmente le observó de nuevo y le dedicó una tierna sonrisa.

Nathan se quedó varios segundos observándola, hasta que finalmente aceptó no muy convencido y se apoyó de nuevo contra el respaldo de su silla.

—Pero si te encuentras peor, avísame—dijo antes de volver la mirada hacia Josh.

Ella afirmó y volvió también su rostro hacia el jefe de la división.

—Hoy no saldremos—explicó mientras introducía sus manos en los bolsillos. Hubo una especie de protesta en forma de rumor—. Mañana sábado, sí.—Volvió la mirada hacia Samantha—. Así podrás entrenar un poco más entre hoy y mañana. A ver si coges algo de fondo.—Ella aceptó—. ¿La defensa personal cómo la llevas?

Samantha volvió a mirarle con ojos como platos.

—¿La defensa personal?—preguntó con algo más de fuerza. Parecía que volvía a recuperarse.

—Sí. ¿O no os dan clases de ese estilo en el Pentágono a vosotros?

Ella lo miró dudosa y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—La verdad es que no.

Josh ladeó su rostro hacia ella, contemplándola.

—Bueno, no te irá mal aprender un poco.—Ella seguía mirándolo con ojos como platos—. Nunca se sabe.—Se encogió de hombros y voló su mirada hacia Nathan—. ¿Te importaría?

Nathan puso su espalda recta y observó de reojo a Samantha.

—Claro, ningún problema jefe—pronunció con voz grave.

—De acuerdo—dijo dando otra palmada—. Pues ya está. Vamos tomar un café.—Se acercó de nuevo hacia ella mientras todos sus compañeros se ponían en pie—. Ya estás mejor, ¿no?

Ella seguía sentada.

—Sí.

—¿Has desayunado?

Samantha arqueó una ceja hacia él.

—Sí—susurró de forma tímida.

Él le sonrió y adoptó una postura graciosa.

—Desayuna más. Vamos.—Dicho eso se giró y se dirigió junto a sus compañeros hacia el pasillo.

¿Que desayunara más? Como si así fuese poder aguantar más su escudo protector. Suspiró y comenzó a ponerse en pie cuando notó que Nathan la cogía suavemente del brazo. Se quedó parada y giró su rostro hacia él.

—Estoy bien, de verdad—volvió a pronunciar.

Él esbozó una sonrisa algo tímida, pero aun así, no la soltó.

—Sigues pálida. No sería buena reputación para nosotros si te abrieses la frente el primer día.

Ella meneó su rostro mientras una sonrisa lo inundaba y finalmente suspiró.

—Si creo que me voy a caer, te lo diré. —Dicho esto se separó de él lentamente.

La verdad es que aún se encontraba bastante débil. Sentada estaba mejor. Pero al menos, sabía a ciencia cierta que no se desmayaría.

Comenzó a caminar despacio por el pasillo mientras notaba cómo Nathan se situaba a su lado. Todos les esperaban en el ascensor.

Cuando entró y las puertas se cerraron no pudo evitar inclinar su rostro hacia arriba, observando a todos aquellos hombres que reían divertidos antes las ocurrencias de uno y de otro y se golpeaban los brazos con fuerza como si se tratase de un juego.

No pudo evitar que su mirada volara de reojo hacia el hombre que tenía al lado. Observándolo de perfil. Nathan. La verdad es que su gesto era serio, parecía poco hablador, aunque tenía una sonrisa realmente tierna.

Apartó su mirada de él en cuanto las puertas se abrieron y comenzó a caminar hacia el comedor siguiéndolos a todos. Nathan caminó a su lado con sus manos en sus bolsillos hasta que llegó al comedor, la observó una última vez como si se asegurase de que estuviera bien y la miró fijamente señalándole con un movimiento de rostro hacia el sofá.

—Siéntate—dijo a modo de orden, aunque su voz no sonó a eso.

Ella suspiró y finalmente caminó despacio hacia el sofá. De todas formas, se encontraba agotada, se recuperaría mucho más rápido si se sentaba y se relajaba.

Parecía que estaban totalmente organizados, como si cada uno tuviese una tarea encomendada. Unos hacían café, otros sacaban de los armarios, pastas, otros preparaban la mesa. Parecía mentira que una división de cazavampiros formada por unos hombres tan fornidos pudiesen desempeñar tan correctamente las labores del hogar.

En menos de diez minutos habían montado una mesa con varias teteras sobre ella, las tazas de café, las cucharas y varios platos llenos de pastas y tostadas.

Josh se acercó a Samantha observándola. Al menos parecía que tenía ya mejor color de cara. No lo había recuperado del todo, pero lo recuperaría después de que desayunase correctamente.

—Ven a la mesa—Le indicó con un gesto.

—No tengo apetito, de verdad, he desayunado. Pero gracias.

Él ladeó su rostro hacia ella y colocó sus manos en su cintura.

—No es una petición.—Sonrió. Ella puso su espalda firme al momento y volvió a enarcar una ceja hacia él—. A desayunar como Dios manda, vamos.—Volvió a señalarme la mesa.

Estuvo a punto de colocar sus ojos en blanco. Se levantó y caminó con un paso más firme hacia la mesa.

Nathan le señaló una silla y se dirigió hacia ella. Al momento, él ocupó la de al lado. Se sentó y sin decir nada cogió su taza y la llenó de café. Se inclinó sobre la mesa, cogió un cruasán de chocolate y una tostada y se la puso en su plato.

Ella lo miraba asombrada.

—¿En serio?—No sabía si reírse o echarse a llorar.

Nathan la miró de forma seria y señaló su plato.

—Come, por favor.

Continuó con la mirada fija en sus ojos hasta que finalmente los descendió hacia su plato, donde le esperaba el cruasán y una tostada con mantequilla. Suspiró y cogió la tostada.

—Me voy a poner como un tonel—susurró para ella misma.

Nathan la miró sorprendido por lo que acababa de escuchar, pero contrariamente aquel comentario le hizo gracia y le sonrió mientras daba un bocado también a su tostada.

—Tranquila, luego por la tarde lo perderás.

3

Samantha contempló el techo de su habitación, mientras pasaba la mano por su estómago. Así le iba a ser imposible mantener la línea. La verdad es que se sentía más cómoda de lo que esperaba en aquel grupo. No le gustaba ser el centro de atención, pero todos se habían mostrado amables con ella, incluso protectores.

Nunca se habían ocupado de ella así. No pudo evitar recordar la mano de Nathan pasear por su espalda, la mirada de él, preocupada.

Se giró adoptando una posición fetal y dio unos cuantos golpes a su almohada. Cuando Josh había explicado que saldrían de caza al día siguiente se había asustado, no quería tener que enfrentarse a vampiros de nuevo, no quería verlos.

Había dudado un segundo cuando Josh le había preguntado si era la primera vez que se enfrentaba a ellos. No pudo evitar que su corazón latiese con más fuerza al recordar.

Su mirada voló hacia la fotografía de sus padres y su hermano. Hacía calor, demasiada calor aquella noche de agosto. Habían dejado las ventanas abiertas por la noche para que el aire corriese. No sabía qué hora era cuando se había despertado, solo sabía que había oído un grito aterrador que provenía de la habitación de sus padres.

Se había incorporado en la cama asustada, notando las gotas de sudor por el calor y cómo su respiración se aceleraba, cómo su cuerpo comenzaba a temblar. Lo había escuchado, no había sido un sueño. Tragó saliva y se sentó al borde de la cama buscando a ciegas sus sandalias.

Había avanzado hasta la puerta abierta de su habitación y se había asomado con cuidado. Su hermano, William, estaba unos metros por delante de ella, caminando con cuidado y sigilo entre la oscuridad del pasillo, pero algo tuvo que alertarle de que ella estaba levantada porque se giró de golpe observándola. Jamás olvidaría aquella mirada. Había miedo, temor... Aun así, llevó su mano hasta sus labios haciéndole el gesto de silencio.

Samantha comenzó a temblar y tuvo que cogerse fuerte al marco de la puerta cuando otro grito provino de la habitación de sus padres. Notó cómo una lágrima comenzaba a descender por su mejilla. Jamás había sentido tanto miedo. Algo estaba ocurriendo en la habitación de sus padres, algo horrible.

Observó a su hermano dar unos pasos más hacia aquella habitación, con la puerta cerrada, con pasos temblorosos. Samantha dio un paso en su dirección.

—William, William—susurró.

Él se giró de nuevo y la observó con rostro preocupado, aunque luego la miró con convicción y señaló hacia su habitación.

—Métete dentro—susurró también.

Ella negó con su rostro.

—No—gimió.

—Escóndete—dijo con urgencia.

En ese momento, Samantha despertó de sus pensamientos agitada y se incorporó de inmediato. Nicholas la observaba desde la puerta con una sonrisa tierna.

—¿Todo bien? ¿Más recuperada?

Ella tardó unos segundos en reaccionar y se incorporó lentamente en la cama, sentándose sobre ella.

—Sí—dijo apartándose un mechón de cabello de su rostro—. Aunque con el estómago demasiado lleno—susurró colocándose la mano de nuevo.

—Pues la comida está preparada—bromeó.

Ella lo miró con gesto molesto.

—¿De verdad?—Él afirmó. Samantha resopló y volvió a tumbarse sobre la cama—. No me entra nada más.

Nicholas se cruzó de brazos y avanzó hacia ella.

—Pues debes alimentarte bien.—La contempló desde arriba—. Josh me acaba de llamar. A las cuatro tienes otra reunión.

Ella giró su rostro hacia él, confundida.

—¿Otra reunión? Acabamos de terminar una, hace una hora.

Nicholas se sentó en la cama.

—La reunión es contigo. Se ha empeñado en que aprendas algo de defensa personal para mañana.

Ella lo miró asombrada y se incorporó de nuevo en la cama, sentándose.

—Ya. Mañana—susurró. Suspiró y contempló a su amigo—. No sé si...

—Sam—dijo cogiéndole la mano—. No va a pasar nada.—Intentó calmarla—. Deberías ver cómo luchan. Te aseguro que no estarás más segura en ningún sitio que con nosotros.

Ella se mordió el labio y apartó la mano de él lentamente.

—Eso ya lo sé. Es que... no sé si estoy preparada para ello.

Nicholas la observó durante unos segundos.

—Nadie está preparado para ello nunca—dijo con voz tranquila—. Simplemente se hace y ya está. Poco a poco, te vas acostumbrando.

—¿Tú te has acostumbrado?

Él volvió a adoptar su actitud risueña y bromista.

—Bueno.—Se encogió de hombros—. Al menos, ya no salgo gritando como una niña cuando me enfrento a ellos.—Acabó riendo.

Sam rio también.

—Todo un logro, señor cazavampiros—bromeó.

—Sí, ¿eh?—Continuó con la broma—. Igualmente ya destrocé los oídos de unos cuantos vampiros las primeras veces.—Samantha siguió riendo, sobre todo cuando Nicholas adoptó su postura seria como si estuviese convencido de lo que decía—. ¿Qué? Es un mecanismo de defensa como otro. Ellos gritan. Yo grito. A ver quién puede más.—Acabó riendo él también— Así los despisto. Eh, no te rías... que funciona de verdad.

Samantha volvió a pasarle la mano por la frente en actitud divertida y finalmente contempló con ternura a su amigo. Movi6 su rostro no muy segura, y le cogió la mano.

—Gracias por traerme aquí contigo—pronunció, apretándole la mano un poco más fuerte.

Él pasó su mano por su cabello removiéndoselo.

—No hay de qué. Y ahora—dijo levantándose y comenzando a tirar de su mano—, a comer.

—Noooo.—Se quejó ella—. Otra vez no, por favor.—Protestó mientras tiraba de él haciendo fuerza para que no le levantase de la cama.

Dio un tirón un poco más fuerte y logró levantarla.

—No contradigas a tu jefe.

—Tú no eres mi jefe.—Se burló ella. Él se encogió de hombros con una sonrisa.

—Bueno, soy el jefe de esta pequeña división.

—Tu jefe es Josh.—Le retó con la mirada, pero parecía que aquello no le importaba y volvió a encogerse de hombros.

Colocó una mano en su espalda y comenzó a empujarla hacia la puerta.

—Da igual. Digo que vas a comer y vas a comer. Estás en los huesos.

Taylor pasó por su lado y rio al verlos.

—¿Qué pasa?—preguntó deteniéndose al lado.

Samantha colocó una mano a cada lado del marco de la puerta haciendo presión para dentro, mientras Nicholas empujaba hacia fuera.

—Sam se niega a comer.

Taylor arqueó una ceja hacia ella mientras guardaba su móvil en el bolsillo.

—No es verdad. ¡He desayunado dos veces ya hoy!

Taylor se cruzó de brazos mientras miraba la escena divertido.

—Tienes que coger fuerzas.—Volvió a informarle Taylor.

—Lo que voy es a coger unos cuantos kilos de más.—Se quejó de nuevo mientras empujaba hacia atrás.

Sabía de sobras que Nicholas no estaba empleando nada de su fuerza contra ella, si en realidad quisiese la tendría ya comiendo.

Taylor volvió a reír. Estiró su mano cogiendo una de las que ella mantenía en el marco de la

puerta y tiró de ella hacia él.

—Señorita—dijo acercándose a ella—, a comer.—Ordenó él también.

—Arrrrggg—gritó ella intentando deshacerse de aquella mano.

Taylor la miró divertido mientras intentaba de forma desesperada separar su muñeca de su mano.

—De acuerdo. Si no es por las buenas será por las malas.—La cogió del brazo y comenzó a arrastrarla hacia el comedor—. Christopher, trae el embudo—bromeó divertido hacia su compañero que estaba preparando la mesa junto a Adrien.

Samantha se apoyó contra la puerta de la nave industrial del equipo antiguo mientras paseaba de nuevo su mano por el estómago. Más le valía hacer bastante deporte. El bistec con patatas estaba delicioso, pero no había ni podido ingerir la mitad de lo que le habían puesto. Aquellos hombres comían como limas. Podría sobrevivir un mes entero perfectamente con una cuarta parte de lo que comían ellos en una semana.

Resopló al notar la pesadez de su cuerpo y llamó al timbre apoyada contra la puerta. Si seguía comiendo así no podría ni moverse. De hecho, lo que más le apetecía en aquel momento era tumbarse y echarse una buena siesta. Pero por lo visto, su jefe, estaba empeñado en realizar unas buenas prácticas para ella, y eso, también consistía en enseñarle algo de defensa personal.

Miró de nuevo sus pantalones. No acostumbraba a vestir así nunca. Por suerte, Nicholas le había dicho que se vistiese de deporte. No había caído en ello.

—¿Sí?

Ella miró el interfono apoyada sobre la puerta, con la mano en el estómago.

—Yo—gritó de mal humor.

La puerta cedió y estuvo a punto de caer. Consiguió agarrarse a la pared y no realizar una entrada magistral en la nave industrial, cayendo de culo al suelo.

Cuando logró mantener el equilibrio miró hacia la parte alta de las escaleras y cerró la puerta.

Reconoció a Jason al momento.

—Hola.

—Hola.

—Sube, vamos.—Le animó.

Ella miró las escaleras y suspiró. Solo pensar en subir aquellas escaleras le daban ganas de llorar. Solo esperaba que Nathan fuese misericordioso. Al momento, cayó en la cuenta. Nathan. No había pensado en él desde el momento en que Nicholas había entrado en su habitación

distrayéndola de sus pensamientos.

Observó sus pantalones grises de deporte bastante ajustados mientras subía las escaleras y se quitaba su chaqueta negra. La camiseta que se había puesto era bastante holgada y era de color blanco. La verdad es que aunque iba apropiada para la ocasión no era la forma en la que le hubiese gustado presentarse delante de él.

—¿Qué tal te encuentras?—preguntó pasando un brazo por sus hombros como si tuviese toda la confianza del mundo.

Se sintió algo intimidada por su actitud, pero no protestó.

—Bien.

—¿Ya estás recuperada de esta mañana?

—Sí. Me dura unos minutos y luego se me pasa.—Se encogió de hombros.

—Está bien saberlo.

Atravesaron el pasillo y observó de nuevo hacia el comedor. Esta vez escuchó la voz de una chica. Pudo reconocer a Sarah y Lucy de nuevo. ¿Estaban allí? Al momento Sarah apareció bajo el marco de la puerta que separaba el comedor del pasillo.

—Hola Sam—dijo divertida—. ¿Qué tal?

Ella se detuvo separándose un poco de Jason.

—Bien. Me van a iniciar en el mundo de la defensa personal —dijo divertida.

—Eso está bien.—Le animó—. Oye, luego si acabas pronto ven a tomarte un café con nosotras. Estaremos aquí hasta las siete. Luego tenemos que irnos.

—Claro—respondió animada mientras Jason llamaba al ascensor.

Lo que más deseaba era tener unas buenas amigas, le harían la estancia mucho más agradable allí, chicas con las que poder confiarse.

—Pues aquí estaremos.—Observó que Lucy también la saludaba detrás de Sarah—. No te canses mucho.

En cuanto el ascensor se abrió, Jason la introdujo en él. Cuando las puertas se cerraron, Samantha lo contempló. Era muy alto y musculoso. Tenía los ojos extremadamente azules, y el cabello rubio. Parecía incluso nórdico si no fuese porque tenía un tono de piel bronceado, bastante llamativo para aquella época del año.

—¿Vas a enseñarme tú las clases de defensa personal?

Jason bajó su rostro hacia ella y se cruzó de brazos.

—No. Nathan.—Sonrió de golpe, como si aquello le hiciese gracia—. Vamos—Le animó con la mano a salir del ascensor cuando se abrió la puerta.

Continuó con su mano en la espalda mientras la conducía a una de las salas. Definitivamente, ese era el gimnasio. Observó de un lado a otro. Ryan corría encima de una cinta y Brad estaba ocupado con las pesas. Al final de la sala, Nathan se encontraba en una especie de almacén que

aparecía tras una pared corredera.

—¡Nathan!—gritó Jason—. Aquí traigo a tu rehén.—Rio.

Brad y Ryan elevaron su rostro hacia ella y sonrieron al momento, saludándola con la mano.

Nathan apareció tras la pared y la observó fijamente. Vale, bueno, al menos él también iba de deporte. Con sus pantalones negros y su camiseta blanca. Incluso así estaba atractivo.

—Hola, Sam—dijo con una sonrisa—. Ven—dijo volviéndose de nuevo hacia dentro del almacén, desapareciendo tras la pared.

Ryan y Brad dejaron lo que estaban haciendo.

—Bueno—comentó Brad—, nosotros os dejamos que hagáis vuestras cosas, tranquilos.

—Hasta luego—dijo Ryan pasando al lado de ella y echando una mano a los hombros de Jason.

—Joder tío, estás sudado.—Se quejó Jason mientras salían del gimnasio y Ryan se restregaba contra él.

Estuvo a punto de echarse a reír si no fuese porque la voz de Nathan le llamaba de nuevo.

—¿Sam?

Se giró y observó que se había asomado de nuevo tras aquella pared.

—Perdona—contestó mientras avanzaba hacia él. Llegó hasta donde se encontraba y miró el interior.

Realmente era un almacén enorme.

—Vamos, entra.

Ella se colocó a su lado y observó. Había armas de todos los tipos. No creía que faltase ni una: Flechas, ballestas, dagas, pistolas, fusiles, metralletas...

Al final, estaban los uniformes colgados, no tardó en identificar el suyo, el más pequeño de todos. Sintió de nuevo la timidez al comparar aquellos uniformes con el suyo. Realmente era pequeño, comparado con el de ellos.

Nathan se separó un poco y la observó de arriba a abajo como si la estudiase.

—¿Te sientes familiarizada con alguna de estas armas?

Samantha miró alrededor pausadamente y caminó hacia uno de los estantes.

—Con la pistola—susurró.

Nathan arqueó una ceja hacia ella y sonrió mostrándole una sonrisa realmente tentadora, con algo de incredulidad. Fue hasta ella y cogió una.

—¿Has disparado alguna vez?

—En el Pentágono.

La miró dudoso.

—¿No decías que no habías hecho defensa personal?

Samantha se movió incómoda.

—Bueno, pensaba que os referíais al cuerpo a cuerpo. Disparar, si he disparado, aunque no

mucho—acabó diciendo. Nathan se colocó la pistola en el cinturón de sus pantalones y miró de nuevo las estanterías—. ¿Alguna más?

Samantha volvió a pasear su mirada por el almacén y finalmente lo miró negando.

La observó un segundo pensativo y se distanció unos pasos de ella cogiendo unas cuantas dagas.

—Nosotros usamos sobretodo, las dagas y las pistolas. El resto lo tenemos casi para decorar.—Señaló la amplitud del almacén.

—¿No utilizáis los fusiles?

—No. Son más pesados.—Se acercó de nuevo hacia ella y le mostró la daga—. Las dagas las usamos más de una vez y la pistola es pequeña y rápida de cargar. Nos permite más movilidad.

—Ah.

—Bien, vamos a probar qué tal tu puntería—dijo mientras salía del almacén.

Ella le siguió con paso apresurado mientras se pasaba de nuevo la mano por el brazo en actitud insegura. Cerró el almacén pulsando unas teclas y le pasó la pistola.

—Cada cargador tiene quince balas.—Le explicó sin soltar la pistola—. Llevan una capa de plata, lo cual hará que los vampiros o los hombres lobo ralenticen sus movimientos sino consigues penetrar en su corazón.—Samantha la cogió observándola—. Las dagas también están cubiertas de una capa de plata.

Ella la palpó en su mano.

—Pesan un poco.

—Están perfectamente equilibradas.—Le explicó—. ¿Has practicado con las dagas?

—No—susurró.

La observó. Realmente era encantadora. Le transmitía dulzura. Más que enseñarla a luchar lo que le apetecía era fundirse en un abrazo con ella. Se le veía tan pequeña y delicada a su lado...

—Bueno, practicaremos con la pistola, ¿de acuerdo?—le preguntó cogiendo la daga de su mano y depositándola en una estantería que había al lado. Miró hacia el frente y le señaló con un movimiento de cabeza hacia la pared acolchada, donde habían dibujadas varias siluetas—. Vamos a ver dónde consigues darle.

Ella lo contempló un segundo y dio unos pasos al frente.

—No he practicado mucho—dijo elevando sus brazos al frente y sujetando la pistola con las dos manos. Se concentró en la silueta que tenía frente a ella. Parecía la silueta de un hombre, pues era bastante musculada. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando notó que Nathan le daba unos golpecitos en su pierna con su pie.

Ella giró su rostro hacia él.

—Flexiona la pierna.—Le indicó mientras se la separaba con su pie—. Y carga tu peso en ella. Ella notó cómo su corazón comenzaba a latir más fuerte. Realmente estaba cerca, demasiado

cerca como para poder concentrarse. Nathan la observó de arriba abajo, inspeccionando su postura hasta que coincidió con sus ojos.

—Dispara—dijo colocando una mano en su espalda. Ella lo miró confundida al ver aquel gesto—. Por el retroceso.—Le indicó mientras volvía a señalarle con un movimiento de cabeza que mirase hacia la pared.

Samantha volvió su rostro hacia la pared acolchada mientras notaba la palma de la mano de Nathan en su espalda. Tragó saliva e intentó no pensar en aquel contacto. La silueta debía estar a unos siete u ocho metros de distancia. En el Pentágono había hecho unas cuantas clases de tiro. Concretamente cinco, de las cuales tres habían sido teóricas. Solo habían sido dos clases prácticas y había disparado un cargador de cinco balas en cada una de ellas. Igualmente, había demostrado tener una gran puntería, más incluso de la que ella pudiese llegar a imaginar.

Respiró hondo y apuntó al centro de la silueta. Esperó un par de segundos mientras ponía sus brazos en tensión y apretó el gatillo.

Ya estaba preparada para el retroceso, aun así, la mano de Nathan se puso en tensión cuando ella dio un paso hacia atrás guardando el equilibrio, sujetándola para que no saliese disparada.

Nada más bajar los brazos, Nathan apartó la mano de ella y miró directamente hacia la silueta. Avanzó hasta la pared y luego se giró para mirarla impresionado.

—Le has dado.

Ella se encogió de hombros, sin darle mucha importancia.

—Tengo bastante puntería.

—Un par de centímetros más y le vuelas el corazón—siguió comentando impresionado. Ella volvió a encogerse de hombros—. ¿Has disparado alguna vez en movimiento?

—Una de las clases prácticas era con objetos en movimiento.

Nathan volvió a acercarse a ella.

—¿Y qué tal?

—Bien.—Le sonrió.

Él se cruzó de brazos observándola fijamente. La verdad es que se había quedado impresionado.

—Algún día saldremos a hacer tiro en movimiento.—Ella aceptó—. ¿Quieres probar otra vez?—Le animó esta vez con una sonrisa.

—Vale.

Giró su rostro hacia la silueta de nuevo y ascendió los brazos mientras Nathan se colocaba un poco por detrás, aunque esta vez no colocó su mano en su espalda. Observó fijamente un punto en medio de aquella pared.

—La pierna.—Le recordó—. Corrige la postura si no quieres acabar cayendo.

Ella la modificó sin observarle, concentrada en aquel punto que sería el corazón de un

vampiro. Respiró hondo y apretó el gatillo. Notó de nuevo, cómo a pesar de tener la postura correcta, el impulso de la bala hacía que ella retrocediese.

Nathan colocó la mano rápidamente en su espalda evitando que cayese.

—Gracias—susurró recobrando la compostura.

—Tranquila. Es normal—dijo separándose de ella, acercándose a la pared. Cuando llegó hasta ella buscó el impacto de la bala—. Esta vez podemos decir que has matado a un vampiro—dijo con los ojos como platos mirando la silueta.

—¿En serio?

Se giró con la mirada asombrada. Colocando sus manos en su cintura. Que le matasen si alguna vez había visto una chica con una puntería como aquella.

—Sí.—Volvió a caminar hacia ella—. ¿Seguro que no has practicado?

—No, de verdad. Solo las clases del Pentágono.

—Pues vaya. Tienes una puntería fantástica—comentó colocándose a su lado y quitándole la pistola de la mano. Ella hizo un gesto amargo cuando se la retiró. Vaya, ahora que comenzaba a divertirse con el arma. La colocó en la estantería y esta vez le pasó una daga—. Prueba con esto, a ver si me sorprendes.

Ella miró dudosa la daga y finalmente la cogió.

—Con esto no he practicado nunca—susurró observándola.

—Cuidado—dijo cogiéndosela y entregándosela de nuevo por el mango—. Jamás la cojas por la cuchilla o te cortarás. Están muy afiladas. Siempre por el mango.

Ella aceptó y la cogió de nuevo midiendo su peso.

—Inclina el brazo hacia detrás, por encima de tu cabeza—explicó mientras se cruzaba de brazos y la observaba. Ella hizo ese movimiento—. Las piernas separadas y carga tu peso hacia detrás con la misma pierna que con el brazo que agarras la daga.—Esperó a que hiciese el movimiento—. Dale impulso y lánzala.

Ella lo miró con ojos entornados y suspiró.

Hizo lo que le decía y tiró la daga con fuerza hacia la pared. La daga voló los metros pertinentes hasta la pared acolchada y chocó contra ella, pero por el mango, cayendo directamente al suelo.

Ella contempló unos segundos la daga y luego miró de reojo hacia Nathan, el cual sonreía como si aquello le divirtiese.

—Definitivamente se te da mucho mejor la pistola.

Ella se movió algo tímida, volviendo a acariciarse el brazo.

—Ya.

La contempló y se apartó de ella para agacharse y coger la daga.

—Es bastante más complicado—comentó al final—. Así que no te preocupes.

Samantha se cruzó de brazos observándolo caminar de nuevo hacia ella. Le sacaba más de una cabeza, y aunque llevaba una camiseta blanca bastante holgada esta se estrechaba en su brazo cuando hacía algún movimiento marcando sus bíceps.

—Será mejor entrenar con la pistola y dejar las dagas para nosotros—comentó depositando la daga al lado de la pistola. Ella se giró para observarlo, esperando que le entregase el arma de nuevo, pero Nathan se cruzó de brazos y se apoyó en la estantería observándola. De nuevo la estaba estudiando. Notó cómo sus mejillas se tornaban algo carmín y bajó su rostro de nuevo hacia el suelo—. En principio los potenciadores, cuando creáis el escudo electromagnético podéis defenderos con él también, ¿no?

Ella lo miró sorprendida y se encogió de hombros.

—Eso dicen. Podemos manipular la electricidad y atacar con ella. Pero aún no lo he logrado. Se requiere muchos años de experiencia para eso.—Acabó suspirando.

—Bueno —dijo con paciencia al ver que ella volvía a agachar su rostro. ¿Pero qué le pasaba? Miraba más al suelo que a él. Contempló su rostro agachado y arqueó una ceja—. Sam, estoy aquí —bromeó. Ella elevó su mirada hacia él observando cómo le saludaba con la mano—. Sí, hola, aquí.—Rio. Notó cómo las mejillas de la chica se tornaban aún de un tono más rosado. Extendió sus brazos hacia ella—. Relájate—le susurró—. Aquí no suspendemos a nadie.—Observó cómo se mordía el labio—. A ver—dijo con voz más animada—, vamos a practicar tu escudo protector. Es lo más importante.

Ella entornó los ojos hacia él.

—Me agotaré.—Le recordó.

Nathan avanzó unos pasos hacia ella cruzado de brazos.

—Que sepas mantener el escudo protector es lo más importante, Sam—pronunció seriamente—. Si nosotros estamos luchando y potencias nuestros poderes, los vampiros se darán cuenta, ¿y adivina a por quién irán?—Observó cómo ella abría los ojos desmesurada, como si no hubiese pensado en aquello—. Debes aprender a protegerte.—La miró pensativo—. A decir verdad, lo más conveniente sería que pudieras potenciarnos y protegerte a la vez, pero como eso no lo dominas aún, lo que intentaremos es que cojas fondo y aprendas a controlar tus fuerzas cuando creas el escudo electromagnético.

Ella puso cara de disgusto. Aunque sabía que tenía razón y que debía practicar con ello para fortalecerse no le gustaba quedarse debilitada.

—Vamos a ver.—Fue a la estantería y se apoyó de nuevo contra ella—. ¿Cuánto tiempo tardas en recuperarte cuando creas un escudo?

—Depende. A veces cinco minutos, otras veces un cuarto de hora.

Él miró su reloj de pulsera y luego la observó a ella.

—Bueno, crea un escudo y mantenlo lo máximo que puedas.

Ella abrió los ojos un poco, como si aquello le asustase.

—¿Hasta el límite?—preguntó con algo de miedo.

—Sí, quiero saber cuánto tiempo lo puedes mantener.

Volvió a morderse el labio. Dio unos pasos atrás, alejándose de él lo cual hizo que Nathan volviese a arquear su ceja.

—¿Por qué te alejas tanto?

—¿Quieres que te deje frito?—preguntó bastante nerviosa, mirando de un lado a otro. Aquello no le gustaba.

Nathan meneó su rostro con disgusto y volvió a mirar su reloj.

—Vamos, cuando quieras.—La animó.

Ella cerró los ojos y respiró profundamente. Convirtió sus manos en puños e intentó mantener una respiración tranquila, pausada. Notó cómo el campo electromagnético comenzaba a formarse alrededor de su cuerpo.

Nathan la miró impresionado. Aquella muchacha era extraordinaria. Una fina ventisca llegó hasta él cuando finalmente creó todo el campo. Miró el reloj al momento.

Era de un color azul eléctrico, parecía estar en movimiento y giraba alrededor de ella, cerca de su piel. Por Dios, cuando controlase aquel poder sería prácticamente indestructible.

Observó cómo todos sus músculos se encontraban en tensión, incluso cómo apretaba con fuerza sus ojos y sus puños.

Era tan pequeña, tan delicada... y a la vez tenía un enorme poder y potencial. Observó unos mechones de cabello que se desprendían de su cola alta y volaban de un lado a otro. Podría quedarse horas observándola así, pero algo le alertó.

El campo electromagnético desapareció de golpe y ella cayó el suelo arrodillada, apoyando sus brazos por delante de sus piernas.

—Sam—dijo corriendo hacia ella en un movimiento rápido. Apareció en una fracción de segundo ante ella y la observó—. ¿Estás bien?—De nuevo volvía a estar extremadamente pálida y unas gotas de sudor corrían por su frente. Tenía la respiración acelerada. No esperó a que ella contestase. La cogió del brazo y la elevó con cuidado, prácticamente cargando todo su peso. Dio unos cuantos pasos arrastrándola y la tumbó con cuidado encima de una colchoneta blanda.

Se arrodilló a su lado, observándola. Debía ser muy duro crear aquel escudo. Notó una extraña sensación en su pecho, preocupación, miedo, incluso culpabilidad. Pero debía hacerlo, debía aprender a protegerse lo antes posible.

Pasó una mano por su frente notando que el sudor era frío. Ella abrió los ojos y lo observó. Permanecía a su lado, mirándola con preocupación.

—Se me pasará ya mismo.

—Ya lo sé—dijo cogiéndole la muñeca tomando su pulso. Iba bastante acelerado—. Intenta

controlar la respiración.

—Ya lo hago—respondió tragando saliva—. Pero me es difícil.

Nathan la observó.

—¿Quieres algo? ¿Unas galletas?

—No—pronunció con algo más de fuerza—. No quiero comer más.

Él arqueó una ceja y esta vez sí sonrió.

—¿Un vaso de agua tal vez?

Ella aceptó. Nathan fue hacia una de las estanterías donde había varias botellas de agua y vasos de plástico, y cogió uno. Fue hacia ella y se agachó a su lado. Llenó el vaso y lo dejó en el suelo mientras la ayudaba a incorporarse.

Samantha logró sentarse con bastante esfuerzo.

—Bebe.—Le ofreció el vaso.

Lo llevó hasta sus labios y bebió poco a poco el contenido ante la atenta mirada de él. Cuando lo acabó se lo dio de nuevo.

—¿Quieres más?—Ella negó y se pasó la mano por la frente secándose algunas gotas de sudor. Finalmente lo miró de reojo—. ¿Cuánto he durado?

Nathan la miraba fijamente.

—Unos quince segundos.

Ella resopló desesperada. Nunca lograría mantener el escudo mucho más tiempo, acababa realmente agotada, sin fuerza ninguna, ni siquiera para mantenerse en pie. Nathan tuvo que detectar la desesperación en su rostro porque se acercó un poco más y puso su mano en su hombro.

—Tranquila, lo lograrás—pronunció con confianza—. Las cosas no se aprenden de un día para otro, Sam.

—Ya, ya lo sé—dijo apartando la mirada de él.

Nathan se sentó sobre la colchoneta. Aún seguía extremadamente pálida, incluso su mano temblaba cuando se apartaba algún mechón de cabello de su rostro en actitud tímida.

—¿Qué edad tienes? —preguntó.

Ella lo observó sorprendida por la pregunta.

—Veintisiete.

Nathan le sonrió.

—Eres muy jovencita.—Rio. Apartó la mirada de ella y se llenó esta vez él, el vaso de agua. Lo ingirió ante la atenta mirada de ella y volvió a depositarlo en el suelo—. ¿Cuánto hace que estás en el Pentágono?

—Tres años.—Se mordió el labio y ladeó su rostro hacia él—. Descubrí mi poder con veinticuatro—explicó, intentando dar algo de conversación para distraerse de la debilidad que aún sentía. Igualmente, él parecía bastante interesado. Después le sonrió de forma tierna—.

Después me llevaron al Pentágono.

—¿De dónde eres?

—Los Ángeles. Cuando lo descubrí acababa de licenciarme.—Él sonrió ante aquel comentario.

—¿En qué?

—Física—dijo ella poniendo los ojos casi en blanco. Luego sonrió—. Nunca ejercí, pero me sirvió bastante en las clases teóricas del Pentágono—acabó diciendo.

—Lo imagino. A mí la física se me daba fatal. Nunca llegué a comprenderla del todo—bromeó. La observó de nuevo de forma tierna. Coincidió la mirada con ella varios segundos y luego volvió a apartarla como si pensase en algo, observando la botella.

—Mañana—susurró ella observando su perfil—, cuando salgamos...—Finalmente Nathan giró su rostro hacia ella—. ¿Veremos algún vampiro?—preguntó con temor.

Él aceptó de forma lenta.

—Seguramente. Hay más de los que imaginábamos—respondió con sinceridad, aunque al momento le miró entornando los ojos—. Estaremos todos, Sam. No pasará nada. No te preocupes.—Ella meneó su rostro, como si no estuviese muy segura—. No te quitaré el ojo de encima, así que tranquila.

Lo miró directamente a los ojos. Estaba serio, pero emanaba una fortaleza que no sabría bien cómo describirla.

Sabía que estaría protegida, que no pasaría nada, pero eso no le impedía que estuviese asustada.

—¿Te encuentras mejor ya?—preguntó buscando su mirada, ya que ella había descendido su rostro.

—Sí, más o menos.

—Bien, ¿quieres volver a probar?—Ella lo miró dudosa pero él le sonrió. Tuvo que captar aquella mirada porque arqueó una ceja—. De acuerdo, probaremos más tarde.—Se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Ella sonrió más tranquila. Lo que menos quería era acabar desmayada delante de los que tenían que evaluarle. Cogió su mano y se puso al lado de él. Tenía una mano fuerte, pero la cogía con delicadeza. Tuvo que captar la mirada de ella al no soltarle la mano porque la soltó de golpe y se agachó a coger la botella de agua. Miró a su alrededor.

—Bueno, haremos un café. ¿Te parece bien? Luego seguiremos.

Ella comenzó a avanzar a su lado y colocó la mano en el estómago.

—Este es mi segundo día aquí y desde que he llegado no he dejado de comer—bromeó.

—No te irá mal coger unos cuantos kilos. Estás muy delgada—pronunció, observándola mientras salían del gimnasio.

Ella puso cara de susto, lo cual le hizo gracia a Nathan.

—Hoy he desayunado antes de venir a la reunión de esta mañana, después he vuelto a desayunar con vosotros y posteriormente Nicholas me ha hecho comer.

Nathan la miró de reojo mientras pulsaba el botón para llamar al ascensor.

—Nicholas.—Rio—. ¿Era amigo tuyo?—preguntó sin mirarla. Recordó que cuando la había visto había notado que su corazón se le aceleraba, pero posteriormente su corazón se había quebrado un poco cuando la había visto tan efusiva al ver a Nicholas, dándose ese abrazo y muestras de cariño entre los dos.

—Sí. Lo conozco hace bastante—explicó mientras las puertas del ascensor se abrían y entraban—. Él me recomendó hacer las prácticas aquí.

—Pues si lo que quieres es hacer prácticas, has venido al sitio indicado.—Sonrió mientras pulsaba la primera planta y las puertas del ascensor se cerraban, pero al momento detectó que ella volvía a morderse el labio y se pasaba la mano por el brazo en actitud temerosa. Se acercó un poco a ella y la miró de nuevo—. Ya te he dicho que no te preocupes.

—Ya, ya lo sé. Supongo que después no será para tanto, pero... admito que me asusta un poco.

Le sonrió como si la comprendiera.

—Te divertirás—dijo al final en actitud amistosa.

Ella lo miró sorprendida.

—Lo dudo—pronunció antes de que las puertas se abriesen y las voces del resto de compañeros llegase hasta ellos.

Nathan se adelantó un poco dando grandes zancadas, así que Samantha tuvo que aumentar el ritmo para ponerse a su lado mientras se dirigían al comedor.

—Aquí estáis—pronunció Sarah divertida, sentada en un taburete de la cocina.

—Vamos a hacer un descanso—indicó Nathan—. Sam tiene que recuperar fuerzas.

Brad se levantó y le ofreció su asiento, el cual ella aceptó de buen grado. Aún se notaba un poco débil.

—¿Cómo ha ido?—preguntó Sean poniéndose a su lado mientras Josh cogía un par de tazas y las colocaba frente a los recién llegados.

Nathan sonrió.

—La verdad es que muy bien.—Sam lo miró de reojo—. Nuestra nueva amiga tiene una fantástica puntería con la pistola.—Ella hizo un movimiento tímido mientras Josh le llenaba la taza de café.

—¿Quieres leche? —Le preguntó. Afirmó y al momento Josh le llenó el resto de la taza de leche caliente. Le pasó el azúcar y se apoyó sobre la barra mirando a Nathan—. ¿Habéis practicado el escudo?

—Una vez—explicó Nathan mientras iba sirviéndose su café y el azúcar. La miró de reojo—. Hay que practicar más. Se agota bastante.

Sean se colocó al lado de Brad y Lucy.

—Bueno, poco a poco. Saldrás hecha una fiera de aquí, ya verás.—Le guiñó el ojo.

Samantha le sonrió y agarró una cuchara con la que comenzó a mover el café.

Sarah se acercó a ella un poco más.

—Ven Sam, voy a enseñarte una cosa—dijo caminando con Lucy hacia el sofá, alejándose de todos los chicos.

—Vas a enseñarle el vestido de novia, ¿verdad?—Rio Josh, mientras observaba cómo Sam se levantaba algo ilusionada.

—Ella puede verlo. Tú no. Ya lo verás el día de la boda. De todas formas no queda tanto.

Josh se pasó la mano por el rostro mientras reía y observaba la ilusión con la que Samantha se sentaba entre Lucy y Sarah. Sarah cogió una revista y comenzó a pasar hojas hasta que se detuvo en una y señaló.

—Oye Sarah, eso no es justo—intervino Ryan—. Yo no soy el novio.

—Pero eres un chico—contestó ella.

Ryan puso cara de disgusto y se giró hacia Nathan, el cual observaba divertido la escena. Desde luego todas las chicas eran iguales, daba lo mismo si tenían un gran poder o no, todas disfrutaban de las mismas cosas.

—Eso es discriminación—susurró Ryan indignado hacia el resto del equipo. Pero Josh se encogió de hombros, al igual que el resto, como si les diese lo mismo—. Bueno, ¿y Sam?—preguntó hacia Nathan. Él elevó una ceja hacia su amigo—. ¿Progresas adecuadamente?

Nathan suspiró. No podía evitar cada vez que la miraba que su corazón se acelerase un poco, lo que menos quería era que sus compañeros se enterasen y comenzasen sus burlas cariñosas hacia él, pero parecía que Ryan no lo preguntaba con esa intención.

Todos lo miraban atentamente.

—Lo hará bien—dijo volviendo su atención hacia la taza—. La muchacha se desenvuelve muy bien con las pistolas...

—Ya, claro—comentó Brad como si no le creyese—. Venga, ahora no puede escucharte. Di la verdad.

—En serio. Me he quedado asombrado. Ha dado de lleno.

Todos lo miraron sorprendidos y sin poder evitarlo se giraron para observarla. Reía junto a Sarah y Lucy mientras miraba la revista. Josh se acercó un poco más.

—Tenemos que evitar que se cruce con Evelyn.—Le recordó.

—Sí, ya lo sé—dijo volviendo la atención hacia él—. ¿A qué hora vendrán?

Jason se colocó a su lado.

—A las siete acaban sus clases. Iremos a buscarlas. Sobre las siete y media estaremos aquí.

Ryan intervino de nuevo.

—Sarah y Lucy ya le han dicho que sobre las siete se marchan. Fingirán que se van. Suponemos que al verse sola con nosotros decidirá irse.

Nathan puso cara de disgusto ante eso, pero sabía que tenía razón. No podían fiarse de ella. Al fin y al cabo era una chica de prácticas. No podían arriesgarse a que lo descubriese y lo dijese en el Pentágono.

Josh se apoyó algo más sobre la barra.

—¿Y el escudo?—Cambió de tema.

Nathan dio un sorbo a su café y puso cara de desagrado, cogió el bote de azúcar y se echó unas cuantas cucharadas más.

—No le cuesta crearlo, pero sí mantenerlo—explicó mientras dejaba el azúcar al otro lado de la barra americana—. La he cronometrado. Ha conseguido mantenerlo casi quince segundos, pero ha acabado exhausta totalmente.—Dio otro sorbo e hizo un gesto de disgusto de nuevo—. Casi pierde el conocimiento.

Josh observó a Sam analizándola y luego volvió la atención hacia el resto.

—Es poco tiempo—susurró él también.

—Ya lo sé. Por eso mismo, no sé si estará preparada para venir con nosotros mañana. —Soltó la taza y miró con algo de preocupación a su jefe—. Ha sacado varias veces el tema, me parece que está bastante asustada.

—¿Asustada?—preguntó Ryan—. Pero si viene con nosotros.

Nathan chasqueó la lengua.

—Eso mismo le he dicho yo.

Josh dio un sorbo a su taza de café.

—Mañana no tendrá por qué hacer nada, con que nos potencie ya está. Puede quedarse en el coche sin problemas. Por cierto—dijo como si lo recordase, y señaló a Jason—, necesitaremos una muestra de sangre de Elisabeth. Si ese profesor Donovan ronda por ahí, acudirá.—Jason aceptó. Luego miró hacia Sean—. ¿Te importa hacerle la extracción a primera hora de la mañana?

—Sin problemas—contestó.

Volvió su rostro hacia Nathan de nuevo.

—Dile a Sam que no se preocupe tanto. No tengo la intención de que luche cuerpo a cuerpo con un vampiro. Prefiero tenerla a buen recaudo.

Nathan aceptó más tranquilo. Lo cierto es que llevarla de caza le asustaba un poco incluso a él. Sabía por experiencia que los vampiros irían directamente a por ella si descubrían quién era. Un potenciador no se conseguía así como así. Era un arma que podían usar tanto ellos como los vampiros para incrementar su poder. Era algo valioso que debían proteger, y él estaba dispuesto a hacerlo.

—¿A cuántos metros abarca su poder?—preguntó Sean.

Nathan lo miró confundido y se encogió de hombros. Se giró hacia ella, la cual hablaba animada con las chicas.

—Sam.—Le llamó. Ella elevó su rostro hacia él con una sonrisa—. ¿A cuántos metros puedes potenciarnos?

Ella lo miró pensativa y movió su rostro como si no estuviese muy segura.

—Sobre unos quinientos metros cuadrados. Pero cuánto más lejos, más me cuesta—admitió.

Nathan aceptó y se giró hacia ellos mientras cogía la taza de café de nuevo.

—Cuestión resuelta—dijo dando un sorbo. Tragó y luego miró hacia su jefe—. Por cierto, ¿por qué me has dicho a mí que me encargue de sus prácticas?—preguntó como si no tuviese importancia—. Nunca me he encargado de alguien con poderes así—admitió.

—Ryan no puede, debe preocuparse de mantener a Evelyn lejos de aquí.—Se encogió de hombros—. Y estás soltero—pronunció sin mirarle.

Nathan arqueó una ceja hacia él.

—¿Y qué tiene que ver estar soltero con ser tutor de unas prácticas?

—Pues que tienes más tiempo libre—bromeó Brad golpeándole la espalda.

Nathan los observó a todos y luego señaló a Sean con un movimiento de cabeza.

—Él también lo está.

—Sí, pero ahora trabaja en el hospital también de forense. Tiene menos tiempo libre—explicó Josh mientras Sean aceptaba con su rostro. Miró a Nathan y lo estudió—. ¿No quieres hacerlo?

—No, no, no me importa, de verdad—dijo dándole unos golpes en la espalda—. Era por curiosidad, simplemente me parecía raro que no fuese Ryan quien se encargase, pero lo que has dicho tiene lógica—acabó diciendo mientras daba el sorbo final a su café.

Se giró y observó que Samantha ya había acabado su café también y había dejado la taza sobre la pequeña mesa. Tenía buen color de cara. Miró a sus compañeros y se levantó del taburete.

—Bueno, vamos allá, a ver si conseguimos que aguante un poco más el escudo.—Se giró hacia ella y caminó acercándose—. Sam, hay que seguir—comentó mientras Sarah cerraba la revista para que no pudiese ver detalles del vestido.

4

Samantha observó la televisión mientras Adrien hacía zapping. Un poco antes de las siete había acabado de practicar con Nathan. Se había sentido débil durante un rato, pero al menos había aguantado casi medio minuto el escudo. ¿Sería cierto que al final lograría mantenerlo durante mucho tiempo? A pesar de que sentía debilidad estaba ilusionada, nunca había logrado mantener tanto el escudo sin desmayarse. Recordar a Nathan le hacía poner la piel de gallina.

Tenía un carácter un tanto serio, pero le sorprendía aquella sonrisa tan tierna, o le llamaba la atención cuando había dicho alguna broma a sus compañeros. La primera impresión que se había llevado de él era de un hombre bastante serio.

Pero la forma en la que la había tratado cuando se había encontrado mal le hacía que el corazón se le disparase. No sabía por qué, pero estaba deseando que llegase mañana para volver a verlo.

Antes de las siete habían bajado al comedor, minutos después Sarah y Lucy se habían tenido que marchar. Aunque se estaba divirtiendo con ellos prefirió marcharse, quedarse a solas con todos los hombres le daba algo de corte, aunque la trataran como si la conociesen desde hacía años.

Nathan le había acompañado hasta su nave. Recordaba sin cesar aquella mirada cuando se había despedido de él.

Tras un vaso de leche con galletas se había sentado con el resto de su equipo a ver un rato la televisión, pero entre el cansancio de la última noche sin dormir y la debilidad de las prácticas, se había ido a la cama rápido.

Era extraño, podías estar cayéndote de sueño pero una vez te metías en la cama solo hacías dar vueltas.

No pudo evitar que su mente viajara al futuro, a la noche de mañana cuando saldría de caza con el equipo. Admitía que estaba asustada, pero ya no tanto. Sabía que el equipo estaría con ella y la ayudarían en lo que fuese necesario, y Nathan... él también estaría allí. Debía intentar despejar la mente y descansar. Cogió uno de sus libros favoritos y lo abrió por la primera página. Decididamente, debía comprarse libros nuevos. Aquellos los había leído demasiadas veces y ya no sentía ni emoción.

Sin poder evitarlo su mente voló a aquella fatídica noche. Su hermano William iba hacia el cuarto de sus padres, caminando despacio en la oscuridad del pasillo. Ella permanecía cogida al marco de la puerta. El miedo la había paralizado.

Sabía que algo horrible estaba ocurriendo a sus padres. Algo siniestro había en esa habitación. Otro grito le hizo retroceder unos pasos mientras observaba cómo su hermano dudaba. Volvió a

girarse hacia ella y esta vez le indicó con un movimiento de mano que se escondiese.

William volvió la mirada al frente, hacia aquella puerta cerrada y cogió una figurita de cristal decorativa que había sobre una mesa.

Avanzó de forma lenta hacia la puerta y cogió el pomo, con la respiración agitada. No pudo evitar girarse de nuevo hacia atrás para observar a su hermana, la cual permanecía estática en su habitación, varios metros alejada de él.

William miró de nuevo la puerta y giró el pomo lentamente. No tuvo tiempo de nada más. Al momento la puerta se abrió con un fuerte golpe.

Samantha observó atónita mientras un grito de una fuerza descomunal estaba a punto de perforar sus oídos. Se llevó la mano hacia la cabeza tapándose los oídos mientras observaba asustada y con el corazón a mil por hora.

Su hermano parecía haberse quedado petrificado, pero algo llamó su atención. Él permanecía con los brazos caídos, bajo el marco de la puerta. Y de repente desapareció. En una fracción de segundo, él ya no estaba.

Samantha notó cómo la corriente de aire movía su camión. Observó atónita con las manos en sus oídos. Las bajó mientras notaba cómo su corazón intentaba salirse de su pecho, cómo la sensación de miedo era tan intensa que había bloqueado hasta sus músculos.

Una gota de sudor frío promovido por los nervios descendió por su frente y mejilla.

Titubeó un par de veces.

—¿William?—Gimió.

Su respiración era rápida.

—¿William?—Volvió a gemir al no recibir respuesta.

Observó la puerta abierta, unos extraños sonidos provenían de ahí dentro. Tragó saliva sin saber qué hacer. ¿Qué estaba ocurriendo?

Sin previo aviso otro grito destrozó sus oídos, pero este grito no vino solo. Pudo observar cómo el cuerpo de su hermano que había desaparecido unos segundos antes se estrellaba contra la pared de sus padres con una fuerza impresionante.

Se tapó la boca para no gritar mientras observaba el cuerpo ensangrentado de su hermano caer semiinconsciente sobre el suelo. Pero él tuvo la suficiente fuerza para elevar un poco su rostro y observarla con miedo y tristeza.

Le pareció que le susurraba algo, una especie de advertencia, aunque al momento, un ser que no sabía cómo calificar se puso sobre él y acercó su boca hacia su cuello.

Observó a su hermano gritar mientras intentaba defenderse.

Samantha dio unos pasos hacia atrás, totalmente colapsada sin saber qué hacer, observando cómo aquel ser absorbía la vida de su hermano sin poder ella hacer nada.

En aquel momento, aquel extraño ser volvió su rostro de forma lenta hacia ella. Tenía la piel

blanquecina, sin un solo cabello en su cabeza. Sus ojos eran oscuros como la noche y... sus dientes, eran excesivamente largos.

Coincidió la mirada con él durante un segundo. El extraño serladeó su rostro hacia ella observándola, estudiándola, mientras ella seguía retrocediendo.

Observó el cuerpo de su hermano cayendo hacia atrás, chocando con la pared y después aterrizar sobre el suelo.

Notó que la respiración aumentaba, que su corazón iba a salirse de su cuerpo de un momento a otro. Sobre todo, cuando aquel extraño ser se puso en pie mirándola con fiereza.

Samantha gritó y corrió hacia la puerta saliendo de su habitación. Necesitaba salir de casa, alcanzar la puerta y pedir ayuda. Con suerte, su hermano y sus padres seguirían vivos. Pero no pudo avanzar más que unos cuantos metros. Aquel extraño ser se encontraba en el centro del pasillo cortándole el paso hacia las escaleras para bajar a la primera planta, donde encontraría la puerta de salida.

Se quedó paralizada mientras un gemido de miedo salía de lo más profundo de su ser. El extraño ser comenzó a avanzar hacia ella a paso lento, pero durante una fracción de segundo desapareció de su vista y apareció al momento cogiéndola por el cuello y golpeándola contra la pared.

En ese momento despertó. Notó cómo alguien la zarandeaba.

—Sam, Sam. Despierta. Sam.

Abrió los ojos sobresaltada. Entraba luz por la puerta entreabierta. Se incorporó sentada en la cama, notando cómo el libro con el que se había quedado dormida cedía ante sus movimientos, desplazándose hacia el otro lado.

La luz de la lámpara de la mesita de noche se encendió. Tuvo que taparse los ojos durante unos segundos. Notaba su corazón desbocado. Un temblor recorría todo su cuerpo.

—Eh, eh, ¿estás bien?

Samantha abrió los ojos y observó a Nicholas que permanecía sentado a su lado, sobre la colcha, mirándola preocupado.

Se quedó observándolo varios minutos hasta que comprendió lo que había ocurrido.

—Una pesadilla—dijo con los ojos entreabiertos.

—Sí, te he oído gritar. Me he asustado—admitió observándola de arriba abajo.

Ella apartó su mirada mientras se pasaba la mano temblorosa por la frente. Hacía tiempo que no soñaba con aquella noche, demasiado. Pero había vuelto a ocurrir. No conseguía olvidarlo por mucho que se esforzase.

—¿Estás bien?—preguntó preocupado.

Ella observó el libro que había quedado abierto, arrugando una hoja boca abajo. Llevó su mano hasta él y lo cogió.

—Sí—susurró mientras cerraba el libro sin mirarle a él—. Me quedé dormida intentando leer. Él seguía con aquella mirada interrogante y luego observó el libro que cogía con bastante fuerza.

—Quizás deberías buscar un libro más divertido—indicó.

Ella lo observó finalmente y sonrió. Se mordió el labio y lo contempló algo avergonzada.

—Lo siento. ¿Te he despertado?

Él la miró confuso.

—¿Despertarme? Son las once de la mañana, Sam.

Esta vez fue ella quién lo interrogó con la mirada.

—¿Las once?—preguntó observando hacia la mesita de noche donde había un reloj al lado de la fotografía de sus padres y su hermano. El reloj marcaba las once y diez de la mañana—. Vaya, ¿había hoy reunión?

—No. Hoy toca descanso hasta la noche—explicó aún observándola. Ella aceptó y volvió a apartar la mirada de él—. ¿Quieres hablar de algo?

Ella lo contempló con tristeza y finalmente negó.

—Es lo mismo de siempre, Nick—explicó—. A veces se repite el sueño, solo eso.—Tragó saliva y suspiró.

Notó cómo colocaba la mano en su hombro intentando reconfortarla.

—¿Por qué no te das una ducha y vienes a desayunar?

Finalmente Samantha sonrió. Al menos, Nicholas, parecía que no iba a agobiarla con aquel asunto, lo cual agradecía infinitamente.

—Es tarde para desayunar. Mejor me espero a la comida—dijo sentándose sobre la cama. Él chasqueó la lengua pero no dijo nada al respecto. No hubo protestas por su parte ni obligaciones. Se puso las zapatillas de estar por casa y se levantó de la cama estirándose un poco ante la mirada preocupada de él. Intentó mostrarse serena, incluso sonriente—. Oye, ¿hay algún centro comercial por aquí cerca?

Pareció cogerle la pregunta por sorpresa.

—Sí, a una media hora de aquí.

Samantha caminó hacia el armario y lo abrió.

—Me gustaría comprarme algún libro—dijo observando la ropa que colgaba. Luego se giró hacia él y sonrió—. Y tomar un poco el aire.

Nicholas se levantó cruzándose de brazos.

—Si quieres te puedo llevar.

—No, no—comentó volviendo la mirada al interior del armario. Cogió unos tejanos y un jersey rosado y lo dejó sobre la cama—. He pensado decirle a las chicas, si no les importa acompañarme. ¿Sabes si están allí?—Nicholas se quedó sorprendido y se acabó encogiendo de

hombros.

—No lo sé. Supongo. Hacen vida con ellos.

Ella sonrió.

—Ayer estuve un rato con ellas y me lo pasé muy bien, así que... no sé...—dijo cerrando el armario—. Puedo salir, ¿no?

—Claro.—Rio él. Sabía que le iría bien despejarse—. Ve y diviértete con ellas.

Ella aceptó algo más animada.

—De acuerdo.—Se encogió de hombros y fue hacia su cómoda a coger la ropa interior.

—Vale.

Nicholas abandonó su habitación mientras ella se dirigía hacia el aseo. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente recorriese su cuerpo. Necesitaba salir, despejarse, que le diese el aire... pero sobre todo, lo que necesitaba era distraerse y olvidar aquel fatídico sueño. Sabía que con ellas lo conseguiría. Lucy y Sarah se mostraban alegres y divertidas, ayer había hecho buenas migas el poco rato que había podido estar con ellas. Sabía que estarían encantadas si les proponía salir a dar una vuelta. En cierto modo, necesitaba desahogarse con alguien. No quería que fuese Nick, ni nadie del equipo, al fin y al cabo eran los que debían evaluarse, pero ellas le habían abierto los brazos y la habían hecho sentir cómoda. Sabía que podía contar con ellas y que podría tener grandes amigas el tiempo que pasase allí.

Se secó el pelo con el secador y se arregló un poco. No acostumbraba a arreglarse ni maquillarse, pero tenía ojeras, como si no hubiese dormido, y aún estaba un poco pálida.

En cuanto salió de su habitación el olor a café invadió sus pulmones.

Todo su equipo estaba en el comedor hablando y tomando café. Parecía que habían tomado la misma costumbre que el grupo jefe.

—Chicos, me marcho a dar una vuelta.

Todos se giraron y se quedaron impresionados de verla así. Se había arreglado el cabello, se había maquillado... la verdad es que el cambio era impresionante.

Nicholas dio un paso hacia ella.

—¿Ni un café?—insistió con una sonrisa.

Ella se la devolvió y se giró.

—No—exclamó huyendo antes de que insistiese más. Sabía que corría el riesgo de acabar sentada en la mesa con un café con leche, tostadas, cruasanes...

—Sí, huye, huye...—Rio Adrien desde el comedor.

—Eso hago.—Se burló Sam mientras abría la puerta para bajar por las escaleras e ir hacia la calle.

—¡Que te diviertas!—Identificó la voz de Nicholas—. Si al final no pueden dímelo y te acompaño.

—Claro, gracias—comentó bajando las escaleras, abriendo la puerta para salir al exterior.

Nathan sonrió hacia Sarah. Desde que se habían levantado no había dejado hablar de lo mismo.

—Tengo que acompañar a mi tío a por el traje. Está muy nervioso por lo de que me acompañará al altar.

—¿Cuándo has dicho que tienes que ir a probarte el vestido otra vez?—preguntó Evelyn mientras se sentaba al lado de ella.

—El miércoles que viene. ¿Me acompañarás?

Tanto Evelyn, como Lucy y Elisabeth aplaudieron ilusionadas mientras los chicos se miraban entre ellos. Por Dios, ¿tanta expectación por un simple vestido?

Nathan se giró hacia Josh, el cual permanecía apoyado sobre la barra.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?—preguntó su jefe.

—Tu traje.

Él se encogió de hombros.

—Ya iré.

Sarah se giró enarcando una ceja.

—¿En serio? ¿No has mirado nada?—Miró directamente a Brad—. Brad, por favor—suplicó—. Que no pase de esta semana.

Él puso las manos por delante como si intentase defenderse.

—Sarah, cielo, es mi jefe.—Rio—. No voy a obligarle o me pateará el culo.

—Si no lo hace él lo haré yo. Tú mismo.—Se burló mientras volvía a coger el bolígrafo. Brad rio mirando a Josh, el cual resoplaba divertido y movía su rostro indeciso—. Bien, Sean—dijo señalándole con el bolígrafo—. ¿Llevarás acompañante?

Él chasqueó la lengua.

—Sabes que no.

—¿Y por qué no te buscas una amiga?

Sean miró a su lado, hacia su compañero.

—Llevaré a Nathan.—Él le respondió con un gesto de disgusto y luego se echó a reír—. ¿Eso te sirve?

—Pzzzz...—Sarah apuntó en el papel y miró a Nathan—. ¿Tú tampoco llevarás a nadie?

—Me lleva Sean—bromeó, mientras se echaba otro vaso de zumo de naranja.

—Qué tierno.—Volvió a burlarse mientras seguía anotando. Se giró hacia Josh—: ¿Tus jefes vendrán?

Todos se miraron entre sí, dudosos. Josh se encogió de hombros.

—Supongo que después de todos los años que hemos pasado en el Pentágono debería invitar a los superiores.

—El señor Jones.—Rio Nathan mientras daba un sorbo.

—¿Quién es ese?—preguntó Evelyn mientras llenaba el vaso de Elisabeth también.

Ryan colocó una mano en su espalda.

—Pues el jefe de la división DAE, cariño.

—Sinceramente—comentó Jason—, espero que no venga. Estropearía la boda.

—De todas formas me da lo mismo—intervino Josh—. Pero ya que me han dado el permiso que he pedido para la luna de miel, ¡quémenos!

—Pues lo invitamos y no se habla más—dijo Sarah añadiendo el nombre del señor Jones.

—También deberías invitar entonces a los responsables de los departamentos—explicó Nathan.

Josh se pasó la mano por el cabello agobiado y se quedó pensativo un segundo. Fue hacia Sarah y cogió la hoja con la lista de invitados.

—Está bien. Vamos a ver.—Cogió el bolígrafo de su mano ante la atenta mirada de ella, la cual permanecía muy sonriente, y comenzó a decir nombres mientras el resto del equipo le ayudaba a recordar algunos.

—Y no te olvides del señor Caden Hoster.—Le recordó Nathan. Luego miró hacia Sarah—. Es el coordinador del área de poderes sobrenaturales.—Evelyn se movió incómoda—. Tranquila, vive en su mundo. Es una especie de hippie. Ni se fijará en ti, y mucho menos se dará cuenta de tu poder.

Ryan sonrió de forma maliciosa.

—A ver, fijarse si se fijará... el tío era un poco pervertido.

—Un hippie pervertido—reafirmó Jason mientras Elisabeth le ponía mala cara por el comentario.

Elisabeth se acercó a ver la larga lista.

—Al final va a venir bastante gente. Entre las familias, amigos, tus compañeros de comisaría, los compañeros del Pentágono...

—Sí, demasiados—dijo Josh fastidiado.

—Oye—volvió a girarse Sarah—, sino estás de acuerdo, prepara tú la boda.

Josh le sonrió y chasqueó la lengua, se acercó hacia ella y le besó en la frente.

—Si es lo que tú quieres a mí me parece bien.

Ella sonrió al momento divertida.

—Sí, es lo que quiero. Solo pienso casarme una vez, y pienso celebrarlo a lo grande —dijo observando la lista.

Josh suspiró y volvió a distanciarse apoyándose contra el mármol, al lado de Nathan.

—Ya lo dije una vez. Estas mujeres hacen lo que quieren con nosotros—susurró riendo.

Josh aceptó divertido. En ese momento el timbre de la puerta sonó. Nathan miró extrañado a su jefe.

—¿Tenía que venir alguien?

—No. Hasta las nueve y media no hemos quedado con el otro grupo.

Nathan se distanció y se movió rápido hasta el interfono mientras el resto lo miraban de forma interrogante.

Pulsó el botón y preguntó.

—¿Sí?

Esperó unos segundos a que respondieran.

—Hola.—Reconoció la voz de Samantha. Una voz juvenil, fresca, dulce—. Soy Sam.

Nathan se giró hacia el resto de sus compañeros y miró directamente hacia Evelyn.

—Hola, Sam—dijo apretando el botón—. ¿Qué tal?—preguntó, encogiéndose de hombros hacia el resto del equipo.

Observó cómo todos se movían nerviosos. Josh se movió de forma rápida hacia el interfono, colocándose al lado de Nathan mientras Ryan cogía la mano de Evelyn y se trasladaba con ella hasta su habitación.

—¿Nathan?

—Sí—respondió con voz divertida.

—Pues estoy bien. Verás, había pensado ir al centro comercial a comprar. Me preguntaba si están Sarah o Lucy aquí. Por si podían acompañarme.

Nathan miró hacia Josh, el cual se pasaba la mano por la barbilla, inquieto. Miró hacia Nathan y negó con su rostro. Nathan lo miró intrigado y le susurró.

—¿Por qué no? Me sabe mal.

—No puede estar aquí. Puede descubrir a Evelyn.

Nathan chasqueó la lengua y miró el interfono. Al momento notó que alguien le daba una colleja, se giró y vio que Ryan se había colocado a su lado.

—Haz que se vaya. Te juro que como descubra a Evelyn va a...

Nathan le hizo el gesto de silencio para que se callase de malas formas. En realidad le sabía mal por la chiquilla. Era buena persona, y sabía que lo único que buscaba era compañía femenina.

Miró disgustado a sus amigos y suspiró mientras apretaba el botón del interfono.

—Lo siento, pero Sarah y Lucy no están.

Esperó a que contestase.

—Ah, vaya.—Le pareció que dudaba—. Bueno, aquí cerca hay una estación de tren, ¿verdad?

—Sabía que Nicholas le había dicho que le acompañaría, pero lo que menos quería era ir con él. Sabía que podía sacarle el tema de sus pesadillas. Necesitaba desconectar y no estar pendiente

todo el rato de controlar su estado de ánimo.

Nathan se giró y fulminó con la mirada a sus dos compañeros, los cuales al escuchar lo del tren, chasquearon la lengua disgustados. Les sabía mal por la chica, lo notaba en sus miradas, pero no podían permitir que entrase en aquella vivienda mientras Evelyn estuviese allí. Si la descubría no solo se llevarían a Evelyn, sino que seguramente acabarían todos con un expediente abierto por ocultar información al Pentágono y no comunicar la presencia de una telequinésica.

Nathan resopló mientras fulminaba a sus dos amigos con la mirada. Se giró con mal humor y volvió a apretar el interfono.

—Oye Sam, yo iba a ir al centro comercial ahora, si esperas un minuto bajo y te vienes conmigo.

Se giró hacia sus amigos y se encogió de hombros nervioso, mientras Ryan desaparecía de su lado. Josh se acercó a él.

—Entretenla. Cuando vayas a venir, avísanos.

—Ya, ya—susurró. Al momento, Ryan apareció a su lado con el abrigo, su cartera y las llaves de unos de los deportivos.

—Va—dijo con prisa.

La voz de Sam sonó por el interfono.

—De acuerdo.

Ryan le hizo un gesto para que se pusiese el abrigo.

—Venga, venga —insistió.

Nathan suspiró y apretó de nuevo el botón del interfono.

—De acuerdo. Ya bajo.

Se puso el abrigo y se giró hacia sus compañeros.

—Me parece muy feo.—Le recriminó—. La chiquilla solo quiere compañía femenina. Es normal.

Josh suspiró.

—Por supuesto que es normal. Pero por mucho que no me guste tener que mentirle no podemos permitir que se acerque por aquí. Si cada vez que viene las encuentra, lo más normal es que pase más horas en esta casa.

Nathan comprendió a qué se refería, mientras observaba hacia la habitación de Ryan, donde Evelyn se asomaba algo tímida y con rostro de tristeza.

Sarah se acercó un poco hacia ellos.

—A mí no me importa. Me cae bien. Aparte, la pobre debe sentirse sola.

—Sarah.—Le cortó Josh—. A mí tampoco me gusta la situación, pero si cada vez que viene os encuentra aquí pasará más horas y eso es lo que menos necesitamos—explicó con un movimiento de cabeza hacia Evelyn.

Sarah miró hacia Evelyn y aceptó mientras se dirigía al comedor. Josh suspiró, algo contrariado con la situación y finalmente puso una mano en el hombro de Nathan.

—Sácala a dar una vuelta por ahí y a comer. Sobre las siete, Evelyn ha quedado con su hermano. Que Sam se venga a cenar con nosotros, ¿de acuerdo?—acabó diciendo de forma comprensiva.

Nathan aceptó y abrió la puerta sin decir nada más. Sabía que Josh tenía razón en todo lo que había dicho. Que no podían arriesgarse. Que si Samantha cada vez que acudía a su nave a buscar a las chicas las encontraba allí acudiría más veces. Sabía que aquello no podía ser. Pero aquello solo dejaba constancia de lo sola que debía sentirse. Debía estar pasándolo mal, y aunque sabía que Nicholas era amigo suyo, comprendía que el hecho de que la mayoría de su grupo conviviese con sus novias allí, le atraería. Al fin y al cabo era lo más normal.

Bajó las escaleras y en vez de abrir la puerta para salir al exterior entró en el garaje. Cuando cerró la puerta, apretó el botón del mando a distancia de la puerta automática la cual comenzó a abrirse.

Por otro lado, aunque no se sentía bien con lo que estaba haciendo, ni le gustaba lo que había dicho Josh, se sentía alegre. Era la excusa perfecta para poder pasar un rato a solas con ella. Sin entrenar, sin tener que estar delante del grupo, solo ella y él. Aquello le gustaba más de lo que esperaba, pero sintió que se le aceleraba el corazón cuando la vio aparecer tras la puerta del garaje con rostro confundido.

Llevaba un abrigo marrón claro. Debajo, parecía que llevaba un jersey color rosado de cuello alto y los tejanos, con unas botas altas. Su cabello oscuro se movía de un lado a otro por el viento. Tenía un color de cara saludable, y sus ojos estaban perfilados con un lápiz de ojos negro y unas largas pestañas que hacían sus ojos azules enormes. Realmente era una belleza. Se obligó a reaccionar y caminó hacia el vehículo mientras metía sus manos en un abrigo largo negro.

—Hola.—Le sonrió abriendo la puerta del copiloto.

—Hola—respondió ella mirando el interior del garaje—. No pensaba que saldrías por aquí.

Él señaló el deportivo color negro.

—Sube, vamos. Te vas a helar—dijo con celeridad.

Ella sonrió mientras entraba en el coche y él cerraba la puerta. Era la primera vez que se subía a uno de esos vehículos. Parecía una nave espacial, todo lleno de botones.

Nathan hizo que el motor rugiese. Cuando la puerta del garaje se cerró, comenzó a internarse por las calles del polígono industrial. Aún quedaba nieve acumulada en las aceras. No descartaba que volviese a nevar en breve. El frío era impresionante y el cielo estaba totalmente nublado. Miró el termómetro y vio que marcaba tres grados de temperatura, aunque tenía claro que la sensación térmica debía ser mucho más baja con aquel viento.

Ladeó su rostro y observó que Samantha permanecía callada, con aquella postura tímida,

observando por la ventana.

—¿A qué vas al centro comercial?—preguntó.

Samantha pareció despertar de un sueño y lo miró unos segundos, como si tuviese que ubicarse.

—Quiero comprarme algún libro. ¿Y tú?

Nathan miró directamente la carretera.

—Unas revistas.

—Ah.

Observó de reojo cómo volvía a mirar por la ventana.

—¿Qué hacía tu grupo ahora?

Ella se encogió de hombros.

—Desayunar por segunda o tercera vez—bromeó.

Él sonrió. Tenía una sonrisa dulce, tierna, y contagiosa. No creía que nadie que viese aquella sonrisa pudiese contenerse a responderle de la misma forma.

—¿Tú has desayunado?

Ella enarcó una ceja.

—Sinceramente, me he levantado hace poco—dijo mirando la carretera—.No tenía apetito.

—Ya. Bueno, la mayoría del grupo no vendrá hasta las siete, así que si te apetece podemos comer algo por ahí. No soy muy buen cocinero.—Sonrió hacia ella—. Luego te podrías venir a nuestra nave a cenar. También vendrán Lucy y Sarah.

Ella le sonrió por el ofrecimiento. Era justo lo que necesitaba. Despejar su mente. Tener un día como una chica normal. Salir a pasear, comer en algún restaurante, comprar... Lo que menos necesitaba era estar encerrada en aquella nave industrial junto a un grupo cazavampiros y revivir una y otra vez aquella pesadilla.

—Claro—contestó entusiasmada con la idea. Luego lo miró con ternura—. Te lo agradezco—dijo sincera—. La verdad es que me aburro de estar ahí encerrada. Pensé que quizás Lucy y Sarah les apetecería salir si estaban allí.

Nathan la observó un segundo y suspiró, no muy convencido con lo que iba a decir.

—Lucy y Sarah tampoco están allí cada día. Pero les diré que cuando vengan te avisen. Así te distraes. Son buenas chicas.

—Vale. —Se pasó la mano por la frente mientras observaba cómo salían del polígono industrial y tomaban una carretera principal que los conducía a la ciudad—. La verdad es que hoy necesitaba despejarme.

Nathan la observó de reojo.

—¿Y eso?

—He pasado mala noche.

Nathan la miró un segundo.

—¿Te encontrabas mal? ¿No has podido dormir?

—No he dormido bien—dijo rápidamente.

—Deberías descansar para esta noche. No te iría mal acostarte un rato antes de salir.—Ella ya negaba incluso antes de que acabase la frase.

—No me preocupa eso. No soy de dormir mucho.

—Solemos salir hasta las seis de la madrugada.

Ella abrió los ojos de forma extremada.

—¿Hasta las seis?

—Claro, hasta que comienza a amanecer.—Le explicó.

—Ah, pensaba que saldríamos simplemente un par de horas.

Él negó y le sonrió.

—No.—Se detuvo en un semáforo y ladeó su rostro para observarla de forma interrogante—. ¿No has podido dormir por los nervios?

Ella lo observó durante unos segundos y le sonrió tímidamente.

—La verdad es que estoy algo nerviosa—admitió.

Nathan continuó observándola hasta que el semáforo se puso en verde y volvió a avanzar por las calles de Brooklyn.

—Dime, Sam, ¿has ensayado alguna vez más el escudo?—Ella se mordió el labio y lo observó de reojo. Él le sonrió al ver aquella actitud—. No pasa nada. No voy a evaluarte.—Aunque luego puso su rostro más serio—. Pero te iría bien practicar un poco antes de salir. Ayer, entre la primera y la segunda práctica conseguiste incrementar el tiempo.

—De acuerdo. Lo haré un par de veces antes de salir.

—Perfecto.—Permaneció un par de minutos en silencio y finalmente se decidió a darle conversación de nuevo—. ¿Y tu familia?

Ella lo miró de reojo.

—¿Mi familia?

—Sí—dijo él sonriente—. ¿Tienes hermanos? ¿Hay alguien más con algún don? ¿Eres la primera en adquirirlos?

Ella se quedó pensativa, más rato del que Nathan pudiese imaginar.

—Soy la primera, creo—dijo con un hilo de voz.

—¿Crees?—preguntó inquieto por el tono de voz que había empleado.

Ella giró su rostro y observó por la ventana. Había bastantes vehículos y gente paseando por la calles con el paraguas en la mano. No era de extrañar con el tiempo que hacía.

—Mis padres y mi hermano murieron—susurró al final.

Él giró su rostro para observar su perfil.

—Lo siento—contestó consternado—. No lo sabía.

Se giró hacia él y le volvió a sonreír tiernamente.

—Tranquilo, no pasa nada. Pero preferiría hablar de otro tema.

Nathan detuvo el vehículo en otro semáforo y se giró para observarla. En ese momento tuvo ganas de abrazarla. ¿Cómo podía ser aquella muchacha tan tierna?

—Claro.—Miró al frente controlando el semáforo y decidió cambiar de tema—. Esta noche vendrá a cenar también Elisabeth.

Ella le sonrió más, como si de aquella forma agradeciese el cambio de tema.

—¿Quién es?

—Es la novia de Jason. Comenzaron hace poco, hará un par de semanas.—Le sonrió. Cuando vio que el semáforo se ponía en verde volvió a arrancar—. Esta mañana Sean le ha extraído sangre... antes de irse al trabajo—improvisó.

Ella le miró confundida.

—¿Para qué?

—Elisabeth sufrió el ataque de varios vampiros y hombres lobo. Uno de ellos, el profesor Donovan —dijo recordando lo que le habían explicado en la primera reunión—. Creemos que es uno de los cabecillas de los lobos, y por lo tanto, puede que de la alianza de la muerte.—Puso el intermitente y se incorporó al carril de la izquierda tomando un desvío—. Suponemos que tuvo que absorber su aroma. Esta noche llevaremos una muestra de su sangre. Quizás así aparezca.

—Ah.—Se quedó pensativa unos segundos—. ¿Y fue cuando Jason la conoció?

Nathan le sonrió al ver su curiosidad.

—No. Elisabeth es amiga de Evelyn. La novia de Ryan. Ambas estudian juntas en la universidad. Solo que Evelyn tiene piso propio y no nos suele visitar mucho.—Volvió a improvisar—. Ya se conocían de antes del ataque.

—Vaya. Menuda historia.

—Sí.—La observó de nuevo—. Sarah y Josh se conocieron en comisaría. Ella es la sobrina del inspector de homicidios de Brooklyn. Y Brad conoció a Lucy porque salvamos a Katy, la hermanastra de Lucy, de unos vampiros.

—¿Y Evelyn?—preguntó con curiosidad, como si le interesasen las historias de romance.

Nathan miró al frente, sin saber qué decir, quizás debería ir con más cuidado con lo que explicaba para no intentar meterse en líos.

—Estudia historia del arte. El profesor Donovan, el que creemos que es uno de los cabecillas de la alianza, era su profesor.

—Ah, ¿la conoció en la universidad entonces? ¿Cuándo lo estabais investigando?

Nathan afirmó efusivamente, agradecido porque le diese una respuesta.

—Sí, ahí fue.

—¿Y tú?

Él la miró de reojo.

—¿Yo, qué?

Samantha se encogió de hombros.

—¿No tienes pareja? ¿No estás casado? ¿Novia?—preguntó con naturalidad.

Nathan rio.

—No, qué va. Sean tampoco tiene pareja, pero yo soy el soltero de oro.—Acabó bromeando. Ella rio y movió su rostro de forma graciosa, aún se sorprendía cuando lo veía soltar alguna broma, no daba ese aspecto a simple vista—. ¿Y tú?

—Tuve pareja cuando estudiaba, pero bueno, cuando me marché al Pentágono lo dejamos.

—Ya. La distancia.

—Entre otras cosas—comentó—. ¿Tú estudiaste?

Nathan negó.

—Entré al Pentágono con quince años—explicó mientras tomaba una calle hacia la derecha—. Hice los estudios normales de allí.

—Bueno, no es poco.—Rio ella—. Aprendes de todo: Idiomas, ingeniería, medicina, astronomía, química, física...

—Sí, pero la física no me gusta mucho, creo que ya te lo comenté.—Siguió bromeando.

—Va, no sabes lo que dices—respondió—. Es muy bonita.

—Sam, no es por menospreciar, pero no hay quién se aclare con las fórmulas y cálculos.—Ella comenzó a reír más fuerte—. Es una carrera que no logro entender. Creo que jamás lo haré.

—Bueno. Pero tuviste que aprobar para estar trabajando, y el nivel al que se llega en el Pentágono es prácticamente el de la carrera—dijo suavemente, pero él la miraba de reojo sin decir nada—. Aprobaste, ¿verdad?

—Sí, claro.

—¿Y esa mirada?

—¿Qué mirada?

—La mirada de soslayo.—Rio de nuevo.

Él se rio también.

—De acuerdo. Lo admito. Saqué un cinco justo.—Samantha siguió riendo—. Pero las otras asignaturas se me daban muy bien—contraatacó—. Medicina, astronomía, ingeniería, telecomunicaciones, los idiomas... incluso la química.

—Y la defensa personal.—Le recordó.

—Sí, eso también—apuntó.

Ella suspiró y observó hacia delante con una sonrisa.

—Bueno, tampoco creas que yo obtuve una media muy alta de la carrera.

La miró de reojo.

—Simplemente licenciarse en física ya es un logro. A ver, sorpréndeme.

Samantha puso una mirada incluso traviesa.

—Un ocho—dijo al final.

Nathan la miró de reojo.

—¿Un ocho de media?—Samantha afirmó—. Venga ya.—Hizo un movimiento de mano como sino la creyese.

—Que sí. Puedes mirarlo en mi expediente—acabó diciendo.

Él la contempló durante varios segundos, pensativo.

—Así que eres una chica guapa, inteligente, con unos dones extraordinarios... ¿y me dices que estás soltera?—Ella rio más fuerte—. Va, venga... aquí algo falla, no puede ser todo tan perfecto. Suelta la bomba—dijo mientras ella reía más fuerte.

Observó de reojo cómo Nathan miraba revistas de tecnología. Había algo en él que le atraía. Mucho. Cada vez más. Quizás era su imponente físico. Debía medir un poco más de un metro ochenta y cinco, un cuerpo bien trabajado. No muy voluminoso, pero realmente fibrado. Su cabello corto castaño oscuro, sus ojos marrón verdoso y aquella sonrisa de escándalo. Sí, quizás fuese eso, aunque también debía admitir que su carácter le atraía. Se le veía un hombre serio, aunque poco a poco iba descubriendo que bajo ese caparazón había un hombre incluso divertido, algo que le llamaba mucho la atención. Engañaba a primera vista.

Se giró y observó la multitud de libros que había frente a ella. Le apetecía un libro romántico, con el que dejar volar su imaginación. Nada de asesinatos, ni persecuciones... solo romanticismo. Volvió a mirar de reojo a Nathan y cogió uno de los libros. La verdad es que la portada era algo... mmmm... ¿caliente?

Un hombre y una mujer medio desnudos en una cama. Vale, sabía por experiencia que aunque la portada fuese escandalosa el libro no tenía por qué serlo, pero ¿qué pensaría Nathan?

Decidió dejar el libro y cogió otro un poco menos indecoroso. Le dio la vuelta y leyó la sinopsis. Aquel libro podía estar bien. Un libro de época. Le gustó lo que leyó. Podía ser entretenido, incluso divertido. Lo cogió y siguió buscando. No se llevaría solo uno. Si comenzaba a leer podía acabarse el libro en un par de días, así que como mínimo se llevaría tres o cuatro. Cuando los acabase se compraría más.

Cogió otro y tras ojearlo, también le gustó. Bueno, dos románticos. Miró de reojo y observó que Nathan se dirigía hacia ella. De acuerdo, hora de cambiar de sección, quizás alguno de suspense o thriller tampoco estaría mal.

Se movió a un lateral abandonando la sección romántica y entró en la de aventuras. Nathan se colocó a su lado con una revista en la mano.

—¿Ya está?—preguntó observando que llevaba dos libros bajo su brazo.

—Quiero comprarme algunos más.

—Te gusta leer, ¿eh?—pronunció mirando los libros.

—Sí.—Luego miró hacia su mano—. ¿Y la revista?

Él se la mostró. Era una revista sobre los últimos avances tecnológicos.

—¿Y tus libros?—Le señaló con un movimiento de cabeza.

Ella lo miró pensativa y chasqueó la lengua.

—He cogido dos románticos—dijo girándose sin mostrarle los libros, observando de nuevo la nueva sección.

Nathan la contempló sonriente, como si se diese cuenta de que aquella timidez no le permitía enseñarle los ejemplares que había cogido. Se encogió de hombros y siguió a su lado mientras observaba la gran cantidad de novelas.

Cogió uno y leyó la sinopsis. Una novela de abogados. Aquellos le gustaban, y aquel parecía tener una buena trama.

Lo cogió y siguió mirando. Observó que Nathan también iba mirando alguno que otro, leyendo la sinopsis de ellos.

Avanzó entre los libros y llegó a la sección de paranormal romántico. Sonrió cuando vio la portada en las que aparecían hombres lobo y vampiros. Nunca se había parado a leer una de aquellas novelas. De todas formas, con la vida que ella tenía ya era suficiente. Igualmente, suponía que podía ser divertido leer alguno.

Cogió el primero y lo leyó. Vaya, podía estar realmente entretenido. Un vampiro que luchaba contra otros y se enamoraba de una chica mortal. Notó que Nathan se colocaba a su espalda y leía la sinopsis desde atrás. Sam ladeó su cuello para observarlo, se encontraba sonriente mientras lo leía, luego giró un poco su rostro y arqueó una ceja hacia ella.

—Todo ficción—susurró divertido, incluso algo provocativo.

—Ya.—Se encogió de hombros pero colocó el libro junto a los otros tres—. Pero no me irá mal ver la otra perspectiva.

—¿Qué perspectiva?—Acabó colocándose frente a ella.

Ella le mostró el libro divertida.

—Un vampiro bueno que lucha contra los vampiros malos.

Él hizo un gesto cómico.

—Eso no es ninguna perspectiva. Es una novela de ciencia ficción. La realidad no es así.

Sam se encogió de hombros.

—Bueno, pero quizás se me quite un poco el miedo.—Volvió a burlarse.

Arqueó una ceja hacia ella.

—¿Pretendes enamorarte de un vampiro?

Puso un gesto serio y lo miró confusa.

—No me refería a eso. Me refería a que quizás sepa sobrellevar mejor esto si me lo tomo con algo de humor.

Nathan aceptó y acabó encogiéndose de hombros no muy convencido con lo que ella decía.

Se dirigió al mostrador y colocó los libros sobre él. Puso su revista mientras sacaba la cartera de su bolsillo.

Un hombre algo mayor se colocó al otro lado del mostrador y comenzó pasar los libros por la caja mientras ella sacaba su pequeño monedero del bolsillo.

—Déjalo, Sam. Regalo de bienvenida—dijo colocando su tarjeta de crédito sobre el mostrador.

—No, no...—Reaccionó sacando la suya y colocándola también—. Ni hablar.

Nathan ignoró aquel último comentario y le entregó la tarjeta al hombre.

—Nathan.—Se quejó—. No tienes porqué.

—Son cuatro libros. No pasa nada.

—Pero que no—protestó.

—Recuerda que tengo que evaluarte—Le susurró—. Sé obediente—comentó mientras el cajero pasaba la tarjeta y se la devolvía.

—Me has dicho que no ibas a evaluarme—susurró ahora confundida.

Él se encogió de hombros mientras le devolvía la tarjeta y el hombre metía los libros en una bolsa junto a la revista.

—No te evalúo. Pero sí tengo que redactar informes sobre tu evolución.

Ella lo miró impresionada.

—¿Ah, sí?

Nathan cogió la bolsa y aceptó.

—Claro, ¿de dónde crees que saben si superas las prácticas o no?

Ella se mordió el labio.

—Ah—dijo pasándose la mano por el brazo en actitud tímida—. No lo sabía. Pensaba que ese sería Josh.

—Josh me encargó tus prácticas.

—Ya—volvió a decir mientras descendía su rostro y se mordía el labio.

Vaya, así que además él era el responsable de su evaluación. Lo observó unos segundos, le miraba con un gesto confundido, como sino comprendiese aquella reciente actitud de ella. Por Dios, era un hombre extremadamente atractivo, caballeroso... no podía quitárselo de la cabeza y encima él tenía que evaluarle. Aquello no era buena combinación.

—El primer día, en la reunión, Josh me dijo que me encargase. ¿No lo recuerdas?

—Sí, sí... es que no sabía que tenías que ir redactando informes.

—Es solo protocolo.

Nathan se quedó mirándola varios segundos, parecía que evitaba mirarle. Sonrió y ladeó su rostro hacia ella con una sonrisa algo provocativa, buscando su mirada.

—¿Tienes hambre?

Sam miró su reloj de muñeca y comprobó que marcaba la una y media. La verdad es que ahora sí tenía un poco de hambre.

—Un poco.

—¿Qué te apetece comer?

—¿Qué te apetece a ti?—preguntó rápidamente.

Suspiró y miró a su alrededor. Había varios restaurantes de comida rápida, chinos, italianos...

—¿Te apetece un italiano?

Ella sonrió.

—Claro.

Nathan puso la mano en su espalda para indicarle hacia dónde ir. El centro comercial era enorme y parecía tener de todo. Tiendas de ropa, salas de videojuegos, restauración... Podría pasar el día entero allí y se lo pasaría genial.

Fueron hasta el restaurante italiano y Nathan le abrió la puerta para que pasase primero. Se sentía bastante cortada cuando daba alguna muestra de caballerosidad, no estaba acostumbrada a ello.

Un camarero se acercó con una gran sonrisa.

—¿Para comer?—Nathan afirmó mientras cogía su móvil y lo observaba—.¿Cuántos serán?

—Dos.

—Si me acompañan—dijo el camarero comenzando a caminar entre las mesas.

Samantha notó la mano de Nathan sobre su hombro.

—Sam, ahora vengo, me llama el jefe—bromeó.

Ella aceptó pero lo vio alejarse preocupado. ¿Por qué se alejaba de ella para hablar con Josh? Ella pertenecía a esa división, aunque fuese por un tiempo. ¿Sería para hablar con él sobre su formación? ¿Para que Nathan le informase de cómo estaba ella?

Se sentó a la mesa y observó cómo caminaba pasillo arriba, pasillo abajo, por el centro comercial.

Nathan llevó su móvil hasta su oído mientras se apartaba un poco del restaurante.

—Dime, jefe.

Josh suspiró a través del auricular.

—¿Cómo va?

—Bien, vamos a comer—explicó girándose un segundo, observando que el camarero la acomodaba en una mesa bastante alejada de la puerta.

—Evelyn se marchará sobre las seis al final. Ryan la llevará al piso de su hermano. Cuando salgan de aquí te hará una pérdida, así que cuando lo veas, sabes que ya puedes volver.

—De acuerdo. Respecto a esta noche...

—Saldremos después de cenar. Sobre las once.

Nathan avanzó por el pasillo.

—Quiero que ensaye un par de veces más el escudo antes de salir.

Josh permaneció en silencio un par de segundos.

—Sabes que se debilita.

—No, si lo hace nada más llegar a la nave. Tendrá tiempo suficiente para recuperarse.

—De acuerdo, pues venid los dos directamente hacia aquí. Igualmente quiero que Sean le enseñe cómo aplicar el antídoto de los lobos y tiene que aprender cómo funciona el radar.

Nathan caminó en el otro sentido.

—Lo del radar se lo puedo explicar yo. No hay problema.

—Perfecto. Pues ya sabes que cuando Ryan te haga la pérdida podéis venir. Y Nathan—dijo como si lo recordase—, que se alimente bien.

—Claro.—Dicho esto colgó y observó hacia dentro del restaurante. Samantha permanecía sentada de frente a él con la carta del menú en sus manos, leyendo atenta.

Entró y caminó hacia la mesa mientras se guardaba de nuevo el móvil en el bolsillo.

—Ya está.—Se sentó frente a ella y Sam bajó la carta del menú para observarlo.

—¿Todo bien?—preguntó mientras se mordía el labio.

—Sí.—Le sonrió mientras cogía otra carta del menú y la abría.

Ella observó cómo pasaba hoja tras hoja, inspeccionándolo con la mirada. ¿De qué había hablado con Josh? ¿Sería por algo de ella? Era lo más seguro, se había marchado fuera para que no le escuchase. Se moría de la curiosidad, pero también le intimidaba bastante preguntarle directamente. Él le había dado confianza, pero no sabía si llegaría a tanto.

Desvió su mirada, de la carta a él diversas veces, sin saber qué hacer.

—¿Has escogido ya tu plato?

—Comeré una ensalada de pasta.

Nathan se quedó pensativo unos segundos y después afirmó como si le diese el visto bueno, algo que le hizo enarcar la ceja a ella. Luego volvió su mirada hacia la carta.

—¿Qué quería Josh?—preguntó inocente mientras cogía su servilleta y la colocaba en sus piernas.

Nathan no elevó ni la mirada, seguía pensativo observando la carta.

—Informar que hoy saldremos sobre las once.

—Ah—dijo más tranquila. Tragó saliva y sonrió finalmente—. Como te has marchado fuera... Él elevó la mirada hacia ella algo dudoso y se acercó un poco.

—Prefería alejarme del camarero para hablar tranquilo—le susurró.

Ella rio algo nerviosa.

—Ah, claro.—Descendió su mirada hacia sus piernas y comenzó a alisar la servilleta ante la mirada interrogante de él. Tonta, tonta, se dijo varias veces.

El camarero llegó en ese momento.

—¿Qué van a comer?

Nathan cerró su carta.

—La señorita una ensalada de pasta y yo una pizza cuatro estaciones, gracias.—Le pasó la carta directamente.

—¿Y de beber?

Nathan miró hacia ella.

—Yo agua, gracias—contestó Samantha.

—Dos botellas.

El camarero los abandonó. Nathan volvió directamente la mirada hacia ella. Permanecía mirando su servilleta.

—Josh quiere que aprendas unas cuantas cosas antes de salir esta noche.

Ella lo miró intrigada.

—¿El qué?

Nathan se colocó correctamente en la silla, apoyándose contra el respaldo.

—Sean tiene que enseñarte cómo se aplica el antídoto contra los lobos.

—Ah.—Se removió algo inquieta.

—También tienes que aprender cómo funcionan los radares para detectar vampiros y lobos.— Ella aceptó pensativa—. Tranquila. Es cinco minutos cada cosa.

—De acuerdo.

Nathan sonrió de nuevo y esta vez cogió la servilleta quitándola del plato.

—Bien, pues ahora a comer mucho. Hay que coger fuerzas—pronunció animado.

5

Tras comer y tomar café habían dado una vuelta por el centro comercial y los alrededores. Nathan se mostraba encantador, más de lo que hubiese imaginado. Tenía aquellos gestos varoniles, incluso serios, pero había algo en él, como una fuerza y poder que lo rodeaba y le hacía parecer poderoso, aunque luego, cuando menos lo esperabas, sonreía de aquella forma tierna y sincera que hacía que su corazón palpitase más rápido. Sabía que no debía encariñarse con él, que solo permanecería un mes y medio con ellos y después no volvería a verlo, pero era difícil no sentir algo cuando la miraba de aquella forma mientras sonreía, cuando tenía algún detalle caballeroso con ella, cuando la observaba de aquella forma interrogante. Lo conocía hacía pocos días, pero debía admitir que se sentía a gusto con él, le hacía olvidar el sufrimiento que había pasado y de nuevo volvía a sonreír.

Quién hubiese imaginado que pasar un día junto a él, el hombre que se encargaba de su aprendizaje, pudiese ser tan agradable.

Se puso el cinturón de seguridad y miró su reloj de muñeca, las seis y media de la tarde. Nathan cerró la puerta del deportivo y pulsó unos botones del salpicadero.

—Señorita Murray, primera clase teórica—dijo con una sonrisa, como si aquello le divirtiese. Llevó su mano hasta otro botón y lo pulsó—. El GPS.—Ella escuchó atenta—. Siempre que salimos de caza lo activamos.—Apretó el botón y una pantalla se encendió en el centro creando un mapa tridimensional de donde se encontraban—. Antes estaban diseñados para captar solo a vampiros.—Ladeó su cuello y la observó—. Captan cualquier ser en movimiento a menos de quince grados.

—¿Y si no se mueve?

—Los vampiros siempre están en movimiento. No se quedan mucho rato quietos. Salen a buscar comida, se alimentan y vuelven a su dichosa madriguera—acabó diciendo con voz grave—. El GPS lo capta como un punto azul. Cuando lo capta emite un pitido.

—Ajá.

—A través del mapa...—Señaló la pantalla—, sabemos hacia dónde se dirige. —Luego le sonrió de forma provocativa—. Así que cuando aparece el punto azul comienza la fiesta.

Ella rio.

—Ese es el resumen, ¿no?

—Más o menos. —Se puso poco serio, sin abandonar su sonrisa y miró hacia el GPS—. Hace un par de semanas nos llegaron unas actualizaciones para poder captar también hombres lobos. Brad las instaló. Los hombres lobos tienen una temperatura más elevada, más de cuarenta grados,

así que también capta cualquier ser en movimiento que tengan esos grados.

—¿Y también los señala con un punto azul?

—No. Rojo—dijo mientras metía la llave en el contacto y arrancaba el deportivo—. También da una señal de pitido y al momento aparece en la pantalla. ¿Tienes puesto el cinturón?

—Sí.

Echó marcha atrás y se dirigió hacia la rampa para salir del garaje.

—¿No os ha pasado que alguna vez haya captado algo y no sea un hombre lobo o un vampiro?

Nathan la observó de reojo.

—No.

—¿Y no podría pasar?

—Bueno—dijo pensativo—, normalmente el cuerpo humano está sobre unos treinta y seis o treinta y siete grados. Supongo que un muerto que esté a menos de quince grados o un enfermo que esté a más de cuarenta de fiebre lo captaría también.—Luego le sonrió—. Pero eso se resuelve fácilmente dirigiéndonos al lugar y observando la persona.—Ella sonrió ante su explicación—. Los vampiros se notan que son vampiros a primera vista.—Le aclaró—. Los hombres lobos, al mutar, es un poco más complicado. Si no están en transformación quizás no nos demos cuenta. Ahí es donde interviene el radar y nos lo indica.

—Ah.

Se incorporó a la carretera y aceleró un poco.

—Todos los vehículos que tenemos, ya sean todoterrenos o deportivos están perfectamente equipados.—Mientras conducía iba señalando botones del salpicadero—. Tienen luz solar, lo cual hará que cualquier vampiro que se acerque se desintegre y que los lobos se aturdan, tanto en el exterior como en el interior. Ella iba aceptando mientras él la instruía—. En el maletero hay una trampilla donde guardamos todas las armas.—Señaló hacia detrás—. En los deportivos es más pequeño, por eso siempre que salimos de caza usamos los todoterrenos. Aparte, son todoterrenos grandes y los asientos son movibles.—La observó de reojo y sonrió—. Todos los maleteros llevan una fina capa de plata, por si se acercan demasiados.

—Están bien equipados—pronunció asombrada.

—Y eso no es todo.—Siguió como si disfrutase de aquella conversación—. También se tintan los cristales, por si debemos transportar algún vampiro vivo.

—¿Transportar algún vampiro aquí dentro?

Él se encogió de hombros.

—Aquí dentro no, pero en los todoterrenos hemos transportado unos cuantos.—Tragó saliva y se cambió de carril para tomar el desvío que le llevase hacia fuera de la ciudad—. En la parte trasera de los todoterrenos hay unos ganchos de plata, permite inmovilizar a un vampiro con cadenas.

—¿Y para qué queréis mantener un vampiro con vida?—preguntó confundida.

Él se encogió de hombros.

—Para interrogarlos.

Ella pareció asombrada.

—¿En serio?

Tomó el desvío y aceleró un poco más al incorporarse en la autopista.

—En la parte alta de la nave hay una sala de interrogatorios. No hay nada excepto unas cadenas, ¿no la has visto?—Ella negó—. Luego te la enseño.

Parecía asombrada con lo que le explicaba. Estaba claro que esas cosas quedaban fuera de su alcance, no entraba dentro de lo que eran las funciones que ella podía realizar en una división de combate.

—¿Y cómo interrogas a un vampiro?—preguntó curiosa—. Son muy fuertes, y rápidos.

—Olvidas que cuando los interrogamos los tenemos atados con cadenas de platas, así que se debilitan bastante.—Se encogió de hombros—. Además, hay muchas maneras de sacar información. Dagas de plata, ajo...

—Ya, ya...—Le cortó mientras un escalofrío recorría su cuerpo—. No sabía eso. Pensaba que simplemente los matabais y ya está.

—Cuando cantan lo que queremos saber los matamos, sí.—Acabó con una sonrisa, como si su profesión le pareciese divertida.

—Ya.—Chasqueó la lengua y miró por la ventana, comenzaba a oscurecer—. Oye Nathan...—Adoptó un tono de voz más pausado—. ¿Cuándo te enfrentaste a un vampiro por primera vez?

Él la miró de reojo y se quedó pensativo durante unos segundos, como si hiciese tanto tiempo que le costase recordarlo.

—Debía tener diecisiete años.

Ella se mordió el labio.

—Qué joven.

Le sonrió al escuchar su respuesta.

—Estuve primero en Nuevo Méjico.—Le explicó—. Varios años. Luego me derivaron a una división en Texas y finalmente me uní a esta, Nueva York, Brooklyn.

Ella lo observó pensativa.

—Dicen que en esta división están los mejores.

Nathan la miró de reojo.

—¿Quién dice eso?

—Lo decían en el Pentágono.

Él sonrió hacia ella.

—¿Pues sabes, qué? Tienen razón.—Acabó riendo.

—¿Y por qué abandonaste Texas? ¿No te gustaba?

—Sí, estaba bien allí, pero la cosa se volvió algo aburrida. Me ofrecieron venir a esta división dado que parecía que los vampiros habían emigrado a esta zona. No lo dudé un segundo.

—Prefieres la acción.

—Soy un hombre de acción.—Reafirmó su comentario sonriente—. ¿Y tú? ¿Por qué solicitaste las prácticas aquí?

Ella se encogió de hombros.

—Nicholas me lo recomendó, ya que él iba a venir aquí durante un tiempo. Al Pentágono le pareció bien, dado que como dices, hay mucho movimiento de vampiros y hombres lobos y pocas personas con mi poder.

—Sí, la verdad es que lo que menos esperábamos era un potenciador—bromeó—. Pensábamos que traerían algún chiquillo de prácticas de quince o dieciséis años recién licenciado. No te esperábamos a ti—dijo ladeando su rostro hacia ella—. Sin duda, el Pentágono ha hecho bien enviándote, ahora mismo lo que más necesitamos es un potenciador.

—Ya.—Tragó saliva mientras observaba que tomaba el desvío para el polígono industrial. Luego rio algo nerviosa—. Quizás debería haber escogido algo más tranquilo para las primeras prácticas.

Él la miró de reojo.

—No. Ya estás bien aquí—pronunció secamente—. Quizás sea el lugar donde hay más movimiento sobrenatural, pero también será el lugar donde estés más protegida. Créeme, el Pentágono sabe lo que hace cuando nos pone a cargo de una persona tan valiosa como tú.

Ella enarcó una ceja hacia él. ¿Y cómo se tomaba eso? ¿Era un cumplido? Su tono había sonado tranquilo, amable, incluso profesional, pero aquello no dejaba de lado que la hubiese valorado como una persona valiosa. Estaba claro que sus poderes no abundaban, pero escuchar aquellas palabras salir de la boca de aquel hombre le había hecho poner la piel de gallina.

Lo miró de reojo y se dedicó unos segundos a mirar por la ventana sin saber qué contestar a aquello. Las calles del polígono industrial estaban totalmente vacías, parecía que aquella zona estaba bastante abandonada. La nieve aún se amontonaba sobre las aceras. Miró hacia el cielo y observó las nubes esponjosas, como si amenazase con comenzar a llover o nevar de un momento a otro.

Nathan sacó el mando a distancia del garaje y lo pulsó. La puerta se abrió y entró el vehículo aparcándolo al final.

Samantha se quitó el cinturón y bajó del deportivo adoptando aquella postura tímida mientras Nathan controlaba cómo se volvía a cerrar la puerta del garaje. Fue hacia el maletero y lo abrió cogiendo la bolsa con los libros. Cerró el maletero y se colocó frente a ella pasándole la bolsa. Ella le sonrió.

—Gracias de nuevo por los libros.

Él le sonrió tiernamente.

—No hay de qué.

Se mordió el labio y lo miró de reojo mientras notaba cómo sus mejillas se tornaban un color más carmín. ¿Por qué tenía que reaccionar así ante su cercanía? Aquella mirada fija de él, penetrante, exhaustiva.

—Gracias. Me apetecía desconectar.

Él aceptó con una mirada divertida al ver sus gestos tímidos. La verdad es que era la mujer más hermosa que había visto. Era como si llegase hasta el fondo de su corazón. Le parecía tierna, adorable...

Sin poder evitarlo descendió su mirada hacia sus labios, eran apetecibles. Hacía años que no sentía una necesidad así, la necesidad de estrechar una mujer entre sus brazos, de besarla y acariciarla con tanto deseo.

Ella coincidió su mirada con la de él y tuvo que detectar la mirada cargada de fuerza, e incluso de deseo, porque dio un paso atrás bajando su rostro como si su actitud le intimidase o le asustase.

Analizaba cada movimiento suyo, cada gesto, pero aquella vez, había visto algo más en su mirada. ¿Deseo? ¿Pasión?

Se mordió el labio y finalmente se atrevió a mirarle de nuevo intentando crear una sonrisa hacia él.

—Me he divertido mucho.

Él aceptó conmocionado aún.

—Yo también. Podemos repetir otro día.

—Claro—pronunció bastante nerviosa.

En ese momento la puerta del garaje se abrió. Josh se encontraba bajo el marco de la puerta. Los observó directamente. Nathan y Sam estaban el uno frente al otro mirándose fijamente.

—Ya estáis aquí—dijo mirando a Nathan, el cual desvió la mirada hacia su jefe y al momento observó cómo él enarcaba la ceja.

—Sí, ya estamos aquí—pronunció seriamente. Se pasó la mano por el cabello nervioso y volvió a mirarla. Le hizo un gesto con su rostro para que le siguiese fuera del parking.

Josh cerró la puerta del garaje cuando ellos salieron al pasillo.

—Os estábamos esperando.—Miró a Samantha, la cual mantenía aún un tono rosado en sus mejillas—. Sam, ahora subimos—dijo colocando una mano sobre el hombro de Nathan para que no le siguiese—. Están arriba Sarah, Lucy y Elisabeth. Me han preguntado varias veces por ti—pronunció amable—. Diles que subimos ahora.

—Claro—respondió mientras subía las escaleras.

Subió las escaleras y en cuanto abrió la puerta escuchó las voces de las chicas riendo y

charlando.

En cuanto Josh observó cómo cerraba la puerta se giró hacia su compañero.

—¿Ha ido todo bien?

Él se encogió de hombros.

—Claro, ¿por qué iba a ir mal?

Esta vez fue Josh quién se encogió de hombros.

—De acuerdo. Que ensaye un par de veces más el escudo.—Miró su reloj, el cual marcaba las siete y diez—. Hasta las nueve. Luego cenamos y que recupere fuerzas.

—De acuerdo —dijo. Se giró y subió el primer escalón, pero la mano de Josh le detuvo y se giró para observarle.

—No te encariñes con ella—le susurró con voz pausada—.Sabes que tendrá que marcharse.—Nathan lo observó sorprendido por su comentario.

—No me estoy encariñan...

Josh le cortó.

—He visto cómo la mirabas—susurró seriamente—. Sabes que no puede ser.—Subió el escalón, mirándolo—. Además, nuestros superiores no ven con buenos ojos una relación entre dos miembros de una misma división.

—Josh—respondió seriamente—. Te estás equivocando.

—¿Tú crees?—preguntó alzando una ceja—. No soy idiota, Nathan.

Nathan le aguantó la mirada un rato y finalmente suspiró y la apartó de él. No dijo nada más al respecto, subió las escaleras seguido de su jefe y se dirigieron al comedor. Sabía que Josh no era idiota, al contrario. Era demasiado listo, aunque tampoco hacía falta serlo mucho para imaginar que algo comenzaba a sentir, sobre todo por la cercanía y la mirada que Josh había visto entre ellos. Pero sabía que tenía razón, debía intentar frenar aquel impulso que sentía cuando la miraba. Ella se marcharía y no volvería a verla, la enviarían a una zona de Europa o a otro estado, e independientemente de eso, aunque consiguiese quedarse allí, sus jefes no verían con buenos ojos su relación. Si fuese de otra división no ocurriría nada, pero ¿una pareja trabajando en una misma división? Aquello no podía ser, lo que menos necesitaban eran moverse o actuar por sentimientos, todos debían ser imparciales, moviéndose por un grupo en común, obviamente una relación dentro de una división distraería a ambas personas.

Caminaron juntos por el pasillo hasta el comedor, sin pronunciar nada más al respecto.

Samantha se encontraba sentada junto al resto de las chicas.

—Oye, pues será mejor que intercambiamos los móviles—dijo Sarah—. Nosotras no venimos cada día, pero cuando vengamos te podemos avisar y así te pasas.

—Claro—respondió Samantha risueña mientras guardaba el móvil de Sarah en el suyo.

—Hazme una pérdida que así guardo el tuyo.

Nathan se detuvo a unos cuantos metros de ella. Realmente era preciosa, le encantaba aquella actitud dulce, risueña, sin maldad ninguna. Era totalmente inocente. Observó cómo Josh se dirigía a Sarah colocándose al lado.

—Sam—dijo Nathan con voz grave—. Hay que practicar—comentó.

—¿Ya?

Nathan cruzó la mirada un par de veces con su jefe, el cual lo observaba con actitud algo graciosa. Suspiró y se giró hacia el pasillo para deshacer el camino que había hecho rumbo al ascensor.

—Ya—ordenó.

Sarah sonrió hacia Samantha.

—Ahora le paso tu móvil a Lucy y Eli.

—De acuerdo.—Se guardó su móvil en el bolsillo y salió del comedor rumbo al ascensor, donde Nathan le esperaba ya en su interior.

En cuanto entró, sin decir nada más, pulsó la segunda planta y las puertas se cerraron.

Él permanecía callado, reflexivo, con aquel gesto serio en su rostro. Notaba cierto cambio de humor en su carácter. ¿Le habría dicho algo Josh?

En cuanto las puertas se abrieron Nathan comenzó a caminar a paso acelerado hacia el gimnasio, sin siquiera mirar al lado por si ella le seguía. Entró y fue directamente hacia el sitio de las colchonetas, se apoyó contra la pared cruzando sus brazos y la miró a ella, la cual parecía algo desconcertada.

—Haz el escudo—pronunció observándola fijamente.

Ella miró de un lado a otro, cada vez más confundida por su repentino cambio de humor. Lo miró fijamente con gesto preocupado.

—¿Estás bien?

—Sí—contestó mirando su reloj—. Pero queda poco tiempo para que salgamos y aún tenemos que cenar y tienes que recuperarte. Vamos, crea un escudo. Hasta el límite.

Ella permaneció varios segundos más observando cómo él miraba su reloj de muñeca, cómo hablaba sin observarla. La verdad es que parecía incluso enfurecido.

Suspiró y decidió hacer lo que le ordenaba. Cerró los ojos y se concentró. Al momento, una fina capa azulada comenzó a aparecer alrededor de su cuerpo. Creaba los escudos sin dificultad ninguna, pero sin embargo le costaba mantenerlos. La suave brisa promovida por la energía que acumulaba a su alrededor movió sus cabellos hacia los lados.

Nathan miró su reloj de pulsera mientras controlaba el tiempo que aguantaba.

Ella permanecía con los brazos caídos hacia los lados, con sus manos convertidas en puños e intentando controlar la respiración. ¿Por qué tenía que ser tan tierna? Se pasó la mano algo nervioso por la frente mientras la observaba, podría quedarse así horas, observándola. Josh no se

había equivocado, se conocían demasiado bien, todos. Aquella última mirada que se habían dado en el parking le había parecido que era recíproca. Samantha también le había observado con una mirada tierna, cariñosa... Sí, ella había detectado cómo la miraba, el rumbo de su mirada bajar hacia sus labios.

Suspiró y volvió a controlar el tiempo. Ella seguía en la misma postura, apretando las manos y sus párpados, como si comenzase a costarle ya.

—Vamos Sam, aguanta—susurró Nathan. Se mantuvo unos cuantos segundos más así hasta que observó cómo el escudo comenzaba a desaparecer.

Ella volvía a estar pálida. Observó cómo sus piernas temblaban y se movió rápido hacia ella cogiéndola del brazo para que no cayese.

—¿Estás bien?—preguntó sujetándola.

Sam lo miró un segundo antes de bajar su mirada de nuevo, y aceptó.

—Siéntate—dijo, desplazándola unos metros hasta la colchoneta y ayudándola a sentarse.

—No me voy a desmayar—pronunció cuando volvió a mirarlo. Nathan la observaba con mirada preocupada.

La soltó, pero Sam no se tumbó, sino que se quedó sentada con sus piernas cruzadas. Nathan fue hacia la estantería y cogió una botella de agua y un vaso de plástico, llenó un vaso y se lo ofreció cuando se arrodilló a su lado.

—Has durado un minuto y diez segundos.

Ella bebió y se encogió de hombros. Cuando acabó le pasó el vaso y se llevó la mano a la frente donde notaba aquellas gotas de sudor frías descender hasta su mejilla. Suspiró y miró hacia los lados sin saber realmente qué hacer. ¿Por qué le intimidaba tanto?

—He mejorado un poco.

—Sí.—Él la observó y al fin emitió una leve sonrisa—. Déjame un sitio—pronunció sentándose a su lado. Samantha observó cómo se colocaba a su lado sin observarla, con su gesto serio de nuevo. Se quedó unos segundos reflexivo y luego la miró de forma interrogante, a pocos centímetros de ella—. Si ocurre algo esta noche...—su voz sonaba grave, y hablaba de forma lenta, como si reflexionase—. No dudes en usar el escudo.—Ella aceptó—. Sé que no puedes potenciarnos y crear el escudo a la vez. Lo primero, ante todo, el escudo. ¿De acuerdo?

—Claro—susurró.

Observó su rostro pensativo mientras un leve suspiro salía de lo más profundo de su ser.

Miró su reloj y se pasó una mano por el cabello castaño revolviéndolo.

—Voy a llamar a Sean.—Se puso en pie—. Tiene que enseñarte cómo funciona el antídoto.

Sin decir nada más, salió del gimnasio. Estaba bastante más serio que hacía media hora. Escuchó cómo lo llamaba y luego lo vio aparecer, colocando sus manos en los bolsillos de sus tejanos. ¿Quizás estaba nervioso por esta noche? No lo creía, él estaba adaptado a salir a cazar

vampiros y hombres lobo, pero quizás... quizás era la responsabilidad que sentía hacia ella lo que le hacía adoptar aquel comportamiento.

Fue hasta la pared que había a unos metros de donde se encontraba y pulsó unas teclas, al momento la pared se desplazó hacia un lado dejando a la vista el enorme almacén.

Antes de entrar la observó unos segundos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Dicho esto desapareció de su vista. Samantha arqueó su cuello y su espalda hacia delante para intentar observarlo, pero no veía nada, simplemente una pequeña parte del almacén.

Se giró cuando escuchó los pasos de alguien entrar en el gimnasio.

—Hola Sam—dijo Sean. Vestía también unos tejanos con una camisa negra. Lo cierto es que todos aquellos hombres eran impresionantes. La observó de forma interrogante y fue directamente hacia ella—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí—dijo, intentando calmarse—. Es que acabo de ensayar el escudo y me he debilitado. Ahora se me pasa.

Sean se colocó frente a ella.

—Ya—dijo, no muy convencido.

Nathan salió del almacén y volvió a cerrarlo pulsando unas teclas que había en la pared. Se giró hacia Sean y fue directamente hacia él pasándole unas cuantas inyecciones. Supuestamente, aquel era el antídoto contra un hombre lobo.

—Hay que mostrarle cómo inyectarlas; por si acaso —acabó diciendo mientras se cruzaba de brazos.

Sean las observó un segundo y se puso de rodillas frente a ella.

—De acuerdo, Sam—dijo mostrándole las agujas—. Sabes que cualquier rasguño por parte de un hombre lobo hará que te transformes.—Ella aceptó—. No hace falta que sea una mordedura. Simplemente con que su uña roce tu piel ya estás infectada.

Nathan se mantenía de pie con los brazos cruzados detrás de Sean.

—Los trajes que llevamos nos protegen—comentó él, desde atrás.

—Pero dijéramos que están más bien diseñados contra los vampiros. Un zarpazo de hombre lobo podría atravesarlo sin muchos problemas.

Ella lo miró preocupada, pero prefirió no decir nada al respecto.

—Toma—dijo Sean pasándole uno de los antídotos. La aguja era gorda y excesivamente larga. La carga era de un color verdoso—. Hay que inyectarlo todo.

—¿Dónde?

—En el corazón.—Ella abrió los ojos excesivamente hacia él—. El virus del lobo es muy rápido. Podría inyectarse al lado de la herida, pero para prevenir, lo mejor es inyectarlo en el

corazón, así nos aseguramos que el antídoto viaja rápido por todo el organismo.

—Ah.

—Hay un tiempo para inyectarlo. Lo mejor es antes de diez minutos, si no, puedes estar perdido. —Se giró un segundo hacia Nathan y lo observó para corroborar lo que decía, luego volvió la mirada hacia ella—. Túmbate.

Ella observó algo asustada a Sean y luego miró directamente a Nathan.

—¿Me lo tienes que inyectar?—preguntó con algo de temor en la voz.

—No. Solo voy a mostrarte cómo debes hacerlo.

Aquello le tranquilizó un poco. Solo pensar que aquella enorme aguja debía atravesar su carne y su corazón le hacían palidecer. Aun así, miró hacia Nathan mientras se tumbaba sobre la colchoneta, tenía una medio sonrisa en su rostro, como si aquel último comentario le hubiese hecho gracia.

Sean se colocó al lado de ella. Sin previo aviso, llevó su mano hacia su pecho, y comenzó a palpar. Ella se quedó totalmente quieta, algo cortada.

—Aquí—dijo señalando un punto en su pecho—. Entre la segunda y la tercera costilla, ¿de acuerdo?—Ella lo miró y aceptó apretando los labios—. Primero buscas con la mano, cuando localizas el hueco clavás la aguja hasta el fondo con un golpe seco, nada de titubeos. Directamente aprietas el bolo e introduces lentamente el antídoto. —Apartó su mano de ella y le mostró la aguja—. El antídoto es muy fuerte. Por eso no nos lo hemos inyectado.—Le tendió la mano y la ayudó a incorporarse sentándose de nuevo sobre la colchoneta—. Siempre están en la guantera del deportivo o todoterreno cuando salimos, ¿de acuerdo?—Ella aceptó y directamente Sean se tumbó en la colchoneta. Le cogió la mano y la colocó sobre su pecho mientras Samantha enarcaba una ceja hacia él—. A ver, busca el sitio para inyectar.

Ella se mordió el labio mientras notaba cómo Sean sujetaba su mano en su pecho. La verdad es que estaba musculado, notaba su pecho duro y subía y bajaba de forma lenta.

—Vamos, Sam.—Le instó—. Si me hubiese mordido un lobo deberías darte prisa. Venga, chiquilla, sin miedo, que no muerdo.—Le animó con una sonrisa al ver el gesto tímido de ella.

Notó cómo Nathan se colocaba a su espalda observando los gestos de ella.

Ella resopló y notó cómo su mano temblaba un poco mientras la paseaba por el pecho de Sean buscando las costillas. La verdad es que aquel contacto, aunque fuese estrictamente profesional, el hecho de tener a Nathan detrás observando le hacía poner más nerviosa.

—A ver—dijo Sean cogiendo su mano—. Si no te aclaras cuenta las costillas desde arriba.—La colocó en la clavícula y contó con ella—. Una.—Luego descendió su mano—. Dos.—La bajó un poco más—. Tres.—La subió un poco y tomó su dedo presionando—. Entre la dos y la tres.—Le recordó—. Vamos, tú sola.

¡Ahhhh! Aquello no le gustaba, o... bueno, sí, le gustaba demasiado. Sean era atractivo, pero

notó cómo el bello de la nuca se le erizó cuando sintió la pierna de Nathan a su lado. Si tuviese que hacer aquello con Nathan se desmayaría ahí mismo.

Movió su mano hasta la clavícula y contó hacia abajo, halló el hueco y lo marcó.

—Aquí.

—Perfecto—dijo Sean incorporándose—. Me has salvado la vida—bromeó—. Pero que sea más rápido la próxima vez.

Ella se mordió el labio.

—¿Pero voy a ser yo la encargada de poner un antídoto si ocurre algo?

Esta vez Nathan fue el que habló, Sam se giró para observarlo. Por Dios, tenía el rostro algo tenso.

—No. Lo hacemos nosotros. Pero nunca se sabe. Mejor que sepas hacerlo—dijo cogiendo los antídotos que Sean le pasaba.

Sean se colocó en pie de un salto y miró hacia Nathan.

—¿Hace falta enseñarle algo más?

Nathan negó.

—Le he explicado lo del GPS antes.

—Vale. Entonces, preparada para la acción—comentó colocando sus manos en la cintura.

Ella hizo un gesto no muy seguro con su rostro, mientras se incorporaba para levantarse.

—No te levantes aún. Estás muy pálida.—Ordenó Nathan colocando una mano en su hombro y presionándole hacia abajo para que se sentase de nuevo—. Tienes que recuperarte.

Sean la observó.

—Que coma hidratos de carbono, le irán bien.

—Ya ha comido este mediodía—explicó Nathan.

—Pues que coma otra vez. Necesita energía.—Miró hacia Sam—. En la nevera hay macarrones que sobraron del otro día. Cómetelos.

Ella puso cara de disgusto, pero Sean y Nathan le mandaron una mirada de “te lo vas a comer tanto si quieres como si no”, así que se contuvo de decir nada al respecto.

Sean giró su rostro hacia Nathan, el cual seguía mandado miradas de “te vas a comer todo lo que haya en el plato”.

—¿Cómo ha ido el escudo?

Finalmente giró su rostro hacia él.

—Un minuto y diez segundos.

—Bueno, ha mejorado algo.

—Poco—comentó seriamente.

—Es que es difícil—protestó ella.

Nathan volvió a mirarla.

—Por eso debes practicar—dijo mirándola un segundo y después volviendo su rostro hacia Sean—. Por hoy ya es suficiente. No quiero que se agote más antes de salir, pero mañana volveremos a hacer un par de ensayos.

¿No iba a tener un día de fiesta después de salir toda la noche?

Ella chasqueó su lengua mientras estiraba sus piernas y suspiraba.

Volvieron a mirarla fijamente hasta que Sean se descruzó de brazos y adoptó una postura menos desenfadada.

—Bueno, pues habrá que ir a cenar.

Nathan se giró hacia ella y le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Vamos.

Aún se notaba débil, pero prefería no decir nada al respecto. Caminaron hacia el ascensor y bajaron a la primera planta. Como había imaginado, la mesa ya estaba preparada. Josh iba con una olla de carne en sus manos hacia la mesa. El olor había invadido todo el comedor.

—Han confirmado que vendrán—dijo depositando la olla en la mesa. Se giró hacia ellos, los cuales caminaban hacia la mesa—. Ya estáis aquí. Iba a llamaros ahora.—Contempló un segundo el rostro de Samantha y le tendió una silla para que se sentase. Aún debía estar pálida. Ella la aceptó de buen agrado. Josh se distanció de ella y fue hacia Nathan el cual iba directamente hacia la nevera—. ¿Cómo ha ido?

Él chasqueó la lengua.

—Poco más de un minuto.—Le explicó sacando la bandeja de macarrones y cogiendo un plato y una cuchara. Introdujo la cuchara en la bandeja y comenzó a echar macarrones en el plato. Miró de reojo a Josh, el cual estaba cogiendo los vasos que faltaban por poner—. Luego hablamos—dijo, adoptando un tono de voz más suave.

—De acuerdo.

Sarah se sentó en la mesa, justo frente a Samantha.

—Entonces, ¿cuántos seremos?—preguntó hacia Josh mientras observaba la olla cargada de carne.

—Sobre unos noventa.

Ryan se sentó al lado de Samantha, sonriente como siempre.

—Tampoco somos tantos.

Josh se acercó y colocó los vasos.

—Los superiores han confirmado que vienen.

—Mierda—susurró Ryan.

—Yo pienso divertirme igual, no estaré de servicio.—Rio Jason mientras cogía unas pinzas y comenzaba a remover dentro de la olla. Cogió el plato de Samantha y comenzó a echar carne en él: salchichas, lomo, pollo... justo cuando Sam iba a protestar, Nathan se puso al lado de ella, con

otro plato en la mano depositándolo frente a sus narices.

—Ella come esto. Ese plato es para mí.—Luego rio hacia Jason—. Y cárgalo más. ¿Qué quieres? ¿Matarme de hambre?—bromeó, sentándose al lado de ella.

Samantha observó el plato ¿Podía haberlo cargado más? ¿Se suponía que debía comerse todo aquello? Debía ser una broma, ¿verdad?

Nathan cogió su plato y miró de reojo a Samantha. Permanecía mirando el plato de macarrones con ojos desorbitados. Se acercó a ella.

—Todo.

Ella se giró con la mirada asombrada.

—No puedo con todo—protestó.

—Sí que puedes.

—No, no puedo—dijo con un tono que no daba lugar a más discusión. Él arqueó una ceja hacia ella—. Yo no soy tú—acabó diciendo.

—De acuerdo, pero come hasta reventar. No quiero que cuando lleguen las cuatro de la mañana comiences a decir que tienes hambre—bromeó, mientras cogía sus cubiertos y comenzaba a cortar un trozo de pollo.

Ella suspiró y cogió su tenedor.

Sarah se sirvió unos cuantos muslos de pechuga y sonrió hacia Samantha.

—Mañana acompañaré a Elisabeth y a Lucy a por los vestidos para la boda, ¿te quieres venir?

Ella desvió su mirada de aquel enorme plato.

—Claro.

—Iremos por la tarde. A primera hora. Por cierto, ¿tienes algún vestido?

Ella la miró fijamente. No había caído en eso. Puso cara de disgusto y pinchó unos cuantos macarrones. Había traído mucha ropa, pero ningún vestido que sirviese para ir de boda

—Pues no. Debería comprarme uno—susurró—. ¿Cuándo es la boda?

—¡La semana que viene!—dijo Elisabeth alarmada—. ¡Listo! Mañana te vienes con nosotras y te compras uno.

Ella se encogió de hombros y volvió a mover el tenedor por el plato.

—De acuerdo—dijo mientras volvía a pasear el tenedor por los macarrones sin pinchar ninguno.

Le apetecía salir de compras, aunque el comportamiento de Nathan aquella última hora la tenía un poco abstraída. Las chicas y el resto del equipo se mostraban encantadores con ella, no sabía por qué Nathan tenía que haber cambiado su actitud aquella última hora. Durante todo el día había sido encantador.

Notó que se acercaba a ella de nuevo.

—Come.—Ordenó. Ella lo miró y volvió a pasear el tenedor por encima de los macarrones

algo enfurruñada—. O comes por tu propia voluntad, o te aseguro que yo mismo te daré de comer.

Vale, aquella había sido la amenaza definitiva. Pinchó unos cuantos macarrones y se los llevó a la boca. La verdad es que cuando estaba en aquella actitud asustaba mucho.

6

Nicholas, Taylor, Christopher y Adrien se habían unido a ellos nada más acabar de cenar. Habían subido a la planta de arriba y se dirigieron al gimnasio, donde se encontraba el almacén donde guardaban los trajes y las armas.

Samantha se había quedado un poco rezagada mientras veía a todos entrar al gimnasio y comenzar a desvestirse, sin siquiera reparar en ella.

Una camisa voló por el aire seguida de unos pantalones. Notó cómo sus mejillas se teñían de rojo. Desde luego, el espectáculo no estaba nada mal. Buscó con la mirada a Nathan, quizás podría aprovechar para saciar su curiosidad. Lo rebuscó entre todos, se encontraba al final del gimnasio desabrochando su camisa mientras charlaba con Brad y Josh de forma animada.

Samantha suspiró. Bueno, algo tenía que hacer, por mucho que fuese parte de aquella división no pensaba cambiarse rodeada de todos aquellos chicos.

—Hola—susurró. Pero todos parecían estar divirtiéndose mientras se enfundaban sus trajes negros, preparándose con ansias para la batalla—. ¡Eoooo!—Volvió a susurrar.

Nadie le prestaba atención. Podría apostar a que se desnudaba allí en medio y no se darían ni cuenta.

Se encogió de hombros y comenzó a avanzar entre ellos saltando entre la ropa que iban dejando en el suelo. De acuerdo, no le prestaban atención, pues ya se apañaría ella misma.

—Vamos Sam, cámbiate.—Rio Nicholas mientras le pegaba un cachete en el trasero con la camisa que se acababa de quitar.

Ella arqueó una ceja hacia él.

—Nick, que te arreo.—Le amenazó divertida.

Se giró para seguir hacia el almacén a buscar su traje cuando Nathan se interpuso en su camino. Oh, dios mío... podría morirse allí mismo. Nathan la miraba, sin un atisbo de felicidad en su rostro. Iba descalzo con la camisa entreabierta dejando ver parte de su pecho y aquellos pectorales fuertes y trabajados.

Automáticamente, le pasó el traje y unas botas. Ella lo miró asombrada.

—Puedes cambiarte en la enfermería si quieres—comentó con la mirada fija en ella. Comenzó a quitarse la camisa aun manteniendo aquellos ojos en los suyos, como si le retase, cuando al fin ella se dio la vuelta dándole la espalda. Caray, demasiada testosterona junta. Y demasiado buena la visión como para no echarse al suelo a babear.

Deshizo el camino intentando no girarse para observarle. ¡Por Dios! ¿Cómo podía ser atractivo?

En cuanto entró en la enfermería se apoyó contra la puerta y suspiró. Oh, aquella iba a ser una noche muy larga. Demasiado.

Depositó su traje sobre la camilla y las botas en el suelo y comenzó a quitarse la ropa.

Nathan observó cómo se alejaba mientras depositaba la camisa en una estantería. Era graciosa sin querer serlo. Le había hecho gracia observar cómo sus mejillas se ponían coloradas cuando se colocaba frente a ella con la camisa abierta. ¿Cómo podía ser tan tímida y a la vez tan adorable?

—Ya veremos cómo se le da—comentó Brad mientras se colocaba los pantalones del uniforme.

Nathan se desabrochó los pantalones y se los quitó colocándolos al lado de la camisa.

—Está bastante nerviosa.—Les explicó cogiendo su uniforme.

—Normal.—Ryan se unió a la conversación—. Recuerdo la primera vez que fui a enfrentarme a un vampiro. Joder, cuando lo vi me quedé estático.—Luego sonrió—. Aunque reaccioné rápido —apuntó.

Nathan se colocó la parte de arriba del uniforme mientras se subía la cremallera de atrás. Se apoyó en la estantería y se puso las botas mientras escuchaba cómo Ryan seguía explicando su primera experiencia.

Suspiró y pasó al lado de Brad.

—¿La munición ya está en los todoterrenos?

—Sí.

Se dirigió al almacén para completar su cinturón con unas cuantas pistolas y dagas cuando Josh le llamó la atención.

—Nathan, ¿puedes venir un segundo? —preguntó desde fuera del gimnasio.

—Claro.—Se dirigió hacia él, sorteando a los miembros de su equipo y observando cómo todos se preparaban como si en realidad fuesen a salir a tomar unas copas.

Josh se cruzó de brazos cuando cerró la puerta para tener un poco de intimidad.

Nathan le observó colocando sus manos en su cintura.

—¿Qué ocurre?

Josh suspiró.

—Quiero saber si realmente Samantha está preparada—pronunció en un tono bajo.

Nathan se quedó pensativo.

—Ya te he dicho que está nerviosa, pero todos lo estamos la primera vez—pronunció lentamente—. Se las apañará—dijo mientras se giraba para entrar de nuevo al gimnasio, pero Josh le detuvo colocando la mano sobre el pomo y cerrando la puerta de nuevo.

—Ah, ah...No te hagas el duro delante de mí.—Acabó riendo mientras enarcaba una ceja hacia él.

—¿Que me haga el duro?

—No huyas de esta conversación.

Nathan suspiró y se pasó la mano por la mejilla, como si se acariciase una barba invisible.

—De acuerdo, ¿qué más necesitas saber?—Se encogió de hombros.

—¿Está nerviosa? ¿O está tan asustada como para poner en peligro a miembros de la división?

Nathan lo miró fijamente y resopló.

—Josh, está asustada, como cualquier novata. Es normal. Pero no es tonta.

—¿El escudo?

—Ha aguantado un minuto diez segundos.

—Sigue siendo poco si nos atacan en manada.

Nathan suspiró.

—Lo sé.

Josh se quedó pensativo y al final afirmó:

—Encárgate de ella.

—De acuerdo.—Aceptó, pero luego alzó una ceja hacia él algo confundido—. Con lo que me has insinuado antes, ¿por qué me lo pides a mí? ¿Por qué no se lo pides a Nicholas? Él la conoce hace más tiempo.

Josh le respondió con una mirada sorprendida.

—Me fio más de ti. Tienes más experiencia.

—Ya.—Reflexionó.

—Y sé que tú la pondrás a salvo ocurra lo que ocurra. Te conozco demasiado bien.—Acabó sonriendo.

Nathan hizo una mofa hacia él. Josh colocó una mano en su hombro de forma amistosa cuando escucharon que la puerta de al lado se abría. Samantha salió de la enfermería con un paso lento y vergonzoso. Llevaba el uniforme puesto. Realmente tenía un tipo increíble. Tenías las piernas largas, su cadera estrecha y su vientre plano.

Observó que Josh le miraba de reojo y al momento apartó la mirada de ella, pues debía haberse quedado embobado. Notó que Josh le apretaba un poco más el hombro y se giró hacia él mientras protestaba.

—¡Auuuu!—Se quejó.

Josh puso los ojos en blanco y entró en el gimnasio.

Nathan volvió a observarla, miraba hacia abajo pasándose las manos por las piernas repetidas veces, como si no se acostumbrase al tacto.

—Te queda muy bien—pronunció divertido Nathan.

Sam le miró y le sonrió al ver que parecía recobrar su buen humor.

—Me va bastante ajustado.—Se quejó.

—Tienen que ir así. Nos podemos mover mejor.

—Ah.

Nathan la observó de arriba abajo y cuando llegó a sus ojos observó que Samantha hacía lo mismo que él, aunque no de forma tan descarada.

—¿Y tu cinturón? —Ella le mostró que lo llevaba en la mano—. Ven —dijo entrando al gimnasio.

Samantha dudó unos segundos antes de entrar. Le daba algo de vergüenza entrar en el gimnasio así. Por suerte, ya estaban todos vestidos y tampoco repararon en ella, seguían con sus conversaciones tan tranquilos.

Siguió a Nathan hasta el almacén. Cuando se asomó, él ya estaba poniendo una pistola en su cinturón. Se giró para observarla y la cogió del brazo para acercarla a él.

—A ver, colócate el cinturón. —Ella se rodeó la cintura y lo cerró por la hebilla mientras él observaba las armas. Cuando Samantha se lo hubo colocado, para sorpresa de ella, Nathan la cogió por la cintura y movió su cinturón comprobando que estuviese bien enganchado—. Perfecto —dijo cogiendo unas cuantas armas—. Como eres buena con las pistolas te dejaré un par. Tienen el seguro puesto.—Se lo mostró, y se las puso él mismo en el cinturón. La observó de reojo y cogió cuatro cargadores. La hizo girarse dándole la espalda, colocando los cargadores por su cinturón mientras le hacía darse la vuelta. También incluyó un par de dagas en los huecos libres que quedaban.

Ella lo miró asombrada.

—Sabes que no sé usarlas.—Le recordó.

—Nunca se sabe.—La miró a los ojos—. En los vehículos hay más armas.

—Ya.

Se quedó paralizada observándole. Estaba asustada, lo único que le apetecía en aquel momento era abrazarse a él, pero debía contenerse. Nathan la observó también. Se había recogido el cabello en una cola alta dejando el cuello al descubierto, un cuello delgado. Tragó saliva intentando controlarse. A esa chica no tenía por qué llevársela de caza, ¡lo que tendría que hacer era llevársela a la cama!

Sin poder evitarlo comenzó a elevar su mano hacia su mejilla para acariciarla, para tranquilizarla en cierto modo, pues veía que estaba asustada pero justo en ese momento Ryan entró con su gran sonrisa.

—¿Qué Sam? ¿Preparada para tu bautismo vampiril?—Ella rio por la ocurrencia—. Ya verás, será divertido—dijo mientras cogía unas armas y las iba colocando por su cinturón—. ¡Nos lo vamos a pasar genial!—gritó emocionado—. Venga, vamos, ya han comenzado a bajar.

Nathan observó cómo Ryan salía del almacén y miró de nuevo a Samantha. Permanecía mirando hacia donde había ido Ryan, pasándose de nuevo la mano por el brazo en actitud tímida.

Nathan inspiró aire intentando relajarse. Si no hubiese llegado a entrar Ryan en aquel momento la hubiese besado. Lo sabía. ¡Joder! Tenía que intentar dejar aquellos sentimientos a un lado, al

menos durante la noche, cuando la vida de todos corría peligro.

—Vamos—dijo pasando por su lado, saliendo al gimnasio. Prefirió no girarse para ver si le seguía, por Dios, aquel uniforme se ajustaba a sus curvas de una forma indecente.

Caminó a paso apresurado hacia el ascensor, como si intentase huir de ella y se unió a Ryan, Adrien y Nicholas que esperaban al siguiente turno para bajar.

Nicholas miró sonriente hacia Sam.

—¿Ves cómo era tu talla?—bromeó.

Ella chasqueó la lengua y se cruzó de brazos mientras esperaba el ascensor. Aun así, no pudo evitar echar alguna mirada furtiva hacia Nathan, el cual se encontraba a su lado.

Permanecieron en silencio hasta que bajaron al garaje, donde el resto del grupo ya se encontraba. Todos habían rodeado a Josh, el cual se apoyaba contra uno de los todoterrenos.

Miró por encima de los que ya estaban.

—¿Ya estamos todos?—preguntó observándolos—. Bien, como cada noche. Dos grupos.— Señaló hacia Jason—. Jason, encárgate del segundo.—Miró al resto de sus compañeros—. Brad, Ryan, Nicholas, Taylor, venid conmigo. El resto, con Jason.

Todos se dirigieron a los todoterrenos. Nathan observó cómo Josh le señalaba con su rostro a Samantha, la cual tampoco sabía muy bien hacia dónde dirigirse.

—Sam—dijo abriendo la puerta trasera del todoterreno—. Ven.—Mantuvo la puerta abierta mientras entraba. Christopher se había sentado en el asiento del copiloto y Jason parecía que sería el que conduciría. Miró hacia detrás y observó que Sean y Adrien se habían sentado en la parte trasera. Nathan entró y se sentó a su lado cerrando la puerta.

Miró de reojo a Sam que permanecía con la espalda totalmente recta.

Jason encendió el todoterreno y Christopher abrió la guantera donde fue pasando a cada uno de ellos un walkie.

Jason cogió el primero y se lo entregó a Sam.

—Colócalo en el cinturón. Sintonízalo en la treinta y dos.—Le explicó haciendo él lo mismo con el suyo.

Samantha hizo lo que decía y después lo enganchó en su cinturón copiando los movimientos de Nathan.

—Bien, vamos allá—dijo Jason haciendo rugir el todoterreno y conectando el GPS. Salieron del garaje y cuando la puerta se cerró, avanzaron a una velocidad moderada por el polígono.

Era noche cerrada, no se veía ni una estrella. Seguía nublado. Al menos, con aquellos trajes no pasaría frío.

—¿Vamos a algún lugar en concreto?—Se atrevió a pronunciar.

Sean, que estaba sentado detrás de ella se acercó al asiento delantero.

—Hay un bosque cerca de la facultad de bellas artes. Probaremos en esa zona.

Jason se giró hacia ella.

—A ver si nuestro querido profesor Donovan ronda por ahí.—Sonrió.

Christopher se giró hacia atrás desde su asiento de copiloto.

—¿Llevamos sangre de Elisabeth?

Jason señaló la guantera.

—La he guardado ahí. También han sacado una muestra a Evelyn—explicó mirando a través del retrovisor a Nathan, el cual aceptó con su rostro. Sabía que la sangre de la telequinésica les atraería incluso más que la de Elisabeth. Notó cómo Samantha le miraba de reojo.

—Evelyn se encontraba con Elisabeth cuando sufrió el ataque—le susurró.

Ella aceptó y volvió a mirar a través de la ventana del todoterreno. Había llegado el momento de la verdad, el momento de enfrentarse a todos sus miedos y a lo que tanto había temido durante los últimos años. Notó cómo su mano temblaba mientras se apartaba un mechón de cabello que se había deslizado de su cola.

Adrien se echó hacia delante.

—Bueno, Sam, ¿preparada?

Ella se giró e intentó sonreír calmada, no quería que la viesan asustada.

—Qué remedio.

Nathan la miró y le sonrió, echó su mirada hacia delante y le llamó la atención.

—Mira.—Señaló—. El GPS. Lo que te he explicado antes. —Ella se acercó un poco más a él—. Siempre emite un pitido primero, y luego coloca el punto azul o rojo en el radar.—Se giró hacia ella muy cerca. Desde aquella distancia podía notar el calor que desprendía el cuerpo de Nathan—. Tanto los vampiros como los hombres lobo son muy rápidos. Sobre todo los vampiros. El radar puede emitir un pitido dando alerta, que aparezca el punto y a los pocos segundos que haya desaparecido.—Se apoyó de nuevo contra el respaldo del asiento—. Por eso en cuanto los detectamos, los seguimos, intentando no perderlos.

—Y ahí comienza la diversión—exclamó Christopher girándose para guiñar un ojo a Sam.

Ella chasqueó la lengua e hizo un gesto no muy seguro con su rostro.

—Yo prefiero otro tipo de diversión.

Adrien la observó divertido desde detrás.

—¿Cómo qué?

Se giró hacia él y se encogió de hombros.

—Salir a tomar algo, dar un paseo, ir al cine... las cosas normales.—Se acabó burlando.

—Sí, supongo que eso también está bien—acabó diciendo Adrien.

Salieron del polígono y tomaron el desvío hacia la autopista. Había bastantes vehículos circulando. Se notaba que era sábado por la noche. Seguramente, todos los jóvenes saldrían a tomar una copa, o bien las parejas saldrían a cenar y a dar un paseo. Ella nunca había tenido una

vida así. Había estado un tiempo con un chico antes de que tuviese que marcharse al Pentágono, pero había sido poco tiempo. Lo cierto, es que su mayor sueño era casarse y tener su propia familia. Se mordió el labio intentando no suspirar. Y ahora, con veintisiete años recién cumplidos, lo único que tenía era unos dones increíbles, pero nada más. No tenía ninguna persona con la poder estar, abrazarse, ni siquiera tenía amigos de verdad. Había un par de chicas con las que había tenido relación en el Pentágono, pero nada más. Echaba de menos a la gente que había dejado en Los Ángeles, pero sabía que no podía volver. Para toda aquella gente conocida ella había muerto la misma noche que sus padres y su hermano.

Observó en silencio mientras el resto seguían charlando. Hacía tiempo que no se sentía parte de algo, ahora, al menos, se sentía a gusto con aquella división, pero sabía que todo acabaría, que en un mes y poco más, debería marcharse. Miró a sus compañeros, entre ellos había nacido una complicidad, un cariño. Deseaba poder acabar en una división como aquella, donde gozase de una buena amistad.

En cuanto el todoterreno se incorporó a la autopista, siguiendo al primero, incrementó su velocidad alejándose de la ciudad.

Samantha se apoyó contra el cristal mientras observaba cómo adelantaban a algunos vehículos. Era increíble cómo podía cambiar la vida de una persona en pocas horas. Un día vivía feliz con su familia, y al día siguiente estaba sola en el mundo, sin nadie, e intentando controlar unos poderes sobrenaturales que acababa de descubrir.

No sabía si fueron los recuerdos o los nervios que sentía en aquel momento, quizás ambas cosas, porque notó que sus ojos se humedecían y su labio temblaba un poco. Apretó fuerte sus ojos intentando controlarse. Pensar en aquellas cosas justo antes de ir de caza con la división no era apropiado, aunque obviamente tenía su conexión. No había podido quitarse la imagen de aquel vampiro de su mente, la imagen de sus padres y su hermano desangrados en su habitación. Era algo con lo que debería vivir siempre, y ahora, tres años después de aquel fatídico suceso, se dirigía junto a una división cazavampiros a enfrentar sus miedos, a enfrentar lo que durante aquellos últimos años había sido la causa de sus pesadillas.

Notó cómo Nathan se acercaba a ella.

—¿Todo bien?—preguntó acercándose a su oído mientras el resto seguían con sus conversaciones animadas.

Samantha giró su rostro para quedar a pocos centímetros de él y le observó. La miraba de forma intrigada, debía notar aquel cambio de humor en ella.

Aceptó y giró su rostro para mirar por la ventana de nuevo, intentando controlar sus sentimientos, pero en aquel momento notó la mano de él, de forma disimulada, viajaba hasta la suya por el sofá y se la acariciaba.

Samantha puso su espalda recta ante aquel repentino contacto. Lo miró de reojo, sin saber qué

hacer, pero Nathan acabó cogiendo su mano y apretándosela tiernamente, como si de aquella forma quisiese tranquilizarla o darle algo de confianza.

Él permanecía serio, contemplándola con una ternura que hizo que su corazón se acelerase.

—Tranquila—susurró de nuevo—. Todo saldrá bien.

Ella aceptó, maravillada por el roce de su pulgar sobre la palma de su mano. Estuvo a punto de suspirar si no fuese porque Jason elevó un poco el tono.

—¿No te jode, Sean? —Reía—. Si estás en el forense es porque quieres. Disfrutas como un niño.

En ese momento Samantha intentó soltar la mano de Nathan pero él se la retuvo siguiendo acariciándola.

—También es porque mientras tú te dedicabas a jugar al básquet en tus tiempos libres yo me pasaba las horas en la biblioteca estudiando—contraatacó divertido.

—Pzzzz...—Se burló Jason—. Eres el empollón del grupo.—Se encogió de hombros—. Estamos muy orgullosos de ti—bromeó—. ¿Verdad, Nathan?—Se giró divertido hacia él. Nathan lo miró y luego observó hacia detrás para ver cómo Sean reía—. Eres el hijo que toda madre desearía.

—¡Bahh!—acabó diciendo Sean mientras se apoyaba contra el respaldo—. Si tú no estudiaste algo más, fue porque no te dio la gana.—Luego se acercó el asiento y miró a Samantha—. Cielo, ¿tú estudiaste algo?

Ella se giró, con cierto rubor en su rostro, pues Nathan seguía sujetando su mano entre ambos cuerpos.

—Soy física—susurró.

—¡Joder!—exclamó Jason—. ¿Física? ¿De verdad?

—Sí.

—¡La lecheeee!—Miró por el retrovisor hacia Sean—. Has perdido tu condición de empollón.—Luego se giró hacia Sam—. Perdona por mi vocabulario.—Se disculpó.

Nathan rio.

—La verdad es que no sé cómo Eli te soporta.—Se burló esta vez él.

—Eh, eh—contraatacó—. Al menos tengo a alguien que me aguanta.—Sonrió abiertamente.

Nathan chasqueó su lengua y resopló. No iba a entrar en esa discusión en aquel momento, y menos con Samantha allí a su lado, cogiéndole de la mano. Él no hablaría más, lo que menos quería era comenzar una conversación sobre los solteros delante de ella, pero Sean no era de la misma opinión.

—Sí, y mira en lo que te has convertido ahora. En un calzonazos. Cariño por aquí... cariño por allá....

—¿Calzonazos?

Nathan comenzó a reír. Por lo menos había conseguido desvincularse de la conversación. Miró de reojo hacia Samantha, la cual permanecía con gesto tímido y algo sonriente, parecía más relajada.

—Sí, calzonazos.

—Mira Sean, porque estás en la otra punta del todoterreno, que sino...

—Si quieres le arreo yo, Jason—intervino Nathan.

Jason lo miró por el retrovisor sorprendido. Sean se adelantó de nuevo.

—¿Pero tú de qué lado estás?—Nathan tragó saliva. Mierda. Mejor cerrar la boca—. Tú eres soltero, debes estar de mi lado, tenemos que hacer presión.—Rio Sean mientras golpeaba el hombro de su compañero—. Eh, Adrien, Christopher... la soltería al poder, ¿verdad?

—¡Verdad! —gritaron Adrien y Christopher como si se tratase de un grito de guerra.

—Nathan, no te he escuchado—comentó Sean riendo—. Vamos, Nathan... ¡nuestro grito de guerra!—Por suerte el todoterreno se desvió a un lateral haciendo que Sean observase por la ventana—. Llegamos ya mismo —comentó, olvidando aquel último comentario. Se inclinó hacia atrás y abrió la trampilla del maletero.

Samantha se soltó de la mano de Nathan y se giró para observar. Realmente Nathan no le había mentado cuando le había dicho que llevaban todo tipo de armas allí dentro.

Sean comenzó a pasar hacia delante dagas, linternas, cargadores de balas... El todoterreno comenzó a avanzar entre los árboles, en una zona sin asfaltar, lo que hizo que se moviese de un lado al otro.

El bosque era espeso, con altos árboles y solo reinaba la oscuridad.

Al momento, notó que tocaban su cinturón. Se giró lo suficiente para ver que Nathan le introducía otro cargador.

Ella se giró de nuevo observando el frondoso bosque. Poco a poco se fue despejando hasta que ante ellos apareció una pequeña pradera, rodeada por altos árboles. Poco después el todoterreno se detuvo al lado del otro.

—Ya hemos llegado—dijo Jason echando el freno de mano y apagándolo.

Samantha se movió nerviosa mientras observaba, se habían quedado al inicio de la pradera, justo debajo de unos árboles.

Todos bajaron mientras iban colocándose correctamente los cinturones. Ella les siguió. Al menos, con ese traje se protegía del intenso frío.

Josh caminó hasta ellos y fue directo hacia Samantha.

—Sam—dijo colocándose a su lado—. Tú te quedarás aquí. ¿Sabes cómo activar las luces solares?—Ella negó. Josh miró a Nathan—. ¿No me dijiste que se lo habían explicado?

—Le he explicado todo menos eso—respondió colocando un cargador en su pistola.

Josh suspiró y puso una mano en la espalda de Sam indicándole que fuese hacia el asiento del

conductor.

—Siéntate—le dijo. Ella obedeció subiendo al todoterreno—. El GPS funciona aunque el vehículo esté apagado. —Le indicó mostrándole la pantalla—. Pero para la luz solar hace falta que la batería esté conectada.—Se echó un poco por encima de ella para llegar al salpicadero—. Este es el botón para la luz solar. Tanto dentro como fuera del vehículo, ¿de acuerdo?

—Sí.

Josh la observó un segundo y luego le sonrió. Se separó de ella unos pasos y miró al resto del equipo que los rodeaba.

—Nos distribuiremos por el bosque, internaros entre los árboles para que no se os vea. Iremos peinando la zona, ¿todos lleváis los walkies? —El grupo afirmó—. Perfecto.—Se giró hacia Sam—. Te quedarás en el todoterreno. Cuando el radar detecte algo, nos informas de qué se trata y su ubicación.—Luego chasqueó la lengua—. Si es necesario no dudes en conectar las luces solares, ¿de acuerdo?

—Claro—pronunció.

Josh aceptó y miró hacia Jason y Ryan.

—La sangre.

Jason le mostró los dos tubos de sangre. Uno de Elisabeth y otro de Evelyn. Los cogió y miró a sus compañeros.

—Los distribuiré por el valle—explicó mientras se alejaba—. Permaneceremos en contacto en todo momento.

Nathan se giró para observar a Samantha, estaba sentada en el asiento del conductor, nerviosa.

—Nosotros vamos a peinar la zona trasera del bosque—dijo Brad poniendo una mano en el hombro de Christopher y otra en la de Ryan.

Nathan aceptó mientras observaba al resto de sus compañeros comenzar a distribuirse. Se giró de nuevo hacia Samantha.

—Entra en el coche y cierra la puerta—dijo dando unos pasos hacia ella.

Ella lo miró extrañada.

—¿Que cierre la puerta?

Nathan elevó una ceja hacia ella.

—¿Algún problema?

Ella paseó la mirada por el resto de los compañeros que la miraban confundidos.

—Si cierro la puerta no voy a poder potenciaros. —Todos la miraron extrañados—. Necesito que no haya obstáculos entre medias—dijo como si fuese lo más normal del mundo.

Observó cómo el rostro de Nathan se tensaba. Se cruzó de brazos y avanzó hasta ella colocándose enfrente.

—¿Y cuándo pensabas decírnoslo?

Ella lo miró sin comprender.

—Pensaba que lo sabíais—Se defendió.

Nathan suspiró y se pasó una mano por la frente, como si estuviese agobiado. La observó unos segundos y finalmente cogió su walkie.

—Josh, tenemos un problema—pronunció apretando el botón.

—Dime.

Nathan miró directamente a Samantha.

—Sam no puede quedarse encerrada en el coche, sino no podría potenciarnos. Si hay objetos por medio, no puede.

Josh no respondió al momento, como si estuviese meditando o pensando una solución.

—Que se quede al lado del coche.—Escuchó que decía—. Si el radar detecta algo que se meta de inmediato.

—De acuerdo—respondió. Colgó el walkie de nuevo en su cinturón y miró hacia Sam con gesto aún tirante—. Ya lo has oído—pronunció secamente—. Si el radar detecte algo, te metes dentro.

Ella aceptó mientras notaba cómo su respiración se aceleraba. Iba a quedarse sola. Totalmente sola. No había contado con eso. Pensaba que irían todos en grupo. No imaginaba que cada uno fuese por libre.

Observó cómo el resto de sus compañeros se separaban, desapareciendo de la vista de ella al moverse a aquella intensa velocidad hacia los árboles.

—Sam, ¿lo has entendido?—preguntó Nathan con algo de dureza. Parecía nervioso.

Ella no pudo pronunciar palabra, solo aceptó mientras se frotaba sus manos temblorosas.

Nathan la observó un segundo más y se giró para dirigirse hacia los árboles pero justo en ese momento Sam bajó del todoterreno.

—Nathan—susurró sujetándose a la puerta. Él se giró para observarla. Permanecía agarrada a la ventanilla, su mirada estaba asustada, incluso le parecía que sus piernas temblaban—. Ten cuidado.

La observó allí y durante unos segundos dudó en quedarse con ella. Se sentiría más segura, pero realmente no podía, tenían que encontrar aquellos vampiros, a aquellos lobos. Estaría comunicado con ella todo el rato por walkie.

—Tranquila. Estaré cerca—pronunció con dulzura.

Ella lo contempló fijamente y al final suspiró mientras aceptaba. Lo observó durante varios segundos más, incluso le pareció que él se debatía entre marcharse o no, pero al fin Nathan aceptó y desapareció de su vista sin previo aviso.

Movió su rostro de un lado a otro buscándolo. La velocidad a la que se movían era impresionante.

Recorrió con su mirada aquella inmensa pradera, rodeada toda de bosque. Parecía que no había nadie allí. Se frotó las manos, nerviosa, aquello era escalofriante. Nunca había sentido un silencio y una soledad tan intensa.

El cielo estaba nublado y los rayos de la luna que conseguían atravesar aquellas nubes eran pocas.

Miró de un lado a otro asustada, pero nada, no se escuchaba nada. Estaba totalmente sola. Dio un paso hacia atrás y se subió al todoterreno cerrando la puerta de inmediato. Cogió su walkie y lo colocó en sus piernas mientras miraba la pantalla del GPS, dispuesta a avisarles si veía algo y si era necesario ya abriría la puerta y los potenciaría.

Miró atenta intentando encontrar a alguno de sus compañeros. Observó el walkie durante unos segundos pensando en preguntar si se encontraban cerca cuando una voz salió del walkie.

—Estoy acabando de distribuir la sangre por el descampado.

Estuvo a punto de dar un brinco cuando lo escuchó. No reconocía muy bien la voz, ya que se distorsionaba, pero intuía que debía ser Josh.

—¿Estáis ya colocados?

—Listo.

—Listo.

Cada uno fue contestando, aunque no sabía quién era quién. Cuando acabaron, hubo silencio.

—¿Sam?

Ella cogió el walkie y lo observó. Lo llevó delante de sus labios y apretó el botón.

—Sí...mmm... ¿Lista?—balbuceó.

Tras unos segundos Josh volvió a hablar.

—Avisa si el GPS detecta algo.

—De acuerdo.

Suspiró y volvió a colocar su walkie sobre sus rodillas. Observó el radar. No había nada.

Se pasó la mano por la frente y bostezó un par de veces. Apoyó su cabeza contra el respaldo y se colocó cómoda. Aquella iba a ser una noche larga. Muy larga.

7

Samantha cambió de postura. Subió las rodillas sobre el asiento y apoyó su cabeza sobre ellas. Hacía más de una hora que se encontraba en el todoterreno sola. Aquello comenzaba a ser aburrido. De todas formas lo prefería así.

De vez en cuando sus compañeros decían algo por el walkie preguntando si todo iba bien. Ella se limitaba a contestar que el radar no detectaba nada.

Un largo suspiro salió de lo más profundo de su ser. Quizás, la próxima vez, debería traer un libro para pasar el rato. Si al menos hubiese traído su móvil podría entretenerse con algún juego. Pensaba que habría mucha más acción, pero aquello era todo lo contrario. Era muy aburrido.

Había pensado en bajar del todoterreno a estirar las piernas, pero había desechado la idea. Prefería quedarse allí dentro hasta que el radar detectase algo, entonces, si era necesario, ya haría su función y potenciaría al grupo para que le fuese mucho más fácil acabar con los vampiros o los hombres lobo.

En parte, aunque comenzaba a estar incómoda prefería aquello a meterse en una lucha encarnizada.

Solo recordar a aquel vampiro le hacía poner la piel de gallina. No quería sentir aquel miedo aterrador de nuevo, aquel miedo que la paralizaba. Sin poder evitarlo su mente voló tres años atrás.

Había corrido hacia las escaleras para intentar alcanzar la puerta de salida, pero aquel extraño ser se había materializado ante ella.

Se quedó paralizada mientras un gemido salía de lo más profundo de su ser.

El extraño ser comenzó a avanzar a paso lento, pero durante una fracción de segundo desapareció de su vista y apareció cogiéndola del cuello y golpeándola contra la pared.

Intentó gritar pero no pudo hacerlo. Aquel ser la sujetaba demasiado fuerte, incluso comenzaba a cortarle la respiración. ¿Qué era aquello? Notó cómo comenzaba a elevarla con un solo brazo arrastrándola por la pared. Ella se cogió a aquel brazo esquelético. Estaba totalmente frío y su piel era áspera.

Se fijó en su rostro. Era totalmente negro, tenía un tono blanquecino, incluso azulado. Su nariz era larga y puntiaguda y su boca... de ella asomaban dos enormes colmillos manchados en sangre.

Se cogió con las dos manos a ese brazo, apretándolo. Notaba que aquella mano de largos dedos cada vez apretaba más su cuello. Comenzó a faltarle la respiración. Gimió y comenzó a golpearle con los pies la barriga y el estómago, pero era como golpear a una roca. Por Dios, aquello debía ser una pesadilla. Debía ser eso.

Notó que sus pulmones comenzaban a reclamar el oxígeno con ansias. Golpeó fuerte el estómago de aquel ser, pero ni se inmutó. La olisqueó y abrió la boca de forma desmesurada. Hubiese gritado si hubiese podido, pero no tenía prácticamente oxígeno en los pulmones.

El ser comenzó a acercarse con la boca muy abierta mientras un sonido gutural emanaba de sus entrañas, como si ansiase clavar aquellos colmillos en ella. Notó cómo una lágrima resbalaba por su mejilla, y sin poder evitarlo desvió su mirada hacia el cuarto de sus padres, donde únicamente podía ver a su hermano tendido en el suelo, con los ojos extremadamente abiertos. Sus padres, su hermano... muertos.

Observó al ser a su lado. Solo deseaba que fuese rápido, que no sintiese más dolor de la cuenta, pero algo comenzó a cambiar dentro de ella. Notó cómo un calor se apoderaba de su pecho y recorría todas sus articulaciones. Algo que la oprimía por dentro y deseaba salir al exterior.

Notó el aliento del vampiro cerca de su hombro, un calor húmedo.

En aquel momento algo explotó en su interior, como si una energía o electricidad recorriese todo su cuerpo.

El vampiro emitió un grito que casi hizo explotar sus tímpanos y salió disparado un par de metros, lejos de ella.

Samantha cayó al suelo sin comprender lo que ocurría. Se alejó arrastrándose por el suelo, poniendo distancia entre aquel ser que había caído a varios metros, intentando recuperar el aliento.

Gimió mientras las lágrimas recorrían su rostro. Se incorporó arrodillándose y miró hacia atrás. El ser permanecía tumbado, sin moverse en el suelo. ¿Qué había pasado?

Tras varios segundos observándolo, comenzó a colocarse de pie de forma lenta, notaba cómo sus piernas temblaban. Aquel ser se encontraba cerca del hueco de las escaleras. Debía pasar por encima de él para poder bajar a la primera planta y salir al exterior.

Tragó saliva mientras su respiración era agitada. Su corazón iba a salirse de su pecho. Dio un paso hacia él y en aquel momento un largo y esquelético dedo se movió, como si estuviese recuperando el sentido.

Se llevó las manos a la boca intentando mitigar el grito de terror. Dio unos pasos hacia atrás intentando hacer el menor ruido posible, manteniendo la mirada sobre aquel cuerpo, controlándolo.

Cuando volvió a mover aquel dedo no se controló más y corrió hacia su habitación. Abrió su armario empotrado y se metió en su interior, lo más escondida posible entre las ropas. Notaba cómo su cuerpo estaba recubierto de una capa de sudor frío. Sus músculos engarrotados por los nervios, una debilidad impresionante en todo su cuerpo.

Intentó acallar los sollozos colocándose las manos en la boca mientras las lágrimas recorrían su rostro y su respiración era agitada.

Cerró los ojos con fuerza. “Que sea una pesadilla. Que sea una pesadilla”, repetía una y otra vez en su mente.

No supo cuánto tiempo pasó en el interior de aquel armario. Si cinco o diez minutos, pero le pareció una eternidad. En un determinado momento escuchó un fuerte golpe y un grito aterrador le hizo cubrirse la boca de nuevo.

Sabía quién había emitido aquel grito agudo. Debía haber despertado.

Escuchó unos pasos lentos por el pasillo, y al fin escuchó cómo entraban en su dormitorio. Escuchó los pasos por su habitación mientras comprimía con fuerza su boca para no gritar por el terror, hasta que los pasos se detuvieron justo frente a la puerta del armario.

Samantha miró con terror hacia la puerta, intentando taparse con las ropas que colgaban de las perchas.

En aquel momento algo le hizo volver a aquel todoterreno, a aquella aburrida noche. Se incorporó notando su pulso acelerado por aquellos pensamientos. No era un buen lugar para ponerse a recordar su pasado.

Miró el radar y vio que no se detectaba nada. Al momento, se giró y observó por todo el descampado. Había escuchado algo. Como un crujido de la hierba por unas pisadas. Quizás era alguno de sus compañeros.

Se giró repetidas veces de un lado a otro pero no había nada. Suspiró y se pasó la mano por la frente. Vamos Sam, relájate, el radar no detecta nada. Pensó observándolo.

Tragó saliva y apoyó su rostro contra el respaldo mirando al infinito. Debía intentar calmarse y apartar aquellos pensamientos. No era ni el momento ni el lugar idóneo.

Algo llamó su atención. Varios metros por delante le pareció ver la silueta de alguien agachándose en medio del descampado. Se arrimó al volante apretándolo con fuerza e intuyó cómo una silueta negra se encontraba en medio del prado.

Miró el radar. No había nada. Debía ser alguno de sus compañeros. Suspiró intentando calmarse mientras observaba aquella silueta que miraba de un lado a otro. La verdad es que aquello era aburridísimo.

Comprobó de nuevo el radar.

Abrió la puerta y bajó del todoterreno para estirar un poco las piernas. En cuanto puso los pies en la tierra y dio unos pasos intentando descongestionar los músculos, y observó que aquella silueta la observaba. Desde allí no podía identificar de quién se trataba.

¿Sería Josh? ¿Nathan?

Oh, aquello era lo más aburrido que había hecho nunca. Sin poder evitarlo elevó su mano y le saludó mientras cogía su walkie. Lo llevó hasta sus labios. Controló de nuevo el radar observando que no detectaba nada y dio unos pasos hacia delante.

—¿Quién es el que está en medio del descampado?—pronunció divertida mientras avanzaba

más, pero en ese momento detectó que algo no iba bien. Una fina brisa llegó hasta ella, una brisa extraña, que no sabría cómo identificar.

Bajó el walkie hacia abajo justo cuando observó que aquella silueta desaparecía de su vista. ¿Qué estaba pasando allí? El radar no detectaba nada, sin embargo...

Se giró para volver de nuevo al todoterreno cuando aquella silueta se materializó frente a ella. Un grito se escapó de lo más profundo de su ser.

Aquellos ojos, aquella piel blanquecina, aquellos colmillos saliendo de aquella enorme boca... Dio unos pasos hacia atrás cuando el vampiro se movió hasta ella materializándose a su espalda esta vez. No tuvo tiempo de reaccionar. El vampiro la cogió desde la espalda por la cintura atrayéndola y colocando una mano en su cabeza para inclinarla hacia un lado. Abrió la boca desmesuradamente tomando impulso para clavar sus colmillos en ella mientras Samantha luchaba contra él, intentando deshacerse de aquel abrazo.

Estaba a pocos centímetros de su piel cuando logró crear su escudo. Unió toda la fuerza que llevaba en su interior y la hizo explotar. El vampiro salió disparado hacia atrás mientras un grito emanaba de su garganta.

Ella cayó al suelo, de rodillas, intentando recuperar el aliento mientras gemía. Elevó su rostro hacia aquella criatura que se incorporaba lenta sobre la hierba, como si estuviese aturdido. Se puso totalmente erguido, haciendo ella lo mismo. Era realmente alto y delgado.

El vampiro adoptó una postura agresiva hacia ella. Inclino su tronco hacia delante, formando puños con sus manos y le enseñó los colmillos.

Samantha notó cómo todo su cuerpo comenzaba a temblar y dio unos pasos hacia atrás intentando mantener el contacto visual con él. El vampiro comenzó a avanzar de forma lenta, mientras ella seguía dando pasos hacia atrás. Sabía que podría alcanzarla sin problemas si echaba a correr.

Notó que sus piernas le temblaban y amenazaba con caer al suelo. El miedo y la creación del escudo, aunque hubiesen sido unos solo segundos, la habían debilitado.

Respiró de forma agitada y gritó cuando el vampiro desapareció y volvió a materializarse ante ella emitiendo un grito agudo y encolerizado.

Iba a cogerla del brazo justo cuando una fuerza invisible lo golpeó haciendo que el vampiro saliese volando varios metros por delante de ella.

Samantha observó la espalda de aquel hombre que se había situado delante de ella, sujetando una daga.

Nathan se giró un segundo para observar que se encontraba bien. Ella permanecía de pie, estática, con la mirada fija en el vampiro que se incorporaba de nuevo. Nathan observó hacia delante, el vampiro se había levantado del todo y la miraba a ella con necesidad.

No se hizo esperar, desapareció durante una fracción de segundo y apareció al lado del

vampiro. El vampiro logró esquivar el primer golpe pero no pudo evitar que Nathan lo arrojase al suelo y le clavase la daga en el centro de su pecho.

Samantha llevó sus manos hacia su boca asombrada, intentando reprimir los gemidos de miedo. Al momento, aquella silueta negra se transformó en polvo, desapareciendo. Sabía que se movían rápidos, que tenían una fuerza sobrehumana, pero le sorprendió ver la agresividad de sus movimientos y con la fuerza que luchaban.

Nathan permanecía agachado aún, se levantó observando a Samantha, la cual permanecía totalmente quieta, como si estuviese en estado de shock, observando el lugar donde había visto por última vez al vampiro.

Cuando él comenzó a avanzar hacia ella fue cuando le miró fijamente. Tenía los ojos muy abiertos, la respiración agitada y sus manos temblorosas frente a su boca.

Nathan llegó hasta ella con mirada preocupada.

—¿Estás bien?—preguntó mientras colocaba una mano en su brazo intentando que reaccionase. Ella tragó saliva y le miró para afirmar con su rostro—. ¿Te ha herido?

—No.

Estaba realmente asustada, notaba cómo su brazo temblaba bajo su mano. Incluso le pareció que tenía los ojos llorosos, como si en cualquier momento pudiese romper a llorar. Se acercó a ella para abrazarla, intentar tranquilizarla cuando aquella brisa llegó de nuevo hacia ellos, pero aquella vez era mucho más potente.

Nathan se giró hacia atrás, observando. Al final del descampado comenzaban a intuirse cientos de siluetas altas, esqueléticas.

—Joder—susurró colocándose delante de ella como si de aquella forma pudiese protegerla. Cogió el walkie y lo llevó hacia su boca—. ¡Al descampado, ya!—gritó con fuerza. Miró hacia atrás, donde Samantha permanecía escondida a su espalda temblando de miedo—. Tranquila—susurró mientras cogía con cada mano una daga.

Aquello era extraño. Demasiado extraño. ¿Por qué el radar no los detectaba? Tragó saliva y dio unos pasos hacia delante en actitud agresiva, hacia todas aquellas siluetas que avanzaban hacia ellos a paso lento, como si estuviesen supervisando la zona antes de comenzar su ataque.

Al momento, el resto del equipo se materializó al lado de él. Brad miró de un lado a otro, oteando el horizonte.

—¿De dónde salen tantos?—gritó.

Samantha observó cómo todos sujetaban un arma y una daga en cada una de sus manos. Josh se giró hacia ella, situado al lado de Nathan.

—Sam, vamos allá—susurró con una extraña sonrisa.

Ella lo miró y tragó saliva. Sabía a lo que se refería. Eran demasiados vampiros para ellos solos, necesitaban potenciar sus poderes para moverse más rápido y tener más fuerza.

Ella aceptó y se mordió el labio.

Josh miró hacia sus compañeros.

—Rodeémoslos—comentó con voz grave y agresiva.

—A divertirse—exclamó Ryan mientras daba un paso hacia delante, dispuesto a atacar.

Justo en el momento que Samantha cerró los ojos y comenzó a potenciar sus poderes, ellos salieron disparados hacia todos los vampiros que venían.

Notaba cómo el poder fluía por ella. Sin duda, aquello no suponía ningún esfuerzo comparado con crear el escudo protector.

Abrió los ojos mientras notaba la canalización de todo aquel poder y lo devolvía ampliado a sus compañeros. Se movían de una forma tan rápida que no era capaz de seguirlos. Aquello era asombroso. Si el mundo supiese la guerra que se estaba librando a buen seguro caería en una locura.

Intentó concentrarse, moderar su respiración para mantener al máximo nivel su potenciación. Ahora mismo la necesitaban. Eran demasiados vampiros para ellos, pero respiró tranquila cuando comprobó, cómo de vez en cuando, alguna silueta negra desaparecía convirtiéndose en cenizas.

Los disparos se mezclaron con los gritos y tuvo que luchar por no desconcentrarse y permanecer allí quieta sin echar a correr. La tentación era grande, pero sabía que debía hacerlo.

Apretó más fuerte sus manos intentando elevar el poder de potencia que transmitía a sus compañeros mientras intentaba mantener una respiración pausada y uniforme.

Buscó mientras dejaba fluir aquel poder por su cuerpo a Nathan. Le costó bastante encontrarlo. Vio cómo se agachaba y clavaba una daga en el cuerpo de un vampiro, ni siquiera esperó a observar cómo se desintegraba, ya sabía que había atravesado su corazón. Desapareció de su vista y apareció unos metros más asestando otro golpe mortal a otro, colocando la pistola en el pecho y apretando el gatillo. Realmente era asombroso verlos en acción. Aquellos movimientos, la facilidad con la que parecía que se movían luchando... era digno de admirar.

Una brisa llegó hasta ella haciendo que sus cabellos volasen hacia detrás. Miró hacia su lado para ver cómo se materializaba a pocos metros un vampiro. Tragó saliva intentando no dejar de potenciar. La observaba fijamente, como sino comprendiese lo que estaba haciendo ella allí.

Samantha dio unos pasos hacia atrás mientras el vampiro se acercaba, con mirada interrogante. La observaba confundido, pero luego, observó cómo abría desmesuradamente los ojos e inclinaba su rostro hacia ella.

—Potenciador—susurró.

En aquel momento dejó de fluir su energía por su cuerpo. El vampiro se materializó al lado de ella y la cogió del brazo con mirada agresiva.

Iba a gritar y a crear su escudo protector cuando escuchó un disparo y al momento el vampiro comenzó a desintegrarse lentamente.

Ella retrocedió varios metros hacia atrás sin poder evitar dar un grito. Miró hacia delante y observó que varios metros alejado de ella Nathan descendía su brazo con el arma. La observó un segundo y volvió a la carga internándose entre el resto de vampiros.

Sintió un escalofrío que recorría su columna vertebral al recordar aquella mirada aturdida del vampiro, cómo había pronunciado la palabra potenciador, sorprendido.

La división había tenido razón cuando había dicho que debía aprender a protegerse, que si descubrían que ella podía potenciar sus poderes irían a por ella.

Gimió por los nervios e intentó controlar sus emociones.

Miró al frente y de nuevo volvió a dejar fluir la energía por su cuerpo potenciando a sus compañeros.

Observó cómo Nicholas disparaba a varios vampiros a la vez, pero uno de ellos le hizo caer al suelo. Iba a gritar cuando observó que se movió rápidamente apareciendo a la espalda del vampiro y dándole un tiro certero en el corazón, desintegrándose por completo.

No sabía ni para qué se preocupaba, la verdad es que los vampiros a su lado parecían niños luchando. Pero los superaban en número. En ese momento cayó en la cuenta. La luz solar, ¿cómo no había pensado en ella antes?

Corrió hacia los todoterrenos sin apartar la mirada de ellos, intentando hacer lo mejor posible su trabajo. Llegó hasta el primer todoterreno, abrió la puerta y sin apartar la mirada de ellos, buscó a ciegas la llave de contacto. En cuanto la palpó, la giró y apretó el botón de luz solar.

Al momento observó cómo varios vampiros desaparecían convirtiéndose en polvo. Pero un grito le hizo mirar hacia el descampado.

—Sam. ¡Apaga la luz! ¡Apaga!—Supo que era la voz de Josh.

Ella lo miró dudosa pero hizo lo que le pedía mientras se mordía el labio. Vaya, solo quería ayudar, pero parecía que aquella no era la forma. Suspiró y se quedó mirando hacia el descampado aturdida por su petición. ¿No se suponía que la luz solar los mataba?

Avanzó unos pasos más hacia delante intentando pensar que no había metido la pata y se concentró de nuevo. ¿Se había equivocado? La voz de Josh había sonado de urgencia, incluso enfurecida, aunque eso no podía tenerlo en cuenta, pues se encontraba en una lucha a vida o muerte en ese momento.

Volvió a ampliar sus poderes al máximo, intentando pensar en qué había fallado o el porqué de aquella petición. Tan concentrada estaba en sus pensamientos y en ampliar el poder de sus compañeros para hacer más fácil su lucha, que no se percató que unos ojos rojos la observaban entre unos árboles.

El lobo la observó. Sabía lo que estaba haciendo ella allí, no hacía falta ser muy listo para saber que aquella división, además de haberse ampliado en número, había ampliado sus poderes. Sus movimientos eran más rápidos, su fuerza había aumentado.

Dio unos pasos hacia delante observándola. Había escuchado hablar de ellos, personas con tal poder que podían canalizar el poder de las personas y ampliarlo, pero no sabía que actualmente existiese alguien.

Observó a aquella muchacha mirando a sus compañeros. Aquella chica podía potenciar todo tipo de poderes, inclusive el de los lobos y vampiros. Si fuera suya sería uno de los más poderosos.

Donovan avanzó a cuatro patas por el descampado, con movimientos felinos y lentos, siendo prácticamente invisible en la oscuridad, sin perder de vista a aquella muchacha que permanecía concentrada mirando al frente.

Debía conseguirla, debía hacerla suya. Contempló cómo un vampiro aparecía frente a ella. Sabía que los vampiros no tenían mucha capacidad para pensar, que no entendían realmente lo que ella representaba. Quién tuviese a aquella muchacha, tendría el poder. Por mucho que existiese una alianza entre ellos era cierto que los vampiros superaban en número a los lobos, pero con ella a su lado serían invencibles. Podrían acabar tanto con los vampiros como con la división.

Vio cómo el vampiro enseñaba sus dientes hacia ella, aunque la muchacha no parecía haberse dado cuenta, pues permanecía totalmente concentrada en el descampado. En ese momento Donovan se incorporó y corrió a por el vampiro echándose sobre él.

Samantha se giró cuando escuchó el grito del vampiro, pero se sorprendió cuando percibió que un lobo se encontraba sobre él destrozando su pecho a bocados.

Retrocedió varios metros hacia atrás mientras miraba asombrada al lobo. El vampiro desapareció convirtiéndose en cenizas cuando el lobo alcanzó su corazón. Giró su rostro hacia ella y la observó. Era una muchacha joven, delgada, con un rostro angelical.

Ladeó su cuello hacia ella mientras emitía un gemido y salió disparado de nuevo hacia los árboles.

Lo observó impresionada. Luego miró hacia el lugar donde se había desintegrado el vampiro y se quedó aturdida.

¿Un lobo había matado un vampiro para protegerla?

Miró hacia los árboles pero ya no vio nada. Sabía lo que había visto. Podía asegurar que se trataba de un lobo. Tragó saliva y volvió su atención hacia delante, pero justo en ese momento notó cómo la impulsaban de un fuerte golpe hacia atrás.

Voló varios metros hasta caer al suelo sin comprender lo que ocurría. Notó que se golpeaba la espalda y el hombro, cómo sus pulmones se quedaban sin respiración por el golpe. Gimió mientras intentaba moverse, arqueando su espalda para que el aire entrase con más fluidez, pero el golpe le había comprimido las costillas.

Gimió mientras abría la boca desesperada intentando respirar cuando el vampiro se materializó ante ella. En ese momento, logró que el aire entrase en sus pulmones. Gritó desesperada al

observar cómo se agachaba con un movimiento excesivamente rápido y la cogía de la mano.

Aún le faltaba el aire, pero se sorprendió cuando vio que no llevaba su mano hacia su boca para morderla, sino que la levantaba del suelo.

Ella llevó su mano hacia su pecho intentando respirar, le era demasiado difícil, cuando escuchó que otro vampiro se colocaba a su lado.

—Llévatela—gritó.

Notó cómo el vampiro la cogía con fuerza por la cintura, pero en aquel momento, aunque no tenía prácticamente oxígeno en sus pulmones, agotó las pocas fuerzas que tenía formando un pequeño escudo.

El vampiro salió disparado hacia atrás, gritando. Samantha cayó al suelo luchando por respirar, gimiendo. Notaba la vista nublada. Notó que una lágrima resbalaba por su mejilla mientras estiraba la espalda intentando que el oxígeno entrase de nuevo en sus pulmones, pero no tuvo prácticamente tiempo. Observó cómo el vampiro se incorporaba de nuevo y se dirigía hacia ella con mirada agresiva justo cuando salió disparado hacia la otra punta.

Apoyó sus brazos en la hierba intentando respirar, por Dios, notaba sus pulmones a punto de estallar de un momento a otro. El oxígeno entraba a cuentagotas.

Elevó la mirada y observó que tres miembros de la división se habían colocado un poco por delante de ella, protegiéndola.

Identificó quiénes eran: Josh, Ryan y Nicholas. Lloró de alivio cuando observó que se enfrentaban contra los vampiros permitiéndole a ella recuperarse, quizás fue la liberación de tensión lo que hizo que sus pulmones se expandiesen de nuevo. Gimió mientras notaba fluir el aire por sus pulmones y las lágrimas resbalaban por su rostro, cuando notó que alguien la cogía por los brazos y la ponía en pie.

Se removió de nuevo rápidamente luchando.

—Sam, soy yo, Sam—escuchó la voz de Nathan en su oído.

Ella se giró y lo observó durante unos segundos. Se encontraba totalmente debilitada. Se agachó arqueando su espalda, mientras él la sujetaba de un brazo.

—¿Estás herida?—preguntó con un grito mientras la sujetaba esta vez con las dos manos al ver que se arqueaba.

Ella tardó varios segundos en responder, parecía estar recuperando aire.

Negó y al fin ascendió su mirada hacia él.

—Es... el golpe—gimió con dolor apretando su mandíbula, pues notaba pinchazos en su espalda.

Vio que los miembros de la división que habían ido hasta ella acababan con los vampiros sin muchos problemas. Desvió su mirada hacia la pradera y le pareció intuir que solo quedaban un par de siluetas en movimiento, huyendo de ellos, aunque las vio difuminarse pocos segundos

después.

Nathan la cogió más fuerte, colocándola justo a su pecho, sin poder evitarlo dejó que un suspiro de alivio se escapase de lo más profundo de su ser al encontrarse rodeada por su brazo, apoyada contra su pecho.

Nathan la mantuvo de pie, notaba cómo temblaba. Pero el grito que provino desde atrás le hizo reaccionar. Un vampiro los observaba desde lejos. Nathan cogió su arma y apuntó, pero el vampiro estaba lejos y pudo esquivar la bala sin problemas.

Ryan se giró hacia ellos.

—Voy a por él.—Al momento desapareció de la vista de todos moviéndose hacia los árboles por donde había desaparecido el vampiro.

Josh caminó hacia Nathan que aún sujetaba a Samantha junto a su pecho. El resto de la división acudió también.

—¿Está bien?

Nathan miró hacia Josh e hizo un gesto inseguro.

—Se ha llevado un buen golpe. Le ha costado recuperar el aliento.

Ella lo miró con ojos llorosos. Aquello no le gustaba. No quería estar allí. No quería tener que volver a repetir aquella experiencia. Escondió su rostro en el pecho de Nathan sin poder evitarlo, sin importarle lo que pensasen el resto de la división al verla así. Ya nada le importaba.

Pudo notar cómo comenzaba a llorar. Seguramente, por la tensión acumulada y el dolor que sentía, pero Nathan no dijo nada al respecto, guardó su arma en su cinturón y la rodeó con el otro brazo abrazándola, mientras miraba hacia Josh.

Josh resopló nervioso y se pasó la mano por el cabello.

—Vamos a casa. Necesita recuperarse y descansar—comentó mirando hacia los árboles por donde Ryan había desaparecido hacía pocos segundos. Cogió su walkie y lo llevó hacia sus labios—. Ryan, vuelve. Nos vamos.

Samantha lloró desconsolada. Ya se había hecho la fuerte demasiado rato. Los nervios que había acumulado aquellos últimos minutos, más el dolor que sentía en su espalda, le habían hecho llegar al límite.

Notó que Nicholas se colocaba a su lado, pero ella ni siquiera levantó su rostro del pecho de Nathan, el cual parecía ser el único pilar al que sujetarse en aquel momento.

—Sam, tranquila—susurró—. Ya ha acabado todo.

Ella lo observó pero se mantuvo callada. Su mirada era asustada, y Nicholas lo sabía, sabía por lo que debía estar pasando en aquel momento. Él tenía conocimiento de su pasado y seguramente aquellas imágenes se estarían repitiendo en su mente.

Ryan apareció al lado de todos.

—Le estaba siguiendo el rastro.—Chasqueó la lengua hacia Josh—. Lo siento, se me ha

escapado, jefe.

Josh negó con su rostro.

—No te preocupes.—Volvió su mirada hacia Samantha, la cual parecía que no se aguantaba ni en pie, si no fuese porque Nathan la mantenía sujeta—. Vamos a casa.

Todos la observaron preocupados pero nadie dijo nada al respecto. Era como si prefiriesen respetar sus lágrimas.

—¿Puedes caminar?—preguntó cogiéndola un poco más fuerte. Ella volvió a quedarse callada pero notó que afirmaba. Suspiró y caminó con ella, sujetándola, hasta el todoterreno.

Sean abrió la puerta para que entrase. En cuanto la dejó sentada, Nathan se movió rápido hasta la puerta contraria y entró colocándose a su lado.

Todos volvieron a dividirse en grupos, tal y como habían ido hacia el descampado.

Sean entró el último situándose detrás de ella.

—¿Qué te duele?—le preguntó con ternura.

Ella lo miró con ojos llorosos y se mordió el labio.

Nathan se giró hacia él.

—Se ha llevado un buen golpe en la espalda. Se ha quedado sin respiración—explicó.

Sean colocó una mano en el hombro de ella.

—Cuando llegemos te echaré un ojo, ¿de acuerdo?

No dijo nada y miró hacia Nathan, el cual estaba a su lado estudiándola con gesto preocupado.

Observó que Jason se sentaba en el asiento del piloto, pero antes de encenderlo se giró también para mirarla un segundo.

El todoterreno comenzó a avanzar entre los árboles, siguiendo al primero, internándose en la oscuridad y sacudiéndose de un lado a otro, haciendo que ella apretase los dientes por el dolor. Cuando se incorporó a la carretera asfaltada pudo respirar algo más tranquila.

El equipo se mantenía en silencio. No había risas. No había bromas. Y podía detectar que de vez en cuando se giraban hacia ella, preocupados.

Giró su rostro hacia Nathan y sin poder evitarlo buscó en la oscuridad su mano, necesitaba en aquel momento sentirle cerca, sentir que podía contar con alguien. En cuanto Nathan notó su gesto la cogió de inmediato.

—Vi un lobo—susurró.

Todos la miraron por lo que acababa de decir, incluso Jason que conducía se giró un segundo para observarla.

—¿Un lobo?—preguntó Nathan.

Ella aceptó.

—Un vampiro intentó atacarme. Un lobo saltó encima de él y lo mató.—Se quedó pensativa.

—¿Intentó atacarte?—preguntó Jason con voz preocupada.

—No, no... era como... como si me hubiese protegido del vampiro—explicó sin mirar a nadie. Nathan coincidió la mirada sorprendida con Jason que lo observaba por el retrovisor.

—¿Te dijo algo?—preguntó mientras aceleraba al tomar el desvío hacia la autopista.

—No. Mató al vampiro y se marchó.

Sean comentó desde atrás.

—Es extraño.

Ella lo observó un segundo y se apoyó con algo de dolor contra el respaldo. Nathan tuvo que detectar su gesto porque comenzó a acariciar su mano, como si así pudiese darle consuelo, y en cierto modo lo hacía.

Se pasó la mano que tenía libre por la mejilla limpiándose el resto de lágrimas que habían caído por ella y sin poder evitarlo, su mente volvió a aquel momento. La primera vez que había visto a un vampiro.

Ella permanecía escondida en aquel armario, entre la oscuridad, intentando ser invisible cuando detectó que se detenían tras la puerta de madera. La había descubierto. Sabía que aquella noche moriría, igual que el resto de su familia. Pero ya nada importaba, nada, si había perdido a todas las personas que amaba.

Intentó controlar su respiración y se preparó para lo peor. Solo esperaba que fuese rápido, así se uniría lo antes posible a sus padres y su hermano.

Las puertas se abrieron de par en par y esta vez no se contuvo, gritó desesperada mientras alguien cogía su brazo y le obligaba a salir. Comenzó a golpear su pecho, a dar patadas pero se sintió inmovilizada al momento.

—Tranquila, tranquila—susurró una voz masculina.

Ella siguió golpeando su pecho mientras las lágrimas caían sin cesar, pero apresaron sus manos y la obligaron a mirar hacia arriba. Unos ojos grises la observaban.

—Shhh...tranquila. No voy a hacerte daño.

Ella tragó saliva y lo miró sin comprender. ¿Quién era aquel hombre?

—¿Te encuentras bien?

Ella volvió a gemir y comenzó a llorar desconsolada mientras se apartaba de él, intentado deshacerse de aquel abrazo.

—Mis padres.—Lloró—. Mi hermano.—Intentó salir de la habitación pero el muchacho la cogió de nuevo, prohibiéndole que saliese.

—Shhh...—Intentó calmarla.

—¿Dónde están?—gritó luchando de nuevo—. ¡William! ¡William!—continuó, mientras la sujetaba por la cintura prohibiéndole que saliese de aquella habitación—. ¡Mamá! ¡Papá!

—Shhh...cálmate.—Intentó sujetarla y al fin le dio la vuelta—. Mírame, mírame—dijo mientras con una mano hacía que le prestase atención.

—¿Dónde están?—volvió a preguntar entre gemidos. Él la contempló durante unos segundos y finalmente cerró sus ojos con dolor.

Ella lo comprendió. Ya lo sabía, pero aquello no hizo más que incrementar su sufrimiento.

—¡No! ¡No!—comenzó de nuevo a gritar mientras veía que unos cuantos hombres más, vestidos de negro, iban de un lado a otro de su vivienda.

—Eh—dijo de forma tierna—. ¿Cómo te llamas?

Ella no le prestaba atención, solo observaba cómo aquellos hombres, que no conocía, iban y venían por aquel pasillo con unos movimientos excesivamente rápidos.

—Tu nombre—volvió a insistir.

Ella lo contempló con ojos temblorosos.

—Samantha—susurró al final.

Él aceptó.

—Soy Nicholas. Voy a ayudarte, Samantha—susurró—. Tranquila.

En ese momento el golpe de la puerta al cerrarse le hizo abrir los ojos. Debía haberse quedado traspuesta. Elevó su mirada y vio que se encontraban en el garaje de la nave industrial.

Nathan abrió su puerta y le tendió la mano para ayudarla a bajar. Samantha se pasó la mano por los ojos, la luz le molestaba. Él esperaba pacientemente con la mano tendida hacia ella.

La cogió y bajó del todoterreno. La mayoría de sus compañeros la observaron unos segundos, sus gestos aún eran preocupados, pero salieron del garaje rumbo a las escaleras.

Nathan caminó con ella cogida del brazo, junto a Josh y Sean, que fueron directos al ascensor.

Ella ni siquiera se atrevió a preguntar a dónde iban. Aquellas imágenes no paraban de fluir en su mente. Aquella experiencia le había hecho revivir todo el sufrimiento por el que había pasado hacía tres años.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron y salieron de él, comprendió que la llevaban a la enfermería.

—Estoy bien, de verdad—dijo a Nathan, el cual caminaba con su rostro serio.

Entraron en la enfermería y la ayudó a sentarse en la camilla.

—Tú no te regeneras como nosotros. Mejor que te eche un ojo. Te has llevado un buen golpe y te has quedado sin respiración.—Le recordó, colocándose al lado.

Sean se situó al lado de ella mientras Josh se apoyaba contra la puerta cruzándose de brazos.

—¿Dónde te duele?—le preguntó.

—La espalda. Lado derecho—explicó tímida.

Josh se acercó a ella situándose enfrente. Sam permanecía con su rostro bajo y mordiéndose el labio.

—Samantha. Lo has hecho muy bien—pronunció con dulzura.

Ella lo miró sin comprender.

—¿Bien?—Se movió incómoda—. Solo he empeorado las cosas.

—¿Empeorado?—Luego le sonrió—. Si no llega a ser por ti no hubiésemos podido contra tanto vampiro. Respecto a lo de que te ataquen, es normal, ya contábamos con eso.

—¿Ah, sí?—preguntó con cierto dolor mirando hacia Nathan.

Nathan enarcó una ceja hacia ella.

—Ya te dije que debes aprender a protegerte. Es normal que los vampiros vayan a por ti si ven que eres un potenciador.

Ella suspiró al recordarlo.

—Has cumplido muy bien con tu misión. Pero debes ensayar más el escudo—acabó sonriéndole para tranquilizarla.

Ella lo miró con tristeza. ¿Cómo decirle que agradecía sus palabras pero que no quería ir más con ellos? Se mordió el labio y suspiró. Al momento gimió cuando notó que Sean palpaba su omóplato.

—¿Te duele aquí?

—Sí—respondió conteniendo la respiración.

—Hay que bajarte el uniforme—explicó, cogiendo su cremallera.

Al momento Josh cogió su mano.

—Tranquila. Nadie nace sabiendo. Pero para ser tu primera vez lo has hecho muy bien. No te preocupes.—Sonrió. Luego miró hacia Sean—. Me marchó. Estaré abajo.

Sean aceptó mientras bajaba la cremallera. Samantha miró de reojo a Nathan. ¿Él no iba a marcharse? ¿Ni siquiera iba a pedirle permiso por sino quería que él estuviese?

Él ni siquiera prestaba atención a su rostro, se colocó al lado de Sean para observar su espalda y al momento emitió un suspiro.

Tal y como había visto se había llevado un fuerte golpe, un morado azulado verdoso comenzaba a distribuirse por todo su omóplato. Debía de dolerle mucho.

—Ha sido un golpe muy fuerte—explicó Sean palpando su espalda. Ella se quejó y al momento notó cómo Nathan le cogía la mano para tranquilizarla. Ella lo observó con ojos llorosos y le cogió su mano más fuerte—. Te voy a inyectar un anestésico. Te aliviará el dolor, ¿de acuerdo?

Ella aceptó mientras Sean iba hacia un mueble y abría los cajones. Sacó una aguja y un inyectable.

Cuando pasó a su lado, captó que Sean miraba la mano unida de ellos, pero no dijo nada al respecto.

La verdad es que pinchaba bastante bien, simplemente notó un pequeño pellizco y unos segundos después ya había acabado todo.

—En unos diez minutos no notarás nada—dijo tirando la aguja usada a una papelera—. Mañana si te sigue doliendo te pongo otro.

Se colocó frente a ella haciendo que Nathan se desplazase a un lado, pero no soltó su mano. Le daba igual lo que pensasen sus compañeros. En aquel momento, lo único que quería era abrazarla, protegerla de cualquier dolor o sufrimiento. Eso era lo más importante.

Sean palpó con cuidado las costillas de Sam.

—¿Te duele? —Ella negó—. ¿Te cuesta respirar?

—Ya no.

—De acuerdo.—Se colocó a su espalda y le subió la cremallera del uniforme.

Miró unos segundos a Nathan, el cual mantenía su mano sujeta y la observaba de una forma preocupada, con una mirada que rayaba la ternura.

—Será mejor que bajemos y digamos que estás bien. Están bastante preocupados.

Ella aceptó y bajó de la camilla con ayuda de Nathan. Se pasó la mano por la frente y luego se frotó los ojos.

Se mantuvo en silencio mientras bajaban a la planta baja donde todos permanecían en el comedor. En cuanto entraron, la miraron y comenzaron a preguntarle cómo estaba. Al menos se sentía respaldada por todos.

—Lo tiene bastante inflamado, pero nada que no cure unos días de reposo.—Le guiñó el ojo Sean con una sonrisa.

—Todos nos hemos llevado varios golpes—le indicó Ryan para quitarle importancia, pues parecía que Samantha estaba abochornada.

—Sí, pero tú, yo y todos, nos regeneramos y curamos rápido, capullo. Ella no—contestó Nathan de mal humor, y al momento se dio cuenta de su error.

Todos se miraron entre sí con miradas furtivas, y Ryan enarcó una ceja hacia él, mientras llevaba su taza de café a los labios.

Nathan se pasó la mano por los ojos y resopló.

Ryan finalmente sonrió a Nathan.

—Eso ya lo sabemos, tranquilo, fiero—bromeó. Miró a Samantha, la cual permanecía con su rostro hacia abajo—. ¿Quieres un café?

Ella lo miró y le sonrió.

—No, gracias.—Suspiró y se soltó de la mano de Nathan, el cual la mantenía aún sujeta por el brazo. Miró a Nicholas—. En realidad me gustaría acostarme ahora, si puede ser.

—Claro—dijo Sean—. Que recupere fuerzas. Descansa.

Ella aceptó mientras Nicholas se colocaba a su lado y pasaba un brazo por sus hombros, apretándola contra él.

Nathan la observó marcharse. Sintió cómo el corazón se le paralizaba cuando la vio alejarse de él. No quería dejarla. Quería quedarse junto a ella. Abrazarla. Consolarla. Protegerla.

Estuvo a punto de salir corriendo tras ella, cuando Samantha giró su rostro y dio una última

mirada en su dirección. Notó cómo se le secaba la boca y su corazón se aceleraba mientras la veía desaparecer.

Un largo suspiro salió de los más profundo de su ser cuando escuchó que la puerta de su nave se cerraba.

Se giró con las manos en su cintura, pensativo. Le habían hecho daño. La habían herido. Aquello lo estaba matando por dentro.

Elevó su mirada y observó que todos sus compañeros le miraban de forma interrogante.

—¿Qué?—preguntó de mal humor.

—Nada, nada...—pronunciaron todos mientras volvían a lo que estaban haciendo antes.

Ya sabía lo que pasaba. No debía ser adivino para darte cuenta que comenzaba a sentir algo más por aquella chica. Pero al menos, sus compañeros se habían contenido de decir nada delante de los nuevos. Todo un detalle, pensó divertido, aunque al momento notó cómo la respiración se le cortaba. La que le esperaba cuando se quedase a solas con ellos.

Se giró hacia Christopher, Taylor y Adrien, y fue hacia ellos.

—Es pronto aún ¿Un café? —preguntó con la intención de retenerlos.

El nuevo equipo se había marchado pronto a su vivienda. Nathan se pasó la mano removiendo su cabello castaño mientras se apoyaba contra la barra de la cocina. Miró confuso hacia Brad.

—Te aseguro que en el radar no salía nada. Ni un punto azul ni uno rojo. Nada. Ni siquiera emitió el pitido.

Josh se colocó frente a Nathan, al otro lado de la barra.

—Es extraño.—Miró a Brad—. ¿Puede que necesiten una nueva actualización?

—No. Se actualizaron hace poco. Además, la actualización es solo sobre nuevos lugares, no sobre la detección de vampiros y hombres lobo.

—No entiendo por qué narices no salían en los radares—susurró Nathan, pensativo.

Ryan se apoyó contra el mármol de la cocina.

—¿Quizás los vampiros habían aumentado su temperatura para no ser detectados?

Se miraron entre ellos, pero Jason negó.

—No. Estaban helados. Como siempre—protestó de mala gana.

—¿Un inhibidor?—volvió a preguntar Ryan.

—¿Un inhibidor de temperatura corporal?—preguntó Jason bromeando—. Lo veo un poco complicado. No deben echarse ni desodorante.

Sean intervino en la conversación.

—Espera, espera...no es tan descabellado.—Todos se giraron hacia él, el cual se quedó pensativo—. Puede que no sea un inhibidor de temperatura corporal, pero ¿y un campo

electromagnético?

Brad hizo un gesto no muy seguro con su rostro pero al final aceptó.

—Samantha—susurró al final. Todos lo miraron confundidos—. Ella crea campos electromagnéticos. Quizás sea esa la causa.

—Joder—susurró Jason mientras iba hacia la nevera y cogía una cerveza.

—Claro—continuó Sean más seguro—. ¿Cómo no he caído antes?

Nathan lo miró algo tenso.

—Eso me gustaría saber a mí—pronunció entre dientes.

Pero Sean obvió aquel comentario y miró directamente a Brad y Josh.

—Quizás en el Pentágono puedan darnos alguna actualización para que Samantha no pueda alterar los GPS ni aparatos informáticos cuando esté cerca.

Nathan se giró, aún sin comprender muy bien.

—Pero ella no estaba formando ningún escudo hasta que la atacaron, y los GPS ya no funcionaban desde antes.

—Ella es un campo electromagnético, Nathan. Ahora no lo domina correctamente, quizás en un futuro pueda acercarse a unidades informáticas sin cargárselas, pero por lo pronto, ahora, en cuanto al escudo electromagnético ya sabemos que es inestable.

—No es seguro—protestó.

—Dime alguna otra causa.

—No, no—Josh intervino—. Sean tiene toda la razón. Tiene lógica.—Lo miró y le señaló—. Habla mañana con el Pentágono y explícales la situación.

—De acuerdo.—Y volvió su mirada hacia Nathan, el cual puso los ojos en blanco y resopló. Apoyó su frente contra su mano y cerró los ojos como si estuviese agotado.

—En cuanto a ti—dijo señalándole con el dedo índice, pero Nathan no le miraba, había adoptado aquella postura y parecía que estaba cómodo—. Eh—le advirtió, pero seguía sin moverse. Finalmente se incorporó un poco sobre la barra y golpeó el brazo de él haciendo que perdiese el equilibrio y estuviese a punto de golpearse la frente con el mármol.

—Eh—dijo de mal humor.

Josh rio.

—A ver si aprendes a respetar a tu jefe—bromeó, mientras se sentaba con una sonrisa. Nathan bufó pero luego le sonrió—. Vamos a aclarar unas cuantas cosas tú y yo—comentó poniéndose más serio.

Nathan arqueó una ceja y miró al resto de sus compañeros, los cuales les miraban divertidos.

—Samantha es una potenciadora.

Él inclinó una ceja hacia su jefe.

—Eso ya lo sé.

—Es miembro de esta división.

—Miembro en prácticas—interrumpió Ryan divertido.

—Gracias por ese comentario, Ryan. Eres muy ilustrativo—bromeó Nathan mientras volvía su mirada hacia su jefe.

—Creo que todos sabemos que una relación entre dos miembros de un mismo equipo no está muy bien visto por los superiores.

Nathan se pasó la mano por la cara como si estuviese agobiado.

—Creo que esto ya lo comentamos, ¿verdad? Además, ¿quién habla de relación? ¿Se supone que tengo que ser un estúpido con ella? —preguntó molesto.

—No me refiero a eso.

—No, vamos—continuó alterado—. Si no recuerdo mal fuiste tú mismo quién me pediste que me hiciera cargo. Es lo que estoy haciendo.

—Sabes que no voy por ahí—siguió con paciencia, sin que la sonrisa abandonase sus labios. Luego se acercó a la barra—. Las miradas, la forma en la que la abrazabas...

Sean se acercó.

—Cómo le dabas la mano en la enfermería—apuntó con una sonrisa.

Nathan miró de reojo a Sean, fusilándolo, aunque volvió su gesto interrogatorio hacia su jefe.

—¿Y?

—Pues que sabes que tendrá que marcharse. Que está solo de prácticas.

—Oh, vamos—se quejó él—. ¿Estás intentando protegerme?—volvió a bromear, pero en ese momento nadie dijo nada. Suspiró y chasqueó la lengua. Se quedó pensativo un par de segundos más y finalmente volvió a mirar a su jefe con aire serio—. ¿Hay algo más que quieras decirme?—preguntó secamente.

Josh lo interrogó con la mirada y suspiró.

—No.

Nathan lo miró pensativo. Había tantas cosas que querría decirles. Decirle que aquello era asunto suyo. Que se estaba enamorando de aquella muchacha. Que qué más daba lo que pensasen sus jefes. Pero no podía decirlo, no sin aclararse primero y sobretodo, aclararse con ella. Notaba que ella también sentía algo, aunque no sabía realmente el qué.

Se levantó del taburete y los miró a todos.

—Pues me voy a dormir.

Josh chasqueó la lengua y cuando Nathan se giró para ir hacia su habitación le llamó de nuevo.

—Nathan—pronunció su nombre lentamente, con paciencia.

No era tonto para saber que comenzaba a sentir cosas por esa chica. A él le había ocurrido lo mismo con Sarah, y hubiese movido tierra y mar para tenerla a su lado.

Él se giró con paciencia, incluso como si estuviese agotado. Lo observó con una mirada dura.

—Sabes que somos una familia—dijo Josh. Él los contempló a todos y suspiró. Finalmente aceptó—. Y las familias se ayudan. Solo tienes que pedirlo.

Aquello pilló de improviso a Nathan, el cual los miró de forma interrogante. ¿Cómo debía tomarse aquello?

Aceptó pensativo y se dio la vuelta caminando hacia su dormitorio.

8

Gracias al anestésico no había tenido mucho dolor por la noche, pero no había dejado de dar vueltas en la cama. Las imágenes se habían sucedido en su mente durante toda la noche. Cuando cerraba los ojos y conseguía dormirse, una pesadilla reviviendo el momento de la muerte de sus padres la despertaba con el corazón acelerado.

A media mañana había decidido darse una ducha. Lo único que necesitaba era recuperarse, alejarse de todo aquello. De los vampiros, de los hombres lobo... no quería saber nada sobre esos asuntos. Lo único que quería era refugiarse en su habitación el resto del día. Allí al menos estaría protegida.

No dejaba de rememorar en su mente el ataque que había sufrido por la noche.

Tras salir de la ducha se puso el albornoz y se enrolló una toalla en el cabello. Fue hacia el espejo y se observó la espalda. Tenía todo el omóplato amoratado, pero no le dolía mucho. Se puso correctamente el albornoz y se tumbó con cuidado sobre la cama. Aquello había sido duro. Más de lo que imaginaba.

Cuando pasó bastante rato decidió vestirse. No tenía ni ganas de comer, así que cuando Nicholas llamó a su puerta ni contestó. No quería hablar con nadie, ni siquiera con él, lo único que le apetecía era quedarse allí sola, tranquila.

Nicholas volvió a insistir.

—¿Sam?—Llamó de nuevo—. Sam, eh—dijo de una forma más urgente—. Voy a entrar—pronunció, abriendo la puerta.

Ella se encontraba sobre la cama, sentada. Tenía uno de los libros que había comprado ayer, sobre ella, cerrado.

—La comida está preparada.

Ella le observó. Tenía los ojos vidriosos como si hubiese pasado parte de la mañana llorando.

—No tengo hambre.

—Tienes que comer—respondió de forma pausada.

Ella lo contempló de nuevo.

—Nicholas, por favor. Necesito estar sola—susurró desviando la mirada de él.

Él se apoyó contra el marco de la puerta y se cruzó de brazos, observándola.

—No te va a servir de nada quedarte encerrada en esta habitación compadeciéndote de ti misma.

Volvió a mirarlo, pero esta vez puso la espalda recta. Giró su rostro y observó la fotografía de su familia. Nicholas captó la mirada y chasqueó la lengua. Avanzó hasta la cama y se sentó a su

lado.

—Samantha, lo que te ocurrió fue horrible. Lo peor que le podía ocurrir a una persona. Pero creía que ya lo habías superado.

Ella se mordió el labio.

—¿Realmente crees que puede superarse algo así?—preguntó sin mirarle.

Nicholas suspiró.

—Sé que no es fácil, pero debes hacer un esfuerzo. Comprendo que lo de ayer fue muy duro para ti... —Ella lo observó—, pero se te ha concedido ese don, un don con el que puedes ayudar a mucha gente.—Intentó cogerle la mano pero ella la esquivó.

—¿Y cuándo podré ocuparme de mí?—Lloriqueó esta vez—. Tuve que ver cómo un vampiro acababa con la vida de mis padres, con la mi hermano... y ahora, gracias a este don voy a tener que revivir aquello una y otra vez.—Notó cómo su labio temblaba y una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla—. No quiero esto en mi vida, Nick. No lo soportaría.

Él la miró con ojos tristes, comprendiendo su sufrimiento. Realmente no era justo. Ella había sido una chica normal hasta aquella noche, donde su vida había cambiado de forma radical. No había nacido con ello, prácticamente se le había impuesto.

—Tú puedes impedir que a mucha gente le ocurra lo mismo que a ti—pronunció con ternura—. Tienes el poder de impedir que otra chica quede huérfana, sin hermano... ¿De verdad no merece la pena?

Ella lo contempló y se mordió el labio mientras pasaba una mano por su mejilla.

—Sé que es duro, Sam. Pero no veas la parte negativa, mira lo positivo. Tú eres la esperanza de muchas personas. Te necesitan.

Ella lo contempló de nuevo, impresionada por la confianza que depositaba en aquellas palabras, la entonación que le daba.

—No te encierres en ti misma, por favor—le suplicó esta vez cogiéndole la mano.

—Es difícil no hacerlo.

—Pero tú eres fuerte.

Ella negó mientras notaba cómo su labio temblaba.

—No, Nick, no lo soy. Solo soy una chica normal que perdió a sus padres y a su hermano. Que se quedó sola. Solo soy eso—gimió al final.

Nicholas suspiró y acarició su cabello, aún húmedo de la ducha. La observó durante un minuto sin pronunciar nada, simplemente acariciando su cabello como si así la reconfortase.

—No estás sola.—Le abrazó al fin—. Ven a comer, Sam.

Ella se abrazó a él durante unos segundos y se apartó de él.

—Ahora no tengo apetito, no me obligues, por favor. Necesito estar sola y descansar—explicó apartando la mirada de él—. Te prometo que en cuanto tenga hambre, comeré.

Finalmente aceptó. No quería presionarla. Lo había superado una vez, y lo haría una segunda. Pero también comprendía que necesitaba su espacio, pensar y aclarar sus ideas. Él no le permitiría que se hundiese, que se perdiese en aquella oscuridad donde había permanecido las semanas siguientes a la muerte de sus padres.

—Está bien.—Se acercó y le besó la frente. Se levantó de la cama y acarició su cabello—. Ya sabes que estoy aquí para lo que necesites.

Se giró y abandonó su habitación cerrando la puerta con cuidado.

Samantha se quedó mirando la puerta unos segundos hasta que notó cómo su labio temblaba y sus ojos se humedecían. No se contuvo más y se tapó los ojos con las manos dando rienda suelta a todo el dolor y angustia que había acumulado dentro.

Sarah volvió a reír mientras acababa de comerse el yogur. Acababan de comer y los chicos ya estaban decidiendo qué hacer cuando ellas se marchasen.

—De verdad, parece que estéis deseando que nos vayamos—dijo ella.

—Cariño, nada más lejos de la realidad.—Rio Josh guiñándole el ojo.

Ryan se acercó por la espalda de Evelyn y la abrazó mientras la besaba en la mejilla.

—Pues yo prefiero que te quedes conmigo.

—Eso lo dices porque no tienes otro remedio—puntualizó ella mientras le golpeaba en el brazo y hacía un gesto gracioso con su rostro.

Lucy se sentó al lado de Sarah y miró el reloj.

—¿Has avisado ya a Sam?

—Le iba a mandar un mensaje ahora —contestó Sarah cogiendo su móvil.

Evelyn puso morritos.

—Esto no es justo—se quejó—. Yo también quiero ir.

—Sabes que no puedes—repitió Ryan rodeándole con los brazos—. Prefiero que permanezcas en el anonimato.

Ella resopló.

—Bueno—comentó señalando a Sarah—. Pero quiero fotos del vestido que se compre. Es más, tengo curiosidad por verla. Al fin y al cabo, ella es la causa de los recientes nervios de mi novio —bromeó.

Josh se apoyó contra la barra.

—Al menos ya sabemos que si hay paredes de por medio no podría captarte. Así que si viene, conque te escondas ya nos vale.

Nathan rio.

—Debes ser una chica escurridiza.

—Lo soy, lo soy.

—Qué va—bromeó de nuevo Ryan, el cual recibió un golpe en su brazo.

Brad llegó hasta ellos sentándose entre Sarah y Lucy. Sarah estaba escribiendo en su móvil un mensaje.

—¿Le estás escribiendo?

—Sí. Le estoy diciendo que pasamos a buscarla en veinte minutos. Que se arregle, que comienza la diversión.—Luego miró hacia los chicos de la división—. La diversión de verdad. No a lo que llamáis vosotros diversión.

—Ja, ja—se burló Sean—. Algún día podríamos llevárnosla de caza.

—A mí ya me llevasteis, os lo recuerdo—añadió Lucy rápidamente—. Y luego no pude dormir durante una semana entera.

—A mí no me gustaría nada ir con vosotros—intervino Elisabeth—. Sin duda, prefiero ir de compras.

Jason se colocó a su lado.

—Por eso yo soy un cazavampiros... y tú una mujer—bromeó, pasándole una taza de café.

Nathan le miró alzando una ceja. Luego sonrió hacia Elisabeth.

—De verdad. No sé cómo lo aguantas.—Rio.

Elisabeth le sonrió abiertamente.

—Bueno, realmente es una fachada. Luego es muy cariñoso, atento, caballeroso...—explicó mientras Jason chasqueaba la lengua como si sintiese cierta vergüenza.

Ryan fue hacia él, colocándose enfrente y extendiendo sus brazos hacia Jason.

—Espera, espera... llevo meses soñando con esto—carraspeó—: Cal. Zo. Na. Zos.

El resto del grupo comenzó a reír, mientras Ryan se desplazaba de forma rápida tras la espalda de Elisabeth, como si así se refugiase.

—Sabes que te puedo dar para el pelo—le amenazó.

—Sabes que no.

En ese momento el móvil de Sarah emitió un pitido, lo cogió y leyó el mensaje.

—Oh—susurró. Miró hacia las chicas—. Samantha no va a venir.

Nathan se acercó un poco inclinándose sobre la barra americana.

—¿Y eso?—preguntó Lucy—. Justamente íbamos a buscar un vestido para ella.

Sarah miró la pantalla del móvil y comenzó a leer:

—Dice: La verdad es que no me encuentro muy bien. ¿Te importaría que fuésemos otro día? De todas formas, muchas gracias.

—¿No se encuentra bien?—preguntó Elisabeth.

Los chicos se miraron entre ellos.

—Debe estar dolorida—dijo Sean.

—¿Dolorida?—Se giró Sarah hacia detrás para observarlo.

Josh suspiró y chasqueó la lengua.

—Bueno, la caza fue bastante movida. Recibió un buen golpe.

—Un gran golpe—admitió Sean—. Tenía inflamado el omóplato y un buen morado.

—¿Qué pasó?—preguntó Lucy preocupada.

Sean se encogió de hombros mientras miraba a Josh sin saber qué decir. Hasta el momento no habían comentado nada delante de ellas.

Josh juntó sus manos y miró hacia las chicas.

—Bueno, ella es un potenciador. Dijéramos que a los vampiros no les sentó muy bien que nos ayudase, e intentaron atacarla.

Sarah colocó una mano en su boca sorprendida.

—¿Pero está bien?—preguntó preocupada.

—Sí, pero se llevó un buen golpe en la espalda. La pobre estaba bastante asustada.

—¿Pues cómo no va a estar asustada?—gritó Evelyn—. Estaría que se moría de miedo.

—Iba con nosotros—dijo Ryan, como si aquella fuese la solución.

—Sí, claro. Y como va con vosotros ella ya no tiene miedo. ¿Qué tontería es esa?—preguntó indignada.

Ellos se miraron entre sí.

—¿Qué pasó?—preguntó Sarah mirando fijamente a Josh mientras se cruzaba de brazos.

Josh se pasó la mano por el cabello mientras se quedaba pensativo.

—Los vampiros fueron a atacarle para acabar con ella. La protegimos pero no pudimos evitar algún que otro golpe. Había muchos vampiros.

—Demasiados—puntualizó Sean.

Elisabeth miró preocupada hacia Jason.

—¿Crees que se han vuelto a reproducir?

—Joder—intervino Brad—. Deben tener algún escondite. La mayoría eran vampiros antiguos, había pocos vampiros nuevos.

—¿Pero dónde se pueden esconder tantos vampiros?—preguntó Sarah.

—Eso es lo que intentamos adivinar—pronunció Josh—. Pero no es tan fácil. Además, hay que añadir el problema de que Samantha, al ser un potenciador y crear un escudo electromagnético, inhabilitó los GPS. Así que nos pillaron de improviso.

—Pero se recuperará, ¿no?—pronunció Lucy.

—Claro—intervino Nathan por primera vez—. Es una chica muy fuerte.

Lucy se incorporó y bajó del taburete.

—¿Qué haces?—preguntó Brad.

—Quizás debería ir a verla. Si está magullada puedo ayudarla. Soy enfermera—le recordó.

—Ayer le inyecté un anestésico—dijo Sean rápidamente—. Supongo que se le habrá pasado el efecto.

—¿Y por qué no viene? Que le inyecten otro. ¿Para qué va a estar sufriendo?—preguntó Sarah.

Lucy la observó y se encogió de hombros.

—Iré a la enfermería, cogeré uno e iré a verla.

Iba a ir hacia el pasillo cuando escucharon el timbre de la puerta. Lucy se giró hacia el resto y se encogió de hombros. Luego sonrió.

—Quizás sea ella que se lo ha pensado mejor.—Sonrió, mientras observaba cómo Ryan cogía del brazo a Evelyn y comenzaba a arrastrarla por el comedor rumbo a la habitación.

Lucy corrió hacia el interfono.

—¿Sí?

Al momento reconoció la voz de Nicholas.

—Somos nosotros.

Lucy apretó el botón para que la puerta se abriese y colgó el auricular.

—Son el resto del equipo—exclamó hacia el comedor.

Ryan la miró preocupado.

—¿Viene Samantha?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

Ryan volvió a coger a Evelyn del brazo y la arrastró hacia la habitación. Abrió la puerta y la arrojó sin muchas contemplaciones al interior.

—Ay, Ryan—se quejó ella mientras él se quedaba bajo el marco de la puerta.

—Después te compensaré por esto, cariño. Perdona. Te quiero.—Cerró la puerta automáticamente dejando a Evelyn en su interior con gesto enfadado.

Al momento, el resto del equipo apareció tras la puerta del pasillo. Nicholas, Taylor, Adrien y Christopher, venían con sus respectivas ropas de deporte. Caminaron hacia el pasillo con sonrisas.

—¿Qué tal?—preguntó Nicholas.

—Tomando un café—respondió Brad—. ¿Queréis?—Todos afirmaron. El resto del equipo miraron hacia la puerta por la que habían subido las escaleras hasta que Josh se dirigió directamente a Nicholas.

—¿No viene Sam?—preguntó mientras Nathan colocaba unas cuantas tazas sobre la barra para los recién llegados.

Detectaron que entre los nuevos miembros se miraban de reojo y finalmente Nick fue el que

habló:

—No, no se encuentra muy bien. Está descansando.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Nathan depositando la tetera justo frente a ellos.

Nicholas la cogió y comenzó a servir café en las tazas.

—Bueno, aparte de estar dolorida... no lleva muy bien lo que ocurrió ayer.

—Pero ayer no ocurrió nada—protestó Brad—. Le está dando más importancia de la que tiene. No hubiésemos permitido que le ocurriese nada.

Nicholas dejó de nuevo la tetera y cogió el azúcar con toda la confianza del mundo.

—Sí, eso ya lo sabe.—Luego dudó un segundo y finalmente bufó como si tomase alguna decisión al respecto—. Es por otro asunto.

—¿Qué asunto?—volvió a preguntar Nathan con voz preocupada.

Nicholas lo miró fijamente.

—Es un asunto suyo personal—le susurró. Pudo observar el rostro preocupado de Nathan. Recordaba que ayer la había salvado varias veces, pero sobretodo, se había sorprendido cuando ella había permanecido abrazada a él, como si fuese el único que le pudiese garantizar la protección que necesitaba, como si confiase en él, y su mirada parecía realmente preocupada en esos momentos—. Preferiría que te lo explicase ella. No son asuntos que me conciernan a mí.

Nathan suspiró y se distanció un poco de la barra dudando en qué hacer. Por un lado, tenía la clara necesidad de ir a verla, de asegurarse que estaba bien, pero por otro lado le daba miedo hacerlo.

Nicholas lo miró fijamente, debió captar su mirada inquieta porque se levantó y caminó hacia él, distanciándose del resto de sus compañeros.

—Ahora prefiere estar sola—susurró mientras observaba cómo el resto del equipo se internaba en una nueva conversación.

Nathan lo miró fijamente.

—Está bien.

Se miraron durante unos segundos.

—Es una mujer muy fuerte. Más de lo que imaginas—comentó con cierta ternura, como si algunos recuerdos atravesasen su mente—. Se pondrá bien. No te preocupes.

Nathan no dijo nada al respecto, solo aceptó con su rostro.

Se giró hacia el resto de sus compañeros y observó cómo las chicas se levantaban de sus asientos, como si decidiesen salir igualmente.

Sarah fue hacia la habitación de Ryan y llamó a la puerta un par de veces.

—Evelyn, ¿ya estás lista?—disimuló—. Nos vamos.

Al momento, la puerta se abrió saliendo una Evelyn algo mosqueada por ella. Fusiló con la mirada a Ryan, el cual le devolvió una mirada realmente sensual.

—Luego cariño, luego—le susurró de una forma un tanto morbosa, lo que hizo que Evelyn pusiese los ojos en blanco.

Nicholas fue hasta la barra donde depositó la taza de café.

—¿Os importa que usemos el gimnasio?

Josh le animó con una mano.

—Todo vuestro. Ningún problema—respondió mientras observaba de reojo a Nathan sentarse a su lado con aspecto serio y preocupado—. Aprovechadlo y poneos en forma de una vez antes del miércoles, cuando volvamos a salir—bromeó hacia ellos.

Nathan se puso su ropa de deporte y subió a la segunda planta donde hacía más de una hora se encontraba el grupo nuevo.

Una vez las chicas se habían marchado, cada uno se había dispersado para hacer sus propias cosas. No podía quitarse a Samantha de la cabeza. ¿Cómo se encontraría? Lo que le había dicho Nicholas le había hecho reflexionar.

Notó un vacío en su interior. Había pasado toda la noche dando vueltas en la cama sin quitarse la imagen de ella acurrucada junto a su pecho, abrazándose a él. La había recibido con los brazos abiertos para consolarla y no le había importado demostrar afecto delante de sus compañeros. Ella era lo que importaba en ese momento. ¿Para qué engañarse? Aquella chica, aunque hacía poco que la conocía, le importaba demasiado. Jamás había conocido a nadie que le transmitiese tanta dulzura. Sarah, Lucy, Evelyn y Elisabeth eran buenas chicas. Las quería muchísimo, pero Samantha tenía algo especial que lo había cautivado. Era frágil y fuerte a la vez, una mezcla que le había embelesado desde un inicio, cuando la había visto aparecer por aquella puerta junto a Josh con aquel gesto tímido y tierno, hacía escasos días.

Entró al gimnasio y observó que Taylor corría en la cinta. Christopher estaba haciendo pesas junto a Adrien, y Nicholas golpeaba el saco de boxeo con ímpetu.

Avanzó al interior mientras recibía las miradas de todos.

—Bienvenido—le saludó Adrien mientras soltaba la pesa en el suelo—. ¿Te unes a nosotros?

Nathan le sonrió.

—Las pesas no son lo mío—admitió mientras cogía una toalla del estante y se la echaba al hombro.

—¿Y qué es lo tuyo?—preguntó Nicholas mientras rodeaba el saco y lo golpeaba con fuerza.

Nathan observó cómo el saco volaba de un lado a otro ante los fuertes golpes del muchacho. Se dirigió hacia él y se colocó a su lado, sonriente.

—¿Me permites?

Nicholas lo observó y le animó con la mano.

—Todo tuyo—dijo distanciándose mientras se secaba el sudor de la frente.

Nathan observó el saco con fiereza. Por dios, necesitaba saber cómo se encontraba o se volvería loco. Necesitaba verla, abrazarla... sin embargo ella parecía preferir quedarse aislada en aquella nave, sola. ¿Qué iba a hacer?

Golpeó el saco con todas sus fuerzas haciendo que tocara casi el techo del gimnasio.

Todos lo observaron confundidos por aquel golpe tan enérgico. Nicholas arqueó una ceja hacia él.

—Pues va a ser que sí es lo tuyo—bromeó—. ¿Siempre lo golpeas así?

Nathan se movió hacia el otro lado y volvió a dar un fuerte puñetazo contra el saco.

—No, siempre no—dijo antes de clavar su otro puño cuando el saco volvía hacia él, abstraído en sus pensamientos.

9

Era el tercer día que pasaba sin ver a Samantha y estaba que se subía por las paredes. Ya no solo por el hecho de verla, sino por lo que implicaba aquello. ¿Qué debía ocurrirle? Le había preguntado varias veces a Nicholas por ella, y siempre recibía la misma respuesta:

—Ella está bien, tranquilo. Es solo que necesita adaptarse.

Le seguía un golpe amistoso en la espalda y ya está, como si nada hubiese ocurrido. Nicholas tampoco soltaba prenda, pero lo cierto es que estaba preocupado por ella, demasiado. ¿Estaría asustada? ¿Triste? ¿Tendría algún tipo de depresión? ¿O simplemente se encontraba aún dolorida por el golpe?

Aquella incertidumbre le estaba matando.

Aparcó el deportivo en el garaje y suspiró mientras observaba su última compra, aquella caja blanca. Se quedó pensativo y decidió que lo mejor que podía hacer era guardarlo en su habitación, lo menos que necesitaba era que encontrasen aquel paquete.

Cogió el ascensor y subió con la bolsa en la mano. En cuanto las puertas del ascensor se abrieron escuchó que todo el equipo, al completo, se encontraba allí.

Avanzó rápidamente hacia su dormitorio y metió la caja en su armario. Lo que menos necesitaba era que las chicas comenzasen a cuchichear sobre qué llevaba en aquella caja envuelta.

En cuanto salió, se encontró de bruces con Josh, el cual parecía que iba a buscarlo a su habitación.

—Nathan. Reunión—dijo abriendo la puerta que subía a la planta alta mientras el resto del equipo pasaba por delante de él y le saludaban. Todos estaban allí, incluso los nuevos, excepto Samantha. Ni rastro de ella aquellos últimos tres días.

Saludó a Nicholas con un movimiento ligero de cabeza, el cual le respondió y avanzó por las escaleras subiéndolas de dos en dos. Se debatió en preguntarle de nuevo por ella, pero ¿para qué? Ya sabía la respuesta que le daría.

Avanzaron hasta la oficina y cada uno se situó en su correspondiente asiento. Josh se apoyó como de costumbre sobre la mesa.

—Bien, muchachos—comenzó mientras observaba cómo todos tomaban sus posiciones—. Mañana saldremos de nuevo.—En ese momento hubo un murmullo de felicidad en toda la sala. Josh miró directamente a Nicholas—. ¿Dónde está Samantha?

—Recuperándose. Está mejor.

—¿Vendrá mañana?—preguntó directamente.

Nicholas ladeó su rostro sin saber muy bien qué responder, como si no estuviese seguro.

—Lo hablaré con ella.

Aquello hizo que Nathan lo mirase dudoso. ¿Pero qué le ocurría a la muchacha? Había recibido un buen golpe, pero al menos a las reuniones debería venir. Se pasó una mano por la mejilla acariciándose una barba invisible y miró hacia Josh.

—Bien. Háblalo y dime algo.—Luego se giró hacia la mesa y cogió un pendrive—. Nos llegó ayer por la noche. Sean explicó al Pentágono lo que nos había ocurrido con los radares, y si había alguna posibilidad de que Samantha, al crear un escudo electromagnético, fuese la causa por la que los radares no funcionaran. El Pentágono no está muy seguro, dado que como todos sabemos, un potenciador no es muy común, pero dicen que cabe la posibilidad. Nos han enviado una actualización que permitirá que la electricidad que desprende Samantha no afecte a los equipos informáticos.—Miró hacia Brad—. ¿Podrías instalarla luego en todos los vehículos?

—Claro, jefe.

Josh se la tiró y Brad la cogió al vuelo.

Luego los miró a todos y se cruzó de brazos.

—He estado pensado en la cantidad de vampiros que vimos el otro día. La mayoría eran antiguos, no había prácticamente vampiros jóvenes.

—Puede que los estuviesen reservando—intervino Sean—. Al ser más débiles.

Josh se encogió de hombros.

—Igualmente, demasiados vampiros y muy pocas muertes últimamente. ¿Habéis pensado en eso?

—Es cierto—continuó Sean—. Llevo poco más de una semana en el forense y aún no ha llegado ningún cadáver muerto por vampiro u hombre lobo.

—Lo cual es bastante extraño, dado la gran cantidad de vampiros que vimos el otro día —pronunció Josh pensativo.

Brad puso su espalda recta.

—¿Creéis que pueden tener a gente atrapada? ¿Como la otra vez?

—No, he revisado la base policial y ha habido pocas desapariciones en este último mes. Algunas, pero no las suficientes para alimentar a la gran cantidad de vampiros que había.

—¿Entonces? —preguntó Jason.

—En los últimos meses ha habido varios robos en bancos de sangre.

—¿Bancos de sangre?—preguntó Ryan, incrédulo—. ¿Ahora se están reformando?

Nathan se giró hacia atrás.

—No creo que se estén reformando, por Dios—se burló él—. Lo más lógico es que estén intentando pasar desapercibidos, alimentándose para atacar todos en manada.

—Quizás estén esperando a que los vampiros jóvenes se hagan antiguos—comentó Ryan meditando sobre lo que Nathan acababa de comentar.

—Es lo que había pensado—dijo Josh—. Un vampiro disfruta con la caza, pero si han creado una alianza con los lobos es porque se sienten amenazados por nosotros. Es obvio que intenten pasar desapercibidos hasta que estén fortalecidos.

—De acuerdo—intervino Adrien por primera vez—. Pero eran demasiados. ¿Dónde narices se esconden?

—Eso es lo que tenemos que averiguar. Los saqueos en los bancos de sangre se han dado en los últimos dos meses. Lo han desvalijado prácticamente todos. La policía piensa que puede ser por alguna red de tráfico de órganos o algo así... —dijo algo cómico.

—Ilusos—bromeó Jason.

—Hay que controlar los bancos de sangre. He pensado que podríamos instalar alguna cámara de seguridad o dispositivo que nos alertase.

—Ya, pero aunque nos avisase no llegaríamos a tiempo para seguirlos—comentó esta vez Christopher. Josh sonrió abiertamente hacia ellos, de una forma un tanto incrédula—. Esa sonrisa no me gusta nada.—Se removió incómodo—. Vamos a pringar, ¿no?

—Vamos a pringar todos.—Acabó cruzándose de brazos—. Lo haremos por parejas. Cada noche unos. Vamos chicos... escoger vuestra pareja—bromeó, extendiendo los brazos hacia ellos.

Todos resoplaron. Aunque sabían que era lo que debían hacer, aquellas guardias eran horribles, más cuando no era seguro que ocurriese nada en toda la noche.

—¿Y no sería mejor salir de caza, coger un vampiro e interrogarlo?—preguntó Brad.

—También podemos intentarlo. Mañana por la noche probaremos suerte.—Luego miró hacia Adrien—. Me han dicho que se te da bien la informática.

—Me licencié en telecomunicaciones.

—Perfecto. Te encargarás de instalar lo necesario para mantener el banco de sangre vigilado en todo momento.

—De acuerdo.

—Por cierto, antes que se me olvide—dijo como si lo recordase en aquel momento—. Nos van a mandar uniformes nuevos.

—¿Y eso?—preguntó Sean.

—No sé a vosotros, pero a mí me es incómodo llevar el walkie colgado. Nos han diseñado uno que lleva incorporado un micrófono por el que podemos comunicarnos.

—Genial—dijeron todos.

—Está un poco anticuado eso del walkie a estas alturas. Para el coche va bien, pero para la lucha...—Hizo un gesto de desagrado—. Nos llegarán pasado mañana—acabó diciendo. Se incorporó y se colocó las manos en el bolsillo—. Bien, pues ya está, chicos.—Señaló de nuevo a Adrien—. Encárgate del banco de sangre.

—Por supuesto.

—¡Hala!, haced lo que os plazca el resto del día.—Observó cómo se levantaban y el equipo nuevo se juntaba para hablar de la tecnología que debían instalar para controlar el banco de sangre. Josh se acercó a ellos, pues todos parecían haberse involucrado en el proyecto. Mejor así, cuánto más fuesen, antes lo harían—. Podéis mirar en el almacén. Si necesitáis algo que no encontréis, pedidlo al Pentágono.

Nathan se dirigió junto al resto de sus compañeros al ascensor. ¡Maldita Samantha! No podía quitársela de la cabeza. Incluso tenía la silla aún colocada a su lado en la oficina, donde se había sentado la primera vez.

Salió del ascensor con paso decidido hacia su habitación. Ya estaba bien de esconderse o de huir de los problemas que tuviese y que la mantuvieran encerrada en aquella nave. Iría a verla tanto si quería como si no, y si fuese necesario entraría a la fuerza en aquella nave. Estaba harto de estar preocupado por ella y que ella ni siquiera tuviese la decencia de hablar con él. Creía que había confianza entre ellos, algo especial, pero aislándose de aquella forma no lograría nada. Es más, como siguiera faltando a las reuniones se vería obligado a emitir un informe desfavorable y hacer que repitiese las prácticas. Aquella idea le hizo sonreír. Sí, sería una buena forma de retenerla más tiempo allí.

Observó cómo todos sus compañeros iban hacia el comedor. Entró en su habitación y abrió el armario donde había escondido el paquete que había comprado. Iría a verla y hablaría con ella pidiéndole explicaciones de su conducta.

Cogió su abrigo y se lo colocó. Salió de su dormitorio y justo cuando llegó a la puerta para coger las escaleras que llevaban a la puerta de salida, la voz de su jefe en su espalda le hizo frenarse.

—¿Dónde vas?

Nathan suspiró y se giró hacia él de forma lenta.

—¿Acaso soy un rehén?—pronunció con una gran sonrisa. Josh arqueó una ceja hacia él. Nathan lo contempló unos segundos y volvió a suspirar—. Voy a ver a Samantha—reconoció.

Josh lo observó unos segundos, estudiándolo.

—Nicholas ha dicho que no se encuentra muy bien.

—Ya, bueno—dijo indignado—. Que yo sepa no ha presentado ninguna baja ni ha explicado sus motivos. —Josh movió su rostro no muy seguro con lo que decía—. Simplemente voy a ver cómo se encuentra—acabó diciendo en un tono más suave.

Josh se metió las manos en los bolsillos y aceptó.

—Si hablas con ella dile que se pase por aquí. Necesito aclarar unas cosas—dijo dándole la espalda, alejándose hacia el comedor.

Bajó las escaleras sujetando el paquete que llevaba, y salió de la nave. La nieve se había derretido pero el frío seguía siendo impresionante. Miró hacia el cielo mientras cerraba la puerta.

Había algunos claros de un azul intenso entre las esponjosas nubes blancas.

Estaba deseando que llegase el buen tiempo. No le gustaba nada aquel frío. Caminó a paso acelerado hacia el siguiente portal y nada más llegar pulsó el timbre. Se apoyó contra la pared mientras esperaba y dado que no contestaban volvió a llamar. ¿Pero qué le pasaba? ¿Estaría durmiendo? Miró su reloj, era prácticamente la una del mediodía. Iba a llamar de nuevo cuando su voz contestó a través del interfono.

—¿Sí?

—Sam, abre—ordenó con voz grave. Escuchó cómo dudaba un poco a través del interfono—. Abre. Ya—repitió con un tono de voz un tanto enfadado.

Tardó unos segundos, pero al final la puerta cedió emitiendo un pequeño chasquido.

Entró y cerró la puerta mientras una corriente de aire hizo que su abrigo volase hacia detrás.

Nada más girarse elevó su mirada. Ella se encontraba al pie de la escalera. Vestía una bata azulada y parecía que llevaba el pijama blanco puesto debajo. La visión era encantadora. Era realmente tierna, sobre todo después de pasar tres días sin verla ni tener noticias de ella después de aquel horrible incidente cuando habían salido de caza. Aquello, lejos de lo que imaginaba le hizo enfurecer un poco. Tenía un aspecto normal, no como si estuviese enferma.

—¿Se puede saber qué te pasa?—preguntó subiendo las escaleras algo indignado.

Ella lo miró un segundo mientras se colocaba un mechón de cabello tras la oreja y se dio media vuelta para ir hacia el pasillo.

Nathan subió las escaleras de dos en dos hasta que llegó al pasillo donde ella esperaba tras la puerta para cerrarla.

—¿Estás enferma?—preguntó de nuevo con tono algo molesto.

Negó y volvió a morderse el labio, pero algo llamó la atención de Nathan. Tenía los ojos rojizos e inflamados, como si hubiese estado llorando. La interrogó con la mirada.

—¿Estás bien?—preguntó en un tono más suave.

Samantha suspiró y comenzó a avanzar por el pasillo lentamente.

—No deberías haber venido—dijo al final.

—Me tenías preocupado, Sam—admitió siguiéndola—. No das ningún tipo de explicación, no acudes a las reuniones. Al menos podrías haber dicho algo.

Ella le observó un segundo y entró en su habitación donde por lo visto estaba cambiando las sábanas de su cama. Pegó un tirón al cobertor del colchón y lo tiró al suelo.

—Lo siento—susurró sin mirarle.

Él se quedó estático bajo el marco de la puerta, contemplándola. Parecía triste.

Se fijó en su habitación. Estaba poco decorada. Tenía un par de libros que le había regalado sobre un estante, y otro de ellos sobre la mesita de noche, al lado de una fotografía.

—¿Qué te ocurre?—preguntó avanzando hacia ella.

Samantha ni siquiera le miró, fue hacia el armario y cogió un nuevo juego de sábanas.

—No es nada, Nathan.

—No me digas que no es nada cuando sí lo es—insistió depositando la caja sobre la mesita de noche.

Ella suspiró y lo observó, pero le llamó la atención el paquete que había colocado sobre la mesita de noche.

—¿Qué es eso?—preguntó cogiendo el cobertor nuevo del colchón.

Él emitió una sonrisa algo tímida hacia ella.

—Es un regalo.

Samantha le miró confundida.

—¿Para mí?

Nathan le sonrió al ver su rostro sorprendido.

—Sí—respondió entregándoselo.

Sam lo cogió sorprendida. Era bastante gracioso verla, abría la boca para decir algo y luego la cerraba de repente.

—¿Por qué?

—Porque lo necesitas—dijo situándose a su lado—. Vamos, ábrelo. Espero que te guste.

Ella le echó una última mirada confusa y puso el paquete sobre el colchón. Era una caja bastante grande, alargada. Deshizo el lazo rojo con una expresión que a Nathan le recordó a una niña que abre un regalo de navidad.

Sacó la tapa y se quedó totalmente quieta, observando el interior. Nathan miró su perfil impresionado, sonriente. Era la mujer más hermosa que había visto nunca, y verle aquellos gestos le enternecían profundamente.

Samantha lo miró con ojos muy abiertos.

—¿Por qué?

—Bueno, la boda de Sarah y Josh es este sábado, y aún no tienes vestido. Las chicas dijeron que no les habías acompañado y tú comentaste que tenías que comprarte uno.—Acabó señalando el vestido en su interior.

Samantha lo cogió maravillada. Era realmente precioso. De un color dorado con purpurina. Tenía un solo tirante grueso y parecía bastante ajustado. Era largo y tenía dos pequeños cortes a cada lado del vestido.

—Es... es precioso—dijo sin apartar la mirada de la pieza de ropa. Luego observó la caja y vio que había incluido una pequeña rebeca a conjunto y también unos zapatos del mismo color.

—No sabía el pie que calzas, así que si no te van bien puedes cambiarlos.

Ella lo miró durante unos segundos, de forma tierna; incluso a Nathan le pareció que sus ojos brillaban de una forma especial, emocionados.

—No tenías por qué—susurró sujetando el vestido junto a su pecho.

Él se encogió de hombros y le sonrió.

—Entonces... ¿te gusta? Si no, puedes descambiarlo.

—No, no... es precioso, es que... Nunca había tenido un vestido tan bonito—volvió a pronunciar con añoranza. Lo depositó con cuidado sobre el colchón—. Es increíble. Muchas gracias.

—Seguro que estás preciosa con él—le susurró mirándola fijamente.

Ella notó cómo sus mejillas se encendían un poco. Nathan tenía una mirada tan intensa, capaz de derretir cualquier iceberg del mundo, capaz de acelerar el corazón a cualquier muchacha.

Samantha apartó la mirada de él y cogió el vestido con cuidado, sin decir nada al respecto de lo último que había pronunciado. Fue hacia el armario y lo colgó.

Nathan desvió la mirada de ella mientras se colocaba al lado de la cama y estiraba el cobertor.

—No, déjalo. Ya lo hago yo, no te preocupes.

Pero Nathan ni siquiera le miró y siguió estirando el cobertor. Sam colocó los zapatos en la parte baja del armario. Eran unos zapatos con la misma tela del vestido, con un enorme tacón y la parte de atrás cogida con una tira. La verdad, tenía buen gusto para la ropa, y había sido todo un detalle. Lo observó estirar el cobertor y comenzar a remeterlo bajo el colchón y avanzó al otro lado de la cama para hacerlo de forma correcta.

—Siento no haberte dicho nada—susurró sin mirarle. Nathan la observó un segundo y se movió a la parte baja de la cama para remeter el cobertor por ese lado—. Es...—suspiró y tragó saliva poniéndose recta de nuevo—. No creo que esté preparada para este trabajo.

Nathan acabó de remeter el cobertor y se colocó erguido.

—Lo que ocurrió el otro día, Sam, no tienes que darle importancia. Era tu primera vez.

—No es por eso.—Se movió nerviosa y avanzó hasta él, pero pasó a su lado y fue hasta su mesita. Se detuvo y se mordió el labio. Nathan avanzó hasta ella y se colocó frente a ella.

—Explícame qué te ocurre—le pidió.

Ella lo observó varios segundos más y finalmente suspiró. Se giró un poco y colocó su mano sobre el marco de fotos de su familia. Lo cogió y se lo entregó.

Nathan lo sujetó con una mano y lo observó. En la foto salía ella con un chico joven a su lado, detrás intuía que estaban sus padres. Todos muy sonrientes. Ella salía realmente preciosa, varios años más joven. Llevaba un vestido claro. Tenía una sonrisa realmente increíble. Jamás la había visto sonreír de aquella forma.

Nathan la miró de reojo y la observó con dulzura. Recordaba que le había dicho que sus padres habían muerto.

—¿Son tus padres?—le preguntó con voz pausada.

—Y mi hermano—apuntó.

Luego observó cómo miraba la foto. Llevó su mano hasta el marco y la cogió. Nathan pudo detectar cómo su mano temblaba al depositarla sobre la mesita.

Cuando se giró de nuevo hacia él, detectó que sus ojos estaban algo húmedos.

—Fue el veintiséis de agosto de hace tres años. —Suspiró y avanzó unos pasos alejándose de él, dándole la espalda. Nathan la observó—. Hacía mucho calor. Era un verano horrible. Dejamos las ventanas abiertas por la noche para que corriese el aire.—Se calló unos segundos, como si estuviese reviviendo aquellos momentos—. Creo que eran las dos o las tres de la madrugada cuando desperté alertada por los gritos de mis padres.—Nathan la miró intensamente al darse cuenta de lo que le estaba relatando—. Me levanté corriendo de la cama. Mi... mi hermano estaba en el pasillo, iba de puntillas hacia la habitación de mis padres.—Se mordió el labio y cerró los ojos como si aquel recuerdo la atormentase—. Mi hermano me susurró que me escondiese, que fuese a mi habitación —siguió explicando. Luego abrió los ojos y una lágrima comenzó a resbalar por su mejilla—. Cuando él abrió la puerta del dormitorio de mis padres lo vi desaparecer en cuestión de un segundo, como si algo invisible lo hubiese atrapado.—Nathan puso su espalda erguida y dio unos pasos acercándose a ella—. Lo siguiente que vi era cómo un vampiro lo estrellaba contra la pared. Lo... lo mató delante de mí—acabó gimiendo—. Aún recuerdo su mirada asustada, mirándome fijamente, diciéndome con aquellos ojos que huyese, que me escondiese.—Luego miró a Nathan que se había puesto frente a ella—. No hice nada. Me quedé paralizada—susurró. Tragó saliva—. El vampiro me vio y me atacó, pero en ese momento, fue cuando noté mi poder por primera vez—explicó—. Debí dejarle inconsciente. —Apartó la mirada de él—. Me escondí en el armario, temblando, sin comprender lo que estaba ocurriendo. Yo, yo solo sabía que esa cosa había matado a mis padres y a mi hermano, pero no tuve el valor de salir de ese armario.—Suspiró y volvió a mirarle de reojo—. Nicholas fue quién me encontró.—Acabó secándose una lágrima que corría por su mejilla.

Nathan no apartaba la mirada de ella.

—Oh, Sam—pronunció con infinita ternura y al momento la abrazó colocando su mano en su cabello y apoyándola contra su pecho—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

Ella negó con su rostro.

—¿Para qué?—gimió—. No hubiese servido de nada.—Lloró contra su pecho.

Escuchó el suspiro de Nathan y luego notó cómo paseaba su mano por su cabello, acariciándola.

—Tranquila—susurró contra su oído mientras la sujetaba. Se separó un poco y la sentó en la cama, abrazándola.

Ella permaneció en aquella posición varios segundos más, intentando controlar sus lágrimas, hasta que reunió el valor suficiente para apartarse de él.

—No puedo hacer esto, Nathan—le explicó. Él le cogió la mano—. La otra noche, cuando

volví a ver a los vampiros...—No pudo acabar la frase—. No puedo con esto. Me supera— admitió. Él colocó la otra mano sobre la de ella, cogiéndosela entre las dos—. Y solo pienso, que quizás... si hubiese sido yo quién hubiese abierto aquella puerta, mi hermano no...

—No digas eso, Sam—la cortó llevando una mano hasta su mejilla para que le mirase—. Ni siquiera lo insinúes. No fue culpa tuya.

Ella negó con su rostro mientras intentaba controlar sus emociones.

—Quizás podría haber salvado a mi hermano.

—Sam—volvió a decirle forzándola a mirarle—. Hiciste lo que todo el mundo hubiese hecho. No te culpes por ello.—Luego la miró con más intensidad—. No fuiste tú, fue un vampiro.

—Ya, ya lo sé—susurró—. Pero, no quiero esto para mí. No puedo afrontarlo de nuevo. No quiero, Nathan. No podría soportarlo.

—No llores más—suplicó. La miró y ladeó su rostro hacia ella—. En el mundo hay gente buena y gente mala, asesinos.—Acarició su mejilla—. Tú eres buena.—Le sonrió—. Una de las mejores personas que he conocido. Eres dulce—pronunció de forma lenta—. Tierna. Tienes un corazón enorme. Si el mundo estuviera formado de personas como tú, nosotros no tendríamos nuestra razón de ser—susurró—. Por eso somos así Sam, por eso tú eres así... porque eres de las personas que puede cambiar este mundo y convertirlo en algo mejor. Gracias a cómo eres, puedes cambiar la vida de muchas personas. Salvar sus vidas.

Ella lo miró mientras notaba aquella mirada abrasadora, mientras su mano aún acariciaba su mejilla.

—No pienses en el pasado—continuó—. Piensa en todo lo que puedes hacer en un futuro.—Se acercó un poco más a ella—. Con tu don, puedes evitar que lo que te ha ocurrido a ti le suceda a alguien más. No desperdicies lo que se te ha dado. Es un don. Un don increíble.—Llevó su mano hasta su cabello y lo acarició. La atrajo hacia él y le besó la frente. Ella lo miró con ojos llorosos, sorprendida por aquel gesto, a escasos centímetros de él—. Y nadie más que tú se lo merece.

Aquellos hermosos ojos azules lo observaban con ternura e incluso con temor. Sin poder evitar descendió su mirada hacia sus labios, húmedos por las lágrimas que habían resbalado hasta ellos. Deseaba consolarla, arrancarle ese dolor que le impedía ser feliz al cien por cien.

Samantha tuvo que captar el rumbo de su mirada porque se apartó unos centímetros de él con gesto tímido.

—En el Pentágono me lo explicaron todo sobre los vampiros—siguió observándole de reojo—. Pero no esperaba encontrármelos la primera noche que saliese.—Lo miró fijamente—. No esperaba que lo primero que viese después de tres años encerrada en el Pentágono fuese eso.—Se mordió el labio—. Me sobrepasó.

Nathan estudió su perfil unos segundos y le cogió la mano, levantándose.

—Vamos, levanta.

—¿Qué? ¿Por qué?—preguntó aturdida.

—Tú y yo vamos a salir por ahí. No puedes quedarte encerrada aquí.

Ella arqueó una ceja mientras se secaba los restos húmedos de las lágrimas que habían recorrido sus mejillas.

—¿Salir? ¿A dónde?

Él se encogió de hombros.

—Dices que llevabas tres años encerrada en el Pentágono. ¿Qué más da? Vamos a comer por ahí, al cine, a tomar una copa.—Luego le sonrió—. Vamos a divertirnos, Sam. No quiero verte más triste. Quiero que sonrías de nuevo.

Ella le ofreció una sonrisa tímida y algo sonrojada.

—Te lo agradezco. Pero es que no me apetece—pronunció, aún sujeta a su mano. Pero antes de que acabase de pronunciar aquello, él ya estaba negando con su rostro.

—No es una petición.—Sonrió abiertamente—. Tienes cinco minutos para arreglarte.

—Nathan, es que no...

Pero la atrajo hacia él haciendo que chocase con su pecho. Lo miró sorprendida, ascendiendo su mirada hacia él.

—O te cambias de ropa tú, o te juro que yo mismo lo haré—pronunció de forma lenta, provocativa. Luego la soltó de la mano y dio unos pasos hacia atrás—. Créeme, la idea me atrae bastante—bromeó, aunque lo decía más en serio de lo que quería hacer entrever—. Sobre todo por esa bata tan fea que llevas.—Ella se miró de de arriba abajo—. Cinco minutos, Sam—dijo saliendo de su dormitorio y cerrando la puerta.

En cuanto cerró la puerta un largo suspiro salió de los más profundo de su ser. Cerró sus ojos intentando controlar sus sentimientos. Sabía que algo le había ocurrido, pero jamás hubiese imaginado que fuese eso lo que la mantenía allí encerrada.

Se distanció unos metros de la puerta. Aquella nave era casi igual que la suya, la distribución era la misma, excepto en que los muebles cambiaban en algunos colores.

Lo que le había ocurrido era horrible. Sabía cómo se debía sentir, cómo debía afectarle vérselas de nuevo contra los vampiros, los asesinos de sus padres, de su hermano, los que se lo habían arrebatado todo en su vida. Pero no dejaría que se hundiese, que los recuerdos la atormentasen hasta tal punto de hacerla caer enferma. Él no lo permitiría. La haría sonreír, intentaría hacerla feliz, al menos, el tiempo que estuviese allí. En aquel momento notó un vacío que se formaba en su pecho. Sin duda, aquella revelación por su parte había aumentado más sus sentimientos, si ya tenía el impulso de protegerla, de cuidarla, ahora esos sentimientos se habían intensificado infinitamente. Pensar que se marcharía le partía el alma. Aquellos sentimientos se iban magnificando, y por mucho que se recordase a sí mismo que no era buena idea, que no podía estar con ella, no podía evitar que aquellos sentimientos fuesen ampliándose y creciendo.

Miró hacia la puerta de su dormitorio desde el amplio comedor y cogió el móvil. Buscó el número de su jefe y pulsó.

No tardó más de tres tonos en contestar.

—Dime, Nathan. ¿Todo bien?

Él volvió a observar la puerta del dormitorio de Samantha y se giró para avanzar hasta la otra punta del comedor.

—Sí.

—¿Ella está bien?

—Más o menos.—Tragó saliva—.Tenemos que hablar—susurró.

—¿Sobre?

—Ya hablaremos cuando llegue. Escucha, Josh, voy a salir con ella a dar una vuelta.

—¿Y me informas de eso? No soy tu padre—bromeó.

—Ya, bueno. Te lo digo para que no me esperes despierto—bromeó él también—. Y para que se lo digas a Nicholas, que no se preocupe por si llega aquí y no está.

—¿Que no te espere despierto?—preguntó en un tono serio—. Nathan...—Le advirtió.

—Josh...—respondió en el mismo tono de advertencia.

Escuchó el suspiro de su jefe.

—¿Tengo que preocuparme por algo?

Sabía a lo que se refería con aquella pregunta. A la forma en la que les había visto mirarse, abrazarse... a lo que ya le había insinuado ya dos veces.

—No—pronunció secamente—. Pero Sam lo necesita.

—¿Necesita qué?—medio gritó.

—Necesita salir, burro—gritó él también pasándose la mano por el cabello, nervioso—. Divertirse, que le dé el aire.

Josh permaneció en silencio unos segundos.

—Está bien.—Tras unos segundos de silencio acabó adoptando de nuevo su tono de voz neutral—. Se lo diré a Nicholas y Nathan... ten cuidado.

Nathan resopló y colgó el teléfono a su jefe. Sí, lo que necesitaba. Los consejos de su jefe, el hombre que iba a casarse con la sobrina del inspector de homicidios al que había ido a investigar cuando llegaron a Brooklyn.

Chasqueó la lengua y volvió a meter el móvil en el bolsillo de su tejano. En ese momento, escuchó la puerta del dormitorio de Samantha abrirse. Se giró y observó en aquella dirección.

Ella salía de su cuarto con actitud tímida. Se había puesto unos pantalones negros y un jersey blanco. Llevaba su abrigo negro colgando de su brazo y el cabello caía sobre su espalda y pecho. Aunque su rostro aún anunciaba que había llorado, debía haberse retocado un poco porque las ojeras se difuminaban, tenía un poco más de color en sus mejillas y sus labios estaban de un color

más rosado.

Nathan se dirigió hacia ella con una sonrisa.

—Mucho mejor.

Ella le devolvió la sonrisa y se encogió de hombros.

—Bien, ¿y qué propones?—preguntó a disgusto.

Él pasó un brazo sobre sus hombros atrayéndola y caminando hacia la puerta.

—Me propongo volver a poner esa hermosa sonrisa en tu rostro.

10

Samantha casi se atragantó con el chupito mientras reía. Habían salido a comer a un restaurante. Nathan había sido todo un caballero. Dieron un paseo por Brooklyn y fueron al cine a ver una comedia que le había hecho reír a carcajada limpia en varias ocasiones. Tras salir del cine habían cenado algo rápido y tras dar otro paseo para bajar un poco la cena, Nathan la había llevado a un local para tomar unas copas.

Ella cogió su chupito y arqueó una ceja hacia él. Nathan mantenía la botella de tequila que había pedido al camarero agarrada en su mano.

—No puedes estar preguntándome eso en serio.—Rio ella.

—¿Por qué no? Esto es un juego. Y tú—pronunció señalándola con un dedo—, has aceptado jugar.—Luego extendió las manos hacia ella—. O respondes o bebes.—Sonrió al fin.

Le gustaba verla así. Durante la comida y el paseo se había mostrado poco habladora, como si el recuerdo de lo que había vivido le persiguiese a cada segundo. Tras ver la película se había mostrado más animada, como si los recuerdos comenzasen a difuminarse. Le gustaba verla sin preocupaciones, solo siendo una chica joven, divirtiéndose.

—Pero esa pregunta...—Se mordió el labio—. Es muy personal.

—Pues bebe.—Nathan se encogió de hombros.

—¡Tú lo que quieres es emborracharme!—Le medio gritó. Él la miró con inocencia y negó con su rostro. Samantha suspiró—. Vaya tela con tu preguntita.

Él puso los ojos en blanco.

—Tampoco es para tanto.—Ella se mordió el labio—. Simplemente tu primer beso.—Ella abrió los ojos más—. De acuerdo, pues bebe—acabó repitiendo de nuevo.

Ella resopló pero luego comenzó a reír. Se mordió el labio y lo observó durante unos segundos.

—Está bien, está bien—dijo armándose de paciencia, luego ladeó su rostro hacia él—. Tenía veinte años—admitió.

Nathan abrió los ojos de forma exagerada.

—¿Veinte años?—pronunció asustado—. Habías vivido en un convento, ¿o qué?

Ella comenzó a reír.

—No—respondió divertida—. Solo que yo soy así. No me iba a besar con un chico que no me gustaba... o al que yo no le gustase.

Él inclinó su ceja.

—Una romántica—susurró. Luego volvió a adoptar su gesto divertido—. Va, Sam, di la verdad. No voy a juzgarte.

—Pero es que es la verdad.—Volvió a reír—. Se llamaba Michael. Estudiaba física conmigo en la facultad. Duramos aproximadamente un año.

Él la miraba con ojos muy abiertos, se acercó a ella y volvió a insistir.

—¿En serio?—preguntó. Samantha afirmó. Nathan se apoyó contra el respaldo de su asiento—. Joder.

Ella lo miró sorprendida por su reacción, como si le costase asimilar que su primer beso había sido a esa edad.

—¿Y tú?

—¿Esa es tu siguiente pregunta?—Sam afirmó con una sonrisa de oreja a oreja, lo cierto es que se estaba divirtiendo mucho. Al principio las preguntas habían sido normales, pero a medida que la botella de tequila descendía, sus preguntas iban subiendo de tono. Nathan se apoyó de nuevo contra la mesa—. A los catorce años.

Esta vez fue ella la sorprendida.

—¿A los catorce? ¡Pero si eras un niño!

Él le sonrió de forma provocativa.

—Obviamente, yo soy más liberal que tú.

—Pzzzz. Tonterías.—Continuó ella moviendo su mano frente a él, como si espantase una mosca, lo cual hizo gracia a Nathan—. Los tíos sois así por naturaleza.

El rio y se bebió el chupito de un trago.

—¿Por qué te lo bebes?—preguntó alarmada, como si hubiese infringido una norma del juego—. Has respondido a la pregunta.

—Ya, pero llevaba demasiado rato en el vaso.—Cogió el de ella y se lo colocó enfrente—. Bébetelo—le ordenó—. Se va a calentar.

Ella resopló.

—Nathan, ya he bebido demasiado.—Se quejó—. Empiezo a notar que la cabeza me da vueltas.

Él la contempló fijamente.

—Bebe—volvió a ordenar.

Samantha suspiró y se encogió de hombros. De todas formas, no iba a contradecir a su tutor de prácticas. Cogió el chupito y lo tragó notando cómo quemaba toda su garganta. Dejó el chupito con un golpe en la mesa y comenzó a toser mientras Nathan reía y rellenaba su chupito de nuevo.

Notó cómo sus ojos se humedecían y se pasó la mano por ellos limpiándose las lágrimas.

—Qué delicada—se burló, cerrando la botella y dejándola a su lado.

Ella lo miró mosqueada.

—Bueno, ¿y con quién?

—¿Con quién qué?

—¿Con quién te besaste la primera vez?—insistió ella.

Él la miró de forma interrogante.

—Creo que es mi turno.—Sonrió.

Ella lo miró con ojos como platos y la boca medio abierta.

—Oye, yo te he respondido de una forma completa.

—Porque has querido—respondió de forma provocativa—. Yo no te lo he preguntado. Mi turno —pronunció, echándose de nuevo sobre la mesa, ante la cara de disgusto de ella—. ¿Y el último con el que te has besado?

Ella arqueó una ceja y lo miró como sino comprendiese la pregunta.

—¿El último?

—Sí, el último—insistió.

Ella lo miró y luego sonrió hacia él de forma provocativa.

—Con veintiuno—acabó pronunciando con una gran sonrisa. Él la miró fijamente como si esperase a que continuase hablando pero ella le sorprendió—. Tu turno. Responde, ¿con quién?

Nathan comenzó a reír.

—Pero... ¡pero de eso hace mucho tiempo!—exclamó alterado, intentando que respondiese, su curiosidad lo mataba. Aunque vio que ella lo miraba con la firme decisión en sus ojos de no soltar prenda de momento—. Juegas sucio—protestó.

Ella rio más fuerte.

—Tengo un buen maestro—se burló ella.

Nathan chasqueó su lengua y luego la observó fijamente a los ojos.

—Jessica. Iba conmigo al colegio.—Se encogió de hombros—. Desde que me marché al Pentágono no la volví a ver.

—Oh, vaya—susurró con algo de tristeza.

—¿Vaya qué? No era mi novia—le explicó sonriente—. Era la chica guapa de la clase. Punto —dijo divertido.

Esta vez fue ella la que arqueó una ceja hacia él.

—Vaya, Nathan, tú sí que eres un romántico empedernido, sí señor.

—No —le rectificó señalándola con el dedo—. Solo era un adolescente con las hormonas revolucionadas.—Ella rio ante aquel comentario—. Venga—le animó—. ¿Quién era el chico de veintiún años con el último que te besaste?

Ella le miró divertida y colocó sus manos sobre la mesa dando unos golpecitos, como si hiciera un redoble de tambor. Vaya, quizás el alcohol sí le estuviese afectando un poco. Nathan la miró divertido.

—Se llamaba Michael. Y estudiaba física conmigo—acabó revelando.

Él la miró en actitud seria.

—Te has repetido.

—No. Te he respondido a la pregunta.

Ladeó su rostro hacia ella y la miró con gesto preocupado.

—¿En serio? ¿Solo con Michael?—preguntó.

—Sí—reafirmó con un movimiento de cabeza.

Nathan la observó seriamente.

—Joder—volvió a pronunciar y automáticamente bebió el contenido de su chupito ante la atenta mirada de ella. Lo tragó y abrió la botella de tequila volviendo a llenarse el pequeño vaso—. Bébetelo tuyo.

Ella se encogió de hombros y volvió a beber. Se notaba cada vez más desinhibida, y lo cierto es que se lo estaba pasando en grande. Lo ingirió y esta vez tosió un poco menos.

—¿Y tú?—preguntó una vez recuperó el aliento.

—Con treinta y uno.

Ella inclinó su ceja hacia él.

—¿Cuántos años tienes?

—Esa es otra pregunta.—Pero ella inclinó su ceja hacia él—. Treinta y dos—acabó cediendo y volvió a llenarle el chupito. Dejó la botella al lado y la observó intrigado—. He respondido a dos preguntas seguidas, así que te has saltado tu turno de una.

—Ehhh—se quejó ella.

Pero en ese momento una mirada lujuriosa se apoderó de sus ojos. Ella lo miró enarcando más su ceja.

—¿Tú última relación sexual?

Samantha abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Nathan!—gritó.

—¿Qué?—gritó él de igual forma. Luego extendió sus brazos hacia los lados—. Somos amigos, ¿no?—Sonrió él. Ella lo miraba no muy segura—. Pues ya sabes, bebe y no respondas.

Samantha resopló.

—Con veintiuno—susurró finalmente sin mirarle.

—¿No me digas? ¿Con Michael?—Ella lo observó y aceptó de mala gana—. ¿Tenía el monopolio o qué?—acabó diciendo sorprendido.

—Oye, que yo sepa cada uno puede hacer lo que quiera, ¿no?—Al momento se llevó el chupito a sus labios y lo ingirió ante la mirada asombrada de él, el cual no pronunció nada y le volvió a llenar el pequeño vaso de forma inmediata con una sonrisa.

—Obvio.—Cerró la botella y la volvió a colocar a su lado—. Y la siguiente pregunta...

—No, no—le cortó ella—. Me has hecho dos preguntas ya. —El la miró sorprendido—. Cuando fue mi última relación y con quién. Mi turno.

Nathan extendió los brazos hacia ella.

—De acuerdo.

—¿Y tú?

La miró sorprendido.

—Oye, tú no formulas preguntas, solo dices, ¿y tú?

—Pues mala suerte—pronunció ella con una sonrisa—. En las normas del juego no habías dicho que no se pudiese preguntar así.

Nathan rio y puso los ojos en blanco.

—Con treinta y uno.

—¿Con quién?

Le señaló con el dedo.

—Te adelantas. Me toca a mí.

—Pero tú has hecho dos preguntas—se quejó.

—Tú también—respondió.

Se miraron fijamente unos segundos, como si se retasen y al final Nathan cedió.

—Una chica de Nuevo Méjico. Me vi un par de veces con ella.

—¿Un par de veces?—preguntó sorprendida.

—Sí.

—¿Pero con cuántas has estado?

—Meccccc—dijo rápidamente—. Se le ha saltado el turno señorita Murray. —La miró divertido—. ¿Así que solo has estado con Michael?

Ella se encogió de hombros.

—Qué pregunta más tonta. Sí.—Se encogió de hombros como si no le importase reconocerlo—. Ahora responde tú, ¿con cuántas?

—No llevo una lista.—Rio él. Ella lo miró de nuevo sorprendida—. No lo sé.—Sam abrió más los ojos y Nathan resopló.

—Bueno—acabó pronunciando de forma reflexiva—, supongo que treinta y dos años dan para mucho.

Nathan arqueó una ceja hacia ella.

—¿Qué insinúas?—preguntó sonriendo. Ella colocó sus brazos hacia él de forma inocente y divertida—. Ya.—Chasqueó la lengua—, verás, por ese comentario tan impertinente le vamos a penalizar con la ingestión de otro chupito—dijo colocándose frente a ella.

—¿Penalizar?—preguntó sorprendida. Él aceptó riendo—. ¡No es ofensivo! Es una puntualización, obviamente tú...—Luego pareció contar con sus dedos—, has tenido cinco años más que yo para incrementar tu lista.

Él le miró de forma traviesa, sujetando aún el chupito frente a ella.

—Cielo, la lista la llevo incrementando desde los dieciséis años—explicó con orgullo. Ella lo miró incluso asustada.

—¡Pero si con dieciséis eras un niño!

—Ellas no opinaban eso—dijo con una sonrisa lasciva.

De acuerdo, hora de otro chupito. Lo cogió de su mano y lo ingirió de golpe. Hablar de esos temas con Nathan le ponía nerviosa. Él le llenó de nuevo el chupito nada más dejarlo sobre la mesa.

Se cruzó de brazos y la miró interrogante.

—Pero se te habrá insinuado alguien alguna vez, ¿no?—Ella lo miró fijamente—. Vamos Sam, ¿no me digas que solo te lo ha pedido ese tal Michael?

—Pues sí—pronunció algo sorprendida por su pregunta.

—Pues no lo entiendo.—Esta vez ingirió el chupito él—. Eres preciosa, inteligente, tierna... no me creo que ningún compañero tuyo en el Pentágono no pretendiese algo contigo.

Ella se mordió el labio en gesto tímido y luego miró hacia los lados algo cortada.

—Bueno.—Se encogió de hombros—. Hubo un compañero, que... creo que quería algo. Pero yo no estaba preparada.

—Ya—respondió.

—Con todo lo que me había ocurrido no me apetecía...

—Ya, Sam, déjalo—dijo de forma tierna al ver que volvía la melancolía a sus ojos. Se acercó a ella y le cogió la mano por encima de la mesa de madera. La contempló un segundo y luego le sonrió—. Vamos—continuó de forma divertida—. Nos acabamos la botella y salimos a comer algo—pronunció mostrándosela. Quedaba casi la mitad.

—¿La botella entera?—preguntó alarmada, cambiado ya de tema. Él asintió—. No, no, en serio, me quemó el estómago y... ya estoy suficientemente mareada.

Nathan se giró hacia el camarero.

—De acuerdo—dijo colocándose en pie—. Creo que a los dos nos conviene que nos dé el aire. —Luego rio—. Sobre todo a ti. Espera un segundo.

Fue hacia la barra cogiendo su cartera y se apoyó en ella, internándose entre toda la gente que había esperando a que le diesen su consumición.

Sam lo observó, la verdad es que Nathan era impresionante, y no solo por su físico. Alto, fuerte, cabello castaño oscuro, unos ojos casi verdes, su piel morena... sino también por su carácter. Podía ser divertido, tierno... y letal. Aquella mezcla tan explosiva le hizo sentir cosas que jamás había sentido. Algo más profundo. Como si se sintiese unida a él.

Su sonrisa tierna, la forma en la que le había abrazado, las palabras que le había dicho y que le habían hecho reflexionar. En ese momento, se encontraba feliz, y hacía mucho tiempo que no se sentía así. De acuerdo, quizás el alcohol contribuyese a eso, pero no creía realmente que influyera

en aquellos sentimientos.

Se giró y cogió su abrigo. Estaba algo más mareada de lo que esperaba. Nunca había bebido alcohol. Buff... ¿El local se movía o era ella? Inspiró intentando centrarse. Vamos Sam, serénate, se dijo a sí misma, ponte en pie, se ordenó. Ponte el abrigo, coge el de él y ve hacia la barra sin caerte.

—Ohhh—medio gritó cuando se puso en pie y notó que perdía el equilibrio—.Vaya—pronunció sorprendida. Parecía que aquel bar estuviese navegando.

Al momento, notó que una mano se situaba en su cintura.

—Encanto, ¿necesitas ayuda?

Ella se giró y observó un hombre de mediana edad. Podía oler su aliento a cerveza y alcohol. A tabaco.

—No, no, gracias—susurró intentando mantenerse en pie—. Estoy bien.

El hombre la cogió más fuerte.

—¿Seguro?

—Ella está bien—pronunció Nathan desde detrás, con actitud seria.

El hombre titubeó un poco.

—De acuerdo, de acuerdo—respondió retirándose algo asustado por aquella mirada.

Ella le sonrió y lo miró divertida.

—Qué hombre más agradable —susurró hacia él.

Nathan arqueó una ceja y suspiró. Puso sus ojos en blanco y sonrió mientras se ponía su abrigo. La cogió del brazo y comenzó a caminar con ella hacia fuera. El bar estaba a rebosar y solo eran las once y media de la noche.

Intentó seguirle el ritmo, pero Nathan no parecía nada afectado por el alcohol, llevaba un paso demasiado rápido para sus pies.

—Aiiiiii—se quejó, tropezando.

Nathan se giró y la sujetó esta vez por la cintura mientras no dejaba de avanzar entre la gran multitud de personas.

—¿Vas bien?—preguntó girándose.

—Yo sí. Es este horrible bar que no deja de moverse.

Nathan la miró sorprendido y se echó a reír mientras subían unos escalones hasta la puerta de salida.

En cuando salieron al exterior notó el cambio de clima. Al momento, el vaho comenzó a salir de su boca. Había bastantes jóvenes caminando, corriendo, riendo, e incluso cantando en aquella zona de bares.

Nathan soltó su brazo y la cogió de la mano.

—Hay un puesto de comida rápida en esa esquina. Comeremos algo.—Avanzó mientras tiraba

de ella.

—La verdad es que no me irá mal—admitió. Luego le miró con gesto asustado—. Creo que voy a tener resaca—gimió.

Él la miró sonriente.

—¿Tu primera resaca?—Ella aceptó mientras Nathan la miraba de forma divertida—. Bueno, comiendo algo se te pasará un poco.

Avanzaron hasta la esquina donde había un pequeño puesto de comida rápida ambulante, como una gran caravana. Hamburguesas, perritos calientes, patatas fritas... todo lo que un joven necesitaba para reponer fuerzas cuando salía a divertirse.

Se pusieron a la cola y la observó.

—¿Qué quieres?

Ella miró las fotografías que habían colgado en la pared.

—Una hamburguesa con queso—dijo divertida. Luego lo miró aún más sonriente, como si se tratase de una niña, lo cual hizo sonreír a Nathan—. Y patatas.—Acabó aumentando su petición.

Él aceptó.

—Una hamburguesa con queso y patatas—repitió él—. Buena elección. ¿Y de beber?

—¿Tequila?—Rio ante la mirada sorprendida de él—. No, es broma. Una Coca-Cola —pronunció cogiéndose a su brazo de forma cariñosa.

Nathan observó de forma tierna cómo se agarraba al brazo con el que sujetaba la cartera y luego apoyaba su rostro en él. Sin poder evitarlo acarició su cabello con su mano libre y suspiró. Pasaría toda la vida cuidando de ella.

Controló que aún quedaban un par de personas por delante de ellos.

—¿Y mañana a qué hora es la reunión?—preguntó Sam cambiando de tema.

Él separó un poco su rostro de ella para observarla.

—Entonces, ¿vas a venir?—preguntó con una ilusión renovada en su voz.

Ella lo miró no muy segura, pero al final se encogió de hombros cogiéndose un poco más a su brazo.

—Bueno, tienes razón en lo que me has dicho—comentó sin mirarle—. No me sirve de nada lamentarme por lo que ocurrió, pero sí puedo pensar en un futuro, en ayudar a la gente—susurró—. No quiero ser una anciana y lo único en lo que pensar es, en cómo desperdicé mi vida. En todas las personas a las que le podría haber evitado el sufrimiento.—Luego lo miró algo sonriente—. Creo que eso me costaría aún más de superar.

—Me alegro de que pienses así —dijo liberando su brazo de las manos de ella y echándose lo por los hombros, atrayéndola hacia él.

—Bueno—continuó divertida—. Un amigo me ha hecho ver las cosas de otra forma. Con esperanza.—Acabó riendo.

Él afirmó.

—Ese amigo tuyo es fantástico—bromeó él, ella le respondió de igual forma. Luego observó hacia delante y miró directamente al camarero del puesto ambulante—. Dos hamburguesas con queso, dos patatas y dos coca colas, por favor.—Giró su rostro hacia ella, la cual se mantenía bajo su brazo, con sus brazos cruzados—. La reunión es después de cenar, antes de salir, como el otro día. Pero ya puestos... no te iría mal ensayar de nuevo, practicar. ¿Te parece bien?—preguntó con voz animada.

Ella aceptó con una gran sonrisa.

Dio otra vuelta moviendo sus caderas ante la mirada divertida de él. Tras comerse las hamburguesas y las patatas parecía que había recobrado fuerzas.

—¡Que la fiesta no pare!—gritó mientras le señalaba con el dedo.

Nathan se echó a reír mientras daba un sorbo a su cerveza y la observaba apoyado contra la pared.

Samantha tenía un cubata en su mano y llevaba más de diez minutos sin dejar de bailar salsa frente a él.

—Vamos, vamos—dijo cogiéndole de la mano e intentando atraerlo hacia la pista de baile—. Anímate.

El negó con su rostro.

—No me gusta bailar.

Ella lo fusiló con la mirada pero luego se encogió de hombros mientras daba otro sorbo y daba unos pasos hacia atrás manteniendo el equilibrio.

Comenzó a dar vueltas otra vez mientras subía sus brazos y movía sus caderas de una forma graciosa. Si seguía así acabaría de culo en el suelo.

Nathan rio cuando la vio perder un momento el equilibrio pero recuperarlo al momento. Lo miró algo asustada, como si fuese consciente de que había estado a punto de caer, pero se encogió de hombros y volvió a bailar como si nada hubiese ocurrido.

El local era un salón donde ponía música de salsa. La mayoría bailaban en parejas contorsionando sus cuerpos de forma indecorosa, pero a ella le parecía dar igual estar sola entre todas aquellas parejas. Bailaba sin cesar ante la atenta mirada de todos.

Parecía no ser consciente del ridículo que hacía. Pero él no iba a ser quien se lo dijese, ella estaba feliz, alegre... y eso era lo que importaba. Era como si todos sus problemas hubiesen desaparecido y ante él solo existiese una chica normal, inocente, con ganas de divertirse. Le gustaba verla así. El contraste entre aquel mediodía y ahora era asombroso, y se alegraba de que

él hubiese sido la causa.

Al momento, colocó la espalda más recta y cogió su botellín de cerveza con más fuerza.

Un chico se había acercado por la espalda de ella y se le arrimaba indecorosamente. Rugió como si se tratase de un animal y fue hacia ella a paso acelerado, mientras observaba cómo el muchacho se acercaba por la espalda y colocaba sus manos en la cintura de ella, comenzando a mover sus caderas de una forma un tanto obscena.

Observó que ella le cogía las manos y las separaba de su cintura, mirándolo indignada. Vaya caradura la de ese muchacho. Iba a reprenderle cuando Nathan la cogió de la mano y la atrajo hacia él.

Ella aún miraba a su espalda cómo el muchacho la miraba algo enfadado, pero de nuevo la mirada de Nathan había vuelto a disuadir a otro chico.

Ella lo miró algo molesta pero luego emitió una sonrisa mientras daba otro sorbo a su copa.

—¿Vas a bailar conmigo?—preguntó moviéndose de forma graciosa delante de él.

Nathan le sonrió, pero le cogió de la mano.

—No.—Y comenzó a tirar de ella distanciándola de la pista. Por aquella noche ya había tenido demasiada diversión. Podía observarla bailar, contorsionarse incluso de forma atrevida, pero que otro hombre se acercase a ella... Aquello no estaba dispuesto a tolerarlo.

De todas formas, en pocos minutos serían las dos de la madrugada, y tal como caminaba Samantha, lo mejor sería meterla en la cama lo antes posible.

—Nos marchamos—le gritó en el oído. Ella puso cara de disgusto mientras intentaba poner un pie delante de otro sin caer. Nathan la sujetó por la cintura al ver la dificultad con la que caminaba.

—¿Tan pronto?

La miró de reojo.

—Son casi las dos de la madrugada, Sam. Hay que descansar.

—Pero yo no quiero descansar—se quejó.

—Ya saldremos otro día—comentó mientras echaba su abrigo por encima de los hombros de ella y salían al exterior.

En cuanto cruzaron la puerta se detuvieron, a Samantha le costaba mantenerse un poco en pie, así que Nathan tuvo que volver a sujetarla.

—Está nevando—exclamó ella feliz—. ¡Qué bonito!—dijo divertida mientras avanzaba saliendo del porche del bar—. ¡Uiiii!—exclamó cuando tropezó de nuevo.

Nathan la cogió de nuevo colocando sus ojos en blanco y miró hacia el horizonte. Caían gordos copos de nieve sobre el asfalto, que aunque aún no habían comenzado a cuajar, lo harían seguramente durante la noche.

—Qué frío—dijo Samantha dando saltitos, como si así pudiese entrar en calor.

—Estate quieta, Sam. Aún vas a conseguir caerte y partirte la crisma—comentó arrastrándola hacia el deportivo que había aparcado varias manzanas más allá del bar.

Caminaron mientras los copos de nieve iban instalándose sobre su cabello y abrigos. Samantha jugueteó a cogerlos mientras se dirigían hacia el vehículo mientras Nathan la observaba con una sonrisa tierna.

La ayudó a subir al deportivo y cerró mientras ella miraba maravillada los copos de nieve caer. En cuanto Nathan se sentó en el coche ella se giró y le cogió de la mano.

—Oh, Nathan—susurró con felicidad—. Vamos a algún sitio a observar nevar.

—Es tarde, y mañana hay que salir a trabajar, ¿recuerdas?—Ella puso cara de disgusto—. Además, estás que te caes.

—No es verdad—protestó.

—Y estás bastante... contenta.—Acabó sonriendo.

Ella sonrió alegre.

—Sí, la verdad es que lo estoy.—Sonrió mientras se apoyaba contra el respaldo. Suspiró mientras encendía el motor y lo contempló echar marcha atrás para salir del lugar donde tenía aparcado el vehículo—. Muchas gracias por lo que has hecho esta noche.

Le miró fijamente y aceptó.

—No hay de qué.

Observó cómo Samantha se pasaba la mano por los ojos y bostezaba varias veces por el trayecto. Y decía que quería salir por ahí aún. Estaba claro que cuando se relajase caería dormida. Y así fue, no habían pasado ni diez minutos cuando Nathan la observó inclinar su rostro hacia un lado con los ojos cerrados y la respiración uniforme.

Parecía un ángel así, dormida. Lo único que deseaba en aquel momento era abrazarla, estrecharla entre sus brazos y besarla. Pero sabía las implicaciones que tendría si lo hacía. No podría sacarla nunca más de su corazón.

Suspiró y se limitó a conducir observando cómo la nieve se acumulaba en algunos puntos.

Una vez llegó a la nave, aparcó el deportivo en su plaza y miró el reloj del salpicadero. Las dos y media de la madrugada. Hacía tiempo que no salía de fiesta. La verdad es que iba bien para desahogar todas las tensiones que acumulaba durante la semana. Giró su rostro al escuchar cómo Samantha ronroneaba, como si estuviese cómoda, girándose hacia un lado y colocándose la mano a modo de almohada.

Se echó un poco encima de ella.

—Sam—susurró tocándole el hombro.

—Mmmmm.

—Vamos. Ya hemos llegado.

—Otro cubata, sí—susurró.

Nathan arqueó una ceja. Estaba como una cuba. Bajó del coche y fue hasta la puerta del copiloto, la abrió y le quitó el cinturón con cuidado.

No pudo evitar quedarse observando su rostro unos segundos. Parecía relajado, sin problemas. Apartó un mechón de su cabello y se arqueó sobre ella. Eran tan hermosa, tan tierna. No pudo evitar que un suspiro saliese de lo más profundo de su ser.

¿Qué iba a hacer con ella? ¿Llevaría las llaves de su nave encima?

—Sam—volvió a susurrar—. Sam—dijo en un tono más alto cogiendo su hombro y moviéndola un poco para que se despejase—. Vamos, despierta.

—Noooooo—gimió—. Déjame—se quejó.

—Eh—dijo algo divertido—. Vamos, ¿tienes las llaves?—Esperó a que respondiese—. Sam—dijo con paciencia—. Las llaves de tu nave, venga.

—No lo sé—susurró con los ojos cerrados.

—¿Cómo que no lo sabes?—La observó de arriba abajo y se encogió de hombros. Cogió su abrigo y buscó en sus bolsillos. Primero en el derecho, donde no había nada y después en el izquierdo, donde había un pequeño monedero que pesaba bien poco. Resopló y desabrochó su abrigo.

—Mmmmm—volvió a ronronear.

Nathan suspiró. Lo que le faltaba. Lo que menos necesitaba era que le viesan con ella en aquel estado. Él metiéndole mano bajo su abrigo y ella ronroneando como una gatita en celo. Joder, cuando había salido del bar ya veía que no caminaba muy recta pero no esperaba que al sentarse y relajarse se quedase tan aturdida.

—Saaaaaammm—volvió a decir, pero esta vez no hubo ni ronroneo.

Le desabrochó el abrigo y palmeó los bolsillos de sus tejanos. Joder, qué buena estaba. Tenía el vientre plano, las caderas estrechas.

—Jijiji...—Se rio cuando notó las manos de él en su cintura y se movió como si le hiciese cosquillas.

—Estate quieta—le advirtió, pues ella se movía de vez en cuando con espasmos como si la estuviesen torturando a cosquillas.

Nathan se separó y resopló pasándose la mano por la cara. Bien, ahora sí que la había liado.

No podía llamar a la nave y dejar a la muchacha prácticamente en un coma etílico, sobre todo teniendo en cuenta que debería llamar al timbre. Si al menos tuviese sus llaves, la llevaría a su propio dormitorio, la acostaría y amanecería ahí. ¿Pero dónde estaban las dichas llaves? Se estaba desquiciando.

Se movió nervioso por el garaje mientras la observaba a ella respirar tranquila, totalmente frita.

Vale, de acuerdo. No le quedaba otra opción.

Fue hasta ella, cogió su rostro colocándolo delante de él y comenzó a darle pequeños golpecitos a ver si reaccionaba.

—Mmmmmmm...

—Reacciona, va—decía con impaciencia.

—Noooo—susurró.

—Samantha, ¿dónde has metido las dichas llaves?—Ella abrió al fin los ojos, totalmente adormilada—. Eso, eso... mírame. ¿Dónde... están... las llaves?—preguntó lento, intentando que le comprendiese.

Ella lo miró como sino entendiese nada de lo que había dicho. Resopló y volvió a cerrar los ojos mientras intentaba apoyar su rostro contra el respaldo. Dichoso tequila. Y dichosos cubatas a los que le había invitado en aquel local de salsa.

—Nooo... vamos Sam —gimió alterado. Se rascó el cabello mientras resoplaba y se puso directamente en pie.

Pues nada, a la mierda, de perdidos al río.

Se inclinó sobre ella. Pasó una mano por debajo de sus piernas, otra por su espalda y la cogió en brazos.

Solo esperaba que sus compañeros estuviesen dormidos. Lo que menos necesitaba era que Josh le encontrase de aquella forma, con la estudiante que le había adjudicado de prácticas borracha en sus brazos.

Cerró la puerta con su pie y pulsó el botón del mando a distancia que llevaba en la mano para cerrar el vehículo.

Fue directamente al ascensor y pulsó el primer botón.

Que estén dormidos, que estén dormidos... suplicaba en su mente, pero no pudo evitar sentir cómo ella apoyaba su rostro en su hombro de forma delicada. Su respiración acompasada. El calor que transmitía su cuerpo.

Cuando la puerta del ascensor se abrió, respiró con algo más de calma. La luz solar del pasillo estaba encendida, así que fue casi a ciegas hasta su cuarto.

En cuanto cerró la puerta tras él, con el máximo cuidado que pudo, respiró más tranquilo. Fue hacia su cama y la depositó encima con cuidado.

Notó cómo su corazón se aceleraba, ¿estaba loco? Había metido a Samantha en su dormitorio. ¿Y qué iba a hacer de todas formas? ¿Dejarla durmiendo en el coche?

Resopló de nuevo algo angustiado, pero el verla sobre su cama le hizo sentir más calor de la cuenta. La había dejado sobre la cama de una forma un tanto peculiar. Sus piernas inclinadas, su espalda algo curvada y uno de sus brazos por encima de la cabeza mientras el otro se extendía a lo largo sobre la cama. Aquello era incluso cómico, aunque seguramente si su jefe supiese que ella se encontraba en aquella habitación no le parecería tanto.

Bostezó y fue hasta sus zapatos y se los quitó con cuidado. En cuanto lo hizo, ella se dio la vuelta adoptando una posición fetal.

Quizás debería irse a dormir al comedor. Así evitaría malos entendidos.

Luego la observó fijamente. ¿Y por qué iba a haber malos entendidos? Si fuesen los nuevos aún, pero siendo su propio grupo seguro que lo que harían sería burlarse. Estaría dispuesto a pasar por ello si aquella noche podía compartir su cama con ella, aunque fuese durmiendo. Mañana saldrían de caza, lo cual implicaba que la mayoría de la división dormiría hasta tarde. Todo se solucionaría sin incidentes si se despertaban temprano y ella conseguía encontrar las dichas llaves de su nave. Nada de esto habría ocurrido.

Cogió su móvil y puso el despertador a las ocho de la mañana.

Le quitó el abrigo con cuidado y echó su colcha por encima. La verdad es que verla en su cama le hacía sentir especial.

Se puso a su lado, encima de la colcha, y la observó durante varios minutos, acariciando su mejilla. Dudó en besarla un par de veces, pero se controló. Deseaba un beso suyo más que nada en el mundo, pero no quería que fuese así, robado.

Volvió a apartar un mechón de cabello oscuro que se había deslizado por su mejilla y notó cómo sus ojos iban cediendo poco a poco.

11

Nathan se removió en la cama cuando escuchó el sonido de su móvil. La habitación estaba a oscuras. Buscó a ciegas su móvil y lo cogió. Pulsó el botón de silenciar y se dio media vuelta, notando el cuerpo de Samantha cerca de él. Sin poder evitarlo, pasó un brazo por encima de su cintura y la atrajo hacia él mientras un sonido gutural salía de sus entrañas.

Se acomodó notando el calor que desprendía su cuerpo. La ternura con la que su cuerpo se amoldaba al de ella. Abrió los ojos en ese momento, poniéndolos como platos. ¡Samantha! Estaba allí, junto a él. Dormida.

¡Mierda! Debían ser las ocho ya. Recordaba haber puesto el despertador a esa hora para despertarla y sacarla de allí a hurtadillas. ¡Joder!

Se dio la vuelta y estuvo a punto de tirar la lamparita de noche. Rebuscó el botón para encenderla y cuando lo consiguió se colocó la mano ante sus ojos. ¡Dichosa luz!

Se giró y observó a Samantha plácidamente dormida, de espaldas a él y adoptando la posición fetal. Ni siquiera se había metido bajo la colcha. Se había quedado dormido tal y como había caído en la cama. Tenía que sacarla de allí de inmediato.

Llevó su mano hasta su hombro y la zarandó de forma suave.

—Sam, Sam... despierta—susurró echándose un poco sobre ella.

—Mmmmmm—dijo al final.

—Despierta ya. ¡Joder!—acabó diciendo con un poco de mal humor.

Ella se removió bajo la colcha y se estiró mientras bostezaba. Abrió los ojos y durante unos segundos pudo observar cómo la duda aparecía en ella. Se giró hacia él y abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Nathan!—gritó incorporándose en la cama—. ¿Pero qué...? Ehhh... ¿Qué?...—Luego se llevó las manos a la cabeza—. ¡Auuu!—se quejó como si le doliese. Lo miró de forma interrogante mientras paseaba la mano por su frente—. ¿Qué hago aquí?—preguntó algo asustada.

—¿A ti qué te parece?—preguntó levantándose de la cama—. Dormir la mona.—Se giró hacia ella poniéndose los zapatos.

—¿Dormir la mona?—preguntó sin comprender.

—Ayer te quedaste dormida mientras veníamos, no encontré tus llaves... joder, ¿dónde las has metido?

Ella lo miró sin comprender.

—¿Qué llaves?

—¡Las de tu nave!—acabó diciendo mientras se remecía la camisa por dentro de los tejanos—.

No podía dejarte durmiendo en el coche.

—¿Y me trajiste a tu habitación?—preguntó con ironía.

Él la miró de reojo y luego resopló.

—Hubieras preferido el coche, ¿no?—se burló él.

Ella lo observó durante unos segundos, bostezando, aún sobre la cama y miró a su alrededor.

—¿Esta es tu habitación?—Observó cómo daba la vuelta a la cama y se colocaba a su lado.

—Claro—dijo cogiéndola del brazo y levantándola.

—Ahhh—se quejó—. ¿Pero qué te pasa?—preguntó al ver su gesto nervioso.

—Lo que pasa es que debes volver a tu nave antes de que te pillen aquí.

Ella lo miró extrañada.

—¿Por qué?—preguntó soltándose de su mano.

—Porque no está bien que tu tutor te emborrache como una cuba—le explicó cogiéndola de la mano, pero ella se soltó de inmediato.

—No tienen por qué saber lo que pasó ayer—dijo intentando calmarlo.

—Por eso mismo, debes volver a tu nave antes que se despierten. ¿Dónde están las dichas llaves?

Ella lo miró asombrada de nuevo.

—No cogí llaves, no pensaba que fuésemos a llegar tan tarde—le respondió, algo rápido.

—Ahhhhh—comentó, colocándose casi las manos en la cabeza.

—Igualmente podrías haber abierto con las tuyas. Son las mismas—le dijo gesticulando con las manos—. Y tampoco creo que sea tan malo que tú y yo salgamos de fiesta y me tome alguna copa. No soy una niña, ¿sabes? Y no es culpa tuya, fui yo la que bebí, voluntariamente—explicó con un tono de voz algo más alto.

—¿Son las mismas?—preguntó asombrado, como si no hubiese escuchado el resto de lo que ella había dicho.

—Claro—dijo encogiéndose de hombros.

Nathan castañeó de dientes.

—Joder—susurró. Le cogió de la mano de nuevo y se colocó delante de ella—. De acuerdo, igualmente tienes que irte a tu nave, no pueden encontrarte aquí.

—Vale, vale... ya me voy—se quejó ella—. Jolín, qué mala leche tienes cuando te despiertas—comentó pasando por su lado—. Tampoco creo que pase nada.

Nathan puso los ojos en blanco y pasó por su lado mientras iba hacia la puerta, pero le cortó el paso.

—Samantha, no es por ti—reaccionó seriamente. Ella se cruzó de brazos y lo miró de forma interrogante—. Es simplemente que has pasado la noche en mi habitación y soy tu tutor. No creo que quede muy bien eso delante de mis compañeros.

Ella se encogió de hombros.

—Pues yo creo que le estás dando más importancia de la que tiene. No pasó nada—acabó adoptando un tono de voz algo agudo. Aunque luego lo miró de forma interrogante—. ¿Verdad?

Nathan arqueó una ceja hacia ella y la miró fijamente.

—¿No te acuerdas?—preguntó asombrado.

—Recuerdo subirme al coche y ya está.

Nathan no salía de su asombro.

—No pasó nada, te quedaste dormida. Te traje aquí y me quedé yo dormido también. Pero no creo que mis compañeros se traguen eso.

—Ah, ya, claro...—bromeó—. Olvidaba que tienes una larga lista que has incrementado desde los dieciséis años.—Se encogió de hombros ante la mirada asombrada de él—. Tranquilo, hombre—siguió con la broma colocando la mano en su pecho y dando unos golpecitos—. Si ocurre eso me encargaré yo misma de desmentirlo. No te preocupes. No seré una mancha en tu expediente—se burló.

Nathan suspiró como si estuviese agotado.

—Veo que de eso sí te acuerdas—bromeó mientras buscaba sus llaves en sus pantalones y abría la puerta con cuidado. Se giró para observarla y le hizo el gesto de silencio con el dedo.

Ella puso sus ojos en blanco y se cruzó de brazos. Le cogió de la mano y comenzó a tirar de ella hacia el pasillo. Se giró, cerró la puerta con cuidado y comenzó a avanzar hacia la puerta cuando una voz les interrumpió.

—¡Nathan! ¿Qué pasa colega?—gritó Ryan desde el comedor. Aunque luego observó con asombro que iba acompañado. Dio unos pasos hacia delante y lo miró asombrado—. ¿Sam? La madre que me...

Ella le sonrió y se encogió de hombros.

—Hola Ryan, ¿qué tal?—preguntó algo tímida.

Nathan observó hacia el comedor donde provenía, y comenzaron a aparecer sus compañeros con sus rostros asombrados. Nathan suspiró mientras soltaba la mano de Samantha como si le quemase. Pero notó que ella se ponía algo tensa.

Todos lo miraban asombrados, pero Josh directamente alzó una ceja hacia él.

—¿Pero qué narices...?—comenzó a preguntar asombrado, pero se quedó callado cuando observó que Samantha avanzaba hacia el comedor con cuidado.

—Mierda, mierda—dijo Ryan mientras se acercaba a ella—. Sam...Sam...

Pero ella entró en el salón algo deprisa y rebuscó entre todos sus compañeros, hasta que topó con una cara nueva. No había visto nunca a esa muchacha allí, pero permanecía escondida tras algunos miembros de la división, concretamente tras Brad y Jason.

Nathan corrió hacia ella y se colocó a su lado. Miró de un lado a otro y comprendió lo que

ocurría.

—Mierda—susurró.

Samantha miraba sin cesar a aquella muchacha que la miraba también algo impresionada, con unos enormes ojos avellana y un pelo rizado negro que descendía sobre su pecho.

Samantha avanzó hacia ella con mirada tímida.

—Hola—susurró. Miró hacia los lados sin comprender muy bien por qué sentía todo aquel poder y luego observó confundida hacia Nathan, el cual arrastraba su mano por la cara de forma agobiada.

Ryan miró de un lado a otro, sin saber qué hacer.

Samantha buscó con la mirada a Nathan.

—¿Quién es?—preguntó a Nathan—. Noto que ella...

Nathan la miró fijamente sin saber bien qué decir. Qué estúpido había sido al no pensar en aquello.

Evelyn se adelantó unos pasos hacia delante, saliendo finalmente tras la espalda de Jason y Brad. Tenía una mirada asombrada, como si hubiese visto un fantasma.

—Soy Evelyn—pronunció al fin. Samantha la observó aturdida por lo que ocurría—. Sé que puedes sentirme—dijo tímida.

Nathan chasqueó con la lengua y cogió a Samantha por el brazo.

—Ven, tenemos que hablar—dijo caminando hacia donde estaban todos.

Samantha se dejó llevar hasta la barra americana que separaba la cocina del resto del salón, sin apartar la mirada de Evelyn, la cual parecía estar también extasiada.

—Es vidente—susurró como si le explicase un secreto—. Y telequinésica.

La sentó en un taburete y se cruzó de brazos delante de ella.

—Ya lo sé.—Samantha le miró de forma interrogante—. Pero en el Pentágono no me informaron de esto—pronunció confusa.

Ryan se colocó delante de ella, estudiándola con la mirada y se cruzó de brazos.

—Sam, en el Pentágono no lo saben—admitió—. Ella es mi novia.

Ella abrió los ojos de forma desmesurada y luego volvió a observar a Evelyn, la cual parecía bastante nerviosa.

—¿Y por qué no lo dijisteis?—preguntó alterada.

Todos comenzaron a ponerse demasiado nerviosos, incluso Josh, el cual avanzó hasta ella en actitud seria.

—Sam—pronunció intentando controlar su voz, ante la atenta mirada de Ryan, el cual parecía que iba a comenzar a echar espuma por la boca—. Ella es la novia de Ryan, no dijimos nada, para no separarlos. Ella—pronunció de forma lenta, mirando de reojo a Evelyn, la cual se frotaba las manos nerviosa—, como bien has sentido tiene visiones y telequinesia. No informamos para que

podiese continuar con su vida, para que pudiesen estar juntos—le explicó de forma tranquila.

—Estoy acabando la carrera de bellas artes—explicó Evelyn acercándose un poco—. Quiero ser restauradora.—Se encogió de hombros mientras se mordía el labio.

—Si informábamos al Pentágono, ella hubiese tenido que marcharse—le explicó Ryan—. Y hubiese tenido que abandonar todo por lo que había luchado tantos años.

Ella los miraba asombrada, como si no pudiese creer lo que estaban diciendo, pero realmente allí estaba, esa sensación, esos poderes fluyendo a través de ella.

Nathan puso una mano en el hombro de ella, la cual permanecía totalmente asombrada y le hizo reaccionar mirándole.

—Por favor, necesitamos que siga siendo un secreto. Si lo descubren pueden abrirnos un expediente, y lo más importante... se la llevarán.

Samantha recorrió con la mirada a todos. Parecían realmente nerviosos. Había visto cómo la protegían, tanto Brad como Jason se habían puesto delante de ella intentando protegerla para no ser descubierta. En realidad, aquello era como una familia que cuidaba los unos de los otros. Llevó su mirada hasta ella. La observaba aún asombrada, pero con cierto temor en sus ojos.

—No voy a decir nada—susurró tímida, pues todos la rodeaban y la miraban con actitud seria. Miró directamente a Evelyn y le sonrió de forma triste—. Lo cierto es que te envidio. A nadie le importó lo que yo quisiese en el momento en que descubrí mis poderes—dijo con ternura—. Tienes suerte de tener a gente a quién le importes tanto.—Notó cómo sus ojos se humedecían un poco—. No tienes que preocuparte por mí.

Todos se miraron de reojo más tranquilos y Ryan se acercó a Samantha y la medio abrazó.

—Gracias, gracias...

Ella le devolvió el abrazo y se separó. Aún estaba aturdida. Ver cómo todos ellos exponían su trabajo por una chica, por la novia de su amigo le hacía sentir cierta añoranza. Ella jamás se había sentido así. La cuidaban, la protegían, todos la querían y se preocupaban por su bienestar. Ella, sin embargo, lo único que tenía era una fotografía enmarcada a la que a veces podía mirar sin echarse a llorar. Pero se alegró por ella, al menos ella tenía esa oportunidad. Los contempló a todos cómo respiraban aliviados tras lo que había dicho y notó que su labio inferior temblaba por un puchero.

—¿Estás bien?—preguntó Nathan poniendo una mano en su hombro.

Ella no pudo ni contestar, la emoción le embargaba. Tenía que salir de allí antes de comenzar a llorar como una magdalena. Aceptó y se levantó del taburete ante la mirada preocupada de todos, pues parecía algo triste.

—Será... será mejor que vuelva.—Intentó sonreír aunque notó que su labio temblaba.

—Sam...—susurró Nathan intentando cogerle la mano para que no se alejase.

Ella dio un salto hacia atrás esquivándole.

—Nicholas debe estar subiéndose por las paredes—pronunció intentando parecer divertida.

—No tienes por qué irte—dijo Ryan—. Puedes quedarte aquí.

Ella le devolvió la sonrisa y apartó su mirada de ellos de forma tímida. Inspiró e intentó calmar sus sentimientos. Miró hacia Evelyn y le sonrió.

—Tu secreto está a salvo conmigo.—Le sonrió con ternura—. Puedes estar tranquila. Jamás te desearía algo así—acabó diciendo.

Se dio la vuelta y comenzó a caminar a paso acelerado hacia la puerta mientras todos se miraban algo contrariados, afectados por aquella reacción tan tierna e inocente.

—Sam... Sam...—comenzó a llamarle Nathan al ver que se alejaba. Corrió tras ella y la interceptó en el pasillo. Todos los miraban sorprendidos y conmovidos—. ¿Qué te ocurre?—le preguntó con dulzura, cogiéndola de la mano.

Ella se giró y lo observó mientras se mordía el labio. Sin poder evitarlo su mirada voló unos segundos hacia dentro del comedor, donde todos los observaban desde la lejanía. Suspiró y volvió su mirada triste hacia él.

—Tiene suerte de teneros—pronunció apartando la mirada de él—. Tiene una familia. Jamás permitiría que destruyesen eso—comentó al borde del llanto.

Nathan lo comprendió al fin y se quedó sin habla por el significado que tenían aquellas palabras.

—Sam... yo...—titubeó.

Se soltó de la mano y le sonrió.

—Gracias por la noche de ayer. Fue una de las mejores que he vivido. Nos vemos luego.

Se quedó estático mientras la veía descender las escaleras a paso lento y salir de la nave. Algo dentro de él se había vuelto blando. Aquella generosidad, aquella ternura... notó cómo algo se rompía dentro de él y tenía impulsos de salir corriendo tras ella y abrazarla. Lo que le había dicho, aquellas últimas palabras habían llegado a lo más profundo de su alma, el significado que tenían, la forma en la que las había pronunciado.

Emitió un largo suspiro y cerró los ojos con fuerza intentando controlarse. Quería a esa muchacha, y no solo porque era preciosa, sino por lo bella persona que era. Porque necesitaban que la cuidasen y que la protegiesen.

Cuando logró calmarse del efecto que habían causado aquellas palabras, se giró y observó que todos lo miraban impresionados, asombrados.

Se colocó las manos en los bolsillos y caminó hacia ellos a paso lento.

Ryan se acercó a él.

—¿Qué le ha pasado?—preguntó contrariado por la reacción de ella—. Parece que se ha ido llorando.

Nathan se sentó en un taburete y apoyó su frente en sus manos reflexionando, recuperando el aliento. Finalmente emitió un largo suspiro y miró directamente a Josh.

—Ella tiene que quedarse aquí, con nosotros—pronunció convencido.

Josh lo miró y esta vez detectó que lo miraba de otra forma. Como si comprendiese su situación y sus sentimientos.

—Yo... tengo que decir una cosa que...—intervino Evelyn.

—Espera.—Le cortó Josh—. Nathan—dijo sentándose frente al taburete de él—. Sabes que yo no estoy autorizado para...

—Pues inténtalo—gritó algo desesperado. Luego movió su rostro incrédulo—. ¿Sabes que es lo último que me ha dicho antes de irse? Que ella jamás permitiría que rompiesen una familia.— Suspiró—. ¿Sabes por lo que ha tenido que pasar?—preguntó mirándolo con fuerza, aunque su tono de voz era suave—. Samantha tuvo que ver cómo asesinaban a sus padres, a su hermano. Un vampiro lo hizo delante de ella.—Observó cómo todos lo miraban de forma intensa, siendo conscientes en ese momento de la reacción de la muchacha—. Por eso estaba así estos últimos días. Le afectó. Le afectó tener que enfrentarse de nuevo a ellos. Ella únicamente se salvó porque en ese momento fue cuando descubrió sus poderes.—Se pasó una mano por la frente como si estuviese agobiado—. Ayer, cuando fui a verla me lo explicó, estaba pensando en abandonar la división. Decía que esto le sobrepasaba, que no podía vivir con ello. Por eso salí con ella. Quería que descubriese que aún podía ser feliz—acabó diciendo con dolor. Luego observó al resto de sus compañeros. Incluso detectó que Lucy tenía los ojos llorosos—. Necesita quedarse aquí. Sentir que forma parte de esta pequeña familia.

Josh suspiró y aceptó con su rostro.

—Pero es que tengo que...—volvió a intervenir Evelyn, la cual parecía también afectada por lo que Nathan acababa de explicar.

—Haré lo que pueda—interrumpió Josh, el cual miraba fijamente a Nathan—. Pero sabes que no es una decisión mía.

—Inténtalo—dijo rápidamente.

Ryan se colocó al lado de Josh.

—A mí no me importaría que se quedase—comentó de forma dulce—. Parece buena chica.

—Lo es—respondió Nathan—. Una de las mejores personas que he conocido.

—Pero es que es importante...—interrumpió Evelyn de nuevo con cierta urgencia.

Sean se sentó al lado de Nathan.

—¿Te importa Sam?

Nathan lo miró y luego suspiró mientras se pasaba la mano por la frente.

—Al principio pensaba que no. Pero a medida que he ido conociéndola me he dado cuenta que me importa más de lo que imaginaba—admitió.

—Sabes que los superiores vienen a la boda. Que si ellos descubren que tú y ella...—dijo Josh.

—Entre nosotros no hay nada. Simplemente amistad.

—Ya, claro—comentó Brad sentándose con una extraña sonrisa en sus labios—. ¿Y ha dormido aquí?

Nathan giró su rostro hacia él.

—Ha dormido. La saqué a tomar unas copas y no sabía que le afectaba tanto el alcohol. Cuando llegamos estaba dormida en el coche y no encontraba las llaves de su nave, así que la traje aquí—explicó.

—Pero si tienen la misma cerradura—le recordó Jason.

—Eso lo sé ahora—dijo de mala gana—. Obviamente ayer no lo sabía.—Resopló—. Pero ese no es el tema. El tema es que ella necesita quedarse aquí.

—Por favor...—volvió a gemir Evelyn—. Lo que tengo que decir es...

—Lo probaré con los superiores cuando los vea. Pero no puedo prometerte nada. Igualmente, ¿estás seguro de que ella quiere quedarse?

—¿No lo has visto tú mismo?—preguntó Nathan—. Está sola. Se siente cómoda aquí. Nos tiene a nosotros. Quiere tener una buena relación con ellas.—Señaló a las chicas.

—Ya—pronunció Josh pensativo.

—Y supongo que ahora que sabe lo de Evelyn no habría ningún problema—intervino Jason echándole una mano a su amigo.

—¿Pero me podéis escuchar ya?—gritó Evelyn nerviosa. Al momento los documentos que tenían sobre la barra de la cocina salieron volando.

Todos la miraron confundidos. Al menos, había conseguido que le prestasen atención.

—Lo que hay que hacer... —dijo molesta ante la atenta mirada de todos.

—Menudo genio.—Rio Jason—. Y luego dicen de mí.

Ella lo fusiló con la mirada y volvió a mirarlos a todos.

—¿Recordáis que hace unas semanas tuve una visión?—les recordó—. Vi un vampiro y un hombre lobo, y en medio, una chica que parecía estar entre los dos, como controlando la situación o evitando el enfrentamiento.—Tomó aire y miró directamente a Nathan—. Es ella.

Nathan se puso de pie de inmediato, algo nervioso. Todos parecieron reaccionar de la misma forma.

—¿Sam?—preguntó inquieto, pero Evelyn respondió rápidamente con un movimiento de cabeza.

—¿Seguro que es ella?—preguntó Ryan asombrado.

—Os lo dije—les recordó—. Dije que me daba buenas vibraciones, que ella era especial. No podría olvidar ese rostro nunca—acabó remarcando esas palabras.

Todos se miraron entre ellos. Aquello sí les había cogido desprevenidos. Jason se colocó frente a ella.

—¿Y qué significa eso? ¿Que ella es la elegida para acabar con los vampiros? ¿Con los hombres lobos?

—¡No lo sé!—pronunció nerviosa—. Simplemente ella estaba en medio, deteniéndolos.

—Pues concéntrate—le sugirió Nathan.

—Sabes que esto no funciona así—protestó ella—. Ojalá pudiese hacerlo y saber algo más, pero no puedo.

Nathan se giró directamente hacia Josh.

—¿Querías otra excusa a tener en cuenta para que ella se quede? Aquí la tienes.—Señaló hacia Evelyn.

Josh se levantó impresionado por lo que acababa de escuchar.

—Eso igualmente es algo que no podemos revelar a los jefes. Nos preguntarían de dónde sale esa información.

—Ya—dijo Nathan encogiéndose de brazos y sonriendo—. Pero seguro que ahora te esfuerzas mucho más por conseguirlo—se burló.

Josh sonrió y puso los ojos en blanco.

—De acuerdo. Cállate ya de una vez.—Rio hacia él y volvió su mirada hacia Evelyn—. ¿Has tenido alguna visión más desde entonces?

—No—contestó ella.

Nathan señaló de nuevo hacia Evelyn.

—Samantha es un potenciador, quizás podría potenciarte.

—¿A mí?—preguntó asustada.

—Sería perfecto—dijo Brad—. Quizás así podríamos saber algo más.

Ryan se acercó a Evelyn y le cogió de la mano.

—No pasa nada. Ni lo notarás. Simplemente, con suerte tendrías alguna visión—intentó calmarla.

—Bueno—acabó diciendo mientras se encogía de hombros—, es lo menos que puedo hacer después de cómo se ha portado.

Nathan se cruzó de brazos y observó a todos seriamente.

—Casi preferiría no decirle nada de tu visión.

—Opino lo mismo—comentó Josh—. Bastante tiene la chiquilla. —Luego miró a Nathan y arqueó una ceja—. ¿Por qué no vas a buscarla y que se venga a comer?—acabó sonriendo—. Así le podemos proponer que potencie a Evelyn.

Nathan estaba negando antes de que acabase de hablar.

—No. Ahora necesita estar sola.

—He dicho para comer, ¿no? Son las ocho y media de la mañana.

Él se levantó del taburete.

—Y eso es otra pregunta. ¿Qué hacéis despiertos tan temprano?

—¡Ha nevado!—gritó Sarah—. Habíamos pensado en salir a dar un paseo.—Sonrió.

Nathan puso los ojos en blanco.

—La nieve también estará a las diez y las once de la mañana—acabó diciendo. Luego sonrió hacia Sarah y fue hacia ella—. ¿Podrías hacerme un favor?

Ella le respondió sonriente.

—Claro.

—¿Podrías enviarle un mensaje a Sam? Diciéndole que se venga a comer.

—¿No se lo dices tú?—preguntó Lucy.

Él le sonrió tiernamente.

—Prefiero que seáis vosotras—susurró con una sonrisa algo tímida.

Sarah sacó su móvil y abrió el programa para enviar mensajes.

—Vamos a ver...—Comenzó a escribir con las dos manos el mensaje y luego miró hacia el resto del grupo, el cual estaba intrigado. Suspiró y leyó el mensaje que iba a enviarle—: Hola Sam, ¿estás bien? Vente a comer con nosotros. Nos gustaría hablar contigo y que estuvieses aquí.

—Luego miró hacia sus compañeros esperando su aprobación.

Brad fue hacia ella.

—Quita lo de si está bien. Pensará que la hemos visto llorar y quizás no quiera venir.

Sarah aceptó y comenzó a borrar parte del mensaje.

—¿Lo envió? —Todos aceptaron. Esperaron unos segundos—. Enviado.

Josh fue hacia la barra y cogió otra taza de café. Se la mostró a Nathan como si se la ofreciese y este aceptó. Al momento se la cargó de café.

—Así que quería dejar la división—pronunció pasándosela.

—Sí.—La colocó delante de él y echó unas cuantas cucharillas de azúcar—. Estaba bastante... mal—acabó susurrando.

—No me extraña—comentó Elisabeth—. Debe ser horrible lo que le ocurrió, y después de estar en el Pentágono tener que ir a cazar vampiros. Verlos un día tras otro.

—Pero ha cambiado de opinión, ¿no?—preguntó Jason colocando las manos en los hombros de ella.

—Sí—dijo no muy seguro. El móvil de Sarah vibró en ese momento—. ¿Es ella?

Sarah lo cogió y abrió el mensaje.

—Sí.—Leyó atentamente. Luego puso cara de disgusto—. Dice que muchas gracias pero que comerá con su equipo.

—Anda ya—protestó Nathan cogiendo su propio móvil, como si estuviese indignado. Miró a Sarah y le guiñó el ojo—. Dame su teléfono.

Ella se rio mientras le cantaba los números, pero al contrario de lo que esperaban todos, se

llevó el móvil al oído.

—¿La estás llamando?

Nathan aceptó.

—Creo que con ella es más efectivo.—Al momento se puso serio—. Sam—dijo con una sonrisa—. Soy Nathan.—Guardó un segundo de silencio—. Sí. Ya.—Guardó silencio de nuevo y respiró hondo—. Ya lo sé. Pero es que si no vienes voluntariamente iré a buscarte yo en persona y no dudaré en usar la fuerza, ¿lo entiendes?—Volvió a quedarse callado mientras todos lo miraban asombrados—. Oh, y tanto que puedo, cielo. ¿Olvidas que la llave que tengo también sirve para abrir la puerta de tu nave? A la una aquí. No te retrases.—Al momento colgó y miró hacia sus compañeros—. Vendrá—dijo sonriente.

Se giró para observarla. La división se había quedado en la barra americana tomando el café después de la comida. Las chicas se habían ido al sofá y charlaban animadas. Había llegado algo mosqueada a la nave, como si se sintiese obligada. No había pronunciado casi palabra al principio y cuando lo había hecho había sido en susurros. Poco a poco, se había ido animando, llenando de vida. Sonreía sin parar mientras hablaba sin cesar con las otras chicas.

Josh dio un sorbo a su café y se apoyó contra la barra.

—¿Se lo pides tú o se lo pido yo?—preguntó sonriente.

Nathan puso cara de disgusto.

—¿Ahora? La pobre se está divirtiendo.

—Puede seguir luego.—Se encogió de hombros—. Puede quedarse todo lo que quiera.

—Incluso puede dormir en la cama de Nathan.—Rio Ryan.

Nathan le miró y le sonrió.

—Serás payaso—dijo divertido, pero lo cierto es que si se encontraba de tan buen humor es porque de nuevo la veía sonreír, sin preocupaciones ni recuerdos que le causasen dolor. Suspiró y miró al resto de sus compañeros—. Le has dicho a Evelyn que no le diga nada sobre la visión en que la vio, ¿no?—preguntó hacia Ryan.

—Sí.

La idea era clara, si Samantha podía potenciar a Evelyn quizás pudiese tener alguna visión sobre Sam, algo que les ayudase a entender por qué Evelyn había tenido una visión donde ella se encontraba entre un vampiro y un hombre lobo, donde parecía que ella los detenía.

—Está bien—dijo mientras daba un salto del taburete y se dirigía a donde ellas se encontraban. Tan entretenidas estaban que ni se habían percatado que se encontraba allí.—Ejem.—Hizo una tos

intencionada. Todas volvieron su rostro hacia él—. Lamento estropear esta fabulosa velada, pero queríamos proponer algo—explicó mirando hacia sus compañeros, los cuales comenzaron a acercarse. Parecía que aquello había captado la atención de todos, aunque realmente la que quería captar era la de Samantha, pues todos ya sabían lo que pretendía—. Sam—dijo centrando la mirada en ella—. Estamos pensando que al haber descubierto el oscuro secreto de Evelyn—se burló—, quizás podrías potenciarla para intentar conseguir alguna visión.

Ella se volvió hacia Evelyn.

—Ammm...bueno... no sé—pronunció tímida—. ¿Tú quieres?

—¿Pero duele?

Sam comenzó a reír.

—No, no, para nada.—La calmó.

Nathan le hizo desplazarse hacia un lado mientras el resto de compañeros acercaban los taburetes para sentarse alrededor del sofá.

—Evelyn—comentó sentándose a su lado—. ¿Te importa?

—No, no...si ella quiere.—Señaló hacia Sam, la cual le respondió encogiéndose de hombros muy sonriente—. Pues de acuerdo—dijo poniéndose recta, luego hizo un gesto gracioso. —Poténciame.—Le señaló con el dedo—. Pero te advierto que quizás, aunque me potencies, no logre ver nada.

—¿No sueles tener visiones?—preguntó intrigada.

—No, la verdad es he tenido muy pocas, y la mayoría de las veces me cogen por sorpresa.

—¿No sabes provocártelas?

Evelyn la miró extrañada.

—¿Provocármelas?

—Claro—explicó Evelyn divertida—. A ver, yo no he tenido nunca visiones, pero una chica que conocía en el Pentágono, sí que las tenía.—Se quedó pensativa y luego la observó—. Ella se las provocaba. Lo que me dijo que hacía era concentrarse en la persona de la que quería saber. —Luego la miró intrigada—. A veces también usaba objetos que aquella persona hubiese tenido. Así decía que mantenía un vínculo con ella y que era más fácil atraer a las visiones.

—Oh—dijo Evelyn impresionada—. No había pensado en eso.

—¿Quieres saber algo concreto?

Evelyn se quedó pensativa y luego miró hacia Josh sin saber qué responder a eso.

—¿Qué tal si hacemos una prueba primero?—propuso—. Así coges experiencia tú también.

—¿Dices que si tengo un objeto de esa persona puede que tenga visiones sobre ella?—preguntó Evelyn divertida. Samantha afirmó—. De acuerdo.—Estiró su brazo y cogió la revista de novias de Sarah.

—Ehhh—se quejó ella, pero luego comenzó a reír—. De acuerdo, mira a ver si el menú que

hemos cogido para el banquete va a gustar—bromeó.

—Cintya—explicó Samantha—, mi compañera del Pentágono, también se formulaba preguntas mentales.

—¿Cómo qué?—preguntó emocionada.

Sam gesticuló bastante.

—No sé, como... ¿Qué va a ocurrir si cojo el coche? Cosas así.

—Caray, Sam—intervino Ryan—. Qué instructiva.

Ella le respondió con una sonrisa y miró hacia Evelyn.

—Vale, pues coge esa revista entre tus manos y visualiza a Sarah en tu mente.—Evelyn cerró los ojos y respiró profunda—. ¿Preparada?

—Sí.

Al momento se concentró captando su poder y ampliándolo.

—Oh—susurró Evelyn al notar el calor—. Esto es impresionante.

—Concéntrate, cariño—dijo Ryan.

—Perdón, perdón...—Estuvo casi medio minuto intentando respirar de forma suave hasta que dio un pequeño respingo cuando unas imágenes se sucedieron en su mente. Abrió los ojos y se levantó dando saltos de alegría.—¡He tenido una visión! ¡He tenido una visión!—gritó feliz. Fue hacia Sam y se abrazó a ella dando saltos—. ¡Qué chulo es esto!

Todos se reían.

—¿Pero qué has visto?—preguntó Sarah nerviosa.

Evelyn se giró hacia Sarah y corrió hacia ella.

—La boda es preciosa, sí... ohhh... el restaurante extraordinario y la luna de miel...mmm... creo que era República Dominicana o algo así.

—¿Qué me dices?—preguntó asombrada Sarah. Se giró hacia Josh y dio también saltos de alegría—. ¡República Dominicana!

Josh se rio mientras la colocaba bajo el brazo.

—Esto, esto es increíble—dijo Evelyn sentándose de nuevo frente a Samantha—. Nunca había sentido algo así. Es impresionante. —Samantha rio al ver la emoción de ella—. Hazlo otra vez, va, va—dijo con impaciencia.

—Espera, ¿no deberías coger algo vinculado?

—¿Y pensando en esa persona no podría?

—Bueno, Cintya decía que ella aprendió así, al principio con objetos vinculados y después pensando en esas personas.

Evelyn miró de reojo a Josh. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Coger la mano de Samantha?

—Yo quiero que mires mi futuro—pronunció Nathan colocándose a su lado.

Samantha se apartó un poco para dejarle algo de espacio mientras miraba de forma divertida a

Evelyn. Ella se acercó un poco a su oído de forma disimulada.

—¿Tu eres su objeto vinculado?—se burló. Él se encogió de hombros—. De acuerdo. Vamos Sam, al ataque.—Rio.

Ella sonrió y volvió a concentrarse mientras Evelyn cogía la mano de Nathan. Nathan sin poder evitarlo giró su rostro para observar a Samantha mientras Evelyn intentaba concentrarse. Eran tan hermosa, estaba tan llena de vida y ternura.

Notó cómo su corazón se aceleraba e intentó controlarse mientras ambas chicas estaban concentradas, aunque Samantha mantenía sus ojos abiertos y cruzó un par de veces una mirada tímida con él. Todo iba bien hasta que notó que Evelyn apretaba un poco su mano y después se levantaba nerviosa.

Nathan la observó poniéndose también en pie.

—¿Qué ocurre?—preguntó nervioso—. ¿Has tenido una visión?

Evelyn parecía estar en una especie de trance, pensativa.

Samantha se levantó preocupada mientras el resto se acercaban a Evelyn.

Ryan le cogió del brazo.

—Eh, ¿qué ha pasado? —preguntó con suavidad—. ¿Has visto algo?

—Sí—acabó diciendo—. Pero ha sido muy raro—comentó sacudiendo su rostro. Giró su rostro hacia Nathan—. Estabas en un edificio a medio construir y había muchísimos vampiros. Te tenían rodeado—explicó—. No sé lo que ha pasado después, simplemente todo ha comenzado a brillar, tanto que me cegaba.

Todos se miraron de forma interrogante.

—¿Y decías que había muchos vampiros?—preguntó Josh intrigado.

—Muchísimos.

—Puede ser su escondite—dijo Nathan—. ¿Has identificado algo para saber dónde ubicarlo?

—No, no he visto nada. Simplemente estaba a medio construir. Las paredes estaban sin pintar, las bombillas colgaban del techo, no sé... estaba sucio—continuó confusa—. No sé dónde está.

Samantha la observó pensativa.

—Sé un truco que quizás funcione—pronunció animada, aunque volvió a poner su rostro tímido cuando recibió la mirada de todos—. ¿Tenéis un mapa de la ciudad?

—Claro—dijo Jason—. Ahora lo traigo.—Al momento desapareció de la vista de todos.

Samantha miró hacia Evelyn.

—¿Tienes algún medallón?

Evelyn se llevó la mano al cuello.

—Tengo este, me lo regaló mi hermano para mi cumpleaños hace un par de años.

Ella lo observó.

—Puede servir—susurró.

Jason volvió a materializarse con un enorme plano enrollado.

—Extiéndelo en la mesa, por favor.—Le pidió. Quitaron todos los objetos que había sobre ella y desenrollaron el mapa—. Vale, Evelyn, coge el colgante con una mano—dijo situándose a su lado. Luego le sonrió—. Este truquito me lo enseñó Cintya—informó divertida mientras observaba a Evelyn coger el colgante por la cadena dejando caer una pequeña piedra azulada hacia abajo. Luego la miró divertida—. Sirve para localizar. Tienes que balancear el colgante en forma de círculo. Luego, concentrarte en la visión que has tenido, en ese edificio. Recrea esa imagen en tu mente durante todo el rato y a la vez pregunta dónde está.

Evelyn tomó aire y aceptó hacia su nueva compañera de juegos. Cerró los ojos y comenzó a concentrarse.

—Sobre todo, no te asustes cuando el medallón se mueva solo.

Ella abrió los ojos y la miró impresionada.

—¿Solo?

Todos se miraban como sino comprendiesen nada.

—Sí, vamos. Te voy a potenciar. Haz lo que te he dicho.

Evelyn volvió a cerrar los ojos y respiró profundo mientras notaba de nuevo aquel calor fluir por todo su cuerpo.

Todos miraron atentos, Evelyn movía el medallón de forma delicada sobre el mapa haciendo suaves círculos. Todos estaban expectantes, pero casi emitieron un grito cuando observaron que el medallón se quedaba estático en posición casi vertical como si un imán en algún trozo del mapa lo atrajese.

Samantha alargó la mano de ella hasta la de Evelyn y la condujo con cuidado hasta donde el medallón indicaba, incluso parecía que la piedra azul se había pegado al mapa en un determinado punto.

—Ya está—dijo señalando con el dedo y soltando el colgante.

Todos miraron el punto que señalaba, incluso Evelyn, que estaba más que sorprendida.

—¿Conocéis el lugar?—preguntó Samantha.

—Está relativamente cerca de donde fuimos la otra noche de caza—dijo Nathan elevando la mirada hacia ella—. Quizás por eso tuvimos esa calurosa visita.

Josh cogió un bolígrafo y marcó con una cruz el punto que había señalado.

Miró hacia Brad y Jason.

—¿Podéis investigar si hay algún edificio que estén construyendo por ahí cerca?

—Claro—comentaron intrigados mientras cogían el mapa.

Brad y Jason observaron el lugar, estaba en pleno bosque.

—Oh, Sam, esto es genial—reaccionó Evelyn abrazándose a ella—. Necesito que me enseñes este tipo de cosas.

Samantha le sonrió.

—Pero es que yo no sé mucho de este poder.—Le sonrió mientras Evelyn le cogía la mano en actitud cariñosa, formando una complicidad entre ellas.

—Pero sabes más que yo.

—Lo único que sé, es lo poco que aprendí con Cintya.

Ryan se acercó.

—Oye, ¿y para qué usabais este truquito?

Ella se encogió de hombros.

—Cintya estaba enamorada de un compañero, siempre lo estaba buscando.—Rio tontamente—. Yo le ayudaba a potenciarse.

Evelyn se giró hacia Ryan.

—Así que portaros bien chicos, os vamos a tener vigilados las veinticuatro horas del día— bromeó.

Samantha rio por lo que acaba de pronunciar y miró divertida hacia ella.

—Oye—dijo emocionada—. ¿Quieres probar con la telequinesia?

—¡Genial!—exclamó emocionada.

—Eh, eh—intervino Nathan colocándose en medio—. ¿Queréis destrozar la casa o qué? Además Sam, tendríamos que ensayar el escudo un par de veces más.

—Oh, Nathan—se quejó Evelyn—.Va, un poquito *porfa, porfa*....—Comenzó a dar saltitos delante de él y puso sus manos juntas en actitud de súplica. Al momento, el resto de chicas lo rodearon. Caray, aquello de que usasen los poderes realmente parecía que les divertía. Nathan puso sus ojos en blanco y miró a Samantha, la cual parecía estar pasándoselo en grande, y aunque no daba saltitos como el resto se le veía una clara súplica en sus ojos. Suspiró y finalmente se dio por vencido.

—Está bien—dijo con paciencia—. Pero solo un rato, e iremos a la planta de arriba. Nada de hacer más experimentos aquí.

12

Samantha miró su uniforme tendido sobre la camilla de la enfermería. El resto del equipo se cambiaba en el gimnasio. Después de aquella tarde se sentía con las fuerzas renovadas. Había pasado varias horas con las chicas divirtiéndose. Se sentía cómoda, a gusto... la felicidad se apoderaba de ella. Hacía tiempo que no se sentía así, que formaba parte de un grupo y se notaba querida.

Nathan había estado todo el día encantador con ella, su sonrisa, sus miradas. Cada vez que lo recordaba notaba que se le aceleraba el corazón, y no solo por lo que le hacía sentir, sino porque le había abierto las puertas a unas personas fantásticas.

Sonrió mientras se ponía el uniforme.

Le encantaba estar allí, y más ahora, que gracias al descubrimiento del poder de Evelyn se había compenetrado con ella. Era una chica fantástica, muy divertida. Debía aprovechar esos momentos, sabía que su estancia allí tenía caducidad. Aquello la entristeció un poco, pero no era momento para ello. Aún le quedaban varias semanas con ellos y deseaba aprovecharlas, aunque tuviese que marcharse sabía que había ganado unos amigos de por vida.

En cuanto acabó de vestirse salió ansiosa de la enfermería. Era extraño ver cómo cambiaba la percepción de la realidad según el estado de ánimo. No le importaba salir a cazar vampiros, siempre y cuando fuera con ellos.

Cerró la puerta de la enfermería y observó que Nathan salía también del gimnasio, ya preparado. Aquel uniforme le hacía apreciar su esculpural cuerpo.

—¿Preparada?—preguntó con una sonrisa. Ella aceptó—. El resto del equipo ya está abajo. Quedan tres acabando de vestirse—dijo caminando hacia el ascensor.

Samantha le acompañó y esperó mientras él pulsaba el botón para que el ascensor viniese a recogerlos.

—¿Estás ya totalmente recuperada?

—Sí. Con las pilas cargadas—dijo animada.

Él la observó con alegría en sus ojos.

—Me alegro. El último escudo te ha dejado bastante debilitada.

—Estoy recuperada, tranquilo, y sobre todo después de la cena.

Sin poder evitarlo detectó que Nathan la miraba fijamente, absorto. Aquella mirada quemaba. Tenía unos ojos tan expresivos que podría leer su mente.

—He pensado que como el viernes es la boda de Sarah y Josh y ya tenemos la fiesta asegurada, podríamos salir el sábado a tomar algo—dijo con una sonrisa.

Ella lo miró sorprendida. ¿Le estaba pidiendo salir a tomar algo? Su mente reaccionó rápida, con aquella mirada que le estaba echando, sentía la curiosidad de preguntar si saldrían solo como amigos. Notó cómo sus mejillas se encendían y justo cuando iba a contestar, la puerta del gimnasio se cerró con un golpe.

Ryan y Sean se habían cambiado y vestían sus uniformes. Al acercarse, Ryan puso su brazo sobre Samantha, la cual reaccionó sorprendida y la estrechó contra él, como si la reconfortase.

—¿Preparada para otra magnífica noche de acción?—preguntó.

Ella miró de reojo a Nathan, el cual volvía a tener aquella mirada tierna.

—Bueno, más preparada que la otra vez—admitió.

—Esa es mi chica—exclamó Ryan. La soltó y la miró mientras subían al ascensor—. Oye —susurró—, he pensado que como parece tener más idea que nosotros sobre el poder de Evelyn, respecto a las visiones, podrías ayudarla.

Samantha lo miró sorprendida.

—Claro—respondió emocionada—. Me encantaría.

Ryan hizo el símbolo de *ok* con el dedo y sonrió más abiertamente.

—Pero todo en plan confidencial—apuntó Sean.

Ella lo miró divertida.

—Eso ya lo sé —le susurró.

Miró directamente a Nathan, que permanecía apoyado contra la pared del ascensor de brazos cruzados.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron, escucharon las voces de todos.

—¿Me oyes bien?—preguntó Brad apretando su oído.

—Sí—respondió Nicholas, que nada más girarse se topó de bruces con una Sam muy risueña—. Hombre, la desaparecida—bromeó—. Y sabe sonreír y todo.—Acabó riendo él también. Alargó su mano hasta la de ella y le dio una especie de audífono—. Póntelo en el oído. Con estos uniformes nuevos no hacen falta los walkies. Son perfectos.

Ella se lo puso mientras observaba a Nathan hacer lo mismo, a su lado.

—¿Y dónde tienen el micro?

Esta vez fue Nathan el que respondió:

—En tu cuello.—Llevó su mano y apretó un lugar de su garganta—. Están incorporados—le explicó. Ella palpó y notó como un bulto similar al de una lenteja—. Alta tecnología—dijo guiñándole un ojo.

Josh se encaminó hacia ellos.

—Bien—dijo mostrándoles el mapa—. Hoy vamos a recorrer esta zona de aquí.—Samantha lo observó. Era el mapa que habían usado para identificar donde creían que podía estar el nuevo refugio de los vampiros. El grupo nuevo aceptó sin preguntar nada al respecto. En cuanto

comenzaron a alejarse, Josh sonrió hacia Samantha y colocó una mano en su hombro dando una palmadita, como si así mostrase su agradecimiento por lo que habían logrado. Se giró hacia el resto—. Mismos grupos que el otro día.— Señaló hacia Jason—. Encárgate del segundo grupo.

Nathan se colocó al lado de Samantha mientras iban hacia el todoterreno.

—¿Y bien?—preguntó abriendo una puerta. Ella lo miró desconcertada—. ¿Te parece bien lo del sábado?

Lo observó durante unos segundos, complacida porque insistiese en el tema y estuviese interesado en quedar con ella.

—Claro.—Se encogió de hombros con una sonrisa tímida.

—Vamos, vamos—exclamó Sean sentándose en la parte de atrás.

Se subieron en su interior y Jason aceleró. Se habían sentado en la misma posición. Samantha se giró para observar cómo Sean y Adrien se agarraban a los asientos delanteros para tomar la curva.

La nieve persistía en las aceras y parecía que el tiempo no iba a dar tregua.

—¿Los micros están desactivados?—preguntó Jason tocando su garganta.

—Los activaremos cuando llegemos al lugar. Mientras tanto usa el walkie si tienes que comunicarte.

—No, no.—Luego sonrió maliciosamente—. Creo que Josh y Sarah aún no han planeado su luna de miel. Josh tiene dos semanas concedidas pero no han mirado viaje—comentó—. Podríamos regalarse eso entre todo el equipo.

—A mí me salvarías—dijo Nathan divertido—. No tengo ni idea de qué narices regalarle.

Samantha sonrió al recordar que era una de las cosas que Evelyn había visto.

—Bueno, a mí me han dicho que República Dominicana está muy bien para un viaje de novios—comentó.

Al momento, Nathan giró su rostro hacia ella y sonrió de forma cómplice.

—Estaría bien—siguió Jason con una sonrisa—. ¿Qué opináis?—Todos respondieron afirmativamente—. Lo comentaré con el resto del equipo y si eso mañana, me escabullo con Elisabeth para ir a una agencia de viajes.

—Perfecto—dijo Sean desde atrás—. Cógele unas cuantas excursiones ya programadas desde aquí.

—Y todo incluido—intervino Adrien.

Samantha sonrió y al momento notó la mano de Nathan otra vez sobre la suya. Notó cómo una corriente eléctrica subía por su brazo y se apoderaba de todo su cuerpo. Simplemente con aquel contacto se le aceleraba el corazón. Aquello era extraño. ¿Qué significaban todas aquellas muestras de cariño y afecto? Normalmente, los que pretendían ser solo amigos no tenían ese tipo de detalles.

Le había dicho de salir juntos de nuevo, solos. ¿Sería una cita? Se mordió el labio cuando notó que volvía a acariciar la palma de su mano con el pulgar.

No podía evitar sentirse nerviosa, como si un nudo se formase en su estómago, pero a la vez, debía detener aquellos sentimientos, sabía que en pocas semanas tendría que marcharse. ¿Qué pretendía? ¿Quedarse con el corazón roto? ¿Para qué engañarse? Comenzaba a enamorarse de él y aquello era un arma de doble filo. Le hacía sentir viva, con ilusión, pero a la vez sabía que aquello tarde o temprano debería acabar.

Observó por la ventana cómo aceleraban por la autopista. Pasó el resto de la media hora riendo con las ocurrencias de sus compañeros, notando las caricias ocultas que Nathan iba dándole hasta que los todoterrenos tomaron un desvío que les llevó a una carretera de montaña, con bastantes curvas y algo de subida.

Miró hacia los lados observando la gran cantidad de bosques. El GPS que permanecía encendido no detectaba nada, aquello estaba totalmente solitario.

El todoterreno siguió tomando las curvas hasta que un pitido le hizo mirar al frente. Todos volvieron la vista hacia el GPS, incluso Nathan soltó su mano y se acercó al asiento de adelante.

—Joder—susurró Christopher—. ¿Pero qué es esto?—preguntó observando el GPS.

A pocos kilómetros, por lo que podía entender aparecía una gran masa azul. Sabía el significado que tenía aquello. Vampiros. Montones de vampiros.

—¿A cuánto está?—preguntó nerviosa.

—Unos dos kilómetros.

Jason cogió el walkie y lo llevó a sus labios.

—Josh—gritó—. ¿Has visto el GPS?—preguntó con voz grave aunque nada alterada.

—Sí. Nos detenemos aquí—respondió.

Al momento, observó cómo Brad, el cual conducía el primer todoterreno ponía un intermitente a la derecha, colocándose en el arcén.

—¿Qué hacemos?—preguntó Samantha sin comprender—. ¿Por qué nos detenemos?

Nathan la observó y abrió la puerta del todoterreno.

—Creo que daremos la vuelta—le explicó.

Ella lo miró asombrada mientras bajaba del coche, al igual que sus compañeros. Le hizo un movimiento de cabeza para que le siguiese. Los del primer todoterreno ya estaban al lado del segundo.

—¿Qué hacemos?—preguntó Jason.

Josh suspiró y se pasó la mano por el cabello despeinándose un poco.

—Debe ser su guarida.—Chasqueó la lengua—. De noche es muy peligroso visitarlo. Mejor hacer una inspección durante el día.

Ryan chasqueó la lengua.

—Ya que estamos aquí, al menos podríamos echar una ojeada. No hace falta ir con los todoterrenos, Samantha nos puede potenciar. Podemos recorrer las dos millas en pocos segundos.

Josh movió su rostro no muy seguro y al fin negó.

—No. Prefiero inspeccionar la zona de día.—Luego miró hacia su compañero y sonrió—. Tranquilo fiero, mañana también estarán.

—Entonces, ¿qué?—preguntó Nathan—. ¿Volvemos a casa?

Josh volvió a quedarse pensativo.

—Estamos cerca de la facultad, ¿verdad?—preguntó hacia Jason.

—Sí.

—Ya que estamos aquí podríamos hacer una visita al despacho del profesor Donovan. Quizás encontremos algo, y mañana visitar esta zona de día. ¿Sabes llegar desde aquí a la facultad?—preguntó a Brad.

—No, pero lo pongo en el GPS.

Jason fue hacia el todoterreno.

—Yo sé llegar desde aquí. Seguidme.

Brad aceptó y fue hacia el coche.

Samantha rodeó el todoterreno para entrar por la puerta contraria, estaba a punto de echar mano al pomo cuando notó aquella brisa, aquel viento que precedía a la tormenta. De repente notó cómo algo la golpeaba en el estómago con una fuerza tan brutal que salió disparada varios metros alejándose de ellos, surcando el cielo.

Todo el equipo se giró para observarla. Nathan fue el primero en reaccionar moviéndose hacia el lugar donde ella iba a caer contra el asfalto cuando un fuerte golpe lo desvió de su trayectoria.

El equipo se puso en movimiento de inmediato, sabían lo que ocurría.

Samantha no cayó al suelo, algo la sujetó antes de que pudiese golpearse contra el asfalto. Cuando miró hacia arriba, observó aquellos ojos negros, aquella piel blanquecina, aquellos largos colmillos. Pero aunque finalmente no se había golpeado con el asfalto, el golpe que había recibido en el estómago le dificultaba la respiración.

Al momento, creó su escudo deshaciéndose del vampiro que la sujetaba, el cual salió disparado hacia detrás como si acabase de recibir una descarga eléctrica, nada más lejos de la realidad.

Se agachó en el suelo intentando recuperarse, si ya la agotaba de por sí crear escudos, cuando le faltaba el aire mucho más.

Observó que los vampiros habían invadido parte de la calzada ¿Cómo sabían que estaban allí? Rebuscó entre todos a Nathan. Se encontraba a pocos metros de ella luchando contra dos vampiros y echando miradas furtivas hacia ella para asegurarse que estaba bien.

No supo por qué lo hizo, ni lo que le impulsó a ello. Solo sabía que era lo que debía hacer.

Alzó su mano señalando uno de los vampiros contra los que luchaba y emitió una descarga eléctrica hacia él, haciendo que una luz azulada y eléctrica, brillante, chocase contra aquel vampiro pulverizándolo al momento.

Nathan aprovechó que el vampiro permanecía desconcertado por lo que acababa de ocurrir para asestar una daga en su corazón.

Samantha se arrodilló en el suelo ¿Qué había sido eso? ¿Había manipulado la energía con la que creaba su escudo? Notó la debilidad en sus músculos y se echó hacia delante al notar el mareo que se apoderaba de ella por el esfuerzo. Aun así, entre sus ojos entreabiertos observó que Nathan la miraba sorprendido mientras avanzaba hacia ella.

El resto del equipo mantenía una lucha encarnizada contra todos los vampiros que habían aparecido de la nada.

Nathan estaba a punto de llegar a su lado cuando dos vampiros se interpusieron en su camino.

Samantha observó cómo cogía su pistola y con la otra mano sujetaba la daga. Pero no pudo ver más. Notó que algo la cogía del cabello haciendo que se pusiese en pie. Gritó al notar el tirón, pero más cuando notó que la sujetaban con fuerza por el brazo. Allí estaba de nuevo. Un vampiro cogiéndola con fuerza y enseñándole los colmillos. Inspiró aire intentando hallar algo de fuerza en su interior con la que crear el escudo pero estaba demasiado débil, aquella última descarga la había dejado exhausta.

Observó cómo Nathan acababa con los dos vampiros y corría hacia ella. Pero en ese momento el vampiro lanzó un grito agudo hacia ellos, sujetándola con fuerza y desapareció de la vista de todos.

Nathan se quedó quieto. Absorto totalmente.

—¿Qué cojones?—susurró—. ¡Joder!

No estaba. Ella no estaba. Notó que la ira se apoderaba de su cuerpo.

Miró hacia detrás unos segundos observando que sus compañeros aún luchaban contra los pocos supervivientes vampiros que quedaban.

No lo pensó más y echó a correr entre los árboles, tomando la misma dirección que había visto coger al vampiro. Se la habían llevado. La habían atrapado. Una desesperación brutal se apoderó de su cuerpo y de su mente y comenzó a moverse con una agilidad impresionante entre los árboles. De repente lo notó, notó aquel calor extendiéndose por su cuerpo, cómo sus músculos parecían cobrar vida, cómo sus piernas parecían moverse aún más rápidas. Conocía esa sensación. Samantha. Le estaba potenciando. No podía estar muy lejos. Ella sabía lo que hacía. Sabía que iría a buscarla. Le estaba dando ventaja frente al vampiro que la mantenía atrapada.

—¿Nathan?—Llegó la voz de Josh a través del auricular que llevaba en el oído—. ¿Dónde estás?

Saltó por encima de un árbol caído mientras observaba de un lado a otro, nervioso, intentando

hallar el rastro del vampiro que se la había llevado, corriendo al máximo.

—Se han llevado a Sam—gritó con urgencia.

Escuchó que sus compañeros comenzaban a correr.

—¿En qué dirección?—preguntó Jason, el cual debía haber comenzado a correr pues sonaba algo más fuerte su respiración.

—Dirección a la masa azul—les informó.

—Mierda.—Escuchó que decía otro de sus compañeros, aunque no pudo identificar de quién se trataba.

Sabía que todos sus compañeros acudirían en su ayuda.

Incrementó su velocidad esquivando árboles, saltando sobre rocas, observando todo a su alrededor. Hasta que a lo lejos le pareció ver a aquel vampiro correr con ella sujeta. Iba a gran velocidad, pero nada podía compararse a cuando estaba siendo potenciado.

—Buena chica—susurró. No perdió ni un segundo. Exprimió sus fuerzas llevando sus músculos al máximo esfuerzo. Nadie se la arrebataría. Nadie.

Cuando comenzó a aproximarse cogió una daga con cada mano. El vampiro pareció darse cuenta de su presencia porque pudo ver cómo se giraba justo antes de llegar hasta él. Samantha cayó al suelo ante la parada tan brusca del vampiro y al momento gateó agotada intentando separarse de él.

Nathan esquivó la garra del vampiro agachándose. Fue fácil. Demasiado fácil con la potenciación que Samantha le ofrecía. Pasó por debajo del brazo de él, se colocó a su espalda y clavó su daga en el centro de su corazón. En ese momento comenzó a desintegrarse.

Nathan suspiró mientras la observaba tendida sobre el suelo. No pudo evitar mirar hacia los lados cuando se agachó y atrapó su rostro entre sus manos para observarla.

—¿Estás bien?—preguntó acariciando su cabello—. ¿Te ha hecho daño?

Ella tragó saliva y negó. Aunque había poca luz se notaba que estaba pálida, y sus gestos eran agotados y doloridos.

La cogió, ayudándola a ponerse en pie e iba a cogerla en brazos justo cuando escuchó el movimiento de unos arbustos delante de él. Sacó su arma de nuevo y apuntó justo en aquella dirección cuando sus compañeros se materializaron frente a ellos.

Nathan permaneció con el arma, en aquella posición, hasta que notó cómo iba calmándose poco a poco.

—¿Estáis bien?—preguntó Nicholas preocupado, acercándose.

—Ella está bien—susurró Nathan—. Pero está agotada.—Guardó su arma en el cinturón y directamente la cogió en brazos. Notó que gemía cuando se agarró a su cuello.

Josh se movió nervioso mirando de un lado a otro.

—Hay que salir de aquí. Ya—comentó mirando hacia detrás.

Nathan volvió a pasar la mano por su cabello, acariciándola. Estaba sentado a su lado; ella había dejado caer la cabeza en su hombro. Mantenía los ojos abiertos, pero de vez en cuando los cerraba como si estuviese a punto de quedarse dormida.

—Duérmete si lo necesitas—le susurró.

El resto de equipo permanecía en silencio, como sino quisiesen importunar su descanso.

Ella ascendió sus ojos hacia él, el cual se encontraba a pocos centímetros.

—¿Has visto lo que he hecho?

—Sí.

—¿Cómo lo he hecho? —preguntó—. Noté simplemente ese impulso. No sé cómo lo provoqué —dijo levantando un poco su rostro del hombro.

Nathan le sonrió al observarla. Parecía que había recuperado algo de color, aunque seguía estando demasiado pálida para su gusto.

—No tengo ni idea.

Se mordió el labio y miró hacia detrás donde Sean y Adrien la observaban. Tragó saliva y sonrió tiernamente hacia ellos.

—Gracias a todos por ir a buscarme—pronunció de forma lenta, aunque su mirada acabó fija en los ojos de Nathan, el cual le correspondió con una leve sonrisa cariñosa.

Jason la observó a través del retrovisor.

—Somos un equipo, Sam. Nunca se abandona a un compañero.

Ella aceptó y se giró de nuevo para observar a Adrien el cual se pasaba una mano por la frente. Lo miró algo inquieta.

—¿Qué te ha pasado?

Adrien volvió sus ojos hacia ella.

—Nada, es una simple rascada.

Nathan se giró hacia él.

—¿Te ha rascado con sus uñas?

Él acabó sonriendo.

—Sí, las tenía afiladas el muy cabrón.—Luego se encogió de hombros—. Mañana ni estará.— Pero Samantha se incorporó y llevó su mano hasta su frente, ante la mirada inquieta de todos—. ¿Qué haces, Sam?—Se rio sorprendido, pero al momento se tornó serio cuando ella cubrió su herida con la mano y notó aquel intenso calor. Dejó la mano quieta un par de segundos y después la retiró. No había nada, ni siquiera cicatriz—. ¿Me la has curado?

Ella se sentó correctamente de nuevo.

—He potenciado tu regeneración—le explicó.

—¡La leche!—exclamó divertido mientras se miraba en el reflejo del cristal.

Sam se apoyó esta vez contra la puerta, encogiéndose un poco, flexionando las piernas. Le molestaba un poco la zona del estómago, donde había recibido el primer golpe, pero debía admitir que no era nada comparado con el golpe que había recibido la primera vez que había salido de caza.

Cerró los ojos notando la debilidad y volvió a recrear aquel momento en su mente. No tenía ni idea de cómo lo había hecho, ni siquiera de porqué. Era algo que le había salido instintivo. Solo sabía que había extendido la mano hacia donde quería transmitir su energía y había notado cómo esta se movía por su cuerpo e iba hacia su mano. Notó incluso cómo la palma de su mano y los dedos ardían. Había sido increíble. Debería practicar más, pues aquello, sí que agotaba realmente, mucho más que crear un escudo. No solamente debías crearlo, sino que luego debías transportar toda aquella energía hacia un punto.

Inspiró e intentó relajarse. Abrió un segundo levemente sus ojos para observar por dónde se encontraban, pero al girarse de nuevo para adoptar la postura cómoda observó cómo Nathan no le quitaba ojo de encima.

Debió quedarse dormida, porque cuando finalmente abrió los ojos estaba realmente oscuro, aun así, intuyó unos altos edificios a través de la ventana del vehículo.

Se incorporó y observó. La zona estaba bastante oscura, solo iluminada por algunas pequeñas farolas que daban una luz tenue. El radar estaba encendido, pero no marcaba nada. Parecía que se habían deshecho de los vampiros.

—Sam—susurraron al lado.

Se giró y observó que Nathan estaba a su lado. Miró de un lado a otro. El todoterreno estaba totalmente vacío. Estaba sola con él.

—¿Dónde estamos?

—En la facultad. Han ido a investigar al profesor Donovan hace un rato. A ver si encuentran algo—explicó.

—Ah.—Luego lo miró de reojo. Estaba sentado a su lado, observándola. Miró el reloj digital y vio que marcaba prácticamente las tres de la madrugada. Debían llevar un buen rato el resto de sus compañeros allí. Había dormido prácticamente dos horas. Se encontraba con las fuerzas renovadas, aunque debía admitir que tenía algo de sueño.—¿Tú te has quedado aquí?

—No iba a dejarte sola—susurró mientras se acercaba a ella.

Al momento notó el calor que irradiaba su cuerpo. Se le veían los ojos bastante claros con aquella luz. Lo contempló durante unos segundos y después apoyó su cabeza contra su hombro

mientras tragaba algo de saliva, nerviosa. Estar en aquella situación, a solas, en el todoterreno después de lo que había ocurrido le hacía acelerarse el corazón. Había ido a buscarla, solo.

—Gracias por venir a buscarme—pronunció sin mirarle, apoyada junto a su hombro y con los ojos abiertos, observando a través del cristal.

Nathan sonrió aunque ella no pudo verlo.

—Me potenciaste—comentó con voz grave mientras le cogía la mano. Notó que ella jugó un poco con sus dedos pero al fin dejó la mano quieta para que él se la cogiese—. ¿Nos potenciaste a todos?

Se mordió el labio y negó con su rostro.

—No tenía fuerzas suficientes para todos.—Se separó un poco y lo miró algo tímida—. Pero sabía que tú vendrías.—Se miraron fijamente durante varios segundos. Samantha notó cómo el corazón se le aceleraba y apartó la mirada de él, algo esquiva—. Lo que logré hacer con el escudo, jamás lo había hecho. Me dejó realmente exhausta—cambió de tema.

Él asintió aquel cambio de tema, no muy seguro.

—Deberíamos ensayar más.—Ella aceptó colocando la espalda recta y mirando de un lado a otro—. Debes aprender a protegerte.

—Ya, ya lo sé. —Se encogió de hombros. Luego hizo un gesto de desagrado—. ¿Para qué me cogió? Quiero decir... no me mordió ni me atacó.

Nathan la observó durante varios segundos.

—Samantha, eres un potenciador. Puedes potenciar todo lo sobrenatural. Podrías amplificar también sus poderes. La rapidez, la fuerza... Supongo que por eso te cogió.

Ella lo miró asustada.

—¡Pero yo nunca lo haría!

Él ladeó su rostro hacia ella y medio sonrió.

—Ya. Pero supongo que ellos piensan que pueden obligarte.—Luego hizo un gesto divertido—. Eres un bien muy preciado. Todo el mundo te quiere en su bando—bromeó para quitarle importancia al asunto y que se relajase.

—Yo solo tengo un bando.

Se quedaron mirando de nuevo. Era tan hermosa. Había sentido tanto miedo cuando se la habían llevado. Pensar que la podía perder le volvía prácticamente loco. Se arrimó un poco más a ella mientras sujetaba su mano. Se colocó a escasos centímetros de sus labios, se veían tan apetecibles, tan dulces... Ella lo miró fijamente, lo tenía muy cerca, tanto que podía notar su respiración. Miró hacia sus labios.

Justo la puerta del todoterreno se abrió y ella se distanció de inmediato intentando recomponer la compostura. Nathan arqueó una ceja hacia ella al ver su nerviosismo y miró hacia el asiento del piloto donde Jason se sentaba con movimiento agresivo.

Mierda, pensó. Iba a besarla, lo tenía decidido, no lo soportaba más, necesitaba sentirla de aquella forma, abrazarla, acariciarla. Pero justo en ese momento, en el momento que había reunido el valor suficiente aparecían sus compañeros, solo hubiese necesitado unos segundos, los suficientes para recorrer aquellos pocos centímetros que lo habían separado de los labios de ella.

—¿Qué pasa?—preguntó molesto por aquella intromisión mientras sus compañeros subían al todoterreno.

—Nada—comentó Jason metiendo las llaves en el contacto y haciendo que el motor rugiese—. Eso es lo que pasa. Nada.

Sean cerró la puerta del maletero mientras Adrien se situaba a su lado.

—Este puto profesor es como si no existiese.—Nathan se giró hacia él y lo miró preocupado—. El despacho está prácticamente vacío. Lo único que queda es la placa con su nombre en la puerta—explicó de mala gana, luego miró hacia Samantha, la cual permanecía encogida, apoyada contra la puerta y con gesto tímido—. Oh, ya te has despertado. ¿Te encuentras bien?

—Sí—susurró. Apartó la mirada de él y durante unos segundos coincidió la mirada con Nathan, el cual la miraba de forma interrogante.

En aquel momento todos se giraron hacia detrás. Una especie de fognazo les alertó.

—¿Un rayo?—preguntó Jason frenando de golpe.

Sean miró por el cristal trasero.

—No. Parecía el flash de una cámara fotográfica.

—¿Una cámara?—preguntó Samantha sorprendida.

—Joder—pronunció Nathan girándose también—. ¿Otra vez?

—¿Habéis visto de dónde ha venido?—preguntó Jason agarrando el walkie—. Josh, ¿lo has visto?

Al momento la voz de él respondió:

—Sí. Nos han tirado otra foto.

—¿Pero otra foto?—volvió a preguntar Samantha algo más nerviosa, sin comprender nada.

—¿Salimos a buscarlo?—preguntó Jason aún con el walkie en su mano.

—No sabemos de dónde ha podido venir.

—No creo que hayan muchas personas por aquí—respondió mirando hacia detrás.

—Mejor quedémonos en el coche. No os acerquéis a las ventanas.—Le siguió una pausa—. Salgamos de aquí.

Jason aceleró siguiendo al primer todoterreno, tomando el desvío para coger la autopista que les llevase hasta el polígono industrial.

—Sean. Adrien—dijo mientras cambiaba de marcha—. Vigilad que no nos siga nadie.

Samantha miró hacia detrás y luego observó de forma interrogante a Nathan.

—¿Qué ocurre?

Él suspiró y se sentó correctamente.

—Hace un par de semanas creemos que nos habían hecho una foto. Acabábamos de luchar contra unos lobos y vampiros—le explicó con voz grave.

—¿Os tiraron una foto en plena lucha?—preguntó sorprendida.

—Sí.—Luego la miró directamente—. Aunque estábamos bastante lejos, así que dudo que se nos pueda reconocer.

Sean continuó hablando.

—Desde entonces hackeamos la red—explicó—. No vaya a ser que cuelguen aquella foto.

—Y no habéis encontrado nada, ¿verdad?

—Nada—respondió Nathan—. Y si lo encontrásemos lo único que tendríamos que hacer sería entrar en su servidor y borrarlo todo.

—¿Podéis hacer eso?—preguntó sorprendida de nuevo.

—No es que podamos—contestó Sean desde atrás, vigilando los vehículos que iban adelantando—. Sino que debemos hacerlo.

13

Samantha rio mientras todos levantaban las copas y brindaban por los recién casados. La ceremonia había sido preciosa. Dado que el tiempo no daba tregua habían celebrado la ceremonia en el interior de una pequeña carpa, en los hermosos jardines del restaurante. La carpa, blanca, estaba adornada con ramilletes blancos y rosas en cada banco, formando un camino de flores hasta el altar. Había durado aproximadamente media hora y después todos habían pasado al primer piso del restaurante donde les habían servido un menú increíble. Tan solo con los entrantes que habían servido en el jardín, al principio, ya se había llenado.

Sarah iba realmente preciosa. Se había recogido el cabello en un moño, dejando algunos tirabuzones. El vestido era de corte helenístico, de un blanco roto.

Las bodas siempre le emocionaban. Era a la segunda que acudía, y cuando la había visto entrar en la carpa, sujeta del brazo de su tío y con aquella música tan hermosa, había notado cómo los ojos se le humedecían. No podía evitarlo.

El vestido que Nathan le había regalado le quedaba como un guante. Era estrecho hasta la cadera y posteriormente caía como un tubo. Había acertado con el color. Le encantaba. Y Nathan, se había quedado de piedra cuando lo había visto aparecer con un imponente traje negro, camisa azul y corbata azul oscura. Le había sorprendido verlo así, tan arreglado. Había notado cómo se le aceleraba el corazón y sus mejillas se tornaban de un color carmín. Al menos, Evelyn y Elisabeth le habían prestado sus pinturas y la habían ayudado a maquillarse. Había sido divertido ir todas juntas a la peluquería. Se había hecho un recogido alto. Un moño rodeado de una trenza. Le encantaba cómo había quedado. Lucy le había dejado unos pendientes formados por pequeños cristales que brillaban con cada destello de luz, y un collar a juego. La verdad es que se habían portado de una forma increíble con ella.

Tomó un sorbo de champán y depositó la copa sobre la mesa. Todo el equipo estaba en una misma mesa. La verdad es que se sorprendía cuando los escuchaba bromear sin parar. Eran encantadores, y a la vez peligrosos y letales. Aquella mezcla, añadida al hermoso traje de Nathan, la habían mantenido durante toda la ceremonia y el comienzo del banquete algo tensa. Desde luego, las copas de vino que tomó, le ayudaron a superarlo un poco.

Miró a su lado, se había sentado al lado de Evelyn y al otro lado Nathan, el cual estaba acabando de beber su café solo.

Josh y Sarah se levantaron de la mesa principal mientras comenzaba a sonar una hermosa melodía.

Elisabeth aplaudió cuando vio lo que comenzaban a hacer.

—El ramo, el ramo.—Rio divertida.

Todos miraron hacia los novios que comenzaban a caminar entre las mesas. Había gran parte de la familia de Sarah, distribuida en varias mesas, algunas con las amistades de Sarah, un par de mesas también con los superiores de la división y altos cargos del Pentágono con los que Josh mantenía más relación y la mesa con ellos.

Realmente le había sorprendido ver que a la boda no había acudido la familia de Josh. Lucy le había explicado, de forma confidencial, que los padres de Josh lo habían repudiado cuando habían descubierto sus poderes.

¿Repudiado? Aquello le había hecho pensar, ¿y Nathan? ¿Habría tenido también aquel problema? ¿Mantendría buena relación con su familia?

Todos observaron aquel paseo divertido. Sarah movía el ramo como una maraca mientras Josh paseaba a su lado con una sonrisa. No dejaba de fusilar a todas con la mirada, haciendo que cada una de las muchachas sonriese en extremo y se preguntase si sería ella la afortunada a la que le entregaría el ramo.

Comenzaron a caminar al son de aquella música, rodeando cada mesa hasta llegar a donde estaba la división sentada. Todos los miraron divertidos, Sarah seguía con su baile especial pero Josh se puso más serio cuando llegó a la mesa, aun así, se le escapaba la risa al verla bailotear. La división entera comenzó a dar palmas como si la animasen a seguir el baile hasta que dio una vuelta, se colocó frente a Lucy y le cogió de la mano.

—No, no... —susurró ella mientras Sarah tiraba de su mano para que se pusiese de pie.

—Sí, sí. —Rio Sarah.

Brad miró hacia Josh alzando una ceja, mientras se aproximaba a este.

—Hijo de...—susurró divertido mientras colocaba la mano sobre su hombro.

—Levanta, anda.—Rio Josh.

—Joder—volvió a susurrar mientras Sarah, con un breve empujón, arrojaba a Lucy de forma cariñosa a los brazos de Brad.

—No serás capaz—le advirtió Brad a Josh.

Él se encogió de hombros y luego se echó a reír.

Sarah alargó su mano y le tendió el ramo a Lucy.

—Para ti.

Lucy lo cogió algo tímida mientras Brad sonreía aún incrédulo por lo que acababan de hacer. Iba a matar a su jefe en cuanto pudiese.

Todos comenzaron a aplaudir.

—¡Que se besen! ¡Que se besen!—gritó Ryan.

Lucy escondió su rostro tras el hombro de Sarah, la cual le estaba abrazando hasta que Sarah se separó y la giró hacia Brad.

Brad suspiró y miró de forma bromista a su novia.

—Pues habrá que besarse, ¿no?—pronunció acercándose—. Tú gira para la derecha y yo también—susurró divertido—. No vaya a ser que nos demos con la nariz.

Se acercó y la besó tiernamente mientras todos aplaudían.

Jason empezó la cuenta para ver cuántos segundos aguantaban.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete... ¿Ya?—Rio cuando observó que Brad se separaba y comenzaba a reír hacia él—. Qué poco aguante.

—¡Otro! ¡Otro! ¡Otro!—insistió Ryan.

Brad dio los pasos hacia él y le apretó el hombro mientras sonreía.

—¿Por qué no te estás calladito?—preguntó de forma disimulada mientras sonreía hacia el resto.

—Mejor aún—intervino Nathan—. ¡Pídele matrimonio! ¡Pídele matrimonio!—Comenzó a dar palmas a la vez que canturreaba.

Lucy estaba realmente abochornada mientras se sentaba.

—Nathan... cabrón—pronunció Brad acomodándose. Se giró hacia su jefe—. Esta me la pagas.

Todos comenzaron a reír.

Sarah se abrazó con Josh y luego alzó un brazo hacia arriba.

—¡Que empiece la fiesta!—pronunció divertida, a lo que todos volvieron a aplaudir de forma compulsiva—. ¡Hay barra libre!—gritó hacia la división guiñándole un ojo.

Brad se puso en pie.

—Yo la necesito.—Miró hacia Lucy—. Vamos a pedir una copa, cariño.

—¡Espera!—gritó Jason—. Sarah, Josh. Venid.

Los recién casados se aproximaron curiosos mientras el resto de los invitados comenzaban a hacer cola frente a la barra y otros comenzaban a inundar la pista de baile. Al momento, la luz del restaurante cambió y se convirtió en una especie de discoteca. Las luces parpadeaban, los focos daban vueltas y la música aumentó de volumen.

—Esto es un regalo de parte de toda la división.—Le entregó un sobre en el que habían escrito: “Para los recién casados”.

Josh lo cogió y se lo pasó directamente a Sarah, la cual no dejaba de sonreír. Lo abrió y al momento se quedó pasmada. Josh se acercó a ella para observar.

—¿Un viaje?—gritó Sarah hacia ellos.

—Vuestra luna de miel—comentó Nathan con una sonrisa.

Ella sacó los billetes corriendo y observó.

—¡República Dominicana!—Luego miró hacia Evelyn, situada al lado de Samantha e hizo un gesto divertido.—¿Quién me lo iba a decir?—Se echó a reír.

Pero al momento Sarah y Josh comenzaron a darse abrazos con todos.

Tras los abrazos, los novios se distanciaron para pasar un rato con la familia de Sarah, muchos de ellos habían venido de lejos para estar presentes en la boda.

Sarah tomó de la mano a Josh.

—¡Menudo viaje!—dijo divertida.

Josh le sonrió pero al momento se tornó serio.

—Enseguida vengo, tengo que hablar un segundo a solas con el señor Jones.

Ella lo miró preocupada.

—¿Ocurre algo?

—No, tranquila. Son cinco minutos. Vengo en un rato.—Besó su mejilla y caminó tranquilo hacia donde se encontraban los superiores del Pentágono, en concreto el señor Jones, el superior encargado de la división de New York y de muchas otras.

Jones le extendió la mano con una sonrisa y la estrechó mientras le daba unos golpes en el hombro.

—Otro hombre cazado.—Rio hacia el resto de los jefes.

Josh sonrió hacia ellos.

—Bueno, ya me tocaba.

—Muchas gracias por invitarnos—comento el señor Sullivan—. Nos alegra ver que estéis todos bien.

Josh le sonrió amablemente y finalmente miró hacia Jones.

—¿Podría hablar un segundo contigo? A solas—susurró.

Al menos, tenía la suficiente confianza como para no tener que dirigirse como usted todo el rato.

Jones aceptó sin problemas y se distanciaron unos pasos del resto del grupo, los cuales se internaron en otra conversación mientras tomaban sus copas.

—Dime, Josh.

Josh cogió con cada mano una copa de vino de un camarero que pasaba con una bandeja y le ofreció una a Jones.

Tomó un sorbo y lo miró fijamente. Había sido un gran amigo suyo. Debía agradecerle dónde se encontraba. La confianza que había depositado en él para dirigir aquella división. La amabilidad y el respeto con el que lo había tratado siempre.

—No creo que me hayas dicho de estar a solas para beber una copa de vino—bromeó Jones.

Josh le sonrió y negó levemente con su rostro.

—No es por eso. No te hagas ilusiones—bromeó—. Lo cierto es que me gustaría hablar de Samantha.

—¡Ah, sí! Una gran chica. Tiene un gran potencial—comentó mientras daba un sorbo a su copa

—. He hablado un poco con ella. Está muy contenta con las prácticas.

—Y nosotros con ella—puntualizó rápidamente—. De eso mismo te quería hablar—pronunció colocando un brazo sobre sus hombros y comenzando a caminar con él hacia un lugar más apartado—. Como sabrás por los informes que os enviamos...—comenzó a explicarle mientras rodeaban algunas personas y llegaban a un lugar menos concurrido—, hemos descubierto que existe una alianza entre vampiros y hombres lobo—descendió más el tono. Jones aceptó indicándole que estaba al corriente—, la verdad es que Samantha, con el poder que tiene, es una gran arma para nosotros.—Tomó aire—. Hemos descubierto el escondite de los vampiros. El nuevo. Por lo que creemos que la mayoría de los vampiros que puede haber en Nueva York deben estar ahí. La masa azul que indicaba el GPS era enorme.

Jones le escuchaba con mucha atención.

—¿Habéis planeado destruirla?

—Sí. Ayer hicimos una reunión y elaboramos un plan—comentó colocándose frente a él—. El escondite está en un edificio a las afueras de Brooklyn. Bastante apartado de la ciudad. Suponemos que debe tener un gran subterráneo donde deben esconderse durante todo el día y deben guardar la sangre que han robado de los centros de donación.

—Ajá.

—Hemos pensado derribar el edificio con bombas de luz solar—acabó diciendo. Jones se quedó pensativo y aceptó como si le pareciese buena opción—. Aprovecharíamos el día para esconder algunas bombas en las plantas superiores. Por la noche, cuando saliesen del subterráneo solo haría falta instalar algunas de estas bombas en los pilares maestros y el edificio se iría abajo.—Jones volvió a aceptar—. Samantha nos es de gran utilidad. El otro día sino llega a ser por ella seguramente no estaríamos aquí. La población de vampiros ha aumentado mucho y a esto hay que sumarle los lobos—comentó mirándole fijamente—. Sé que aunque destruyamos el escondite de los vampiros y consigamos acabar con gran parte de su población, aún quedaría el problema de los lobos, el cual es casi peor, ya que pueden reproducirse con gran facilidad.—Tomó aire de nuevo—. Nos interesaría que Samantha se quedase con nosotros.—Jones lo miró y arqueó una ceja hacia él—. Vamos, Jones.—Rio Josh—. Sabes que Nueva York, y en concreto Brooklyn, es uno de los lugares de más movimiento vampírico.—Le señaló con el dedo—. Aunque destruyésemos a los vampiros que hubiese en aquel escondite, seguramente quedarán decenas. Los cazadores escaseamos y ya has tenido que dejar Los Ángeles prácticamente sin refuerzos al traer a los nuevos aquí.—Tomó de nuevo un sorbo—. Sabes tan bien como yo que para hacer frente a todos los vampiros y lobos que hay, o necesitamos cincuenta hombres, o bien un potenciador. ¿Para qué vas a dejar más estados sin vigilancia pudiendo nosotros potenciarnos?

Jones lo miró de forma interrogante unos segundos y finalmente suspiró mientras movía su rostro no muy seguro.

—Supongo que en cierto modo tienes razón. —Esta vez le señaló con el dedo—. Pero sabes que eso no es del todo competencia mía.

—Lo único que sé es que tú puedes conseguirlo. Y realmente lo necesitamos —acabó diciendo.

Jones dio un sorbo y estudió al resto de invitados durante un periodo de tiempo algo más largo de lo que Josh deseaba.

—¿Lo has hablado con ella?—preguntó sin mirarlo.

—No. He preferido hablarlo contigo primero.

—Ya—pronunció con una sonrisa. Se giró hacia él y lo interrogó con la mirada, finalmente sonrió levemente—. Supongo que podría conseguirlo.

Josh le sonrió.

—No sabes cuánto te lo agradecería. Lo tomaré como un regalo de bodas—acabó bromeando.

Jones chasqueó la lengua y lo miró de forma burlona.

—¿Sabes, Josh?—pronunció de forma divertida mientras golpeaba su hombro y se distanciaba unos pasos de él—. Deberías mirar tu número de cuenta. Quizás te llevarías una sorpresa.—Rio al final.

Él lo miró asombrado mientras se distanciaba.

—¿Pero cuento con ello o no?—preguntó elevando un poco más la voz.

Jones se giró y alzó la copa de vino hacia él.

—Cuenta con ello. Pero háblalo con ella. —Rio mientras se acercaba de nuevo a sus compañeros, pero de nuevo se giró y lo miró—. Y dile que venga para hablar conmigo personalmente.

Avanzó hacia sus compañeros y se internó en la nueva conversación.

Josh dio un nuevo sorbo a su copa de vino, sin poder evitar que una sonrisa se apoderase de su rostro. Debía hablar con ella. Lo mejor sería que aquella misma noche quedase todo acordado. Buscó con la mirada a su reciente esposa, la cual lo miraba y le indicaba con la mano que se acercase. Fue hacia allí y besó a las tías de Sarah mientras lo miraban maravilladas.

—Cuánto me alegro que al fin te hayas casado, cariño—decía una de las tías de Sarah—. Aparte, con un hombre tan apuesto.—Rio—. ¿Cuándo tenéis planeado tener niños?

Sarah miró de reojo hacia Josh el cual reía.

—Tía, no es algo que nos hayamos planteado aún—respondió tímida.

Josh cogió el brazo a Sarah y la atrajo hacia él.

—Tenemos que hablar—le susurró.

Ella lo contempló intrigada. Miró hacia sus tías y les señaló con el dedo un segundo.

—Enseguida venimos—les sonrió. Automáticamente, sin que les diese tiempo a ellas, separó a Josh de su familia—. ¿Qué pasa?—Él sonrió y dio otro sorbo a su copa de vino con toda la calma del mundo—. ¡Josh!—dijo algo molesta. Pues sabía que se estaba haciendo de rogar, aunque luego

se echó a reír.

—Samantha se queda con nosotros—dijo con una sonrisa.

Ella se llevó las manos a la boca sorprendida.

—¿En serio?—preguntó realmente alegre. Josh asintió—. ¡Bien!—Luego su sonrisa aumentó—. Nathan se va a alegrar de esto seguro —bromeó.

—Eso mismo pienso yo. Pero tengo que hablar con ella, y el señor Jones también quiere tener con ella una pequeña reunión. ¿Sabes dónde está?

Sarah miró de un lado a otro, buscándola con ansias. Oh, quería estar presente cuando se lo dijese. No la conocía de hacía mucho, pero era una muchacha encantadora, y después de lo que les había explicado Nathan, deseaba que pudiera quedarse con ellos.

Sarah alargó una mano hacia Sean, el cual pasaba dando unos pasos de baile por su lado.

—Eh—dijo alegre—. Un banquete fantástico.

—¿Has visto a Sam?—preguntó Sarah rápidamente.

—Sí, ha subido hacia el aseo.—Luego puso un rostro algo preocupado—. Parecía algo afectada.

—¿Por?—preguntó Josh, pero Sean se encogió de hombros.

Toda la división observó cómo Josh y Sarah se distanciaban hacia la familia de ella. Lo cierto es que hacían una pareja espectacular. Brad tomó de la mano a Lucy y fueron directamente hacia la barra junto al grupo de los nuevos, mientras Lucy enseñaba emocionada el ramo a Brad, el cual, sonreía sorprendido al ver lo que su jefe había hecho.

Samantha se acercó al resto. Ryan y Evelyn, así como Elisabeth y Jason permanecían junto a Nathan y Sean, acabando su copa de vino. Un vino blanco realmente exquisito.

—Menuda sorpresa lo del ramo—pronunció Evelyn emocionada.

—Ha sido tan tierno—comentó Eli hacia Sam—. ¿Has visto cómo se ha puesto de colorada Lucy?—Rio.

Samantha sonrió ante aquel comentario, situándose al lado de Nathan, el cual se apartó para hacerle un hueco y Eli la cogió del brazo para atraerla.

—Sí. Parece que lo ha pasado algo mal y todo—comentó finalmente Sam.

Sean puso los ojos en blanco.

—Demasiada timidez.—Rio divertido.

—Estos acabarán casándose también—puntualizó Jason, a lo que Nathan y Sean se encogieron de hombros como si eso fuese algo que todos supiesen.

Evelyn se giró y miró hacia la pista de baile donde estaba acabando de sonar una pieza algo movida. Automáticamente comenzó a tirar de la mano de él.

—¿Qué?

—Vamos a bailar.—Ryan suspiró y puso cara de disgusto—. Vamos, por favor.

Ryan resopló y miró hacia el resto de sus compañeros mientras ponía los ojos en blanco dándose por vencido, pero una mirada traviesa atravesó sus ojos.

—Jason.—le llamó—. Vamos.—Le hizo un movimiento de cabeza hacia la pista de baile mientras Jason negaba con su rostro algo tenso.

—¡Claro que sí!—respondió Elisabeth divertida mientras lo cogió también de la mano y comenzaba arrastrarlo.

Jason miró a sus compañeros que se quedaban allí. Sean, Nathan y Samantha observaban divertidos la escena.

—Qué calzonazos—susurró Sean divertido hacia Nathan, el cual le devolvió la sonrisa y miró a Samantha, la cual permanecía en silencio, pero con una sonrisa hacia ellos—. ¿Dónde está el resto del equipo?—preguntó Sean hacia Samantha.

Ella los buscó, hallando a Nicholas, Taylor, Adrien y Christopher al lado de la barra, pidiendo algunas bebidas. Le señaló hacia allí y los observó. La verdad es que todo el mundo estaba feliz. Miró a la pista de baile y observó cómo Ryan y Jason, con sus respectivas parejas bailaban al son de la música. La verdad es que era hasta divertido verlos, se contagiaba aquella alegría.

Samantha se giró con una sonrisa hacia Nathan.

—¿Quieres bailar?—preguntó divertida.

Nathan le miró con una sonrisa mientras daba un sorbo de su copa de vino.

—Cielo, sabes que no me gusta bailar—comentó algo serio.

Ella borró la sonrisa de su rostro mientras recibía la mirada de Nathan y Sean. Nathan le miraba de forma sospechosa y Sean parecía algo sorprendido.

Vale, de acuerdo, adiós a la alegría de la que se había contagiado. ¡Sería idiota! ¿Para qué le pedía nada? Ya sabía de sobras que no le gustaba bailar, se lo había demostrado hacía unos días cuando habían salido a disfrutar de la noche.

Apartó la mirada tímidamente de ellos, intentando sonreír como si no le diese importancia al hecho de que le acababa de dar calabazas delante de otra persona. Al menos, podría haber tenido la decencia de aceptar para no dejarla en ridículo delante de Sean, pero Sean parecía confundido y dio otro sorbo a su vino mientras miraba de reojo a Nathan.

Samantha le sonrió apartando la mirada de él y se encogió de hombros intentando aparentar normalidad.

—Bueno, pues voy... voy... con Nicholas—susurró tímida mientras se alejaba de ellos a un paso acelerado, huyendo de aquella situación bochornosa. Notaba cómo el corazón se le iba a

salir del pecho. Estaba claro que debía controlarse.

Nathan observó cómo se marchaba. Estuvo a punto de detenerla al darse cuenta de su error. Simplemente le había pedido un baile y la había rechazado. Había visto la decepción y en cierto modo la humillación en sus ojos.

—Eres un idiota—susurró Sean a su lado.

Nathan inspiró aire un tanto fuerte.

—Ya lo sé.—Y luego resopló.

—Es solo un baile—volvió a comentar.

—Que ya lo sé, joder—susurró de malos modos mientras depositaba la copa de vino sobre una mesa y volvía la mirada hacia su compañero. Le miraba de forma interrogante, incluso como si le estuviese riñendo. Lo que le faltaba. Resopló y se dio media vuelta. Si no tenía bastante con lo que sentía por aquella muchacha, por pensar que pudiese marcharse, ahora esto.

Se alejó de Sean. Lo que menos necesitaba era la voz de la conciencia diciéndole que había actuado mal. Eso ya lo sabía él.

Caminó entre las personas, todas sonrientes y charlando de forma animada. Hasta que su mirada voló sin poder evitarlo hasta Samantha. Allí estaba, de espaldas a él, a varios metros, charlando con el grupo nuevo. Se le veía tan hermosa, tan delicada. Era un idiota, cada vez se daba más cuenta. Ella era todo lo que deseaba en realidad.

Observó cómo sonreía al resto del grupo y se distanciaba caminando hacia las puertas abiertas de un enorme balcón.

Samantha salió al exterior mientras se abrazaba a sí misma. Hacía frío, pero necesitaba salir y despejarse, estar a solas unos segundos.

Caminó por aquel balcón semicircular hasta que llegó a la barandilla. Había varias macetas distribuidos por este.

Las vistas desde allí eran impresionantes. El restaurante estaba situado cerca del mar, así que desde aquella altura podría divisarse. Algunas luces flotaban sobre él.

El lugar era realmente hermoso. Se mordió el labio y respiró profundamente. ¿Por qué se comportaba así? Nathan había sido en todo momento amable, cariñoso... se preocupaba por ella, sin embargo, delante del grupo era distinto. Aquello le desconcertaba. Estaba enamorada de él. Lo sabía. No podía dudar de aquello aunque supiese que eso le perjudicaba, sabía que cuando tuviese que marcharse lo pasaría mal, pero sencillamente no lo podía evitar. La forma en la que le había tratado desde el principio, el detalle de tomarse la molestia de ir a comprarle un vestido, cómo la había abrazado y consolado el día que le había explicado la muerte de su familia, la noche que pasaron de diversión, cómo fue a buscarla cuando el vampiro se la había intentado llevar... Suspiró y se pasó las manos por los brazos notando aquella fina brisa, escuchando aquella melodía lenta que comenzaba a sonar, iniciada por un piano y a la que se le unían posteriormente

unos violines. Notó cómo la piel se le ponía de gallina, y no solo por la temperatura, sino por aquellas notas que la hacían vibrar, pero algo le llamó la atención. Se giró y observó que Nathan se situaba a su lado, con las manos en los bolsillos y mirando el horizonte.

Ni siquiera lo había escuchado llegar hasta ella. ¿Por qué era tan silencioso?

Observó su perfil serio. ¿Pero qué hacía allí? ¿A qué había salido? ¿La estaría buscando?

No dijo nada, simplemente lo contempló asombrada hasta que él ladeo su rostro hacia ella.

—¿Te he asustado?

Samantha lo observó durante unos segundos más y finalmente negó con su rostro.

—No—susurró algo tímida mientras volvía su mirada hacia aquel inmenso mar.

Nathan aceptó también y contempló unos segundos el mar.

—Te he buscado dentro—explicó.

Ella se giró algo deprisa hacia él. Sin saber bien cómo reaccionar al hecho de que él dijese eso y estuviese allí fuera con ella.

—Ya—comentó esta vez con una sonrisa algo tímida. Miró hacia dentro del salón y luego volvió la mirada hacia Nathan—. Hay mucha gente dentro—susurró como si aquella fuese la excusa, pero ascendió de nuevo la mirada hacia él. Nathan la observaba de una forma interrogante, pero había de nuevo aquel brillo especial en sus ojos, aquella melancolía, aquel cariño con el que la observaba tantas veces.

—Siento lo de antes—acabó diciendo.

Sabía a lo que se refería. ¿Sería esa la causa por la que había ido a buscarla? ¿Quería disculparse por ser un insensible y no atender a su petición de bailar con ella? Ella siguió observándolo unos segundos, sin saber qué decir. Finalmente le sonrió de forma amable y negó con su rostro.

—No te preocupes—contestó antes de mirar de nuevo hacia el mar colocando las manos sobre la barandilla—. No pasa nada.—Un largo suspiro salió de lo más profundo de su ser.

Pero en aquel momento algo le hizo sentir, que su corazón latía más fuerte. Nathan había llevado su mano hasta la de ella. La movió cogiéndola de forma delicada mientras ella no sabía cómo reaccionar. Su mirada voló hasta su mano, se veía tan pequeña entre la suya.

Con un leve movimiento, la hizo girar hacia él acercándose. Notó cómo su corazón se disparaba más, aunque la melodía que llegaba hasta allí era tranquila y transmitía ternura, su corazón no era capaz de seguir aquellos compases tranquilos y se disparaba.

Nathan se acercó observándola, permanecía con el rostro agachado, sin mirarle, como si no supiese cómo actuar. Colocó una mano sobre su cintura y finalmente fue cuando ella elevó la mirada hacia él, una mirada llena de dudas, sin comprender, hasta que la rodeó definitivamente con su brazo atrayéndola con un movimiento delicado y ella lo miró asombrada. Comprendió lo que iba a hacer. Samantha le sonrió algo tímida y él no pudo evitar devolverle la misma sonrisa

cuando comenzaron a moverse de forma despacio, girando sobre sí mismos al son de aquella hermosa melodía.

¿Estaba bailando con ella? ¿Una balada? No pudo evitar sonreírle mientras hacían los primeros giros lentos, notando el calor de su cuerpo y cómo la abrigaba del frío. Notando cómo la rodeaba de aquella forma con el brazo. Su respiración. Y en ese momento, lo comprendió. Le amaba. Le quería demasiado como para no sufrir si se alejaba de él, si sabía que debería permanecer alejada. Su gesto se volvió pensativo. Él era la única persona que le hacía olvidar su pasado, que le hacía sonreír. No quería perderlo. Notó que algo se rompía dentro de ella, aquella música, sentir a Nathan de aquella forma. Suspiró y colocó su rostro junto a su pecho. Era el único pilar que la mantenía a flote, que le hacía olvidar y ver la vida con esperanza, con ilusión. Se mordió el labio y se dejó llevar por él, girando de forma lenta mientras notaba su mano junto a la suya, su cintura rodeada por su brazo apretándola contra él. Al momento notó cómo volvía acariciar su mano con sus dedos, cómo paseaba su mano por su espalda acariciándola, mostrándole cariño. Otro largo suspiro salió de lo más profundo de su ser. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué justamente tenía que ser él? En ese momento notó que él inclinaba su rostro, colocándolo en su cabello, como una muestra de cariño y lo pasaba dulcemente, como si así la acariciase e intentase calmarla de aquellas sensaciones que la confundían.

La hizo girar de nuevo y esta vez elevó su rostro. Samantha se separó un poco de él para observarlo mientras una suave brisa hacía que sus mechones de cabello volasen hacia atrás.

Él estaba allí, sujetándola junto a él, girando al son de aquella hermosa melodía, observándola fijamente, a pocos centímetros, pero algo en su mirada cambió, una especie de duda, como si algo le consumiese por dentro.

La observó fijamente y se inclinó hacia ella de forma lenta y suave. Ella supo en ese momento lo que iba a hacer.

—Nathan—susurró a escasos milímetros de sus labios, deteniéndole.

Pero él la observó de nuevo, con convicción, miró sus labios y se inclinó definitivamente para besarlos. Sabía que no debía hacerlo, que aquello le partiría el corazón cuando la tuviese que dejar ir, pero aquel sentimiento era mucho más fuerte de lo que había esperado. Tenerla entre sus brazos, notar su poder y a la vez lo vulnerable que era.

La besó de forma tierna, deteniéndose. Era lo más dulce que había probado nunca. La cogió por la cintura mientras llevaba su mano hasta su cabello. Movié sus labios de forma tierna, dulce, dando rienda suelta y expresándole con aquel beso todo lo que le importaba. No importaba si no había bailado con ella el otro día, ni hoy, él siempre estaría allí.

Cogió su labio inferior y paseó su lengua mientras acariciaba la mejilla de Samantha. Le correspondía, lo sabía, pero algo en ella cambió. Al momento era como si luchase por separarse de él. Se apartó unos centímetros de ella mientras aún mantenía la mano en su mejilla. Parecía

estar perdida.

—Sam—susurró pasando su mano por su mejilla, intentando calmarla. Parecía nerviosa.

—No.

—¿Por qué?—preguntó con cierto dolor. Ella se separó un poco de él pero Nathan aún la mantenía sujeta, llevó su mano hasta su cuello e intentó atraerla al menos para colocarla junto a su pecho—. ¿Por qué no, Sam?

Ella lo miró y aquello le sorprendió demasiado. Tenía los ojos húmedos. La miró preocupado sin comprender lo que le ocurría.

—Por favor—le volvió a susurrar.

Ella negó con su rostro y se distanció de él. Se mordió el labio y sin esperar agarró su vestido y comenzó a caminar.

Nathan la vio alejarse, se colocó la americana correctamente, notando cómo el dolor se iba apoderando de su pecho y no pudo evitar llamarla de nuevo.

—Sam—Observó que ella se quedaba de espaldas a él—.Al menos dime por qué no—le suplicó.

Ella se giró, intentando contener el llanto mientras se mordía el labio. Parecía que la emoción la tenía embargada. Negó simplemente con su rostro, con dolor en su mirada y volvió a girarse entrando en el salón.

Corrió algo nerviosa entre la gente. Intentando controlar sus emociones. Intentando aparentar normalidad aunque su rostro no la transmitiese en aquel momento. Notó cómo alguien le agarraba por el brazo.

—Sam—Sean estaba sonriente con una copa de vino, pero luego la miró intrigado y enarcó una ceja hacia ella—. ¿Estás bien?—preguntó acercándose un poco más.

Ella le sonrió de forma amable pero no pudo evitar que su labio temblase un poco aunque intentaba disimularlo.

—Sí—respondió finalmente tras respirar y coger algo de aplomo—. Iba al servicio.

Sean la miró intrigado pero la soltó del brazo y aceptó. Sabía que algo le ocurría, parecía nerviosa y tenía los ojos llorosos.

—¿Seguro?

—Sí, tranquilo—comentó ofreciéndole una sonrisa sincera. Su mirada voló justo detrás de él. Observando que Nathan entraba al salón con gesto serio, caminando entre la gente—. Luego vengo—pronunció colocando una mano en su brazo de forma cariñosa. Tal y como dijo aquello se distanció de él caminando entre todos, rumbo al servicio. Necesitaba estar a solas y calmarse.

Sean la observó alejarse algo preocupado. Cuando ella desapareció finalmente de su vista se giró inquieto. Nathan caminaba hacia él, mirando de un lado a otro como si estuviese buscando a alguien.

—Nathan.—Le llamó Sean. Él se giró y lo observó dirigiéndose hacia él—. Oye, ¿sabes que le pasa a Sam? Parecía afligida.

Él le miró fijamente y tras quedarse pensativo unos segundos negó con su rostro. Lo que menos necesitaba era explicarle lo que había ocurrido. ¿Por qué se había puesto así? Pensaba que ella sentía algo. Cuando la había besado, al principio, le había correspondido. ¿Por qué había reaccionado de aquella forma?

—Pues la he visto irse hacia el lavabo. Parecía triste—comentó preocupado.

Nathan colocó la mano en hombro y dio una palmada.

—Seguro que no es nada.—Intentó calmarlo mientras se apartaba de él.

14

Samantha atravesó todo el enorme salón, rodeando algunas mesas que se encontraban al final de este y saliendo al distribuidor. Iba controlando la respiración para no sucumbir a aquellos sentimientos.

Llegó hasta el aseo justo cuando una chica abrió la puerta para salir. Le sonrió y entró. Miró de un lado a otro. Al menos no había nadie. Cerró la puerta y se apoyó contra ella, respirando de forma agitada. Le había besado. Lo había hecho. Se pasó la mano por la frente agobiada y miró al frente.

El aseo estaba impecable. Los azulejos blancos casi permitían que ella se viese reflejada. A los lados había cuatro servicios. El lateral izquierdo y la pared de enfrente era un enorme espejo con lavabo, y al final un secador y otro expendedor de papel absorbente.

Observó su reflejo en el espejo de enfrente y observó cómo sus ojos estaban llorosos y las mejillas sonrojadas por reprimir el llanto.

Inspiró aire y fue hacia la pica. Se apoyó en el mármol con ambas manos y se miró. La había besado, volvió a repetir en su mente. Y había sido dulce, tierno... sintió cómo su piel se erizaba al recordarlo. Aquel beso la había pillado de improviso, la dulzura que desprendía. No había sabido cómo reaccionar al principio, realmente había deseado aquel beso con todas sus fuerzas, notar los labios de Nathan, la forma en la que había acariciado su mejilla. Sin duda había superado sus expectativas. Lo había recibido con todo el cariño de su corazón, pero aquel beso...

Suspiró y encendió el grifo. Necesitaba refrescarse y lavarse el rostro.

¿Qué iba a hacer? No podía permitirse enamorarse. No podía.

Refrescó sus manos y las pasó por su rostro. Se repitió que no podía enamorarse de él, pero no podía engañarse, ya lo estaba. Estaba total y perdidamente enamorada de él. Nathan la había besado, él también debía sentir algo por ella. Aunque había bromeado hacía unas noches con aquella larga lista que iba incrementado desde los dieciséis años, no le daba aquella impresión.

Suspiró y se acabó de refrescar cuando escuchó la puerta abrirse. Miró en el cristal, reflejando todo lo que había detrás. Le sorprendió observar que la puerta se abría y Nathan entraba con gesto demasiado serio, preocupado.

Cerró la puerta con cuidado y se quedó al inicio del aseo, observando la espalda de Samantha. Elevó su mirada y observó su rostro asombrado en el reflejo del espejo.

Lo miró pasmada en el reflejo y apagó el grifo con la mirada fija en él. Se giró lentamente, observándolo. Estaba totalmente erguido, apoyado contra la puerta, con las manos en sus bolsillos y mirándola fijamente.

—¿Qué haces aquí?—preguntó sorprendida.

Nathan dio un paso hacia ella y se cruzó de brazos.

—Te has marchado.

Ella suspiró y apartó la mirada de él. Miró de un lado a otro nerviosa y finalmente se movió hacia el expendedor de papel absorbente para secarse las manos. Agarró unos cuantos y se secó las manos, nerviosa, reflexionando. Las tiró en la papelera y finalmente lo miró.

—¿Y qué querías que hiciera?—preguntó en un susurro, intimidada por aquellas palabras y su presencia—. Me marcharé en un par de semanas y no volveremos a vernos seguramente jamás—explicó como si estuviese molesta—. Yo no soy así, ya lo sabes.

Nathan la miró fijamente, su mirada podría haber descongelado los polos. Tenía tal intensidad que incluso le asustaba.

—No te estoy pidiendo que seas así—explicó seriamente.

Ella miró de un lado a otro mientras notaba que las lágrimas volvían a amenazar con surgir. Lo observó y suspiró.

—Entonces, ¿qué quieres Nathan?—preguntó con un hilo de voz.

Él avanzó unos pasos más hacia ella. Sus pasos eran lentos, como si meditase una respuesta.

—Creo que eso ya lo sabes. Te quiero a ti —acabó diciendo con voz pausada—. Lo que quiero es estar contigo.—La miró más intensamente—. Contigo—volvió a repetir.

Ella notó cómo su corazón se aceleraba. Lo había dicho. Lo había reconocido. Era algo que ella sabía, su forma de actuar, de comportarse con ella, pero que aquellas palabras saliesen de sus labios con tanta solemnidad le hicieron ser consciente no solo de los sentimientos de él, sino de los que despertaba en ella.

No esperó más y avanzó hacia él. Puede que no volviese a verlo, que en un par de semanas estuviese en la otra punta del país o en Europa, pero no podía negarse lo que sentía por él, y lo que le hacía sentir. Jamás había imaginado algo tan abrasador, algo que incluso le dolía al comprobarlo.

Nathan la recibió con la misma desesperación, la cogió por la cintura y directamente descendió sus labios hasta los de ella tomándolos con pasión. La besó incluso con desesperación, colocando su mano en su cabello y acariciando su mejilla. Ella parecía sentir lo mismo que él, aquella desesperación por sentir su contacto, por sentir sus manos en la piel.

La hizo girar y la apoyó contra el mármol, pero el giro había sido demasiado rápido y se vio obligado a apoyar su mano en el espejo mientras con la otra la sujetaba a ella para no perder el equilibrio. Ella permanecía agarrada a él colocando una mano sobre su hombro y otra en su cintura.

Sus labios estaban calientes y se movían sobre los suyos con impaciencia, como si tuviese que recuperar el tiempo perdido durante aquellas semanas. Su lengua había adoptado movimientos

sensuales y paseaba por sus labios haciendo que su piel se erizase.

Se separó un segundo de ellos y la observó. Ella lo miraba con la misma pasión que él. Ambos lo tenían claro, aunque las circunstancias sabían que eran difíciles. Colocó una mano en la cadera de ella y la presionó contra él mientras volvía a invadir su boca.

En ese momento no importaba nada excepto ellos dos, no importaba si ella era la estudiante en prácticas, no importaba si en un par de semanas se encontraban separados, ni siquiera importaba si estaban en el baño de un restaurante, solo importaban ellos y el presente, los sentimientos que se despertaban el uno junto al otro.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello mientras ella intentaba reprimir un gemido de placer. Sus labios eran suaves y delicados, pero aun así, podía notar la desesperación que había en aquellos besos. Agarró su rostro entre sus manos y lo llevó frente a ella. Se miraron durante unos segundos y volvieron a besarse con pasión. Aquel beso requería aún más urgencia, más entusiasmo.

Nathan la cogió más fuerte con su brazo y con un movimiento la colocó sobre el mármol. Ella permanecía agarrada a él por sus hombros. En ningún momento separó los labios de los suyos.

Jamás había vivido una experiencia igual, jamás había sentido tal necesidad. Notó cómo las manos de Nathan viajaban por sus caderas y posteriormente abría sus piernas para colocarse entre ellas y acercarse más.

Oh, aquel gesto le hizo rozar la locura, sobre todo cuando la acercó a él y pudo notar lo excitado que se encontraba. Sí, ella se encontraba igual. Era como si hubiese estado reprimiendo aquellos instintos animales desde que lo conocía, pero ahora le había dado rienda suelta.

Se agarró a él más fuerte mientras su respiración se tornaba rápida, mientras su pulso aumentaba y su temperatura corporal ascendía. Notó cómo la mano de Nathan viajaba por debajo de su vestido, ascendiendo por su pierna, acariciándola, mientras sus labios volvían a viajar por su cuello.

La necesitaba, la necesitaba ahora, en ese momento. Ya se había comportado como un caballero lo suficiente. Quería tenerla a su lado. Hacerle el amor de una forma pasional.

Volvió a ascender sus labios hasta los suyos y la besó con pasión mientras llevaba su mano hasta el muslo.

Sí, sabía que ella sentía lo mismo, se estaba entregando a él en cuerpo y alma, y aunque no era ni el momento ni el lugar adecuado no podía esperar más, la necesitaba con todas sus fuerzas, pero algo le llamó la atención.

—¿Sam?—Escuchó la voz fuera del aseo.

Nathan se incorporó de inmediato y la observó, ella parecía estar en otro mundo, ni siquiera era consciente de que alguien la había llamado desde fuera del aseo.

Miró en dirección a la puerta y la cogió de la mano bajándola del mármol.

—Joder—susurró.

Tiró de ella y la metió en un aseo escondiéndola.

—¿Pero qué?—preguntó ella sin comprender, aún algo adormilada y sin entender por qué la metía en el aseo para esconderla.

Nathan le hizo un gesto para que guardase silencio, bajo el marco de la puerta, esperando a escuchar de nuevo aquella voz, pero contrariamente, la puerta se abrió algo despacio.

Nathan y Josh se miraron fijamente, a cuál de ellos más sorprendido.

—¿Nathan?—preguntó Josh.

—¿Josh?—preguntó Nathan.

Luego enarcó una ceja hacia él, mirándolo reflexivo y puso las manos en sus bolsillos.

—¿Dónde está Sam?—preguntó seriamente. Nathan enarcó una ceja hacia él—. Vamos Nathan, sé que está aquí—dijo con una medio sonrisa—. Es el lavabo de las señoras.—Se cruzó de brazos.

Nathan envió una mirada enfurecida a su jefe y luego este le hizo un gesto para que se limpiase el labio. Nathan lo miró mosqueado y se pasó la mano por ellos, al momento un poco de carmín del pintalabios de ella apareció en su mano. ¡Mierda!

Nathan suspiró y miró a Sam la cual permanecía apoyada contra la pared sin comprender aún.

—Vamos, tenemos que hablar—comentó su jefe.

Se quedó mirándolo fijamente, dándole a entender a Nathan que no pensaba marcharse de allí hasta salirse con la suya.

—¿Pero no es tu boda?—preguntó molesto mientras cogía a Sam de la mano y la hacía salir del aseo con un gesto un tanto brusco. Ella parecía realmente abochornada mientras con la otra mano se intentaba colocar unos mechones de cabello en el recogido—. ¿Por qué no vas a disfrutar de ella?—se burló finalmente.

Josh los miró a ambos y puso los ojos en blanco. Nathan estaba que echaba chispas por los ojos. Samantha ni siquiera se atrevía a mirarlo, se pasaba la mano por el cuello en un gesto realmente tímido.

Josh les cortó el paso para que no saliesen del aseo. Contempló a Nathan con algo de dureza pero luego se relajó cuando comprendió el bochorno de ella. Los había pillado. Estaba realmente claro. Ella tenía las mejillas sonrosadas y algunos mechones de cabello se habían separado de su recogido. Nathan tenía el cabello alborotado, la camisa algo salida del pantalón y le había visto con la marca de pintalabios de ella en sus labios.

Lo que había que ver.

—Lo siento—comentó mirándolo fijamente, realmente aturdido. Estaba claro que Nathan sentía algo por ella, lo había notado hacía días, pero no esperaba aquello. Pensaba que había quedado claro que ambos debían mantenerse distantes, que no era bueno para la división, aunque bien

pensado, después de lo que había hablado con Jones tampoco le parecía tan mala idea—. No pretendía...mmm... —se quedó algo cortado, mientras veía cómo Samantha se removía incómoda por la situación.

Nathan arqueó una ceja hacia él, sorprendido de ver a su jefe sin saber cómo reaccionar.

—¿Interrumpir? ¿Eso querías decir?—bromeó—. Pues que sepas que lo has hecho.

Josh lo miró enfurecido y suspiró.

—Es importante.—Luego miró a Sam—. Tengo que hablar contigo sobre un asunto.

Ella seguía moviéndose incómoda, ni siquiera se atrevía a levantar la mirada del suelo. Se mordió el labio y asintió con su rostro.

—¿Sobre qué?—preguntó Nathan soltándola de la mano y cruzándose de brazos.

Josh lo observó a él asombrado y luego volvió a mirar a Samantha.

—Sobre el hecho de que he hablado con el señor Jones—explicó y volvió a mirar a Nathan—. Para que Samantha se quede con nosotros y forme parte de nuestra división indefinidamente.

Nathan lo miró asombrado. Samantha levantó la mirada hacia él, igual de sorprendida.

—¿Quedarme con vosotros? —preguntó sorprendida.

Josh le sonrió finalmente.

—Si quieres, claro.

Samantha miró a Josh, luego su mirada voló hacia Nathan, con los ojos muy abiertos. Suspiró como si se sintiese aliviada. Notó cómo el corazón se le aceleraba de nuevo ¿Quedarse con ellos? Aquello... aquello sería magnífico. Podría estar con Nathan, tendría una familia, amigos. Una leve sonrisa inundó su rostro pero luego miró de forma interrogante a Nathan ¿Él querría? ¿Querría tenerla allí? ¿Lo que había ocurrido hacia escasos segundos en el aseo representaba lo mismo para él que para ella?

Josh pasó su mano por su hombro y la atrajo hacia él comenzando a alejarse, pero Nathan igualó su paso colocándose también a su lado, aún con gesto sorprendido.

Observó a Samantha, parecía algo dudosa, como si no supiese qué responder a aquello.

—Bien—comentó Josh acercándola a él con un movimiento de brazo—. Jones quiere hablar contigo antes de dar su visto bueno. Solo tienes que decirle que quieres quedarte con nosotros y podrás hacerlo.—Le sonrió y le guiñó el ojo con complicidad.

Ella le sonrió mientras reflexionaba, pero no pudo evitar girarse y observar a Nathan que caminaba también a su lado y la miraba de forma interrogante.

Caminaron entre las personas, entre algunas parejas que bailaban al son de una música ya mucho más movida que la anterior, contorsionando sus cuerpos, riendo y con una copa en la mano.

Divisó que al final de la pista Nicholas tomaba una copa con su propio grupo.

Sam se giró hacia Nathan de nuevo, interrogándolo con la mirada, hasta que una leve sonrisa cruzó los labios de él. ¿Era esa buena señal? Podía casi asegurar al cien por cien que sí.

Josh se detuvo observando a Jones al final del salón, sentado en una mesa redonda junto a los peces gordos.

—Te está esperando—susurró Josh junto a su oído, pues la música era bastante alta—. Ve y habla con él—dijo dándole un pequeño empujón, pues ella parecía algo cortada—. Va —continuó sonriente.

Dio unos pasos y se detuvo para girarse hacia ellos. Josh se encontraba de brazos cruzados con una gran sonrisa. Nathan se encontraba en actitud seria, interrogante, dejando caer los brazos a su lado.

Samantha tomó aire y finalmente se giró para observar a Jones.

Josh se giró esta vez algo más serio hacia Nathan, el cual seguía con la mirada a Samantha, mientras se acercaba a Jones con paso vacilante.

—¿No te había dicho que fueses discreto?—preguntó Josh hacia su compañero.

Nathan lo miró con fastidio y chasqueó la lengua, se giró levemente hacia él introduciendo sus manos en los bolsillos.

—Lo estaba siendo. Estaba en el aseo.

—En el aseo de señoras—puntualizó Josh, esta vez con una sonrisa bromista—. Colócate correctamente la camisa, anda.—Se la señaló.

Nathan lo contempló mientras hacía lo que le decía y al final le sonrió.

—¿Cómo lo has conseguido?—preguntó volviendo a mirar a Samantha, la cual se había colocado al lado del señor Jones y saludaba a todos con una sonrisa amable.

Josh se giró hacia él y colocó una mano en su hombro, luego le guiñó el ojo.

—Considéralo un regalo de bodas.

Nathan arqueó una ceja hacia él.

—Es tu boda, Josh—le recordó, pero luego volvió a sonreírle—. Te daría un abrazo, pero no creo que quedase muy bien.

—Mejor que no.

Él se encogió de hombros, palmeó en su hombro y comenzó a distanciarse hacia donde Sarah le esperaba.

Nathan le vio alejarse e internarse entre la familia de ella. Volvió su gesto hacia Samantha, la cual caminaba con Jones hacia un lado del salón donde seguramente podrían hablar con más calma. Ella se quedaría allí. Si aceptaba, claro. Una duda apareció en su mente. Aceptaría, ¿verdad? Había visto su confusión en su mirada, desde luego aquello les había pillado por sorpresa a los dos. Josh se había tomado aquella molestia, había hablado con su jefe para que Samantha pudiese quedarse. Ya no era solo por lo que les había explicado sobre el pasado de Samantha, también sabía que lo hacía por él, porque sabía que estaba enamorado de ella.

Suspiró y fue hacia la barra a pedirse una copa. Cuando la tuvo se apoyó contra la pared,

reflexivo, esperando a ver aparecer a Samantha por la puerta por donde la había visto salir del salón y que le confirmase que se quedaba con ellos. Si no lo hacía, se vería obligado al rapto. No quería dejarla escapar, quería tenerla siempre con él.

Jones la acompañó fuera del salón, al recibidor de la primera planta mientras sujetaba su copa de vino. Allí dentro la música estaba demasiado alta como para poder mantener una conversación sin pegar gritos.

Se giró hacia ella con una sonrisa y dio un sorbo a su copa de vino.

—Josh me ha comentado que está interesado en que formes parte de la división de New York. Parece que están encantados contigo.

Ella sonrió más abiertamente al escuchar aquello. ¿Josh había hablado de ella con él? ¿Le había dado buenas referencias?

Samantha se encogió de hombros y le sonrió de forma tímida.

—Sam, sabes que tu poder es impresionante—siguió explicando—. Y por lo que me ha comentado estás asumiendo el control de este poco a poco, lo cual me alegra escuchar, hay pocas personas con tu poder, ya lo sabes—dijo con gesto de disgusto y volvió a dar un sorbo a su copa—. Normalmente no me gusta hacer estas reuniones aquí, pero ya que estoy en New York... —Se encogió de hombros—. ¿Qué te parecería que te destinásemos aquí?

Ella le sonrió y suspiró.

—Realmente me siento muy cómoda en esta división. Han sido muy amables conmigo y la verdad es que me enseñan a usar mis poderes. Me siento útil con ellos.

—Supongo que estás al tanto de que New York es una de las ciudades con más movimiento paranormal de todo Estados Unidos...

—Lo sé—contestó rápidamente.

—Y que existe una alianza entre vampiros y hombres lobo, lo cual os pone en el punto de mira a todos vosotros—comentó seriamente—. ¿Te ves realmente capacitada?

Ella lo miró fijamente y volvió a suspirar intentando hallar una respuesta correcta para eso. Ella quería quedarse, lo deseaba más que nada. Deseaba formar parte de aquel equipo. Tenía a Sarah, a Lucy, a Evelyn, a Elisabeth... y a Nathan.

—Voy a ser sincera con usted—dijo algo tímida—. Cuando llegué aquí desconfiaba de todos mis poderes, me... me daba pánico enfrentarme de nuevo a los vampiros—comentó en un susurro, pues sabía que él conocía su historia. Jones aceptó comprendiendo por dónde iba—. Los primeros días lo pasé bastante mal, incluso me planteé abandonar el Pentágono... — Aquello pareció pillarle desprevenido a Jones.

—Pero Sam...—intervino rápidamente—. Sabes lo importante que eres.

—Ahora lo sé—dijo con una sonrisa—. Ellos me lo han mostrado.—Sonrió más abiertamente—. La verdad es que son encantadores, y ... me han apoyado desde un principio, comprendiéndome... pero a la vez, me han hecho entender que puedo salvar a mucha gente, que puedo ayudar a que el mundo sea mejor. Sin ellos seguramente hubiese acabado abandonando esto.—Se encogió de hombros—. Ellos me han dado ganas de trabajar y de querer seguir en este mundo.—Luego le sonrió con confianza—. Y a decir verdad, tienen una paciencia increíble conmigo... me hacen practicar casi cada día para aprender, y he aprendido a dominar mis poderes bastante—acabó diciendo con alegría.

—Eso me ha dicho Josh, por lo visto les has sido muy útil.

Ella volvió a mirarle sorprendida. ¿De verdad Josh había dicho todo eso? Estuvo a punto de echarse llorar de la emoción. De verdad querían que ella se quedase con ellos. Otra persona no se hubiese tomado la molestia. Una emoción la embargó en aquel momento.

—Quiero quedarme—acabó diciendo—. Quiero trabajar aquí. Sé que es una de las ciudades más conflictivas pero no me importa. Me siento útil y sé que estoy haciendo lo correcto con ellos.

—Pues no sabes cuánto me alegro de escuchar esto—acabó pronunciando Jones—. Por nada del mundo querría que abandonases el Pentágono, Sam.

Ella atacó rápidamente:

—Si puedo estar con esta división no lo haré—comentó.

Jones la miró con una sonrisa y acabó aceptando.

—De acuerdo, lo propondré. No creo que haya ningún problema. El mismo lunes lo hablaré con los superiores y os comentaré algo. Pero puedes darlo por hecho. —Ella le sonrió más abiertamente—. Pero...—Oh, oh... ¿Un pero?—. Sabes que los potenciadores no abundáis, así que, aunque establezcas tu división permanente aquí, si se te necesita en otro sitio deberás hacer desplazamientos.

—Claro, no habrá ningún problema.

Él se encogió de hombros.

—Aunque supongo que bastante trabajo tenéis aquí—comentó divertido mientras daba otro sorbo a su copa de vino.

—Hay bastante, la verdad.

Jones aceptó y sonrió.

—Pues supera el periodo de prácticas y ya tienes trabajo—dijo tendiéndole la mano como si acabase de firmar un trato.

Ella se la estrechó sonriente.

—Gracias.

—Vamos. Hay una fiesta que disfrutar—pronunció Jones entrando en el salón, marcando el ritmo con el cuerpo.

Desde luego, menudo personaje, y eso que era uno de los superiores del Pentágono. No pudo evitar sonreír mientras se internaba entre la gente. Se quedaría. Viviría con ellos. Una ilusión se apoderó de todo su cuerpo y sintió deseos de bailar, gritar... Tendría una familia de nuevo, al fin. Se sentía querida con ellos, y sabía que aquellos sentimientos se intensificarían con el tiempo.

No pudo evitar caminar sonriente entre la gente, contagiándose de la alegría de todos. Sin duda, era uno de los días más felices de sus últimos años. Al fin se establecería en un lugar y tendría buenos amigos y amigas de verdad. Iba a ponerse a dar saltos de alegría cuando su mirada coincidió con la de Nathan. Estaba al otro lado de la pista, observándola con una duda en su mirada. Comenzó a avanzar hacia ella esquivando a los bailarines e intentando llevarse los menos pisotones posibles. Ella se quedó mirándolo mientras avanzaba. Realmente era un hombre magnífico.

Llegó hasta ella con las manos en los bolsillos y se inclinó para hablarle al oído, pues la música estaba excesivamente alta.

—¿Te quedas?—preguntó.

Ella se separó y le sonrió. Al momento aceptó con su rostro.

—Sí.

En ese momento, las mínimas dudas que pudiese tener se disiparon cuando Nathan construyó una sonrisa tierna en su rostro. Se miraron durante unos segundos mientras el resto de la gente bailaba a su alrededor, como si ambos disfrutasen de ese momento, hasta que Nathan sacó la mano de su bolsillo y cogió la suya. Automáticamente, comenzó a caminar hacia fuera de la pista con bastante urgencia. ¿Pero a dónde iban?

Ella tiró un poco de él cuando finalmente salieron de la pista. Nathan avanzaba bastante rápido.

—¿Qué haces? ¿Dónde vamos?—preguntó intentando igualar el paso.

—A acabar lo que hemos comenzado antes—explicó. Se giró hacia ella y le ofreció una magnífica sonrisa.

¿A qué? Notó cómo sus mejillas comenzaban a teñirse de rojo, su corazón volvía a dispararse y su respiración se tornaba agitada. ¿Se refería a lo del aseo? Podía apostar a que sí. Aunque notó cierto temor supo que era lo que más deseaba en el mundo. Tendría una familia y, ¿por qué no? ¿Una pareja? Nathan era todo lo que podía desear en un hombre. Notó cómo el vello se le ponía de punta por el significado oculto de aquellas palabras, por lo que prometían.

Pero se detuvo en seco cuando Josh les cortó el paso junto a Sean, el cual llevaba una copa en la mano. Nathan resopló. ¿Pero es que su jefe se había propuesto arruinarle la noche?

—¿Cómo ha ido?—preguntó hacia Sam.

—Ha ido muy bien. Se queda—respondió Nathan con urgencia, sin soltar la mano de ella, e hizo un gesto para rodear a su jefe pero le volvió a cortar el paso. Nathan bufó.

—¿Dónde vais?—preguntó enarcando una ceja, con una sonrisa maliciosa.

Nathan enarcó esta vez una ceja hacia él pero le correspondió con una sonrisa lujuriosa.

—Me pediste discreción, ¿no, jefe? Voy a pedir un taxi para irme a casa...con ella.

Josh puso los ojos en blanco y sonrió hacia él, luego miró hacia Sean el cual permanecía al lado atento a la conversación, pero sin comprender muy bien de lo que hablaban.

Lo observó fijamente, de forma burlona, sin apartarse de su camino hasta que Nathan suspiró.

—¿Vuelvo al aseo?—bromeó al ver que no se apartaba. Maldito jefe el suyo, siempre bromeando.

Notó cómo Sam le apretaba la mano para que dejase aquella conversación.

Josh finalmente suspiró y miró a Sam con una gran sonrisa.

—Bueno, Sam. Bienvenida—acabó diciendo, se apartó de su camino y miró a Nathan con una sonrisa—. Anda, tira, que no te vea por aquí—acabó bromeando.

Nathan no se hizo esperar, volvió a arrastrar a Sam hacia fuera del gran salón mientras Josh se giraba hacia Sean, el cual estaba acabando su copa.

—Bueno—dijo depositando la copa vacía sobre una mesa—, ya somos un miembro más en la división.

Josh asintió con una sonrisa.

—Eso parece.

Luego Sean lo miró extrañado.

—¿Pero, dónde van?—preguntó al ver que bajaban las escaleras hacia la puerta de salida—. ¿No se quedan?

Josh se encogió de hombros.

—Mejor en casa que en el aseo—acabó diciendo.

—¿Qué?—preguntó sin comprender. Lo miró fijamente y luego abrió los ojos al entender lo que estaba ocurriendo—. ¿No me jodas? ¿Nathan y Sam?

Josh colocó una mano en su hombro y sonrió.

—Parece que sí.

—Joder—susurró mosqueado, como si aquello no le alegrase. Josh lo miró extrañado—. ¿Soy el único soltero o qué?—preguntó esta vez en tono de broma.

Josh lo miró y le sonrió no muy seguro con qué responder, chasqueó la lengua y observó al resto de la división, los cuales les decían con gestos que les acompañasen.

—Vamos a contarles la nueva noticia—dijo Josh señalándoles. Colocó el brazo en los hombros de Sean y caminaron hacia ellos.

—¿Cuál de ellas?

—¿Qué te parece si de momento solo les explicamos que Sam se queda? Lo otro ya lo descubrirán.—Sonrió maliciosamente.

Sean lo miró divertido.

—Eres el jefe... pero eres un cabrón—acabó riendo.

Josh rio por aquel comentario y finalmente se situó al lado de sus compañeros.

—Tengo nuevas noticias que daros—pronunció alegre.

15

El taxista les dejó en una esquina cercana. No quería que les dejaran en la misma puerta, cuánta menos gente supiera de la existencia de aquella nave industrial, mejor.

Bajó del vehículo pagándole al conductor y colocó la chaqueta sobre los hombros de Samantha.

No había dejado de pensar en lo que iba a ocurrir cuando llegasen. ¿Qué iba hacer? ¿Cómo reaccionar?

Nathan se había mantenido todo el viaje en silencio, sujetando su mano entre las suyas y con una extraña sonrisa en su rostro. Había notado cómo su corazón se aceleraba al entrar al polígono industrial, incluso se había planteado que él pudiese escuchar aquellos fuertes latidos.

Cuando el taxista desapareció tras la esquina, Nathan pasó su brazo por encima de sus hombros atrayéndola hacia él y comenzó a caminar a un paso bastante acelerado.

—¿No tienes frío?—preguntó Sam observando su camisa azulada.

—No, estoy bien—contestó llevando la mano a su bolsillo y sacando la llave de la nave.

Notó que su respiración se aceleraba mientras se acercaban a la puerta. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a reaccionar? ¿Tenía que decir algo?

Aquella situación la estaba enloqueciendo. Notaba aquel cosquilleo en el estómago, un temblor en las piernas, su corazón acelerado. Sabía lo que iba a ocurrir. ¿Tenía que abrazarle primero? ¿Debía hacer algo ella?

Nathan abrió la puerta y le indicó que entrase dentro. Al menos allí se estaba bien.

Cogió la chaqueta de los hombros de ella y comenzó a subir las escaleras.

¿Se suponía que debía intentar no parecer muy desesperada? ¿Y qué ocurría si Nathan no hacía nada? ¿Y si no daba el primer paso? Lo que estaba claro es que ella no lo daría.

Llegaron a la primera planta y se llevó la mano a los ojos colocándola de visera. Aquella horrible luz solar. Casi no podía abrir los ojos.

Notó cómo él le cogía la mano y la conducía hasta su dormitorio. Bueno, aquello era un paso, ¿no? Nathan abrió la puerta de una de las habitaciones y entró sin soltarla de la mano. Cerró la puerta y encendió la luz.

Samantha abrió los ojos finalmente. La habitación era masculina, extremadamente limpia, incluso olía bien, como si tuviese algún tipo de ambientador.

Se soltó de su mano y dio un paso hacia adelante. Observó que tenía unos cuantos libros en una estantería y algunas figuras para sujetarlos y que no cayesen. El otro día cuando había despertado allí, no le había dado tiempo a observar bien.

La cama estaba hecha. Era enorme, igual que la suya. Notó cómo el vello se le erizaba. Desde luego sus intenciones estaban claras, miró de un lado a otro nerviosa, sin saber cómo actuar o qué hacer. Notaba su presencia detrás como si estuviese esperando u observando su espalda.

Se movió algo incómoda y se giró hacia él.

—Una habitación muy bonita—comentó mirándolo de reojo.

Él sonrió.

—Y una cama muy cómoda—apuntó divertido.

Automáticamente, le cogió de la mano, la atrajo hacia él, pero para sorpresa de ella la colocó contra la puerta y la rodeó con sus brazos, como si así evitase que pudiese escapar, se inclinó y la besó de forma apasionada.

Vale, Nathan no se iba con rodeos. Sabía perfectamente a lo que venía.

Notó cómo sus labios se movían sobre los suyos de forma sensual, como si la saborease. El beso que le había dado en el baile, el beso en el aseo, nada podía compararse a aquello, suponía que en parte porque sabía lo que ocurriría después.

Notó cómo la aprisionaba contra la puerta con sensualidad, mientras su mano comenzaba a pasear por su cadera realizando movimientos circulares. Oh, aquellas manos tan rudas, tan fuertes y a la vez tan delicadas y llenas de sentimiento la llevaban a la locura.

Abandonó sus labios y comenzó a descender por su cuello, lentamente, estrechándola más contra su cuerpo y rodeándola totalmente con su brazo. No pudo evitar reír un poco cuando pasó su otra mano por la cintura. Dichosas cosquillas. Nathan volvió a colocar sus ojos frente a ella y le sonrió, posteriormente la volvió a besar de forma apasionada.

Sus labios calientes se difuminaban con los suyos en cálidos besos. Era tan agradable aquella sensación, tan placentera.

Nathan bajó su mano por la pierna de ella, sin poder evitarlo, la flexionó para darle un mejor acceso. Su mano se movía por su músculo mientras sus labios no le daban tregua. Seguro que estaba igual de deseoso que ella, pero parecía tomárselo con calma. Volvió a descender sus labios por su cuello mientras ella se sujetaba con un brazo a su espalda y con la otra mano introducía sus dedos en su cabello.

Nathan la presionó más fuerte con sus caderas cuando notó que tiraba un poco de su cabello. Aquello le gustaba, le gustaba demasiado, y ahora al saber que ella se quedaría se sentía seguro, feliz.

La cogió por la cintura atrayéndola hacia él, distanciándola un paso de la puerta y con un ágil movimiento comenzó a desabrochar la cremallera de su vestido. Durante unos segundos coincidió con los ojos azul cielo de ella. Era preciosa, parecía un ángel. No quería perderla, no quería separarse de ella ni un segundo.

Bajó los tirantes de su vestido y el resto cayó por sí solo. Sus pechos eran pequeños pero

turgentes, su cintura delicada, sus caderas estrechas y su vientre plano. Aquella muchacha parecía estar tallada por uno de los mejores esculpidores del mundo. Las manos de Samantha se movían delicadas e incluso temerosas por el pecho y espalda de Nathan, pero allá por donde pasaban hacía que el vello se le pusiese de punta.

Nathan no lo soportó más, con un ágil movimiento de mano deshizo el nudo de su corbata ampliándolo y se la quitó pasándola por encima de su cabeza. Automáticamente, se desabrochó el primer botón de su camisa, pero hubo algo que le gustó y no se esperaba. Samantha lo cogió de la camisa atrayéndolo hacia ella mientras volvía a recostarse contra la puerta y comenzó a desabrochar sus botones poco a poco. Nathan no lo soportó. Colocó una mano a cada lado, apoyándose contra la puerta y la besó con ansiedad mientras ella iba desabrochando cada uno de los botones. En cuanto llegó al último, Nathan se la quitó con algo de agresividad y la arrojó hacia el otro lado de la habitación con una mano, mientras con el otro brazo la rodeaba a ella por la cintura y la acercaba para besarla.

Sentir aquella piel aterciopelada era exquisito. Samantha era realmente dulce. Pasó su mano sobre el sujetador color carne de ella y notó cómo su pezón se elevaba mientras un gemido salía de sus labios.

Volvió a besar su cuello mientras sus manos se movían a la espalda de ella buscando el broche. En cuanto lo desabrochó dejó caer el sujetador. Pasó la mano por su pecho y lo tomó notando que ella se contorsionaba ante aquel repentino placer.

Nathan la sujetó con su brazo junto a él mientras la besaba con intensidad, sin ningún pudor, introduciendo su lengua y saboreando la suya, llevó su mano hasta sus pantalones y los desabrochó dejando que cayesen al suelo. Sin esperar, la hizo girar y la llevó hasta la cama depositándola sobre ella con cuidado, como si se tratase de un objeto delicado.

Se tumbó a su lado, recostándose un poco sobre ella y acariciando su cuerpo, comenzando por su rodilla hasta acariciar finalmente su mejilla.

Se recostó un poco más para besarla mientras rodeaba su cintura y comenzó a descender por su cuello lentamente. Samantha supo el rumbo que había escogido, hacia dónde se dirigía. Sin poder evitarlo internó de nuevo sus dedos en su cabello oscuro acariciándolo, notando cómo cada vez iba aproximándose más a aquel lugar tan erógeno.

Paseó su lengua por su clavícula y bajó hasta su pecho besándolo hasta que se introdujo el pezón en su boca succionándolo. Samantha arqueó su espalda.

Su lengua recorrió su pezón haciendo que cogiese volumen, que fuese inflamándose en su boca hasta que dio un pequeño mordisco haciendo que Samantha emitiese un grito de placer, pero aquello no era suficiente, quería que se derritiera, fundirse de tal forma con ella que no pudiesen identificar de quién era cada mano, cada boca, cada corazón.

Samantha acarició su hombro y lo besó repetidas veces mientras Nathan continuaba con su

particular tortura, una tortura exquisita.

Bajó la mano por su estómago hasta llegar al ombligo, en ese momento Samantha se tensó. Nathan la miró y la volvió a besar esta vez con más ternura mientras iba bajando su ropa interior poco a poco.

En un rápido movimiento se deshizo también de su ropa interior colocándose de nuevo a su lado. Ella le miraba con los ojos entreabiertos, totalmente desnuda a su lado. ¿Cómo había podido vivir todo aquel tiempo sin ella? Ahora mismo no se imaginaba una vida donde ella no estuviese, donde no pudiese abrazarla y besarla.

Llevó su mano hasta su ombligo y siguió descendiendo mientras volvía a besarla con más premura, notando cómo ella se agarraba a él, cómo sus dedos bailaban en su espalda creando suaves caricias.

Notó de nuevo que se tensaba cuando llegaba a aquella zona tan delicada e introdujo un dedo en su interior despacio, notando que ya estaba casi preparada, aun así, no había llegado el momento, quería que lo deseara con toda la intensidad posible.

Notó cómo sus manos se agarraban fuerte a él ante aquella magnífica sensación y la besó esta vez con fiereza mientras comenzaba a mover el dedo en su interior y de nuevo los gemidos de ella volvían a acompañar los movimientos de su mano.

Samantha notaba que cada vez se iba hundiendo más en aquel cálido mundo donde Nathan la transportaba con cada movimiento. Se abrazó fuerte a él mientras su mano seguía jugando con ella, la atormentaba y los labios de él se hundían en los de ella con fuerza. Por Dios, jamás había sentido tanto placer. Con su expareja había tenido unas cuantas relaciones pero no más que eso, no le habían creado tanto placer ni tantos sentimientos como lo hacía Nathan.

Podía notar su cariño, su amor, y a la vez la firmeza de su cuerpo.

No pudo reprimir el gemido cuando Nathan volvió a atrapar su pezón entre sus labios notando cómo aquel dedo iba cogiendo más velocidad y más destreza.

Se abrazó con fuerza a él, notando aquella mágica sensación extenderse por todo su cuerpo, pero en un determinado momento Nathan abandonó aquella parte tan íntima suya. Estuvo a punto de echarse a llorar cuando notó que aquella mano se alejaba pero, al momento, Nathan la cubrió con su cuerpo besándola.

Notar su cuerpo sobre ella era excitante. Era tan fuerte, denotaba tanta masculinidad, y sin embargo sus movimientos eran delicados y cariñosos.

La besó con intensidad mientras con sus caderas se hacía un hueco entre sus piernas. Volvió a notar aquel temor que había sentido hacía años, cuando tuvo su primera relación, pero al momento se calmó cuando notó aquel beso tan tierno, cómo acariciaba su cabello. Nathan era todo lo que podía desear en un hombre, apuesto, cariñoso, amable, con buen corazón pero a la vez tenía aquella fortaleza, era una persona letal para sus enemigos y aquella mezcla la embriagaba hasta tal

punto que le hacía perder casi el sentido.

Notó las manos de Nathan subir por su cadera, recorrer sus pechos y posteriormente con una mano acarició su cabello y con otra agarró la suya. La observó un segundo y después la besó con una intensidad desbordante, dudaba que alguien pudiese besar mejor que él, un beso tan apasionado pero a la vez tan cargado de sentimiento.

Al momento notó cómo comenzaba a introducirse con cuidado, con una lentitud que incluso le sorprendía. ¿Cómo un hombre de tal envergadura podía ser tan delicado? Ascendió sus ojos hasta los de él, de un color bastante claro en aquel momento y se fundió en un beso delicado, cargado de amor y cariño. Ya no tenía dudas, aquella forma de hacerle el amor solo podía significar una cosa. Le quería. Sí, lo sabía, y ella también le quería a él.

Notó que comenzó a moverse de forma lenta sobre ella, despacio, con movimientos largos. Movié su cuello y fue hasta su oreja cogiendo su lóbulo con los dientes.

Samantha pasó su mano por su cuello y este ladeó su rostro para besarla.

Lo estaba haciendo. Estaban haciendo el amor, aparte de una forma totalmente apasionada. Ella se entregaba por completo de una forma tierna, como ella era. Nathan se elevó un poco en sus brazos para observarla, mientras Samantha paseaba las manos por su espalda. Ahora era suya, nadie se la quitaría jamás. La quería más que a nada, como nunca había amado a ninguna mujer. Ella tenía en su interior tanta fuerza, tanto poder, pero a la vez era delicada, necesitaba de su protección y en parte, su amor, y estaba dispuesto a dárselo al cien por cien.

La besó mientras cogía más intensidad. No había sido consciente de qué fuertes eran sus sentimientos hasta que la había tenido ahí, en su cama, haciéndole el amor.

Notó cómo Samantha se abrazaba a él con fuerza, cómo besaba su hombro de nuevo repetidas veces y ladeó su rostro para observarla. Ella le miró también. No pudo reprimir la sonrisa cuando observó sus mejillas coloradas y sus ojos entrecerrados.

—¿Te gusta?—preguntó sin dejar de moverse.

Observó cómo ella reprimía un gemido.

—Sí. Demasiado.

Nathan se colocó correctamente sobre ella y se apoyó sobre la palma de sus manos observándola fijamente.

—Nunca es demasiado —susurró mientras comenzaba a mover sus caderas de una forma rápida, incluso agónica.

Cómo se notaba que hacía deporte, que estaba acostumbrado a la lucha. Aquellas embestidas eran realmente agresivas, aunque su mirada era tierna. Nathan necesitaba desahogarse, necesitaba recuperar toda una vida sin ella.

Volvió a abrazarla mientras notaba cómo se contorsionaba debajo de su cuerpo, cómo se retorció de placer. Pasó un brazo por debajo de su cuello y otro por su cadera elevándola un poco

para entrar en ella de forma más intensa. Notó que Samantha prácticamente le clavaba las uñas cuando llegaba a su punto más álgido, pero aquello no había hecho más que comenzar para él, y por supuesto, también para ella.

La besó con intensidad mientras ella paseaba sus manos por el pecho de él, un pecho perfectamente trabajado y donde se acumulaba un poco de vello al principio de este. Paseó sus manos por aquellos abdominales bien trabajados, observando cómo se estiraban con cada movimiento suyo. Realmente era un espectáculo verlo en acción, pero también lo era en la cama. Jamás hubiese imaginado que hacer el amor fuese tan gratificante, que pudiese obtener tanto placer.

Volvió a gritar cuando, de nuevo, llegó a aquel momento de auténtico placer. Nathan parecía disfrutar observándola, pues cuando ella abrió los ojos, él la miraba con una extraña sonrisa de júbilo, como alguien que consigue un premio por algo que ha trabajado duro.

Sin poder evitarlo, Samantha pasó su mano por su mejilla, acariciándolo. Nathan ladeó su cuello y atrapó su dedo con sus labios, comenzando a acariciarlo con su lengua mientras no dejaba de moverse sobre ella.

Finalmente lo dejó ir y de nuevo la besó con pasión mientras notaba que comenzaba a acercarse a su propio éxtasis. Se echó sobre ella, intentando no cargarla con su peso mientras hacía sus movimientos más agresivos hasta que un pequeño rugido salió de lo más profundo de su ser. Poco a poco fue descendiendo sus movimientos hasta quedarse paralizado. Notó su respiración algo acelerada, pero le sorprendió bastante lo lenta que se hacía, después de aquel esfuerzo.

Giró su rostro y la besó de nuevo, mientras ella acariciaba su cara. A Nathan le enterneció en extremo aquel gesto y cogió su mano, la llevó hasta sus labios y la besó tiernamente.

—¿Estás bien?—preguntó observándola con infinito amor. Ella le sonrió y aceptó con su rostro, pero le sorprendió ver que aquella risa divertida volvía al rostro de él.—Perfecto.—La besó de nuevo y se colocó de nuevo en posición—.Porque no he hecho nada más que comenzar contigo. —Volvió a besarla y al momento comenzó a mover sus caderas de nuevo.

—¡Pero Nathan!—gritó sorprendida, aunque al momento no pudo hablar más—. Mmmmm..

—Esta vez iremos más despacio —comentó con una mirada realmente lasciva.

Se acercó más a su cuerpo, rodeándole con el brazo su cintura y colocando su pecho desnudo en la espalda de ella. Su cabello olía bien.

Permanecía dormida de espaldas a él, con la respiración acompasada y suave. Había dudado

en girarla para colocarla de cara y poder observarla dormir, pero había preferido no molestarla, parecía tan tranquila. Habían pasado gran parte de la noche haciendo el amor, estaba totalmente exhausta. Ahora, seis horas después, a las once de la mañana, sentía un deseo voraz de volver a hacerla suya, de besarla, acariciarla y hundirse en ella.

Hacia más de un año que no pasaba una noche entera con una mujer, aunque aquello tenía mucho de diferencia. Deseaba que se quedara allí cada noche. Su piel suave estaba un par de grados por debajo de la de él, le gustaba sentir que le infundía calor.

Acarició su vientre con una suave caricia y acercó sus labios hasta su cabello para besarlo. La quería. Parecía imposible cómo en pocos días se había adueñado de su corazón aquella jovencita.

Iba a inclinarse para besar su cuello cuando escuchó que llamaban a su puerta con unos suaves golpes.

Nathan se incorporó de inmediato y miró entre la oscuridad hacia la puerta.

—¿Sí?—preguntó un tanto alto.

Al momento notó cómo Sam se removía.

—Mmmmmmm.

Colocó la mano en su cintura intentando tranquilizarla y que siguiese dormida.

—¿Puedo pasar?—Reconoció la voz de Sean al momento.

Nathan separó su mano de ella y se levantó de inmediato encendiendo la luz de la mesita de noche.

—No.—Medio gritó agarrando sus pantalones y poniéndoselos de forma agitada. ¿Se podía saber qué quería ahora? Los subió hasta su cadera y se los abrochó mientras se dirigía a la puerta. Como se le ocurriese entrar iba a pegarle una paliza. Aunque, pensándolo mejor, lo raro era que no hubiese entrado en su habitación, si por algo se caracterizaban sus compañeros era por interrumpirse los unos a los otros cuando estaban durmiendo, a buen seguro debía saber que Samantha se encontraba allí. Bueno, al menos había tenido el detalle. Pero aquello le hizo pensar, debería ir meditando en la idea de echar el pestillo por la noche. No se fiaba un pelo de sus compañeros.

Abrió la puerta de mala gana, asomando únicamente su rostro con el cabello despeinado y parte de su torso desnudo.

Sean permanecía vestido de forma informal.

—¿Qué quieres?—susurró algo mosqueado.

Sean lo miró intrigado.

—Hay reunión.—Se cruzó de brazos.

—¿Reunión?—Aquello le pilló de improviso—. ¿Ahora?

Sean se encogió de hombros.

—Sí. Ahora—acabó pronunciando mientras una sonrisa inundaba su rostro—. Sam está ahí,

¿verdad?

Nathan enarcó una ceja hacia él.

—¿Tú qué crees?—bromeó.

Puso los ojos en blanco y le dio la espalda mientras se alejaba por el pasillo.

—Pues que venga también—acabó diciendo mientras entraba en el comedor y lo perdía de vista.

Nathan observó en aquella dirección, no podía ver a nadie desde donde estaba, pero sí podía escuchar las voces de muchos de sus compañeros. ¿Qué hacían despiertos? ¿No se suponía que debían estar durmiendo recuperándose de la fiesta de ayer?

De hecho, los había escuchado llegar cerca de las cuatro de la madrugada, pero habían sido bastante silenciosos para sorpresa suya y se dirigieron cada uno a su habitación. Suponía que debían estar cansados, por eso mismo, no entendía qué hacían en un día de descanso levantándose a las once de la mañana.

Cerró la puerta con cuidado y suspiró. Se giró hacia la cama y observó que Samantha le observaba con los ojos medios abiertos, conteniendo un bostezo colocando su mano por delante.

Nathan le sonrió tiernamente mientras caminaba hacia ella.

—Buenos días—susurró sentándose a su lado, cogiéndole la mano.

—Buenos días.—Sonrió.

Le encantaba aquella imagen. Samantha recién despierta en su cama. No se cansaría de verla nunca allí.

—¿Has dormido bien?

—Hacía tiempo que no dormía tan bien—dijo divertida—. Tenías razón con que es una cama muy cómoda.

Nathan rio y agachó su rostro para besarla de forma rápida en los labios.

—Ya. Y supongo que la compañía no ha tenido nada que ver, ¿verdad?—bromeó.

Ella chasqueó la lengua y le sonrió más abiertamente mientras se pasaba una mano por los ojos.

—¿Estás cansada?

—Un poco. ¿Quién ha llamado?

—Sean. Dice que hay reunión.

Ella lo miró aún medio dormida y se encogió de hombros.

—Ah, vale—comentó acabando de sentarse en la cama.

—Luego podrás dormir otra vez—comentó pasándole una mano por la mejilla en forma de caricia. Se acercó para besarla de nuevo y ya se puso en pie dirigiéndose al aseo.

Asistirían a la reunión, escucharían lo que quisieran decirles y se irían de nuevo a la cama. No pensaba salir de aquella habitación hoy, excepto para ir a buscar alimento. Aquello le hizo sonreír.

Abrió el grifo e hizo un cuenco con las manos rellenándolo de agua. Agachó su rostro y se lavó la cara varias veces intentando despejarse. Lo cierto es que estaba bastante cansado.

Cuando elevó su rostro, Samantha estaba bajo el marco de la puerta. Llevaba su ropa interior puesta y se había colocado su camisa azulada, la cual le iba extremadamente grande. Se giró y la miró sonriente.

Ella extendió los brazos hacia él.

—No tengo otra ropa, aparte del vestido.—Puso cara de disgusto.

Él puso cara de fastidio. Vaya, no había pensando en aquello.

—Ahora miro algo para dejarte—comentó apagando el grifo y secándose la cara con la toalla.

Avanzó hacia ella caminando por debajo del marco de la puerta, y cuando pasó por su lado, colocó una mano en su trasero atrayéndola hacia él durante un segundo. Apretó su trasero mientras le sonreía.

—Mmmm... qué tierno—comentó mientras le daba una palmadita. Lo soltó y fue hacia el armario—. Me da ganas de hincarle el diente.

Ella rio por aquel comentario mientras iba hacia la pica del baño y abría también el grifo.

Nathan buscó. De todas formas, sus compañeros ya sabían que ella estaba allí, estaba claro, y si no lo sabían no dudaba en que Sean los habría puesto al corriente en aquel momento.

Cogió una camiseta azul de deporte y se la enfundó. Escogió una camiseta roja, la cual le iba bastante ajustada y la depositó sobre la cama para Sam. Se quitó los pantalones y se colocó unos, dejando otros para ella.

Se giró y observó que se estaba secando la cara con la toalla. Al momento comenzó a deshacerse el recogido que aún llevaba de ayer, extrayendo horquillas de forma rápida y ordenada de entre sus cabellos. Desde allí la vista era impresionante. Al alzar los brazos hacia su cabeza, la camisa se elevaba dejando al descubierto aquel hermoso trasero.

Cerró el armario sin perder de vista a Samantha y se cruzó de brazos apoyándose contra él. Samantha acabó de deshacerse el recogido y luego lo observó a través del reflejo del cristal.

—¿Puedo ducharme ahora?

Nathan negó mientras se dirigía hacia el aseo de nuevo.

—Mejor luego. Ahora nos esperan—dijo colocándose detrás suyo.

Samantha puso cara de disgusto y comenzó a hacerse una trenza, al menos de aquella forma no se notaría tanto el desorden que tenía en el pelo. Agarró el final de la trenza con unas cuantas horquillas y justo cuando iba a darse la vuelta, notó cómo Nathan se inclinaba hacia ella besándole el cuello. Sus dos brazos la rodearon, uno por su cintura y descendiendo peligrosamente hacia abajo y otro a la altura de sus pechos, y con la mano comenzando a masajear uno por encima de su camisa.

Samantha se echó hacia delante por el impulso debiendo colocar las manos sobre el mármol,

apoyándose para no perder el equilibrio. Al momento comenzó a reír, más bien por la sorpresa de aquel arrebato.

—Nathan.—Rio divertida mientras él iba besando su cuello y masajeando su pecho.

—Sam—susurró él en su oído mientras descendía su mano y luego la subía lentamente por debajo de su camisa hasta agarrarle un pecho desnudo.

—Ah—gimió cuando lo notó.

Llevó su mano hasta el cuello de él y la ascendió para acariciar su cuero cabelludo mientras iba introduciendo su otra mano por dentro de su ropa interior.

—Me encanta que te pongas mi ropa.

Ella parecía volver a adentrarse de nuevo en aquel maravilloso mundo.

—Eso no suena muy bien—susurró pareciendo adormilada, con los ojos cerrados, el cuello hacia un lado mientras él lo besaba y acariciaba su cabello.

—Sonaría peor si la que lo dijese fueres tú. —Rio él, mientras la desnudaba de cintura hacia abajo.

Pudo ver en el reflejo cómo ella sonreía por su comentario pero al momento entreabrió los labios por el placer de su contacto, cuando sus dedos comenzaban a recorrer aquella zona tan sensible.

—Nathan—gimió—. La reunión. Nos... nos esperan.

Él volvió a recorrer todo su cuello hasta que llegó a su oreja y la mordió suavemente, al momento introdujo un dedo en su interior haciendo que Samantha tuviese que apoyarse más en el mármol.

—Voy a ser muy rápido—susurró—. Luego ya nos lo tomaremos con más calma.

Le indicó con un movimiento de mano que se inclinara hacia delante, colocando su pecho casi apoyado en el mármol. Podía notar la mano de Nathan en su espalda mientras acababa de quitarse la ropa. Para estar un poco más cómoda colocó su mejilla en el mármol, estaba algo frío, pero no le importaba. Era impresionante cómo en cuestión de segundos podía pasar de estar prácticamente dormida a estar deseosa de que le hiciese el amor, y más con aquellas palabras que prometían un arrebato descomunal de sexo.

Se acercó a ella y colocó una mano por delante de donde tenía colocado su rostro manteniendo el equilibrio.

Samantha notó cómo ascendía la camisa que llevaba de él, subiéndola por la espalda para facilitarle el trabajo y al momento notó que comenzaba a introducirse con bastante fuerza.

—Ahhh—gimió de placer cuando lo notó en su interior. En aquella postura podía sentirlo con más intensidad.

Se removió nerviosa al hacerlo de aquella forma tan intensa pero Nathan se echó hacia delante colocando cada una de sus manos sobre las suyas, como si la sujetase para que no se moviese.

—Shhhh—susurró al ver que ella gemía. Luego observó a través del espejo que la puerta del aseo estaba abierta, con un ligero movimiento de pie la cerró. Al menos, así habría menos posibilidades de ser escuchados. Echó la vista hacia delante y la observó en el espejo. Ella lo observaba atentamente, como si estuviese nerviosa.

Ella escondió su rostro hacia abajo mientras un gemido salía a través de sus labios. Nathan frenó un poco.

—¿Te he hecho daño?—preguntó preocupado.

—No, no...

Aquello le calmó mientras una sonrisa inapropiada inundaba su rostro.

—Entonces, ¿sigo?

—Sí.

Soltó una de sus manos rodeándole la cintura y haciendo que no pudiese moverse, inmovilizándola y cogiendo más velocidad.

Notó cómo la mano de ella se entrelazaba con la suya, apretándola.

Oh, aquello era lo que necesitaba cada mañana. Quizás no de aquella forma tan brutal, no quería hacer el amor con ella de aquella forma, pero la necesitaba en aquel preciso momento y no disponía de tiempo. Luego se lo compensaría, de hecho, pensaba compensárselo muchas veces.

Samantha notaba su respiración agitada, su corazón a mil por hora. Menuda forma de comenzar el día. Creía que era el mejor despertar que había tenido en toda su vida.

Se incorporó levemente y se observó en el espejo. Sus mejillas habían recuperado un tono rosado, desde luego, aquello era capaz de resucitar a un muerto.

Nathan la contemplaba apoyado en su espalda. La miró y sonrió.

—Te he dicho que sería rápido—susurró incorporándose con una sonrisa.

Ella se giró levemente y le guiñó el ojo.

—Ha estado bien—dijo algo tímida, luego se mordió el labio—. Es una buena forma de despertarse.

Él enarcó una ceja y salió de ella mientras daba un cachete en su trasero. La hizo girarse y esta vez la besó, pasando su mano por su cabello y acabando por acariciar su mejilla.

—Lo siento. Tú te mereces que te traten con más cariño.

—Que no Nathan, en serio, que me ha gustado mucho—volvió a decir, divertida.

Él sonrió más abiertamente y se pasó la mano por la mejilla, acariciando una barba invisible, como si se quedara pensativo.

—Ya veo, bueno...—Se encogió de hombros—. Tomo nota.—Le guiñó el ojo.

Después de hacer todo lo necesario en el lavabo para asearse, Samantha fue hacia el dormitorio donde se puso la ropa que él le había prestado. Él ya estaba al lado de la puerta esperándola. Se puso la camiseta, los pantalones y unas zapatillas de andar por casa que le había

dejado a los pies de la cama. Tras vestirse, se observó a sí misma.

—Parezco un payaso.

Él sonrió.

—Estás adorable.—Luego hizo una mueca graciosa—. Desde luego así vestida no pareces un potenciador.

Ella lo miró con burla caminando hacia él.

—Así vestida no parezco ni una chica.

Nathan le sonrió pero antes de que ella abriese la puerta para salir al exterior, la detuvo.

—Espera—dijo algo serio, apartando todo rastro de sonrisa de su rostro—. Quiero decirte una cosa. —Ella lo miró algo sorprendida—. No estoy muy acostumbrado a decir este tipo de cosas... —acabó reconociendo, lo cual le sorprendió aún más. ¿Nathan tímido? ¿Desde cuándo?—. Pero bueno, digamos que para mí esta noche ha sido muy especial. —Acabó sonriendo. Ella lo miró intrigada, ¿esta noche? ¿Esa única noche? ¿Qué significaba aquello? ¿No quería volver a verla?

Samantha lo observó de arriba abajo sin saber bien qué decir.

—¿Qué significa eso?—preguntó directamente—. ¿Paso a contribuir la larga lista que comenzaste con dieciséis años?—preguntó bastante tímida.

Nathan abrió de forma desproporcionada los ojos.

—¡No! ¡Por Dios, Sam!—Resopló y se pasó la mano por su rostro—. Desde luego eso te caló hondo —bromeó, pero ella parecía estar bastante intrigada, así que volvió a su tono de voz serio—. Digamos que... contigo creo que doy por cerrada la lista.—Acabó sonriendo al final.

Ella lo miró fijamente y luego sonrió. Se cruzó de brazos y adoptó una postura bastante graciosa.

—¿Significa que no hay más vacantes para nuevas chicas?

Él la miró divertido, arqueando una ceja y acercándose con una actitud un tanto prepotente.

—Solo tú.—Luego se cruzó de brazos él—. Si te parece bien que ostente el monopolio, claro.

Ella se echó a reír y luego suspiró.

—Ya—comentó colocándose a su lado. Se encogió de hombros adoptando un tono de broma—. Tendré que pensarlo.

Pero él se puso serio al momento.

—¿Pensar qué?

—Es broma—respondió rápidamente, sorprendida por su brusco cambio de humor—. Caray, qué posesivo, ¿no?—Le guiñó el ojo y se acercó a él. Se puso de puntillas y besó su mejilla.

Nathan giró su rostro y atrapó sus labios dándole un beso.

—Posesivo tampoco—dijo acariciando su nariz con la suya—. Yo diría más bien que protejo lo que me importa. Vamos, nos esperan.

Abrió la puerta con una gran sonrisa. Ahora ya estaba más o menos tranquilo. Sabía que gracias

a Josh se quedaría con ellos, la tendría para él. Si hubiese imaginado aquello hacía tres escasas semanas jamás lo hubiera creído. Pero sí, había encontrado una mujer que cumplía todas sus expectativas. Era hermosa, pero era su enorme corazón lo que le tenía hipnotizado, aquel sentimiento de protección que sentía hacia ella.

Caminó con las manos en los bolsillos por el pasillo, observando aquella leve sonrisa que también aparecía en su rostro cuando coincidían la mirada. Sin poder evitarlo su mano voló hacia la de ella cogiéndola en una muestra de cariño.

Llegaron hasta el comedor, donde todo el equipo esperaba tomando un café y se giraron para observarlos entrar.

Nathan lo detectó al momento. Los miraban de forma sospechosa, incluso asombrados. Brad incluso había arqueado una ceja hacia él.

Nathan suspiró y miró directamente a Sean, el cual se encontraba apoyado contra el mármol, de brazos cruzados y con una sonrisa algo traviesa. Pensaba que Sean les habría comentado algo, que así le sería ese momento más fácil, pero, maldito fuese.

Soltó su mano y caminaron hasta la barra americana, notando cómo todos lo observaban pasmados.

Llegó hasta ellos y se cruzó de brazos colocándose al lado de Samantha. Miró a cada uno de sus compañeros, incluso a los nuevos, los cuales miraban furtivamente de Samantha a él, sin pronunciar palabra. Miró directamente a Sean con gesto de pocos amigos y suspiró.

—¿Sean no os la ha dicho?—preguntó divertido—. Samantha y yo estamos juntos—explicó—. Pensaba que os lo había dicho.—Se encogió de hombros.

Las miradas volaron en ese momento hacia Sean el cual lo miraba esta vez enarcando una ceja. Puso las manos delante de él como si se protegiese de aquellas miradas acusadoras.

—Eso es un asunto de ellos.

Nathan suspiró mientras cogía un taburete y lo colocaba al lado del suyo, le señaló a Samantha que se sentase a su lado y buscó entre todos a Josh.

—¿Dónde está el jefe?—preguntó confuso.

Brad se apoyó contra la barra.

—Josh está celebrando su luna de miel—comentó con una sonrisa—. Me ha pedido que vayamos a revisar los edificios del escondite de los vampiros, durante el día—acabó diciendo.

—¿Hoy?—preguntó Nathan.

—Hoy.—Se puso erguido y cogió la taza de café que estaba tomando—. Sería entrar e intentar colocar alguna bomba ya en las diferentes plantas. Mañana o pasado, cuando Josh vuelva con nosotros pondríamos por la noche las bombas en el subterráneo y lo volaríamos por los aires.—Se encogió de hombros—. Suponemos que deben estar escondidos en el subterráneo, así que no habrá problemas.—Señaló a Adrien—. Tenemos diez bombas solares. Suficientes para hacer

desaparecer ese lugar y todo lo que haya en su interior.

—Pero ¿hoy?—volvió a repetir.

Brad lo miró con una sonrisa maléfica.

—¿Tenías mejores planes?—se burló.

—Pues sí, la verdad es que sí—respondió divertido.

Ryan colocó una mano sobre el hombro de Nathan.

—Tenemos pensado ir ahora. Observamos el lugar, colocamos alguna bomba que otra y nos marchamos.

—El resto del día libre —apuntó Brad.

Nathan suspiró.

—¿Y Josh cuándo vuelve?

—Mañana seguramente. Hoy iban a comer a casa de su familia. Y Josh quiere dejarlo listo antes de irse de viaje la semana que viene.

Nathan resopló y se pasó la mano por la frente.

—Está bien, qué remedio.—Miró un segundo a Samantha, la cual permanecía callada a su lado y luego miró al resto de sus compañeros—. ¿Cuándo salimos?

—Ya.—Brad miró divertido a Samantha—. Oye cielo, mejor que te cambies de ropa.

—Sí, ya lo sé—apuntó cohibida.

—Por cierto, felicidades. Josh nos comentó que te quedarás con nosotros.—Todos sonrieron al momento y aceptaron con su rostro—. Nos alegramos muchísimo.—Luego señaló a Nathan—. Y ahora más aún, sino a ver quién soporta a este si te tienes que marchar—acabó bromeando mientras Nathan se ponía en pie y chasqueaba la lengua—. Bueno, preparaos. Salimos en diez minutos.—Miró hacia el grupo nuevo—. ¿Habéis cargado las bombas en los todoterrenos?

16

Jason conducía tranquilamente el vehículo rumbo a aquellos edificios, en lo alto de una pequeña montaña. Siendo de día el lugar asustaba menos, la oscuridad podía convertir cualquier paisaje radiante en tenebroso.

El bosque abundaba a cada lado de la carretera. Samantha se acercó a la ventana y observó que se encontraban casi en lo alto de la colina.

El *GPS* para vampiros estaba encendido y de momento no marcaba nada. Aún se encontraban alejados, pero tenían toda la razón queriendo visitar aquella zona de día. Notó cómo el vello se le ponía de punta al recordar lo que había ocurrido la última vez que había estado ahí. Habían intentado llevársela y Nathan había ido en su búsqueda. Observó su perfil, serio. ¿Debía considerarlo su pareja? Estaba claro que aquella última conversación la había dejado confundida. Él lo había dejado claro, solo quería estar con ella pero ¿eso los convertía en pareja? ¿Tenían una relación seria? Se quedó pensativa unos segundos mientras le observaba, hasta que Nathan tuvo que notar la mirada de ella y se giró para observarla. Se había puesto unos tejanos, un suéter color salmón y el abrigo largo marrón. Estaba realmente preciosa, vistiese como vistiese.

—Mirad el radar—comentó Jason.

Las miradas volaron hacia él. Volvía a detectarse aquella mancha azul que indicaba la gran cantidad de vampiros que había bajo aquellos edificios.

Samantha se quitó el cinturón y miró un segundo hacia Jason, algo preocupada.

—Seguro que con la luz del sol no saldrán, ¿verdad?

—No. Tranquila. Como mucho pueden salir con una luz muy tenue y bien protegidos. Ahora hay demasiada luz para ellos.

—¿Y por qué no los matamos ahora?

Christopher la observó.

—Ya barajamos la idea, pero es un subterráneo bastante profundo. Se encuentran en el tercer subterráneo, por lo tanto en el primero y en el segundo podrían atacar. —Se giró hacia delante observando el radar—. Es mejor esperar a que anochezca y salgan o suban a las plantas altas para introducir unas bombas allí y pillarlos de improviso. Si no, sería muy peligroso.

—Ah.

—Demasiados vampiros—continuó Jason—. Aunque contemos contigo.—Le sonrió.

Ella le devolvió la sonrisa y se sentó en el asiento. Al momento, su mirada voló hacia la derecha, donde aparecían aquellos altos edificios. Eran tres, aunque uno de ellos era el más alto.

—¿Están abandonados?—preguntó de nuevo.

Nathan la observó un segundo y después volvió su mirada hacia la ventana.

—Estaban construyéndolos, pero la constructora quebró. Hace mucho tiempo que se iniciaron las obras y no los acabaron. Creo que iban a ser oficinas o... algo así.

Giraron una curva y detuvieron los dos todoterrenos ante aquellos edificios. Corría bastante viento, helado, aún quedaba parte de la nieve de la tormenta del otro día sobre la acera.

Nathan se situó al lado de Samantha, la cual se estaba abrochando el abrigo rápidamente.

—Es muy alto—le comentó.

Nathan le miró y le sonrió.

—Sí.

Parte del equipo se puso en movimiento abriendo los maleteros. Sean abrió la trampilla y comenzó a extraer unas pequeñas pelotas blancas, muchos más pequeñas que un puño.

Samantha se acercó para observar.

—¿Son las bombas?

Sean la observó mientras el resto de los compañeros los rodeaban.

—Sí—comentó mostrándosela. Hizo girar la parte de arriba dejando al descubierto el interior. Infinidad de cables y una pequeña pantalla apagada—. Brad, ¿las programamos?

—Mañana a la una de la madrugada—comentó cogiendo otra bomba que extraía de debajo de la trampilla. Les mostró las pequeñas bombas al resto del equipo—. Programadlas.

Nathan introdujo la mano en la trampilla y extrajo una abriéndola tal y como había hecho Sean.

—Tenemos diez—continuó Brad—. Dejaremos cuatro para colocar en los pilares del subterráneo mañana.

Todos abrieron las bombas y tocaron una serie de botones programándolos para que la explosión se realizase a la una de la madrugada.

—Mañana, para cenar... vampiro frito—apuntó Ryan divertido mientras acababa de programarla—. ¿Y dónde se supone que las vamos a dejar?

Sean le mostró de nuevo la bomba y la hizo girar para mostrarle la parte inferior.

—Quitamos el velcro y se enganchan al pilar. He pensado que lo mejor sería colocarles en la parte alta, así no las verán tan fácilmente.

—O en esquinas—propuso Adrien.

Brad fue hacia el maletero y comenzó a pasar unas cuantas pistolas y dagas a cada uno de ellos, cerró el maletero del todoterreno y miró hacia el edificio.

—Colocaremos dos en la primera planta, dos en la segunda y dos en la tercera. —Se giró y observó a Samantha, automáticamente abrió la puerta del conductor y le pasó un walkie, pero detectó que la mirada de ella descendía hacia las armas que se había colocado en el cinturón de su pantalón—. Ahora no tiene por qué haber peligro. Quédate aquí y avísanos de cualquier anomalía en el radar.

Ella aceptó cogiendo el walkie, aunque su mirada voló hacia Nathan. En ese momento notó algo de temor. Sabía que no ocurriría nada, que en ese momento los vampiros no podían salir al exterior, pero no quería tener que ver cómo se marchaba a ese edificio donde unos metros más abajo había cientos de vampiros sedientos.

—No tardaremos—dijo Brad al detectar aquella mirada asustada. Se giró hacia sus compañeros—. Nos dividiremos por plantas. Taylor, Jason y Ryan, a la primera planta. Sean, Adrien y Christopher, a la segunda. Nathan, Nicholas y yo a la tercera. Intentad esconder las bombas en un lugar que no sea muy visible. Sed rápidos y silenciosos.—Dicho esto comenzó a caminar hacia el edificio, situado a pocos metros de donde había aparcado.

Nathan se giró hacia ella, la cual lo miraba de forma tímida y asustada. Le cogió la mano y le sonrió intentando tranquilizarla.

—Vuelvo enseguida. —Tuvo verdaderos deseos de besarla pero se controló, sobre todo cuando escuchó la voz de Ryan gritándole.

—Vamos, don Juan.

—Ryan, por dios, mantente callado. ¿No has entendido que hay que ser silenciosos?—le riñó Brad.

Ryan hizo un gesto de desagrado.

—Perdón, perdón.

Nathan sonrió hacia él y volvió a girarse hacia Samantha, la cual se había sentado en el asiento del conductor, y con la mano que tenía libre agarraba el walkie. Estaba tan hermosa, tan adorable, incluso con aquella expresión de preocupación. ¡A la mierda lo que le dijese sus compañeros! Se acercó con un movimiento rápido y sujetó su rostro besándola directamente en los labios. Ella pareció asustarse al principio, pues no lo esperaba, pero luego se relajó sintiendo aquellos labios húmedos y calientes. Se separó de ella con una sonrisa mientras acariciaba su cabello.

—No te marches sin nosotros, eh—bromeó, a lo que le correspondió con una sonrisa y negando con su rostro—. No tardamos nada. Avísanos si ocurre algo.

Se giró y se desplazó hasta sus compañeros los cuales avanzaban hacia el edificio, ascendiendo los pocos escalones hasta la puerta principal.

Samantha se quedó sentada en el coche, observándolos. Pudo ver cómo Sean extendía un brazo por encima de los hombros de Nathan en un gesto cariñoso. La verdad es que eran todos encantadores. Estaba agradecida de que Josh le hubiese dado aquella oportunidad, de que la hubiesen acogido de aquella manera, aunque también, estaba segura que tenía mucho que agradecerle a Nathan.

Lo observó unos segundos, antes de que todos entrasen en aquel edificio con movimientos rápidos y ágiles.

Se giró, cerró la puerta y se colocó observando el GPS con el walkie en la mano. No pudo

evitar tensarse al comprender lo que significaba aquella mancha azul, la de cantidad de vampiros sobre los que sus compañeros se estaban moviendo. Los había visto en acción, sabía que eran letales, pero no podía evitar sentirse asustada por su seguridad. Inspiró intentando relajarse y se hizo un ovillo en el asiento.

Sin poder evitarlo dejó que su imaginación volase a la noche de ayer. Habían hecho el amor repetidas veces, incluso creía que había hecho el amor medio dormida. Recordaba estar soñando y al momento sentir los labios de él deslizarse por su cuello. Sí, sabía que eso había sido real. Había sido tan cariñoso, le había hecho el amor de tantas y distintas formas. Cariñoso, atento, delicado, y luego, aquella mañana con una furia y un deseo que aún le hacía temblar. Lo deseaba. Le quería. Aquella forma en que le acariciaba, en la que la besaba. Jamás se había sentido así. Jamás había estado con un hombre de verdad. Michael, su pareja durante un año de facultad era muy distinto, no se había preocupado por ella, ni siquiera las pocas veces que habían mantenido relaciones se había preocupado por hacer que disfrutase. Nathan era totalmente diferente, disfrutaba haciéndola gemir. Se sentía protegida, querida, y eso jamás lo había experimentado. Después se dio cuenta que durante aquellos últimos días los recuerdos dolorosos se habían difuminado. Seguían allí. Sabía que seguirían siempre, pero era como si le hubiesen dado una tregua, como si ahora se sintiese en paz consigo misma. Había encontrado su destino, y eso, se lo debía al hombre que amaba.

Observó la masa azul, cómo brillaba con fuerza un segundo y al otro parecía difuminarse. Realmente, cuando eras consciente de lo que aquello significaba era terrorífico. Aunque sabía de lo que era capaz se sentía indefensa. Debía practicar y aprender a hacerse fuerte. De esa forma no solo podría protegerse ella, sino a todos.

Mañana harían volar ese edificio por los aires, y con suerte, los vampiros desaparecerían de New York, o casi todos. Sabían que sería muy difícil que todos se encontrasen en ese momento allí, pero sí una gran parte.

Casi dio un bote en el todoterreno cuando escuchó unos golpecitos en el cristal. Se giró asustada para observar que Nathan lo golpeaba con una sonrisa.

Esperó a calmarse unos segundos y abrió la puerta observando a todo el equipo.

—¿Ya está?—preguntó impresionada por la rapidez con la que habían actuado.

—Sí—respondió ayudándola a bajar del asiento del copiloto.

—Qué rápidos sois.

Brad se acercó donde ella estaba y observó el radar.

—¿Ha habido algún movimiento?

—Ninguno.

—Ni se han enterado—pronunció Taylor con una sonrisa—. No saben lo que les espera mañana. —Al momento levantó la palma de su mano y la chocó con Adrien mientras ambos reían.

Brad los miró sonriente.

—Bueno, pues por hoy ya está. Le comunicaré a Josh que hemos dejado las bombas. Lo que queda del resto del día... a disfrutar—dijo con una sonrisa, y automáticamente miró a Nathan y enarcó una ceja.

Estaba totalmente voraz. En la boda no había cenado mucho, y aquella mañana no había tenido ni tiempo de desayunar, así que estaba bastante hambrienta. Cada una de las salchichas que Nathan iba poniendo en su plato la iba engullendo. Nathan cogió de nuevo la bandeja de patatas fritas y la volcó sobre el plato de Samantha la cual ya lo miró con ojos entrecerrados.

—¿Estás intentando que explote?—preguntó Sean cogiendo otra salchicha divertido.

Samantha sonrió hacia él por ese comentario y miró de reojo a Nathan el cual depositaba la bandeja de patatas con cuidado sobre la mesa.

—Tiene que recuperar fuerzas.—Sonrió abiertamente hacia él, a lo que Sean puso los ojos en blanco.

Samantha decidió obviar ese comentario, ya comenzaba a darse cuenta que bromeaban constantemente el uno con el otro. La verdad es que era bastante divertido escucharlos. Pero al momento se puso tensa. Notó cómo Nathan bajaba su mano hasta su rodilla, por debajo de la mesa y comenzaba a masajearla. No pudo evitar mirar de reojo a Nathan, el cual aún sonreía abiertamente a Sean, como si no estuviese haciendo nada.

Apartó la mirada de él lentamente y cogió su vaso de coca cola, pero estuvo a punto de atragantarse cuando notó la mano de Nathan subir por su muslo, trazando suaves caricias circulares. ¡Por el amor de Dios! Depositó el vaso con un golpe en la mesa, lo cual hizo que el resto del equipo la observasen un segundo. Sonrió de forma tímida y llevó su mano hasta la de él, agarrándola e intentando quitarla de su pierna. La estaba poniendo de los nervios.

Sean los miró enarcando una ceja, sin comprender bien lo que ocurría ahí.

Samantha pellizcó la mano de él para que se detuviera pero lo único que recibió fue un golpe suave en su propia mano por Nathan y después la cogió para apartarla y continuar con su peculiar camino de ascensión.

¡Maldito fuera! Samantha lo fusiló con la mirada. Él parecía tranquilo, llevándose la salchicha a la boca y comiendo mirando al frente, con su peculiar sonrisa, pero aquella mano seguía subiendo.

Samantha suspiró y volvió a golpearle la mano para que se detuviese. ¡Sería descarado!

Se acercó un poco a él.

—Para—ordenó con los dientes apretados.

Nathan le correspondió con una sonrisa y enarcó una ceja mientras se llevaba la salchicha a la boca de nuevo.

—¿Que pare de qué? —bromeó.

Samantha resopló y miró de reojo a Sean, el cual estaba sentado frente a ellos y los miraba divertido.

—Ya sabes a lo que me refiero.

Nathan se arrimó a ella, hacia su oído.

—Suerte que no llevas falda—susurró.

Automáticamente, las mejillas de Samantha se tiñeron de rojo. ¿Cómo podía tener tanto descaro? Todos estaban allí, incluso Nicholas, aunque no parecían prestarles atención, el único que lo hacía era Sean, el cual los seguía estudiando.

Samantha se pasó su mano libre por la frente apartando un mechón con cierto temblor y llevó su mano hasta su tenedor.

—Estate quieto o te pego un chispazo.—Le amenazó con una sonrisa.

Nathan se puso serio y apartó la mano con disgusto. Apoyó la cabeza en su mano, girando su rostro hacia ella, estudiándola.

—Vamos a tener que dejar claras unas cosas tú y yo.—Esta vez fue Samantha la que arqueó una ceja hacia él.

—Sí, creo que sí—afirmó ella.

Sean se arrimó a ellos colocando su cuerpo un poco por encima de la mesa.

—¿Va todo bien chicos?

—Sí, perfectamente—contestó Nathan divertido, aún asombrado con la amenaza que le había hecho Samantha. Aunque sabía que estaba bromeando le sorprendía bastante.

—No—respondió Samantha con una sonrisa hacia Nathan, luego miró hacia Sean.—Tenemos diferentes opiniones sobre una cosa.

—¿Sobre qué?—preguntó Sean.

—Modales en la mesa—contestó rápidamente antes de que Nathan pudiese hablar.

Sean los miraba atentamente, hasta que una mirada traviesa atravesó sus ojos.

—Apuesto a que sí.—Miró al resto de sus compañeros—. ¿Y de los tortolitos que se sabe?

Brad dio un sorbo a su copa de vino.

—Vendrán dentro de un rato.

—¿Le has dicho lo de las bombas? —preguntó Jason.

—Claro—contestó Brad. Se apoyó contra la silla y resopló—. Buff, me he puesto como un cerdo—acabó riendo mientras miraba a Lucy. Llevó su mano hacia la suya y la tomó—. Una buena siesta no iría mal.

Nathan miró de reojo a Samantha, la cual volvía a menear el tenedor entre las patatas.

—¿Vas a comer más?

—No.

—¿Te apetece echar una cabezada?

Ella aceptó gustosa.

Al momento todos se pusieron en pie recogiendo el comedor y la cocina.

En cuanto Nathan introdujo en el lavavajillas su plato y el de ella, se giró, la cogió de la mano y sin decir nada más caminó con cierta urgencia hasta su dormitorio. Samantha se giró hacia el resto de sus compañeros para observarlos, dándose cuenta que ni siquiera habían reparado en que ellos se marchaban.

Al abrir la puerta la dejó pasar primero sin soltarla y cerró.

Samantha le sonrió, pero cuando intentó soltarse de su mano para dirigirse hacia la cama, Nathan la atrajo hacia él rodeándole con un brazo la cintura y haciéndola caminar de espaldas hacia el escritorio. Ella lo miró sorprendida y divertida, pero al momento su gesto se tornó serio cuando vio que ni un ápice de diversión recorría los ojos de Nathan.

—¿Qué pasa?—preguntó chocando contra el escritorio.

Él enarcó una ceja y finalmente emitió una leve sonrisa. Desde luego no le gustaba nada verlo serio, aunque sabía que no tenía nada que temer junto a él, verle en aquella actitud incluso asustaba.

—¿Qué significa eso de que me darás un chispazo?

Ella lo miró sorprendida y luego se echó a reír de forma descontrolada.

—Es una forma de hablar—acabó diciendo divertida.

—Mmmmm...—Adoptó una postura condescendiente y puso un brazo a cada lado suyo, inclinándose hacia ella, acercándose peligrosamente a sus labios y haciendo que arquease su espalda—. Eres una chica mala—bromeó en un susurro cargado de deseo.

Ella chasqueó la lengua.

—No soy mala.

Le besó tiernamente y se separó unos centímetros de ella.

—Un poco sí. Me has estado torturando durante toda la comida.

Samantha le miró confundida.

—¿Cómo?—No entendía nada.

Él la miró de forma traviesa y comenzó a reírse.

—¿De verdad no lo entiendes?—Ella negó y al momento, él hizo el gesto imitándola coger el tenedor y meterse una salchicha en la boca.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y se echó a reír.

—¿En serio?—Estalló en una carcajada—. Vamos, Nathan, no puedes estar hablando en

serio...—Pensaba que se iba a ahogar de la risa.

Él la seguía mirando divertido.

—A partir de ahora voy a prohibir que hagan salchichas para comer, por dios... pensaba que iba a morirme—acabó bromeando él también.

Samantha se pasó la mano por los ojos limpiándose las lágrimas y lo miró fijamente pero no pudo contenerse y volvió a reír a carcajada limpia ante la atenta mirada de él, el cual también se reía aunque no de una forma tan estridente.

Cuando logró calmarse inspiró de forma tranquila, intentando controlarse.

—¿Por eso tenías la mano tan juguetona?—Nathan le sonrió abiertamente—. Hombres, siempre pensando en lo mismo.

Él chasqueó su lengua y volvió a besarla.

—La imagen dejaba volar la imaginación.

—Y a ti, imaginación no te falta, ¿verdad?

—Me sobra.—Volvió a sonreírle. Automáticamente, en un movimiento excesivamente rápido la atrapó por la cintura elevándola, pero lo que ella no esperaba es que la cogiese en volandas y la arrojase en la cama.

Samantha cayó sobre el duro colchón, aún sorprendida de lo que acababa de hacer. Se incorporó al momento.

—¿Pero qué haces?—preguntó algo furiosa hacia él.

Al momento Nathan se quitó la camiseta arrojándola al otro lado de la habitación mientras hacía lo mismo con las bambas.

—Adivina, chispita—comentó mientras se acercaba a la cama y se echaba sobre ella.

—¿Chispita?

—Sí. Chispita.

No tuvo ni tiempo para contestar, al momento la cubrió con su cuerpo e inclinó su rostro hasta atrapar sus labios en un cálido y apasionado beso.

La besó de forma apasionada, recorriendo con su lengua los labios de ella con cierta urgencia.

Bajó su mano por su cintura y subió su camiseta, la elevó levemente con su otro brazo y se la quitó por la cabeza. Era tan esbelta, tan hermosa y... era suya, jamás permitiría que le hiciesen daño, ella se había convertido en lo más importante en su vida.

Se había dado una ducha rápida y se observaba en el espejo mientras se hacía una cola alta. Nathan apareció detrás de ella en cuestión de un segundo.

—¿Has dormido bien?—preguntó sin soltarla.

Había sido solo un par de horas después pero le habían sentado de maravilla. Tenía las mejillas sonrosadas, la piel reluciente y un extraño brillo en los ojos que sin duda reflejaba la felicidad que sentía en aquellos momentos. Desde que lo había conocido.

—Mucho.

Esa respuesta se ganó otro tierno beso en la mejilla. Nathan se cruzó de brazos y se apoyó contra el mármol, se había puesto los tejanos, pero ni siquiera los había atado correctamente. Tenía poco bello en el pecho. Le encantaba cómo se marcaban aquellos músculos. La observó fijamente mientras aquella sonrisa traviesa atravesaba su rostro.

Samantha observó a través del cristal cómo se movía por la habitación, y abrió el armario, extraía unos jerséis, unos calcetines, ropa interior limpia...

—¿Qué te parece si salimos a cenar?—preguntó Nathan mientras se ponía una camisa negra y comenzaba a abrocharla—. Supongo que se te habrá abierto el apetito.

Samantha acabó de anudarse la goma formando una cola alta y se giró para salir del aseo.

—La verdad es que me has abierto el apetito, sí.

Nathan se sentó sobre la cama para colocarse los calcetines mientras no la perdía de vista, caminando por la habitación con sus pantalones negros y su camiseta de manga corta color rosado.

Fue hacia el armario y observó su interior. Nathan se había puesto una camisa, así que lo mejor sería ponerse algo acorde con él, algo un poco más elegante que una simple camiseta. Escogió un jersey largo color azul y colocó un cinturón negro por sus caderas, a conjunto con sus pantalones y zapatos de tacón. Había sido buena idea llevar algo de ropa a la habitación de Nathan.

Se contempló en el espejo y estuvo perfectamente de acuerdo con el resultado. Iba arreglada pero informal, aparte, le encantaba cómo le quedaba aquel jersey, iba a juego con sus ojos celestes.

Cogió su abrigo igual que Nathan y salieron de la habitación. Al momento, escucharon el sonido de las voces del resto del grupo que provenían del comedor. Incluso le pareció reconocer la de Josh y Sarah.

Cogió la mano de ella y la condujo hasta el comedor.

—Hombre, ¡si los recién casados están aquí! —exclamó Nathan mientras se dirigía a Josh y le daba una palmadita en la espalda.

—Ya, ¿y tú dónde estabas? —le susurró con burla.

—Intentaba ser discreto, jefe—dijo mientras le guiñaba un ojo y se dirigía a Sarah para besarle en la mejilla—. Bueno, ahora sí. Eres la señora Gallaher.

Sarah sonrió resplandeciente, como si escuchar aquello le hiciese infinitamente feliz.

—La verdad es que me encanta como suena —admitió.

—Nosotros vamos a salir a cenar por ahí y a tomar algo, ¿alguien se apunta?—preguntó

Nathan.

Todos negaron con su rostro.

—Recuerda que mañana tenemos trabajo—le recordó Josh.

—Relájate Josh, por Dios—comentó girándose, cogiendo a Samantha de la cintura y dirigiéndose al pasillo—. Disfruta de tu reciente matrimonio.

17

Le encantaba el restaurante al que le había llevado. Era bastante elegante, todo lo contrario al bar al que la llevaron posteriormente.

La comida del restaurante fue impresionante. Había pedido una ensalada y de segundo, una dorada. Ambas riquísimas. Y de postre, pastel de queso con nata.

Nada más salir del restaurante, habían montado en el deportivo y se dirigieron a la zona de bares de Brooklyn. Se divertía con él. Habían decidido quedarse en un bar algo oscuro, repleto de gente joven que bebía. Aunque no era un lugar muy de su agrado, pero debía confesar que era el mejor de la zona, sobretodo porque la música no estaba excesivamente alta y permitía que mantuviesen una conversación.

Tras una cerveza, Nathan había vuelto a pedir una botella de lo que le parecía que era tequila.

—Nathan, no, por favor—suplicó—. Ya sabes cómo me sienta.

Él se encogió de hombros.

—Ahora no hay problema. Voy a llevarte a mi cuarto tanto si estás borracha como sino.

Samantha suspiró.

—No me refiero a eso, es que... me sube muy rápido. No quiero acabar como la otra vez.

—¿Y lo graciosa que estás?—bromeó cogiendo la botella y depositándola sobre la mesa. Luego observó que Samantha no parecía estar muy de acuerdo—. Tranquila, no es tequila. Es piña colada. Es más refrescante.

Aquello le alegró. Había probado aquella bebida una única vez, pero le había gustado.

—¿Está de acuerdo la señorita con esta bebida?—preguntó sonriente colocando un vaso de chupito delante de ella.

Cogió el vaso y afirmó.

—Sí, esta me gusta mucho más.

Le sirvió el vaso y elevó el suyo para brindar.

—Para que siempre te puedas quedar a mi lado —susurró, y automáticamente se llevó el chupito a los labios. Pero Samantha se quedó observándolo fascinada por lo que acababa de pronunciar. ¿Quedarse a su lado siempre? Entonces... ¿Quería una relación formal?

Nathan tuvo que observar su mirada confundida.

—¿No te gusta el brindis?

Ella pareció reaccionar y bebió de un sorbo el chupito, sin pronunciar nada.

Nathan la vio moverse con aquellos gestos tímidos, incluso como si le esquivase la mirada. Suspiró y sonrió.

—Échate a un lado—dijo levantándose de su banco de madera.

—¿Qué?

—Que me hagas un hueco, mujer—comentó sentándose a su lado mientras ella se arrastraba contra la pared. Nathan se situó a su lado y le cogió la mano mientras la contemplaba—. Creo que ahora toca tener una conversación algo seria. Me parece que no tienes muy claro lo que ocurre entre nosotros.

—Mmmmm

—¿Qué significa ese mmmmm?

Ella suspiró, aquella conversación le ponía nerviosa. ¿Realmente iba a hablar con Nathan de aquello? Ya lo habían dejado claro cuando habían hecho el amor, ¿no? Ah, bueno, no... él se había acostado con infinidad de mujeres, ni siquiera recordaba el número, así que la importancia que le pudiese dar él no era la misma que ella. Aunque en la habitación le había dicho quería tener el monopolio. ¿No aclaraba aquello la situación?

Volvió a suspirar y puso la espalda recta.

—¿Y qué crees que hay que aclarar? —preguntó en un susurro.

—Me parece que no tienes muy claro lo que somos —dijo Nathan con algo de preocupación.

—¿Y qué somos?

—Una pareja, ¿no?

Ella se encogió de hombros.

—Claro, es lo mismo que pienso yo.

Nathan la observó y sonrió no muy seguro.

—Entonces, todo aclarado.

—Creo que sí.

—Perfecto.—Sonrió Nathan más abiertamente.

—Sí, perfecto.—Samantha desvió la mirada hacia la botella de alcohol pero Nathan se adelantó y la cogió llenándole el chupito.

—Supongo que quieres otro, ¿no?

—Sí.

—Lo sabía—acabó bromeando.

Le llenó el vaso y la contempló fijamente, pero antes incluso de que sus labios llegasen a tocar la bebida la cogió por el cuello, la acercó a él y la besó con pasión. Oh, aquellos labios prometían tanto... y la reclamaban. La hacían sentirse protegida, querida, amada... nada de lo que había sentido hasta aquel momento podía compararse al sentimiento que despertaba Nathan en ella.

Sintió cómo su lengua presionaba suavemente sus labios para introducirse en ella con suma delicadeza. Lo que le provocaba era peor que una botella entera de tequila. Notó que su piel comenzaba a erizarse cuando notaba el suave masaje que él realizaba en su cuello para mantenerla

sujeta, cuando se percató que su mano se elevaba sutilmente por su pierna, acariciándola. Por Dios, aquel hombre era insaciable, y estaba descubriendo que ella también lo era. Comenzaba a advertir aquella necesidad.

Se distanció un poco de ella y sonrió.

—¿Nos vamos?

Ella lo contempló intentando centrarse y descendió su mirada hacia la mesa donde reposaba la botella que acababa de adquirir.

—¿Y la bebida?

Nathan se puso en pie cogiendo su mano.

—Da igual. Ya compraré otra cuando haya acabado contigo. —Y comenzó a tirar de ella.

—Vale, de acuerdo.—Le parecía perfecto.

Caminó sin soltarla hasta que salieron al exterior. De nuevo, el contraste de temperatura le hizo ponerse su abrigo. Corría un aire totalmente helado. Estaba deseando que llegase el verano, prefería sin duda el calor a aquel frío que le helaba los huesos.

Nathan volvió a cogerla de la mano y se introdujeron por la calle por donde habían venido. Una calle bastante estrecha y poco iluminada, pero que sin duda les haría llegar mucho antes al vehículo, pues parecía que Nathan tenía cierta urgencia, y ella obviamente también.

—Pero ¿en el coche?—Rio ella.

—¿Y por qué no?—preguntó tirando un poco más para aproximarla—. Nunca lo he hecho ahí. Además—bromeó—, tiene unos buenos amortiguadores.

Ella abrió los ojos de forma exagerada por lo que acababa de decir, pero sobretudo por lo que prometían aquellas palabras.

—Y yo que pensaba que eras todo ternura...

—No tengo en mente hacerte nada tierno ahora mismo.—En ese momento se detuvo.

Samantha se colocó a su lado aún cogida a su mano, supo en el mismo momento en que algo no iba bien. Nathan apretó un poco más su mano y se colocó frente a ella como si la protegiese. Cuatro enormes hombres habían cerrado el acceso a la calle principal donde tenían el vehículo estacionado.

Notó cómo su corazón se aceleraba al ver que esos cuatro hombres, encapuchados, venían hacia ellos a paso muy tranquilo.

Nathan se giró hacia detrás, como si hubiese percibido algo y la hizo ponerse contra la pared. Por detrás, tres hombres más venían hacia ellos, evitando así que pudieran escapar por el otro lado.

Soltó su mano y dio un paso al frente.

—¿Algún problema?—preguntó con voz grave cuando los hombres decidieron detenerse a ambos lados, a pocos metros.

Samantha se arrimó a la pared tras la espalda de él. Sabía que no tenía por qué temer, tenía su poder, y estaba con Nathan. Obviamente, aquellos hombres no sabían con quién se estaban enfrentando.

Uno de los hombres, avanzó un poco más hacia ellos.

—Ningún problema—comentó bajándose la capucha. Notó cómo Nathan ponía su espalda totalmente recta cuando observó el rostro de aquel hombre, como si lo hubiese reconocido, y al momento echó su mano hacia detrás para coger la de Samantha.

—Profesor Donovan—dijo con una falsa sonrisa—. Qué alegría volver a verle—continuó con ironía mientras el resto de hombres se bajaban la capucha.

Samantha miró de un lado a otro sin comprender. Ese nombre lo había escuchado antes, ¿pero dónde? Su mente viajó un par de semanas atrás, cuando la división le había explicado lo sucedido. Al momento lo recordó. El profesor Donovan era un hombre lobo. Sin poder evitarlo miró hacia el resto de hombres que los rodeaban.

—Lo mismo digo—pronunció avanzando un paso más hacia él. Luego extendió sus manos hacia Nathan para que estuviese tranquilo, pues veía que su rostro comenzaba a enfurecerse—. No tengo intención de luchar.

Samantha se apretó contra él cuando comprendió lo que ocurría. Los habían rodeado una manada de lobos. Nathan tuvo que notar aquel gesto porque durante un segundo echó la vista atrás para observarla. Su mirada era dura. Sabía que no dudaría en luchar contra todos, pero realmente eran demasiados.

Nathan volvió la vista al frente.

—¿Qué quiere?

Donovan sonrió más abiertamente y al momento hizo un gesto inclinando su rostro hacia un lado, haciendo coincidir la mirada con la de Samantha.

—Solo quiero hablar con ella.

—Ella no va a hablar con nadie—respondió apretando un poco más la mano de Samantha.

Donovan miró fijamente a Nathan.

—¿Por qué no dejas que sea ella quién decida?

—La decisión está tomada—respondió rápidamente, luego echó un vistazo hacia atrás—. Haz que se aparten o no respondo de mis actos.

Donovan seguía con aquella mirada seria, pero al momento comenzó a reír, como si no le impresionase nada su actitud y su envergadura.

—Vamos—insistió, dando a su voz un tono de paciencia—, será un momento.

—No.

—Te lo estoy pidiendo por las buenas.

—Yo también te lo estoy diciendo por las buenas. —Esta vez notó cómo la mano de Nathan

avanzaba un poco más cogiéndola del codo.

Donovan dejó la sonrisa a un lado y su rostro se convirtió en algo macabro.

—No tienes nada que hacer contra todos nosotros. Lo sabes.—Giró su rostro de nuevo hacia ella—. Vamos muchacha, será un momento. Sé quién eres. Eres muy importante para nosotros. Solo queremos mantener una charla amistosa contigo.—Luego alzó una ceja hacia ella como si la retase—. ¿De verdad vas a permitir que él se ponga a luchar contra todos nosotros?—Samantha tragó saliva—. Sabes lo que ocurre si un lobo te hiere, ¿verdad? —Ella afirmó con su rostro, temblando esta vez de miedo—. Vamos, será solo un segundo.

Samantha miró de reojo a Nathan. Él seguía con aquella mirada dura hacia todos ellos, dispuesto a comenzar una lucha cuerpo a cuerpo contra siete lobos si era necesario, pero ella no podía permitirlo. Sabía de lo que era capaz, seguramente acabaría con todos, pero también había visto de lo que eran capaces los vampiros y los lobos, no podía arriesgarse a que le ocurriera algo. ¿Qué tipo de persona sería si lo permitiese?

—Venga, solo un momento—volvió a insistirle Donovan.

Ella tragó saliva e inspiró intentando calmar los latidos de su corazón, comenzó a soltarse de la mano de Nathan pero contrariamente él giró su rostro hacia ella con una mirada excesivamente dura, agarrándole más fuerte.

—¿Qué estás haciendo?—le susurró realmente enfadado—. Intentaron matar a miembros de la división. Ni se te ocurra moverte.

Aquello la frenó y volvió la mirada hacia Donovan, el cual esperaba pacientemente.

—¿No?—volvió a insistir. Ella lo miró fijamente mientras su labio temblaba, sin poder siquiera hacer un gesto negativo, pero Donovan comprendió la ausencia de gestos—. De acuerdo. —Se encogió de hombros.

Al momento, Donovan se movió excesivamente rápido hacia ellos. Nathan se colocó frente a Samantha interponiéndose en su camino, elevó el puño y asestó un puñetazo en el rostro de él, haciendo que retrocediese en el aire varios metros hacia atrás.

Cuando Donovan cayó al suelo observó que de su nariz brotaba abundante sangre, la cual comenzaba a introducirse en su boca. Escupió y elevó la mirada hacia ellos mientras se ponía de rodillas. Sonrió levemente, una sonrisa cargada de malicia.

—Cogedla—rugió hacia el resto de sus compañeros.

Todo ocurrió demasiado rápido. Al momento, todos desaparecieron de la vista de Samantha, incluso Nathan, para aparecer a pocos metros de ella. Nathan golpeaba a uno con su puño mientras asestaba una patada a un hombre prácticamente transformado en lobo. Lo vio desplazarse en el aire hasta que chocó contra el negro asfalto, permaneció un segundo quieto y acto seguido, de un salto, se colocó a cuatro patas para volver a atacar.

Samantha respiró de forma agitada. Sabía lo que debía hacer. Visualizó a Nathan luchando

contra todos aquellos lobos, esquivando sus garras, intentando protegerla y que no se acercasen a ella, sintió aquel poder que crecía dentro de ella y comenzó a transmitirlo hacia él, potenciándole. Pero al momento notó una mano sobre su hombro y giró su rostro.

Donovan, con su rostro ensangrentado se mantenía a su lado, en actitud pacífica, incluso sonriente. Al momento, creó su escudo dándole una buena descarga y haciendo que retrocediese varios metros.

Volvió su mirada hacia Nathan y volvió a potenciarlo, pero esta vez solo pudo unos pocos segundos, pues el profesor Donovan la cogió inesperadamente del brazo impulsándola hacia atrás y haciendo que chocase contra el bloque de edificios. Estaba segura de que Donovan sabía perfectamente de lo que ella era capaz, por eso no le dejaba concentrarse. Notó cómo sus pulmones se vaciaban y la falta de aire en su pecho.

—No, no. Eso no se hace—comentó colocándose frente a ella y poniendo su mano en su pecho apretándole para que le costase más respirar.

Samantha miró de reojo cómo Nathan luchaba contra el resto de lobos, pero su mirada coincidió un segundo con la de él.

Nathan dejó de lado el resto de lobos y corrió en una fracción de segundo, abalanzándose sobre Donovan, desplazándose varios metros sobre él mientras lo golpeaba.

Samantha pudo respirar finalmente y de nuevo intentó concentrarse para potenciarlo, pero al momento el resto de lobos se interpuso en su camino quitándole toda visión de lo que ocurría entre Nathan y Donovan, aun así, intentó mantener su mente concentrada en él, dándole toda su energía. Tuvo que detener la potenciación cuando uno de los lobos intentó agarrarla, debiendo crear su escudo. Notaba que comenzaba a faltarle las fuerzas por el golpe que acababa de recibir.

Hizo que uno de aquellos hombres se impulsase hacia atrás ante la mirada atenta de todos. Se detuvo y antes de que pudiese crear de nuevo el escudo, uno de los lobos volvió a impulsarla contra la pared haciendo que todo el oxígeno abandonase sus pulmones otra vez.

Nathan miró hacia ella. Había escuchado el golpe. La vio desplazarse hacia abajo luchando por respirar. Acabó de asestar otro puñetazo a Donovan y se puso en pie para correr en su ayuda, pero en ese preciso momento lo notó. Notó cómo la garra de Donovan traspasaba su pantalón y sus uñas se clavaban en su carne. Gritó y se giró para asestar otro puñetazo. Comenzó a notar que la zona de la herida comenzaba a arderle. Mierda, mierda....

Giró su rostro hacia Samantha, la cual parecía inconsciente en el suelo. Observó cómo dos de los lobos la elevaban, pero el dolor que comenzaba a sentir en la pierna era insoportable. Un lobo le había herido y sabía lo que significaba eso.

No pudo evitar arrastrarse por el suelo gritando, intentando ponerse en pie para seguir luchando contra los que mantenían sujetos a Samantha. Finalmente, consiguió alzarse. Notaba que toda su pierna ardía como si estuviese en llamas. Dios unos pasos hacia ellos pero se derrumbó.

Observó que Samantha permanecía con los ojos en blanco mientras uno de los lobos la cogía en brazos.

—¡Sam!—gritó elevando una mano hacia ella.

En ese momento, Donovan se colocó a su lado, con su cara ensangrentada pero con aquella sonrisa de triunfo en su rostro.

Observó cómo las gotas de sudor provocadas por el dolor comenzaban a acumularse en la frente de Nathan. Dolía. Dolía hasta el punto de perder el conocimiento.

Donovan lo sabía. Hacía varios años que había pasado por ello, por la transformación, y cada vez que lo recordaba aún sentía ganas de gritar.

Se agachó mientras observaba cómo Nathan echaba la cabeza hacia abajo intentando respirar con normalidad, controlando sus gritos y cómo elevaba la mirada hacia una Samantha inconsciente.

—Bienvenido a mi mundo, señor Anderson—pronunció justo antes de desaparecer junto al resto de lobos y Sam.

Nathan observó el gran corte que tenía en la pierna, un poco por encima de la rodilla. Tenía un aspecto horrible. Y dolía. Era lo más doloroso que había experimentado nunca. Sabía lo que eso significaba. Ese dolor se iría extendiendo por todo el cuerpo, hasta que el virus alcanzase su corazón y no hubiese marcha atrás. Necesitaba el antídoto o acabaría convirtiéndose en un hombre lobo.

Se arrastró unos metros por el suelo mientras gemía, haciendo todos los esfuerzos posibles consiguió ponerse en pie. Aquello comenzaba a resultar insoportable. Observó su vehículo unos metros por delante de él y fue a duras penas caminando, gimiendo, cojeando y tambaleándose hasta la puerta. Abrió y se sentó en el asiento. Aunque notaba que cada músculo de su cuerpo comenzaba a dolerle no podía detenerse o no habría marcha atrás. Se recostó sobre el asiento del copiloto y lo primero que hizo fue conectar el radar. Al momento aparecieron los puntos rojos. Abrió la guantera. Allí estaba. El antídoto. Lo extrajo de la cápsula notando cómo las frías gotas de sudor descendían por su rostro. Observó la aguja. Aquello iba a dolerle, lo sabía, pero necesitaba el antídoto o acabaría convertido en una bestia y sobretodo, perdería a Sam para siempre.

Colocó la aguja a la altura de su corazón y con un empujón la introdujo en su carne mientras apretaba los dientes. Apretó el botón para introducir el contenido y sacó la aguja tirándola sobre el asiento del copiloto. Respiró profundamente intentando calmar aquel dolor, apretando los

dientes, hasta que segundos después comenzó a disminuir. Al menos, hacía efecto rápido, y aunque el dolor comenzaba a descender, aún seguía mareado. Tenía suerte de reponerse rápido al dolor, un humano normal no lo soportaría.

Aguantó la respiración unos segundos e intentó controlar los latidos de su corazón, gracias a los cuales distribuía el antídoto por todo su cuerpo a gran velocidad.

No perdió más el tiempo y cogió su móvil conectándolo al manos libres del vehículo. Pulsó el botón de llamada y esperó a que contestasen.

—Josh—contestó su jefe.

—Tenemos problemas—gimió.

Hubo un segundo de silencio.

—¿Estás bien?—preguntó su jefe alarmado por el tono de voz de Nathan.

—Nos han atacado una manada de lobos. Me he tenido que inyectar el antídoto—gimió de nuevo—. Se han llevado a Samantha.

—Joder—escuchó que susurraba—.¿Ella está bien?

Apretó los labios intentando contener otro gemido.

—No lo sé—susurró—. Tengo en el GPS con las coordenadas de los lobos. —Se movió algo lento y metió la llave en el contacto haciendo que el motor rugiese—. Os la paso y nos vemos allí.

—No, no—gritó su jefe—. Si te acabas de administrar el antídoto estarás débil. Mándanos tu posición. Salimos hacia allí.

—¡No!—gritó—. Nos encontramos donde estén los lobos.

—Ni hablar, Nathan. Es una orden—acabó diciendo Josh con voz furiosa—. No te muevas de donde estás. Brad te localizará. Vamos enseguida, pero ni se te ocurra moverte de donde estás.

Nathan apretó las manos en el volante, al igual que los labios. No lo soportaba. Aquello dolía demasiado, pero en ese momento no era el antídoto lo que le provocaba aquel dolor, sino la pérdida de Sam. Se la habían llevado. No había sido capaz de protegerla. Se pasó la mano por el cabello despeinándose con movimientos acelerados. Sabía que su jefe tenía razón, aunque siguiese superando a un humano normal, incluso en aquellas condiciones, sabía que ahora no tenía nada que hacer contra los lobos. Si no le hubiesen dañado hubiese podido tarde o temprano con todos, pero había sufrido un despiste al verla desmayada y eso le había costado que se la llevasen y acabar casi convertido en una bestia. Necesitaba la ayuda de todo el equipo para recuperar a Sam.

—Está bien. No tardéis, por favor.

Cortó la comunicación y esperó en el coche, observando continuamente el GPS. La imagen de Samantha estrellada contra el edificio se repetía en su mente una y otra vez, y aunque notaba los efectos del antídoto y un fuerte dolor en la pierna se sentía con suficientes fuerzas como para acabar con todos ellos. Ahora ya no temía que volviesen a dañarlo, ahora sabía que era inmune a ello, así que iría a por todas y acabaría con cada uno de los lobos que le habían arrebatado a

Samantha. Sentía cómo la ira y el miedo crecían dentro de él. Tenía miedo por ella, pero por otro lado, era consciente de la importancia que tenía Samantha para todos. Ella era especial. Evelyn había tenido una visión sobre ella, ella entre los lobos y los vampiros. Ella podía potenciar los poderes de todos y hacer una de las razas superiores a las otras. Sabía cuál era su bando, pero también tenía miedo por cómo podrían manipularla para ponerla de su parte. Eso era lo que le asustaba. Sabía que no le harían daño, era demasiado importante, entonces... ¿Qué es lo que harían para intentar convencerla? Sabía de sobras que ella era una mujer fuerte, que jamás ayudaría ni a lobos ni a vampiros, pero le asustaba lo que pudiesen llegar a hacer para intentar convencerla. Tuvo deseos de gritar mientras observaba aquellos puntos rojos corriendo por la ciudad hasta que en un determinado momento se detuvieron, a unos quince kilómetros de donde él se encontraba. No tardaría en llegar con el resto del equipo. La sacaría de allí aunque le costase la vida.

Casi dio un brinco cuando Ryan golpeó su ventana, pues estaba totalmente absorto en sus pensamientos.

Abrió la puerta e intentó incorporarse pero la pierna aún le molestaba y le costó un poco ponerse en pie.

—¿Cómo estás?—preguntó Josh colocándose frente a él.

—Bien.—Se giró para observar el GPS mientras se apoyaba en el coche—. Se han detenido a unos quince kilómetros de aquí.

Sean se acercó hacia él.

—Deja que te examine.

—No hace falta.

—Nathan—dijo Josh a modo de orden—. Que te examine. No quiero sorpresas.

Él bufó mientras Sean se colocaba delante de él y le empujaba un poco para que se sentase en el asiento.

—No hay tiempo para esto—se quejó—. Tienen a Sam. Hay que ir a buscarla.

—Nadie se va a mover de aquí hasta que sepamos a ciencia cierta que te has administrado correctamente el antídoto. No quiero sorpresas.

Sean sacó una pequeña linterna y la colocó frente a los ojos de Nathan. La paseó por encima de sus ojos y luego cogió su muñeca y tomó su pulso.

—¿Cuándo te lo has administrado?

—Hace unos veinte minutos.

—¿Dónde te han herido?

Nathan resopló y se puso en pie con algo de lentitud. Se desabrochó los pantalones y los dejó caer ante la mirada de todos. La herida era larga y profunda, pero gracias a su cicatrización rápida había dejado de sangrar y comenzaba a cerrarse.

—Bonitos calzoncillos—comentó Sean agachándose con una sonrisa picarona y observándole la herida.

—¿Está todo bien?—preguntó Josh.

Brad y Jason se encontraban vigilando la zona controlando que nadie se acercase.

Sean se puso en pie y afirmó.

—Todo bien. —Se cruzó de brazos—. El pulso es correcto y no tiene las pupilas dilatadas.

—Eso es buena señal—comentó Nathan subiéndose los pantalones—. Vamos.

—Eh, eh—interrumpió Sean deteniéndole—. Aún estás muy débil. Debes descansar.

—Y una mierda.

—Nosotros nos ocupamos de esto—ordenó Josh.

Pero Nathan colocó una mano en su pecho.

—Josh, no me jodas... no pienso quedarme aquí mientras tienen a Sam. —Josh le miró seriamente—. ¿Y si fuera Sarah? ¿Qué harías?

Josh lo miró y se quedó pensativo unos segundos. Miró hacia sus compañeros.

—¿Habéis traído el traje de Nathan?

Brad se acercó.

—Sí.

Josh lo observó.

—De acuerdo. Póntelo. Pero si te encuentras mal o débil, dilo.

18

Con un traje tan ajustado era complicado ponérselo dentro del todoterreno cuando este tomaba las curvas a tanta velocidad. Nathan se giró para que Sean le subiese la cremallera de atrás y observó de paso el todoterreno que conducía Nicholas, siguiéndoles.

Aunque el antídoto estaba haciendo su efecto y el mareo había desaparecido era cierto que aún notaba algo de debilidad, no se encontraba al cien por cien y eso le provocaba aún más furia. Sabía que hasta dentro de un par de horas no recuperaría sus fuerzas por completo, pero eso no le impediría llevarse por delante a todos los lobos que hiciese falta por tal de recuperar a Samantha. Ella lo era todo. Era su amante, su amiga, todo lo que había deseado en la vida, y nadie se la arrebataría. Nadie.

Cuando Sean acabó de abrocharle la cremallera comenzó a darle armas, un par de pistolas, cargadores y dagas que iba colocando en su cinturón.

—¿A cuánto estamos?—preguntó echando la vista hacia delante, hacia Brad, el cual conducía el todoterreno como un verdadero poseso.

—Dos kilómetros del lugar.

—Perfecto.

Era una pequeña urbanización, bastante tranquila. Comenzaron a internarse en aquellas calles, observando las viviendas a cada lado. Eran viviendas bastante lujosas, con grandes porches y jardines delanteros. Era un lugar idílico donde formar una familia.

—Nos acercamos—comentó Josh girándose hacia detrás y observando a Nathan, como si lo estuviese controlando. Por suerte, no dijo nada y volvió la vista hacia delante—. Es esta calle al final del todo.

La mayoría de las viviendas tenían todas las luces apagadas, excepto alguna en la que se podía observar el resplandor de la televisión reflejada en las ventanas de la primera planta.

Josh pulsó su cuello para comunicarse con el resto de los compañeros que le seguían en el otro todoterreno.

—Parece que todo está en calma, así que lo haremos de la forma más sutil posible. No quiero organizar ningún escándalo.

Soltó su cuello y miró hacia atrás para observar a Nathan de nuevo.

—Nosotros iremos por la puerta delantera. Tú...—Le señaló—, únete con el otro grupo, iréis por la puerta trasera.

Nathan inclinó una ceja hacia él.

—Josh, tengo el antídoto puesto—dijo con seguridad—. Lo mejor será que yo vaya por la

puerta delantera. Yo no tengo peligro de convertirme.

Josh lo observó con fuerza y pareció meditar unos segundos, iba a hablar cuando Sean le interrumpió echándole un cable a Nathan.

—Nathan tiene razón —intervino Sean—. Nosotros tenemos el antídoto puesto. Creo que lo mejor sería entrar nosotros por la puerta delantera y el resto intervenís por la puerta de atrás. Los podríamos sorprender y desviar la atención. No sabemos cuántos lobos podrán haber dentro.

—Mínimo siete—remarcó Nathan—. Aunque algunos bastante magullados —continuó como si aquello le agradase.

Josh los siguió contemplando durante unos segundos, como si meditase todas las opciones. No comentó nada, simplemente volvió a apretar su cuello para comunicarse con el resto del equipo.

—Este es el plan. Sean y Nathan tienen el antídoto puesto, entrarán por la puerta delantera desviando la atención de ellos. El resto entraremos por la puerta de atrás para sorprenderlos.

Tras varios segundos les llegó la voz de Nicholas a través de los pequeños audífonos que tenían en sus oídos.

—De acuerdo.

Josh miró el GPS.

—¿A cuánto estamos?

—Doscientos metros—informó Ryan.

—Detén el vehículo aquí.—Señaló al lado de la acera—. Bien—dijo apretando de nuevo su cuello—. Coged todas las armas que podáis e... intentemos no usarlas. En cuanto alguno de nosotros vea a Sam, que la saque de ahí de inmediato. Es la prioridad.

Nathan lo observó y aceptó con su rostro agradecido.

Brad detuvo el vehículo y al apagarlo, todos salieron de este sin perder un segundo. Ni siquiera se detuvieron a esperar. Todos ya sabían lo que debían hacer.

Comenzaron a correr dirección a la vivienda con el arma en la mano, totalmente sigilosos.

La vivienda era enorme, pero algo les llamó la atención. Estaba totalmente a oscuras.

Todos se colocaron a lo largo de la baranda que les cerraba el paso. Josh señaló hacia arriba. Todos la saltaron intentando hacer el menor ruido posible.

El jardín era extenso. Pasaron bajo un par de árboles frondosos y Josh los miró señalando a Sean y Nathan, indicándoles que se dirigieran a la puerta principal, al resto les hizo un gesto para rodear la vivienda por ambos lados.

Todos comenzaron a moverse. Nathan se colocó al lado de Sean corriendo hacia la puerta delantera y observando cómo el resto de sus compañeros desaparecían en la oscuridad rodeando la vivienda por ambos lados.

Se apoyó contra la pared, uno a cada lado de la puerta y miró hacia Sean.

Esperaron unos segundos hasta que Josh se comunicó por radio con ellos.

—Estamos listos.—Les llegó el susurro a través del auricular.

Sean volvió a mirar a Nathan, esta vez con una mirada más intensa y señaló la puerta. Nathan afirmó. Al momento, Sean se colocó frente a la puerta y la golpeó con fuerza haciendo que la puerta saliera disparada hacia dentro.

Nathan no esperó un segundo, se introdujo en la vivienda con un movimiento rápido, apuntando con la pistola a todos lados.

Todo estaba en calma, demasiada calma. Había un total silencio, pero ¿qué ocurría allí?

Se detuvo y extrajo su linterna de luz solar al igual que Sean, observando por el largo pasillo hasta que algo les llamó la atención. Un gemido que provenía de aquel enorme salón situado al final del largo pasillo.

—¿Sam?—susurró Nathan moviéndose de forma rápida hacia el comedor, aunque lo que vio lo dejó totalmente horrorizado.

Sean se colocó a su lado, iluminando también el enorme salón.

Doce cuerpos se encontraban tirados en el suelo del salón, ensangrentados.

—¿Pero qué cojones pasa aquí?—preguntó Nathan caminando hacia ellos—. ¿Sam?—gritó, observando a cada uno de los hombres heridos. Mucho de ellos temblando de dolor, otros ni siquiera se movían.

Al momento, la luz iluminó todo el salón. Sean había encendido las luces. Aquello era peor de lo que esperaba. Muchos de aquellos muchachos tenían amputada alguna parte del cuerpo, estaban totalmente ensangrentados.

—Entrad. No hay peligro—pronunció Sean arrimándose a uno de los cuerpos.

Al momento, escuchó el golpe en la puerta y sus compañeros entraron apuntando a todos lados con sus armas.

Nathan se giró y los observó negando con su rostro.

—¿Sam?—volvió a gritar.

—Nicholas, Taylor, Adrien... revisad el resto de la vivienda—ordenó Josh mientras se agachaba al lado de un cuerpo sin vida. Lo observó y le llamó la atención el tatuaje en su hombro. Aquel era el símbolo. La alianza de la muerte—. Son todos lobos.

—Ya lo sé—rugió Nathan paseándose entre los cuerpos inertes, pero uno de ellos llamó su atención. Fue hacia él y lo agarró por los hombros dándole la vuelta. Donovan tenía todo su rostro totalmente ensangrentado y una enorme brecha en la pierna, la cual sangraba con abundancia, pero al menos, parecía estar consciente.

Lo observó con ojos asustados.

—Tú—susurró con una mueca de dolor.

—¿Dónde está Sam?—gritó Nathan apretándole el cuello.

Donovan pareció que intentó luchar un poco contra él pero no tenía casi fuerzas, había perdido

demasiada sangre.

—Deberías haberte convertido—logró susurrar al final.

—¿Dónde está Samantha?—volvió a gritarle.

Donovan paseó la mirada entre el resto de sus compañeros, los cuales estaban tirados por el suelo, algunos de ellos temblando de dolor sin pronunciar palabra alguna. Volvió la mirada hacia Nathan con disgusto.

—Se la han llevado.

Nathan se quedó totalmente estático cuando escuchó aquello pero reaccionó rápido.

—¿Quién?

—Vampiros—pronunció un muchacho que había al lado, luchando por respirar con una gran brecha abierta en su pecho.

Sean fue directamente hacia él colocándose al lado.

—¿A dónde?—preguntó arrodillándose al lado de él.

—No lo sé.

Nathan los observaba sin pronunciar nada, sujetando aún por el cuello de la camisa a Donovan. Volvió la mirada hacia él.

—¿Dónde se la han llevado? —preguntó esta vez con agresividad.

—No lo sé—gimió Donovan—. Hemos intentando protegerla, no le íbamos a hacer ningún daño pero... nos han pillado por sorpresa. No hemos podido hacer nada. Eran demasiados.

Nathan lo observó duramente y le soltó haciendo que su cabeza golpease contra el suelo. Se puso en pie observándose las manos de sangre. Su Samantha. ¿Dónde estaba?

Respiró intentando controlar toda la ira que sentía en aquel momento, finalmente se giró sin previo aviso y golpeó el rostro de Donovan con su puño.

—¡Hijo de puta!—Iba a golpearlo otra vez pero Sean se colocó con un movimiento rápido en medio, apartándolo.

—No servirá de nada que lo mates ahora—dijo sujetándolo, intentando contener a su amigo.

—Como le ocurra algo prometo que te mataré lentamente y de la forma más dolorosa que se me ocurra—gritó aún sujeto por Sean.

Josh pasó por su lado saltando sobre alguno de los cuerpos y se colocó a una distancia prudencial de Donovan, agachándose y observándolo con paciencia.

—¿Han dicho algo de dónde la han llevado?—preguntó con una calma total, aunque sabían que bajo esa fachada su interior rugía.

Donovan lo observó mientras se pasaba la mano por la nariz, la cual debía habérsela fracturado Nathan.

Donovan escupió sangre un par de veces y luego se dignó a mirarle.

—No. Lo único que han dicho es que para ellos era mucho más útil que para nosotros y que

ahora les pertenecía. —Tragó saliva y después volvió a escupir—. Te aseguro que hemos intentando luchar contra ellos, protegerla, pero ha sido imposible. Eran demasiados.

—¿Le han hecho algo?

Donovan negó con su rostro.

—Al menos no delante nuestro. Simplemente se la han llevado.

En ese momento Nathan dejó de luchar contra Sean y se colocó totalmente firme.

—Dices que eran muchos. —Se quedó pensativo—. Creo que sé dónde la pueden haber llevado.

Samantha volvió a crear su escudo, usando las últimas fuerzas que tenía, gimiendo de cansancio.

—No te acerques o te juro que te dejo frito—amenazó a uno de los vampiros que le rodeaban.

Todo había ocurrido demasiado rápido. Había perdido el conocimiento en aquella calle, justo antes de ver cómo Nathan caía al suelo después de que aquel lobo clavase la pezuña en su pierna. Había tenido ganas de gritar, pues sabía lo que eso significaba. Pero todo su mundo se había vuelto oscuro.

Había despertado poco después en una vivienda, pero no había sido consciente de lo que había ocurrido del todo, pues no había acabado de recuperar el conocimiento cuando la habían elevado por los aires. Aun así, había escuchado gritos y el olor a sangre había inundado toda aquella vivienda.

Cuando finalmente había abierto los ojos se había encontrado en aquel enorme salón, medio en ruinas. No sabía lo que había ocurrido hasta que se había visto rodeada de vampiros.

Se había puesto de rodillas y había creado un escudo haciendo que varios vampiros saliesen chamuscados hacia los lados. De aquello hacía varios minutos, y notaba que las pocas fuerzas que le quedaban se estaban agotando a base de intentar protegerse.

—No vamos a hacerte daño—acabó gritando uno de los vampiros con voz estridente.

Samantha gimió y se apoyó sobre sus manos intentando recuperar el aliento por el esfuerzo, igualmente intentó disimular su debilidad.

—La próxima vez que te acerques a mí, asqueroso vampiro, pienso chamuscarte—gritó incorporándose de nuevo.

El vampiro inclinó su rostro hacia ella y se agachó en el suelo, colocándose a su misma altura, aunque bastante distanciado de ella.

—No te haremos daño—volvió a repetir ante la atenta mirada del resto de vampiros que la

rodeaban.

Ella tragó saliva y miró a su alrededor controlándolos a todos. Notó cómo sus ojos comenzaban a inundarse de lágrimas. Nathan. Intentó controlar aquel impulso y miró con frialdad al vampiro que parecía estar al mando.

—¿Qué queréis?

El vampiro medio sonrió mostrando sus colmillos.

—Ya lo sabes—susurró con voz melosa—. Eres un potenciador.

Ella lo miró sin comprender. ¿Para que la habían llevado allí? ¿Por qué la seguían manteniendo con vida?

—No comprendo.

—Simplemente necesitamos tu poder. —Se puso en pie con aires de solemnidad—. Puedes incrementar los poderes de cualquier especie—continuó diciendo—. Eres muy valiosa. —Dio un paso acercándose.

—Ni un paso más —amenazó—. O considérate muerto.

El vampiro se detuvo al momento.

—Solo necesitamos que nos ayudes. Sabes...—dijo con una sonrisa triste— la humanidad nos considera unas bestias... unos depredadores, pero eso no es así. Necesitamos la sangre para sobrevivir. En eso consiste la cadena alimenticia.

Ella lo miró con desprecio, poniendo su espalda recta.

—Sois asesinos.

El vampiro negó con su rostro mientras volvía a agacharse.

—Un asesino es el que mata sin necesidad. Tú también te alimentas de seres vivos. ¿Te convierte eso en una asesina?

Ella apartó su mirada de él asqueada ante lo que decía y observó a todos los vampiros que la rodeaban. Volvió la mirada lentamente hacia él.

—Por mí, tu especie puede extinguirse—comentó con una frialdad de la que ni siquiera sabía que era capaz—. Jamás os ayudaré. Por mí, ojalá os pudráis.

El vampiro la miró seriamente y luego una extraña sonrisa se apoderó de su rostro.

—Me parece que no comprendes lo que te estoy diciendo. No te estoy pidiendo que nos ayudes. Vamos a ver si nos entendemos... —comentó con una voz más grave y una mirada que comenzaba a ser asesina—. Por cada vez que te niegues a ayudarnos, mataremos más personas, es así de claro. Devoraremos a tus amigos, a tus seres queridos... uno a uno.

Aquello superó sus nervios. La imagen de sus padres, de su hermano... volvió a su mente. Sin poder evitarlo alzó una mano hacia él y al momento un rayo azul salió en su dirección atrapándolo e impulsándolo al otro lado de la estancia.

Gimió cuando finalmente el rayo cesó y tuvo que echar su cuerpo hacia delante, de nuevo

respirando de forma rápida. Elevó un poco la vista, lo suficiente para observar que el cuerpo de aquel vampiro había tomado una tonalidad que le recordaba al carbón.

Notó que una gota de sudor resbalaba por su mejilla por el esfuerzo que estaba haciendo pero intentó que su voz sonara fuerte.

—¿Creéis que no vendrán a buscarme? —gritó hacia ellos, los cuales habían dado unos pasos atrás, observándola con ojos impresionados y asustados—. ¿Creéis que podéis ganarme? —gritó con todas las fuerzas posibles—. Intentad algo así e iré uno a uno por todos vosotros —rugió.

Otro de los vampiros, el que parecía que tomaba el relevo dio unos pasos hacia ella arrodillándose también, más cerca de lo que ella deseaba.

—Me parece que no estás en condiciones de amenazar. Estás totalmente agotada. Lo sabes.— Se encogió de hombros y miró hacia el grupo—. De acuerdo, sino es por las buenas, será por las malas. —Señaló a dos vampiros—. Id a buscar alguna presa a la ciudad y traedla.—Al momento dos vampiros desaparecieron de su vista. Samantha respiró más rápido, ¿de verdad iban a comenzar a ejecutar gente delante de ella? Sabía que podía hacerles frente, pues aún tardarían en venir, y podría ganar algo de fuerzas, pero eran demasiados como para intentar escapar de allí, y más teniendo en cuenta que traerían algún inocente—. Veamos cuánto aguantas cuando escuches a los humanos pedir clemencia.—Se puso en pie, sonriente.

Brad aceleró más por las calles mientras observaba cómo aparecía la mancha azul en el GPS, aproximándose a aquellos edificios antiguos que habían visitado el día anterior y en el que habían colocado las bombas.

—No es seguro que la hayan traído aquí—dijo mientras giraba una curva y observaba cómo el otro todoterreno les seguía de cerca.

—Es lo más probable—pronunció Nathan acercándose al asiento, comprobando el GPS—. Dicen que eran muchos. Este es su refugio. No se me ocurre otro lugar. —Se quedó pensativo—. ¿Configuraste el GPS para que el campo electromagnético de Sam no lo afectase? —Brad aceptó—. Joder, ¿no hay forma de volver a la versión anterior?

—Sí, pero tardaríamos más en configurarlo todo—le indicó, comprendiendo lo que quería decir. Seguramente las ondas electromagnéticas de Samantha bloquearían el radar y harían que no apareciese nada en la pantalla. Sabrían seguro que ella estaba allí.

Josh se giró hacia detrás con actitud seria, cambiando de tema.

—Hay un problema. Si entramos, sabrán que hemos descubierto su escondite.

Nathan lo estudió con la mirada.

—No pienso esperar hasta mañana —comentó rápidamente.

—No lo vamos a hacer.—Miró a Jason—. ¿Se podría adelantar la explosión de las bombas?

—Claro—contestó—. Están todas sincronizadas, con reactivar una, el resto también lo harán.

Nathan lo miró fijamente.

—¿Qué pretendes?

Josh lo contempló durante unos segundos.

—Entraremos y la buscaremos. Pero si no está lo haremos saltar por los aires hoy mismo. No quiero darles la posibilidad de que se den cuenta que hemos descubierto su escondite y se reubiquen en otro lugar.

Nathan lo miró con fuerza. Sabía que su jefe tenía razón. No era seguro que ella se encontrase allí, así que si entraban y no la encontraban lo mejor sería explotarlo hoy mismo.

—Está bien.

Josh se apretó de nuevo el cuello.

—Chicos, entraremos en el bloque. Nos dividiremos en grupos y peinaremos todo el edificio. Una vez nos aseguremos que no está, Jason reactivará las bombas. Lo haremos explotar hoy mismo. No quiero dar lugar a que sepan que conocemos su escondite y que busquen otro lugar. —Tomó aire y se giró un segundo para observar los altos edificios que aparecían tras la curva—. Preparad las cadenas de plata. Cuando salgamos del edificio las colocaremos en las puertas de acceso para que les sea imposible salir.

—De acuerdo.—Escuchó que decía Nicholas desde el todoterreno que les seguía.

Josh se giró y miró a Jason.

—¿Dónde está la bomba más cercana?

—Cerca de la entrada, la coloqué en un pilar maestro.

—Peina la zona de la primera planta y quédate cerca de la bomba. Cuando te dé la señal, reactivala con un margen de diez minutos.

—De acuerdo.

Jason aceptó mientras se revisaba el cinturón, controlando el GPS.

—Joder—pronunció al observar la gran masa azul que se divisaba.

Desde esa zona un poco apartada podía controlarse totalmente la ciudad. Aún quedaba algo de nieve de los anteriores días.

Josh volvió a apretarse el cuello mientras Brad frenaba el todoterreno haciendo que derrapase sobre el asfalto.

—¡Vamos!—gritó bajando del todoterreno de un salto—. Revisad el edificio de arriba abajo. Rápido.

Nathan corrió junto a ellos hacia los edificios y de un golpe derribaron la puerta. No se sorprendieron cuando nada más entrar en el edificio tres vampiros salieron en su búsqueda.

—¡Jason!—gritó su jefe—. Ya sabes qué tienes que hacer. —Automáticamente disparó hacia un vampiro que venía hacia él.

Nathan acabó con dos de los vampiros que venían hacia ellos. Desde luego, tenía ganas de sangre, incluso la debilidad había desaparecido por el nerviosismo.

—El resto. Peinad el edificio. ¡Ya!—gritó desapareciendo de la vista de todos al moverse rápidamente.

Nathan hizo lo mismo ascendiendo las escaleras piso a piso, moviéndose de forma frenética, sabía que no tenía mucho tiempo antes de que su jefe diese la orden para activar la bomba.

Taylor y Adrien se giraron y dispararon hacia dos vampiros más que iban hacia ellos. Llegaron al final de la estancia y Taylor fue el primero que habló.

—Tampoco está en la planta quinta—gritó apretándose el cuello—. Joder, no está.

Nathan sintió cómo su corazón se encogía. Llevaban más de un cuarto de hora revisando todo el edificio. ¡Joder! Si no estaba ahí, ¿dónde podía estar?

Se giró de nuevo para lanzar una daga hacia uno de los vampiros que se acercaba y derribó la puerta que lo conducía hasta la siguiente planta. Solo le quedaba esa, la planta más alta.

Subió rápidamente por las escaleras mientras las voces del resto de sus compañeros le llegaba a través del audífono indicándole que en las plantas inferiores tampoco se encontraba. ¿A dónde narices la habían llevado? Notó cómo la desesperación se apoderaba de él a cada paso.

Subió hasta la planta alta, observando que la escalera acababa ahí, como si estuviese tapiada. Derribó la puerta para acceder a ella. Oh, sí, al menos siete vampiros le estaban esperando. Comenzó a disparar hacia ellos moviéndose frenéticamente de un lado a otro, esquivando cada una de las garras. Aún notaba un poco el efecto del antídoto, pero tal era su preocupación que no había ni reparado en ello, lo único que tenía en mente era a Samantha. Su Samantha.

Giró repetidas veces sobre sí mismo, disparando a cada uno de los vampiros que intentaban acercarse hasta que dejó aquella habitación limpia, con las cenizas de los vampiros creando pequeños montones sobre el suelo.

Miró de un lado a otro girando sobre sí mismo.

—¡Sammmmm!—gritó desesperado, notando cómo los nervios y el miedo comenzaban a partirle por dentro.

—Nathan, ¿dónde estás?—Escuchó la voz de su jefe mientras agarraba otro cargador y lo colocaba en la pistola.

—Última planta.

—¿Está ahí?

—Parece que no—pronunció con un grito mientras observaba la estancia. Normalmente, eran más grandes, ¿y aquella solo constaba de una habitación? Era extraño.

Miró de un lado a otro mientras escuchaba las voces de fondo de sus compañeros, diciendo que Samantha no se encontraba en el edificio.

—Jason, activa la bomba.—Escuchó que decía su jefe—. Diez minutos. El resto, salid del edificio y colocad las cadenas en las puertas. ¡Vamos!—gritó Josh.

—Hoy duermen calentitos.—Escuchó que bromeaba Sean a través del auricular.

Pero algo llamó la atención de Nathan. Al final de aquella enorme sala había una pequeña escalera que parecía comunicar con una planta más alta. ¿Una planta más alta? Era una pequeña escalera similar a una de incendios y subía hacia arriba. Era extraño. La escalera interior del edificio acababa en aquella planta. No lo dudó un segundo.

—¡Activada!—gritó Jason—. Nos vemos fuera.

Nathan no dijo nada y subió las escaleras rápidamente. Era una planta prácticamente igual. Suponía que debía tener el acceso con el ascensor, pues recordaba que las escaleras habían acabado allí. O era un despiste muy grave del arquitecto, cosa que dudaba, o los vampiros escondían algo allí, pues recordaba que las escaleras estaban tapiadas, como si finalizaran allí.

No lo dudó y se desplazó por aquella estancia, al momento se detuvo. ¿Pero de dónde salían tantos vampiros? Y, ¿qué hacían en aquella planta escondida?

Al momento lo comprendió. Litros de sangre amontonadas en bolsas se encontraban arrinconadas en cada estancia. Recordó lo que Josh les había explicado. Habían saqueado bancos de sangre para alimentarse sin llamar tanto la atención.

19

Josh corrió junto al resto del equipo en la oscuridad de la noche, dirección a los todoterrenos. Podía observarse en el cielo algunas estrellas, pero la luna estaba oculta tras unas nubes que comenzaban a divisarse en el horizonte. Había poca luz, simplemente les llegaba el resplandor de unas pocas farolas que habían en la lejanía. Llegó hasta los dos todoterrenos y se apoyó contra uno de ellos con una mano, mientras sus compañeros le rodeaban recuperando también el aliento. Sin duda, era una de las luchas más encarnizadas que habían mantenido. Pero no tenían tiempo que perder. Abrió su todoterreno e introdujo las llaves haciendo contacto.

—¡Nicholas! —gritó—. Las luces solares del todoterreno. ¡Vamos!

Al menos, de aquella forma, estarían protegidos por si algún vampiro conseguía escapar de aquel edificio o aparecía algún hombre lobo.

Las luces se conectaron emitiendo una luz potente y clara. Con aquella luz, cualquier vampiro que se acercase acabaría hecho cenizas, y si lo intentaba algún hombre lobo, se desconcertaría y sería mucho más fácil de matar.

Salió del vehículo y miró al resto de sus compañeros, todos con sus armas en las manos. Se fijó en los nuevos, con los que llevaban poco más de un mes. Eran buenos. Excesivamente buenos, aunque aún les quedaba por aprender, pero estaba seguro que en poco tiempo estarían tan bien formados como ellos mismos.

Se bajó del todoterreno y miró alrededor mientras se quitaba el auricular del oído con el que habían mantenido el contacto los unos con los otros mientras luchaban contra todos los vampiros, cada uno distribuido por las diferentes plantas de aquel alto edificio en construcción.

Miró hacia el edificio. Un edificio que aunque estaba acabado tenía que ser finalizado por dentro. A medio construir.

—¿Habéis encadenado las puertas?

Sean se aproximó a él.

—Ningún vampiro podrá salir de ahí.

—Perfecto —dijo girándose hacia el resto. Contempló uno a uno y entonces vio que algo no encajaba—. ¿Y Nathan? —Se movió nervioso de un lado a otro buscándolo al igual que el resto de sus compañeros. Tragó saliva y miró al frente, hacia el edificio—. Joder —susurró. Se puso el auricular de nuevo y apretó el cuello de su traje negro, preparado y diseñado para luchar contra los vampiros y hombres lobos, y en el cual habían introducido unos pequeños micrófonos por los que comunicarse—. ¡Nathan! —exclamó mientras todos lo miraban algo asustados—. Nathan. ¿Estás ahí? ¡Contéstame! —acabó gritando.

Su mirada voló hacia aquel edificio al que habían cegado cualquier tipo de salida y que explotarían en pocos minutos.

—Joder, Nathan. ¡Contéstame!

Adrien, uno de los nuevos dio un paso hacia él.

—¿Está dentro? —preguntó preocupado—. ¿Quitamos las cadenas y vamos a por él?

Josh lo fulminó con la mirada, pero en ese momento la voz de Nathan le llegó a través del pequeño auricular que había introducido en su oído.

—Dime, Josh. —Nathan tenía la voz grave.

—¿Dónde cojones estás? —gritó apretando aún su cuello para que su voz no le llegase distorsionada.

Nathan esquivó las garras de un vampiro mientras con un movimiento rápido clavaba su daga en su corazón y la extraía. Su otra mano voló a su cinturón donde llevaba su arma. La sacó y apuntó al frente disparando otra racha de balas hacia el vampiro que se dirigía hacia él. Justo antes de que llegase a su lado se convirtió en cenizas.

Echó su brazo hacia atrás mientras disparaba con la otra mano a otro vampiro que se aproximaba por su derecha y lanzó con todas sus fuerzas la daga hacia la derecha acertando a la primera.

Bajó su mano y se movió rápido, al frente, avanzando y cogiendo la daga que había caído entre las cenizas del vampiro al que acababa de matar. Miró al frente y vio que la fiesta no había acabado. ¿Pero cuántos debía haber? Parecía que no se acababan nunca.

Se agachó justo cuando sintió aquella brisa tan característica de los vampiros, justo lo suficiente para esquivar de nuevo sus garras. Echó la pistola hacia atrás mientras sujetaba la otra y disparó tanto para adelante como hacia atrás, evitando que se acercasen a él. En aquel momento escuchó la voz de Josh.

—¡Nathan! —Su tono parecía enfurecido—. Nathan, ¿estás ahí? ¡Contéstame!

Se movió rápido hacia un lateral esquivando a unos cuantos vampiros más mientras apuntaba con cada brazo hacia un lado y disparaba compulsivamente. Se agachó y rodó por el suelo esquivándolos. Se levantó de un salto y volvió a apuntar un poco más alejado de ellos.

—Joder, Nathan. ¡Contéstame! —volvió a gritar la voz de Josh en su oído.

Dos balas más atravesaron dos corazones diferentes y al momento dejó una de sus pistolas en el cinturón sujetando una de las dagas, se dio media vuelta y atravesó sin previo aviso al vampiro que se había acercado.

Miró hacia los laterales, contemplando aquella habitación ahora vacía, con charcos de sangre en el suelo y cenizas, iluminada por una pequeña bombilla que colgaba del techo. Las paredes

estaban sin pintar. Todo el enorme edificio estaba sin arreglar, sin detalles. Únicamente, las paredes de yeso, unas grandes cristalerías y algunas bombillas colocadas que alumbraban de una forma leve las estancias de lo que serían, en un futuro, las oficinas de algún gran banco o inmobiliaria. Miró al frente y observó la siguiente puerta. Tomó aire y llevó la mano hacia el cuello de su traje.

—Dime, Josh —pronunció con la voz grave después de la lucha.

—¿Dónde cojones estás?

Nathan miró la pistola que sujetaba y con la otra soltó su cuello y la llevó hacia su cinturón de donde colgaba la otra pistola, cargadores y cuatro dagas más. Comenzó a avanzar hacia la siguiente puerta y esta vez adoptó un tono de voz similar al susurro.

—Estoy dentro. Última planta.

Josh tardó un poco en responder, como si estuviese intentando mantener el control.

—Joder —acabó gritando—. ¿Por qué no has hecho lo que he ordenado? ¡He dado la orden de salir del edificio!

—No pienso marcharme de aquí hasta saber si está o no —gruñó mientras llevaba su mano hacia el pomo de la puerta y la hacía girar. Al momento, el alarido de unos vampiros al otro lado de la puerta, llegaron de forma estridente.

Nathan no lo pensó mientras con una patada abría la puerta por completo y comenzaba a disparar de un lado a otro.

—¡No es seguro que se encuentre ahí! —respondió la voz de Brad con un grito.

—¡Pero es posible! —Le devolvió el grito, mientras llegaba hasta uno de los vampiros. Clavó su daga y se giró directamente mientras colocaba la pistola en el pecho de otro y disparaba. Tuvo que agacharse de nuevo para esquivar el brazo de otro, pero esta vez lo cogió desde abajo y tiró de él, partiéndoselo. El vampiro emitió un grito y cayó al suelo revolcándose de dolor. Nathan elevó sus piernas y consiguió echar al que se abalanzaba sobre él, colocando sus pies en su pecho y echándolo a un lado.

No tuvo ni un segundo de descanso, se impulsó y de su salto se puso firme, en el preciso momento en que otro vampiro se acercaba, clavó su daga en el corazón y elevó su pierna derecha golpeando la mandíbula de otro que se acercaba.

—¡Nathan! —gritaba Josh en su oído—. ¡El edificio va a estallar de un momento a otro! ¡Sal ya!

Cogió la otra pistola, puso un brazo a cada lado y comenzó a correr por la enorme estancia disparando a cada uno de los vampiros que intentaban acercarse. Cuando llegó al final fue hacia la siguiente puerta la cual salió disparada al recibir una patada de él.

—¡No! —gruñó mientras observaba la siguiente habitación, plagada de vampiros. Suspiró, puso los ojos en blanco y al siguiente segundo tuvo que girarse para hacer frente a los pocos

vampiros supervivientes que habían quedado de la anterior habitación.

—¡Joder! —Escuchó el grito Josh—. ¡No va a servir de nada que mueras!

Al momento, la voz de Sean le llegó también a través de su oído. Todos estaban conectados.

—¡Nathan! ¡No podemos detener las bombas! ¡Sal de una vez o vas a saltar por los aires! ¡No creo que esté ahí! ¡Vamos!

Comenzó a disparar hasta que notó que una de sus pistolas ya no tenía balas. Cogió su daga y desapareció de la vista del vampiro apareciendo justo detrás. Pero no clavó su daga, sino que lo impulsó hacia delante con todas las fuerzas posibles derribando a los tres vampiros que venían hacia él.

Aprovechó aquellos segundos para coger un nuevo cargador, añadirlo a su pistola y disparar hacia los tres vampiros que acababan de ponerse firmes.

—¡No! —gritó él observando a los siguientes vampiros con los que se batiría—. ¡No pienso marcharme sin asegurarme de que no está!

—¡La madre que te...! —Esta vez no supo de quién era aquella voz, pero pudo intuir que sería de uno de los nuevos, seguramente de Christopher.

No pensaba irse de allí sin asegurarse, sin tenerlo totalmente claro, aunque sabía que le costaría la vida seguro. No le importaba morir intentándolo.

Volvió a moverse de forma rápida entre los vampiros, intentando no perder mucho tiempo. Casi no le quedaba. Sabía que faltaban pocos minutos antes de que el edificio saltase por los aires.

Avanzó entre ellos disparando a todo aquel que intentase aproximarse, moviéndose a la mayor velocidad que podía. Divisó la siguiente puerta y fue directa hacia ella. La derribó haciendo que la puerta volase hacia dentro de la estancia, pero no tuvo tiempo de detenerse a observar. Tuvo que agacharse para sortear otras afiladas uñas que amenazaban con separarle la cabeza del resto del cuerpo y clavó la daga en el centro de su corazón.

Seguro que acabaría volando por los aires, pero antes acabaría con unos cuantos vampiros. Disparó a los dos últimos que quedaban de aquella habitación pero tuvo que moverse hacia un lateral, pues de la puerta que acababa de derribar salían tres vampiros más directos a por él.

Uno de ellos casi ni le dio tiempo a salir, pues una bala atravesó su pecho en ese mismo momento.

Se echó a un lado, esquivando a uno de ellos pero tuvo que agacharse de nuevo al encontrarse de frente con el siguiente. Hizo un corte en su pierna con la daga de plata mientras se giraba y disparaba al que notaba que tenía a su espalda. Una vez la bala atravesó el corazón de ese, se giró y apuntó directo al corazón del que tenía detrás, colocando su pistola en su pecho al vampiro al que acababa de cortar en la pierna. Disparó y se apartó a un lado cuando escupió sangre ante de desintegrarse.

No tenía tiempo de entretenerse, corrió hacia la puerta y al momento notó cómo algo golpeaba

su pecho. Se vio impulsado varios metros hacia atrás. Un vampiro le impedía la entrada en aquella habitación, colocando una mano a cada lado, cubriendo totalmente la entrada.

Nathan se incorporó de inmediato, mientras el vampiro ladeaba su rostro hacia él con una sonrisa perversa, como si se sintiese orgulloso de haberlo cogido por sorpresa y haberlo empujado varios metros lejos de él. Nathan ladeó su rostro hacia él, imitándolo, y arqueó una ceja.

Con un movimiento rápido le apuntó con el arma y disparó. Al momento, el vampiro se convirtió en cenizas, pero pudo observar su mirada sorprendida justo antes de caer arrodillado al suelo y comenzar a desintegrarse.

Nathan corrió hacia aquella sala. Era igual que el resto, las paredes sin pintar, alumbradas por pequeñas bombillas que aparecían bajo un tubo negro y dotando a aquellas habitaciones de muy poca luz. Todas ellas con grandes cristalerías desde donde podía verse la calle y la ciudad.

Entró y observó de un lado a otro, hasta que su mirada coincidió con el de ella. Se encontraba de pie, en la esquina más alejada de aquella enorme estancia, mirándolo asombrada. Él no se hizo esperar, avanzó hasta ella de forma rápida y se fundió en un abrazo.

—Nathan —gimió abrazándose, mientras temblaba y lloraba en su hombro.

Él pasó su mano por su cabello negro y lo besó mientras suspiraba.

—Tranquila. Estoy aquí —dijo apretándola contra él.

Notó cómo su corazón se disparaba al volver a tenerla entre sus brazos, al ver que aún estaba viva y no había sufrido daño alguno. Sabía que era una mujer muy importante para los vampiros, pero no sabía a ciencia cierta si la encontraría con vida. La estrechó más fuerte contra él, saboreando aquellos segundos, notando cómo el cuerpo de ella comenzaba a agitarse por las lágrimas que vertía.

Al momento, la voz de Ryan inundó su oído, aunque no hablaba con él.

—La tiene. —Escuchó que gritaba.

Esta vez pudo escuchar e identificar la voz de Josh.

—¡Sácala de ahí! —gritó con urgencia—. ¡Vamos! ¡Salid de ahí! ¡Va a explotar de un momento a otro! ¡Tienes dos minutos!

Nathan se separó un segundo de ella y la observó con convicción.

—¡Vamos! —exclamó cogiéndola de la mano—. ¡Hay que salir!

Corrieron hacia la puerta, pero nada más atravesarla, cinco vampiros aparecieron en la siguiente habitación. Ella tiró de su mano, asustada.

—Mierda —gritó Nathan mientras apretaba más su mano y con la otra apuntaba a los vampiros, los cuales le miraban paralizado—. No te separes de mí.

Comenzó a correr con ella cogida de la mano, sabía que tenían que salir de allí en pocos minutos o acabarían muertos. Su vida y la de ella, en esos momentos, tenían una cuenta atrás.

Debían llegar hasta las escaleras y bajar hasta la última planta. Sabía que sus amigos le abrirían las puertas de acceso a aquellos pisos, que ahora permanecían cerradas por grandes cadenas de plata, eliminando cualquier posibilidad de escapar para los vampiros. Pero ellos estaban dentro.

Cuando uno de los vampiros se interpuso en su camino, Nathan se tiró al suelo, aun manteniendo la mano de ella y se deslizaron por él, resbalando. Escuchó el grito de sorpresa de ella.

En un determinado momento soltó su mano y pasó entre las piernas del vampiro que les cortaba el paso. Se puso en pie de un salto y clavó la daga en la espalda de este, desintegrándose al momento.

Con la pistola disparó a los otros dos que se acercaban, pero el grito de ella le hizo girarse. Se encontraba de rodillas en el suelo, tal y como la había dejado, y otro de los vampiros se había colocado a su lado y se inclinaba para cogerla.

Nathan se movió rápido, se agachó en el suelo deslizándose hacia ella flexionando sus rodillas y la apartó de su lado con un leve empujón colocándola tras su espalda y situándose él, en la posición que estaba ella.

—¡Un minuto! —Escuchó la voz de Josh.

Cogió el brazo de él, partiéndolo, colocó la pistola en su pecho mientras el vampiro gritaba dolorido y apretó el gatillo.

Cuando el vampiro comenzó a desintegrarse notó cómo ella cogía de su cinturón la pistola que llevaba y disparaba a otro vampiro, el cual se desintegró al momento. Nathan echó su brazo hacia atrás y arrojó con todas sus fuerzas la daga al último que quedaba en aquella estancia.

Se giró hacia ella y la observó. Era la mujer más hermosa que había visto.

—Buena chica —susurró mientras la cogía de la mano. Ella le sonrió, aun así, su rostro estaba pálido por el miedo.

La puso en pie y esta vez la cogió de la cintura deslizándose los dos de forma rápida hasta la siguiente habitación, donde sabía que al cruzarla hallaría las escaleras que les permitirían bajar de aquella novena planta.

Se desplazó hacia la siguiente y se detuvo mientras notaba la respiración agitada de ella en su oído.

—¡Medio minuto, Nathan! —gritó Sean.

Más vampiros les cortaban el paso.

—No, no, no...—exclamó soltándola al momento.

Aquello se ponía más difícil cada vez. Sabía que no le dejarían llevársela, que ella era como un talismán para los vampiros, pero también para él y toda la división.

Observó a los diez vampiros que los esperaban y miró hacia la puerta de salida abierta, por

donde parecían que entraban algunos más.

No podían entretenerse o acabarían muertos cuando todo el edificio se hundiese. Debía salir de allí, de inmediato. Debían quedar pocos segundos.

Observó cómo ella apuntaba con su arma al primer vampiro y este se desintegraba, pero no había tiempo de luchar. Debían salir de allí.

Observó que ella apuntaba a otro vampiro y disparaba, pero si se entretenían así no saldrían con vida. Obviamente, ella no sabía que al final los dispositivos de las bombas se habían conectado y la marcha atrás, iniciada.

La cogió del brazo, atrayéndola hacia él, y la rodeó con sus brazos. Al momento comenzó a desplazarse de forma rápida entre los vampiros, esquivando sus brazos y garras y sin detenerse a luchar con ellos.

Colocó una mano en la cabeza de ella y le hizo agacharse para esquivar las uñas afiladas, escuchó de nuevo cómo gritaba, pero no tenía tiempo a detenerse para tranquilizarla.

Estuvieron a punto de llegar a la siguiente habitación, sorteando con movimientos extremadamente rápidos, mucho más rápidos que los vampiros, hasta que un par de ellos se interpusieron en su camino y les hizo perder el equilibrio.

Cayeron al suelo justo para ver cómo se abalanzaban sobre ellos. Nathan rodó cogiéndola y haciéndola girar por el suelo, mientras con el arma disparaba a uno de ellos.

Cuando se distanció, se puso en pie. Pero otro se había aproximado, y de nuevo intentaban arrebatársela. La cogió de la mano tirando de ella para que se pusiese en pie y esquivó las garras del vampiro mientras con la otra apuntaba al corazón y apretaba el gatillo.

Ella miró de un lado a otro nerviosa, con su rostro pálido y sus ojos azules muy abiertos.

—Nathan —gritó señalando hacia la puerta por donde pretendían salir.

Entraban los vampiros en fila. Por Dios, ¿de dónde salían tantos?

Nathan la colocó detrás de él, protegiéndola, mientras cogía con una mano el arma y con otra la daga y fue dando pasos hacia atrás, empujándola a ella hacia aquella enorme cristalera e intentando poner la mayor distancia entre ella y los vampiros, sabía que a la menor oportunidad se la arrebatarían, y no estaba dispuesto a pasar por ello de nuevo. Ahora la tenía, y aunque le costase la vida la pondría a salvo. No dudaría en dar su vida por ella. Ya no solo por lo que sentía, sino por todo lo que representaba.

Cuando ella tocó el cristal con la espalda se situó a su lado, apuntando también con el arma, pero los vampiros los tenían totalmente rodeados. Le iba a ser demasiado difícil escapar. La contempló durante un segundo. Permanecía con los brazos hacia delante apuntando con el arma de un lado a otro, aunque su pulso temblaba.

Nathan miró hacia delante, sabía que comenzarían a atacar de un momento a otro. Cogió con más fuerza su daga, dispuesto a comenzar la batalla pero en ese momento lo notó.

Una sacudida en el edificio que precedió a un gran estallido. Notó cómo el suelo de aquella planta se elevaba un segundo y posteriormente la fuerza de la explosión los echaba al suelo, haciendo volar parte de algunas paredes.

Nathan se encontraba tirado en el suelo mientras los vampiros gritaban al ser conscientes de lo que ocurría. Los pilares maestros de aquel edificio estaban siendo bombardeados, era cuestión de segundos que el edificio se desmoronase arrastrándolos a todos.

Miró hacia delante y contempló que ella estaba tumbada a su lado, mirándolo con ojos llorosos. No pudo evitarlo y cogió su mano, apretándola.

—Sam—susurró.

Ella le devolvió el apretón justo antes de sentir cómo el edificio cedía arrastrándolos a todos hacia el infinito y una intensa luz blanca lo inundaba todo.

Notó que todo comenzaba a desaparecer a su alrededor, cómo el suelo cedía ante aquella explosión. Los gritos de los vampiros comenzaron a inundar toda la estancia cuando una enorme luz blanca lo inundó todo. Los cristales se destruyeron al momento con la onda expansiva.

Fue cuando lo sintió. Cómo Nathan la cogía del brazo y tiraba de ella con fuerza hacia la ventana, ayudado de aquella onda expansiva.

No podía abrir los ojos con aquella luz, pero supo lo que Nathan pretendía hacer.

Gritó cuando ambos saltaron a través del cristal roto de la ventana y la onda expansiva los arrastraba hacia fuera haciendo que el edificio comenzase a desmoronarse.

Debían estar en la planta más alta. Percibió cómo la onda expansiva la separaba de él, mientras se precipitaban al infinito, hacia una caída que acabaría con su muerte.

Nathan la observó y se giró hacia ella cogiendo velocidad para agarrarle la mano, pues caía un poco por debajo de él. Si no lo conseguía, acabaría aplastada contra el suelo.

—Sam, ¡la mano!—gritó.

Ella lo comprendió. Como si su instinto de supervivencia se activase, potenció el poder de Nathan consiguiendo que bajase más rápido.

Tuvo el tiempo suficiente de cogerla correctamente y echarla sobre su espalda cuando cayeron al suelo. Flexionó sus rodillas ante la caída, amortiguando el golpe y dio un grito al notar el dolor de su pierna.

Al momento, el polvo de la explosión comenzó a cubrirlos, pero al menos no estaban en medio del edificio, por suerte, la onda expansiva los había echado fuera, aunque estaba claro, que no había sido a los únicos.

—¡Nathan!—escuchó que decía Sean a su espalda.

Se giró y observó que todo el equipo corría hacia ellos.

Echó la vista atrás, comprobando que Samantha seguía agarrada a su espalda, con gesto realmente cansado. Se puso en pie cogiéndola y corrió hacia sus compañeros. Todos lo rodearon.

Nicholas cogió a Samantha tumbándola en el suelo justo frente al vehículo, iluminados por la luz solar, donde estarían protegidos.

—¿Estás bien?

—Sí.

Nathan se colocó a su lado.

—Está agotada.

—¡Eh! ¡Eh!—gritó Taylor—. ¡Joder!

Todos se giraron. Una gran nube formada de vampiros parecía emerger del interior del edificio derrumbado.

Todos se pusieron en pie cogiendo sus armas, excepto Samantha, la cual aún se encontraba algo conmocionada por la explosión.

La nube de vampiros se giró en dirección a ellos, observándoles.

—¿No decías que esa bomba acabaría con los vampiros?—gritó Nicholas hacia Josh.

—Debían estar en el subterráneo—le devolvió el grito, observando la gran cantidad de vampiros—. ¡No podemos dejar que vayan hacia la ciudad!—Josh se adelantó unos pasos y se giró hacia el resto de sus compañeros. Todos comprendieron a lo que se refería y al momento se colocaron a su lado mientras sacaban sus armas y las linternas solares—. Acabemos con ellos—rugió.

Nathan se colocó justo al lado de Josh extrayendo su arma y apuntando hacia el cielo, formando todos una línea, varios metros por delante de Samantha, la cual se había quedado medio recostada contra el vehículo. La contempló un segundo, estaba totalmente pálida, como si hubiese entrado en un estado de shock tras la explosión. Al menos, allí, con la luz solar estaría protegida. Miró hacia el cielo, observando la gran cantidad de vampiros que emergían y disparó junto a sus compañeros, manteniendo la línea e intentando derribar a todos los vampiros que pudiesen, aunque sabían que eran demasiados.

20

Samantha vio cómo todos sus compañeros se colocaban un par de metros por delante de ella, formando una línea y disparando sin cesar. Observó que algunos vampiros explotaban en el cielo. Disparaban a todos los que intentase desviarse de aquella nube que formaban, pero eran demasiados, ni siquiera tendrían balas para todos los que había. Recordó lo que aquel vampiro le había dicho: “La obligarían a aceptar, matarían a humanos delante de ella hasta que finalmente aceptase”. Aquella idea le revolvió el estómago y notó cómo la ira crecía dentro de ella.

La imagen de su hermano desangrándose en el suelo, aquella última mirada que le había dado pidiéndole que se escondiese... Inspiró intentando calmarse. Debía hacer algo, ¿pero qué? Estaba totalmente debilitada. El haberse intentando proteger durante todo aquel rato la había dejado totalmente exhausta.

Los gritos de los vampiros le hizo despertar de sus pensamientos. Observó cómo una gran cantidad de estos seres, bajaban en picado hacia sus compañeros. Al momento, estos desaparecieron de su vista moviéndose de un lado a otro.

Notó que su corazón se aceleraba. Ellos luchaban por salvar la vida del resto de la humanidad, exponían su vida por la de los demás. Ella tenía un gran poder, formaba parte de esa división.

Observó cómo aparecían internándose entre aquellos vampiros que habían descendido hacia el asfalto, luchando sin cesar contra ellos mientras otra bandada de vampiros esperaban en el aire a atacar. Debía hacer algo.

Intentó levantarse pero a duras penas podía aguantarse en pie. Le dolía excesivamente la espalda por los diversos golpes que había sufrido, las piernas le temblaban por la debilidad, pero un grito le hizo volver a internar su vista entre aquella lucha.

Observó cómo Nicholas era precipitado contra los escombros del edificio que había sido destruido. Enormes trozos de pared, hierros y polvo se amontonaban en un lateral. El edificio había sido destruido totalmente.

Nicholas gritó cuando chocó contra el cemento. Observó que un vampiro se colocaba sobre él, elevando su brazo para clavarle las uñas, pero Nicholas desapareció en un movimiento rápido apareciendo varios metros por detrás de él, pero otro vampiro le estaba esperando. Se agachó esquivando sus uñas y disparó a ambos lados agarrando con cada mano una pistola.

Realmente eran demasiados. Buscó rápidamente a Nathan. Se encontraba rodeado de vampiros, moviéndose de un lado a otro sin cesar, pero notó que su corazón se aceleraba cuando vio cómo era golpeado y lanzado por los aires, cayendo junto a Brad, el cual se acababa de levantar de otro golpe y apuntaba de nuevo con la pistola a todos los vampiros que le rodeaban.

Notó que todo su cuerpo temblaba mientras ascendía su mirada hacia el cielo observando aún la gran cantidad de vampiros que esperaban su turno. No podrían contra todos.

Otro grito le hizo desviar la mirada. Taylor y Ryan eran tirados al suelo, pero por suerte, lograban esquivar las garras de aquellos vampiros. ¿Cuánto tiempo podrían aguantar así?

Miró de nuevo a Nathan, el cual se había puesto en pie de nuevo y atravesaba el corazón de un vampiro con una daga, automáticamente lo rodearon unos diez vampiros y comenzó a disparar contra ellos, pero uno de ellos, moviéndose excesivamente rápido propinó un golpe en su estómago desplazándolo varios metros hacia atrás. Observó que Nathan parecía coger aire y se levantaba de nuevo preparado para la carga. Él le había salvado. Aún notaba el calor de su cuerpo abrazándola, exponiendo su vida en peligro por ella.

En ese momento lo notó. Percibió cómo una fuerza descomunal se apoderaba de ella. Se puso en pie rápidamente, siendo consciente de todo lo que la rodeaba y colocó su mano en dirección a los vampiros que amenazaban a Nathan. Dejó que todo su poder fluyera a través de su mano y un rayo azulado, como un relámpago, surgió dirigiéndose a los vampiros que los rodeaban. Al momento observó cómo Nathan se agachaba mientras los vampiros que lo acechaban eran lanzados hacia atrás varios metros cayendo al suelo, inertes. Segundos después se convertían en polvo.

Nathan observó directamente a Samantha, sin comprender realmente lo que ocurría. Se puso en pie y al momento lo notó. Un temblor comenzó a sacudirlo todo. Miró a su alrededor. La calle temblaba, los escombros del edificio comenzaban a vibrar. Coincidió la mirada sorprendida con Sean, el cual no daba crédito a lo que ocurría. ¿Un terremoto?

Pero cuando volvió la mirada hacia Samantha lo comprendió todo. Se encontraba totalmente erguida, con una mano extendida hacia delante y una fina capa de color azulado cubría todo su cuerpo.

—¿Samantha?—gritó hacia ella, preocupado.

Ella ni siquiera se giró, avanzó unos pasos hacia delante y al momento un destello salió de todo su cuerpo. Una corriente de aire huracanada los echó a un lado, pero contrariamente los vampiros salieron desplazados hacia atrás, alejándolos de ellos.

Todo el grupo permanecía absorto con lo que estaba ocurriendo. Samantha parecía concentrada. El suelo vibraba y los vampiros eran golpeados con ráfagas de viento, alejándolos.

Nathan no dejaba de observarla, incrédulo ante lo que veía, pero en un determinado momento escuchó los gritos amenazantes de todos los vampiros que se encontraban en el aire, observando a Samantha con rabia.

Uno de ellos gritó con fuerza hacia ella y al momento todos fijaron su mirada hacia aquella mujer que los alejaba.

El grupo fue consciente de ello. Iban a atacarla en manada.

—¡Sam!—gritó Nathan desplazándose rápidamente hacia ella para apartarla de la trayectoria de todos los vampiros que descendían en picado, igual que el resto del equipo, pero lejos de lo que imaginaba, Samantha desplazó una mano hacia ellos alejándolos de ella.

Todos fueron desplazados por una corriente de aire hacia atrás, cerca de los vehículos, golpeándose contra el asfalto.

—¿Pero, qué?—gritó Taylor poniéndose en pie rápidamente.

Nathan había caído al lado de Josh y Brad y se puso en pie, pero al momento se detuvo. La imagen que vio a continuación los dejó a todos congelados.

Samantha estaba rodeada de un torbellino de energía azulada y mantenía su mano directamente hacia ellos, enfocándoles.

—¿Sam?—gritó Nathan dando un paso hacia ella incluso con cierto temor. El resto del equipo se encontraba paralizado, observando.

Samantha lanzó un rayo hacia ellos, pero no los golpeó, sino que una pared comenzó a formarse ante ellos. ¿Pero qué estaba haciendo?

Ella lo miró con calma. Nathan intentó avanzar pero al tocar los rayos que le separaban, notó cómo la electricidad entraba en su cuerpo. Los había encerrado. Ningún vampiro lograría atravesar aquella pared que los rodeaba. ¿Los estaba protegiendo?

Coincidió la mirada con la de ella, una mirada de amor que jamás había visto. Entonces lo comprendió, recordó lo que le había explicado. Había perdido a su familia, su hermano, sus padres.... los estaba protegiendo, no permitiría que nada les ocurriese, ahora ellos eran su familia, pero gritó asustado cuando observó la gran nube de vampiros precipitándose hacia ella.

—¡Sammmmm!—gritó desesperado mientras todos permanecían estáticos, asombrados totalmente, y notaba el brazo de Josh agarrándole para que no volviese a golpearse con aquella pared que Samantha había formado ante ellos, pues había adquirido una gran potencia y si la tocaban, acabarían electrificados.

Sam giró su rostro hacia los vampiros que venían hacia ella, no sabía cómo lo estaba haciendo, simplemente se movía por impulsos. No estaba dispuesta a perder a sus seres queridos de nuevo, no pensaba pasar por ello de nuevo.

Mantuvo la mano hacia detrás haciendo que la pared protectora se mantuviese, pasando parte de su poder hacia ella para que no se debilitase y echó la otra mano hacia delante. Un grito de fuerza salió de lo más profundo de su ser cuando formó otra pared de protección ante ella.

Incluso la división dio unos pasos hacia detrás conmocionados con lo que veían.

—Joder—gritó Nicholas.

—La madre que me... —Escuchó que decía Josh a su lado.

Nathan observó cómo la otra pared se formaba evitando que los vampiros llegasen hasta ella, sus cabellos castaños volaban de un lado a otro con la corriente. Algunos de los vampiros

chocaron contra aquella pared desapareciendo al momento.

Pero Samantha no había acabado con ellos. Con otro grito pareció dar impulso a aquella pared haciéndola avanzar hacia todos los vampiros a gran velocidad.

—La leche.—Escuchó a Brad decir, colocándose al lado de Nathan.

Aquella pared que había formado entre ella y los vampiros, avanzaba a gran velocidad destruyendo todo lo que se encontraba con ella. Estaba haciendo un total exterminio de todos aquellos seres.

Observó cómo los vampiros intentaban huir a gran velocidad, pero aquella pared era incluso más rápida que ellos y cuando los atravesaba, eran convertidos en polvo. Escucharon impasibles los gritos de los vampiros, viendo cómo intentaban huir de aquella enorme energía que cuando los atrapaba, los consumía convirtiéndolos en cenizas.

Toda la división miraba conmocionada lo que estaba ocurriendo, sin dar realmente crédito a ello. Samantha estaba acabando con todos, protegiéndoles.

Nathan se quedó contemplando su espalda, una de sus manos los señalaba hacia ellos de donde salía un rayo de luz con el que creaba la pared con los que le protegía, la otra mano la tenía hacia delante, con otro enorme rayo de luz y haciendo avanzar otra pared hacia todos los vampiros. Realmente era poderosa, más de lo que hubiese imaginado nunca. Se le veía tan dulce, tan hermosa... y sin duda, debía de ser una de las personas en el mundo con más poder.

Observó cómo la tierra aún temblaba pero poco a poco se detuvo. Desvió la mirada de la espalda de Samantha y pudo corroborar que no había casi vampiros en el cielo. Había acabado con casi todos. Pero sin esperárselo, de golpe y porrazo, la pared con los que le protegía desapareció, al igual que con la que atacaba a los vampiros. Cayó al suelo con la respiración acelerada. Apoyándose en sus manos contra el asfalto.

Parecía que todo estaba en calma, pero un vampiro se colocó a pocos metros de ella gritando frenéticamente. Solo quedaba ese vampiro. Había acabado con todos, ella sola.

El vampiro la miró enfurecido y avanzó hacia ella a gran velocidad. Nathan se movió rápido hacia él, interponiéndose en su camino. Esquivó su garra y se colocó a su espalda colocando la pistola. Automáticamente disparó, haciendo que el vampiro se convirtiera en polvo uniéndose con el resto.

Aguantó la respiración y miró a Samantha, la cual permanecía arrodillada en el suelo, con la respiración acelerada y temblando. Se movió hacia ella y se arrodilló a su lado, abrazándola.

—Sam, Sam—dijo colocándola en su pecho, notando cómo todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo. Pasó su mano sobre su cabello mojado por el sudor y besó su frente pálida y fría. El resto de sus compañeros se unieron a ellos, aún consternados por lo que había ocurrido—. ¿Estás bien?

Ella tragó saliva mientras notaba todo su cuerpo temblar y asintió, pero al momento perdió el

conocimiento. Había exprimido demasiado sus fuerzas.

—¡Sam!—gritó Nathan mientras la tumbaba en el suelo y golpeaba suavemente su rostro. Llevó su mano hacia el cuello buscando su pulso, nervioso. Sean hizo lo mismo, arrodillándose y cogiéndole la muñeca.

—Tranquilo—susurró Sean soltando su muñeca suavemente—. Se ha desmayado. Ha sido un gran esfuerzo.

Nathan paseó su mano por su cabello y besó su frente varias veces, abrazándola.

El resto de sus compañeros paseaban su mirada conmocionada de ella al resto de la calle, donde había absoluto silencio, como si aquella lucha nunca hubiese ocurrido. Ni un solo vampiro había quedado.

Samantha despertó lentamente. Lo primero que observó fue el techo blanco. Sintió la suavidad de las sábanas de la cama sobre la que se encontraba. Hacía calor, estaba a gusto.

Se removió de forma cómoda y su mente comenzó a viajar. Lo había hecho. Lo que pensaba que había sido un sueño, había sido real. Había luchado contra los vampiros, había protegido a la división. Se incorporó rápidamente y lo primero que observó fue aquellos ojos marrón verdoso mirándola con ternura.

—Nathan—susurró observando todo a su alrededor. Estaba en su habitación. Volvió la mirada hacia él mientras notaba la suavidad de su mano acariciar su mejilla. No se controló y lo abrazó con una ternura y un amor que jamás hubiese imaginado que pudiese llegar a sentir—. ¿Qué ha pasado?

Él la contempló con un amor infinito y luego arqueó una ceja hacia ella.

—¿No lo recuerdas?

—Sí, sí... lo recuerdo—susurró pensativa.

Él sonrió.

—Nos has salvado a todos—pronunció con ternura.

Ella abrió los ojos como platos y luego sonrió, incrédula.

—¿Y los vampiros?

—Ni uno —contestó rápidamente.

Se quedó pensativa y luego se mordió el labio.

—No—negó con su rostro, inmersa en sus pensamientos—. Aún quedan vampiros.

—No, en ese edificio.—Volvió a reír.

Samantha se distanció un poco de él, intentando ordenar sus pensamientos, hacer memoria de

todo lo que había ocurrido. Desde luego tener a Nathan tan cerca acariciándola de aquella forma, bloqueaba sus pensamientos. Nathan pareció disconforme con que ella se apartase pero no dijo nada al respecto.

—Unos vampiros huyeron. Querían amenazarme a que les ayudase matando humanos delante de mí. Un par de vampiros salieron de caza.

Nathan contuvo su mirada y suspiró.

—Deja de pensar en eso ahora—acabó diciendo mientras cogía su mano—. ¿Qué pueden quedar como mucho? ¿Dos? ¿Tres?—Ella negó con su rostro sin saber qué responder a ello—. Lo que has hecho ha sido impresionante.—Le sonrió aunque luego su voz se volvió algo más áspera—. Aunque no me ha gustado nada que te hayas expuesto al peligro así.

Ella sonrió cuando pronunció aquello y acarició su mano. Se quedaron mirándose fijamente unos segundos hasta que ella sonrió más abiertamente.

—¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana.

—¿Las siete?

—Sí—susurró acercándose a ella, acariciando su hombro de forma insinuante—. ¿Sabes? Por un lado me gusta que tengas esa fuerza, ese poder...

—¿Pero?—bromeó ella.

—Pero... joder, en principio yo debería protegerte a ti.—Acabó riendo.

Aquello pareció hacerle gracia a Samantha la cual se incorporó en la cama acercándose a él, acariciando su cabello. Se había quitado el uniforme y llevaba una camiseta de tirantes blanca con unos tejanos.

—¿Qué tontería es esa?—preguntó riendo. Se colocó frente a él y le besó suavemente en los labios—. Nos protegeremos el uno al otro.—Sonrió ante la mirada cariñosa de él.

Él la contempló maravillado mientras pasaba una mano por su mejilla, acariciándola.

—Me parece bien—dijo divertido contra sus labios, antes de tumbarla sobre la cama.

21

Aquellas últimas semanas habían sido realmente tranquilas. Demasiado. Ni un solo ataque de un vampiro. Gracias al poder de Samantha, parecía que los vampiros habían desaparecido de la ciudad.

Evelyn había tenido razón con aquella visión. Ella sería la que los detendría, la que podía ponerle fin a aquello.

Respecto a los lobos, sabía que muchos habían sido masacrados a mano de los vampiros, pero tras recuperar a Samantha aquella noche, habían ido a la vivienda y comprobaron que algunos de ellos habían desaparecido, entre ellos, Donovan.

Por suerte, a pesar de que la policía había encontrado varios cadáveres, Sean era el actual forense y había logrado tapar bastante la noticia de la muerte que se habría producido en aquella vivienda. Era una suerte que él estuviese trabajando allí, si hubiese sido otro forense se hubiese filtrado a los periodistas la noticia de la muerte de cinco jóvenes, brutalmente asesinados.

Sean había emitido un informe forense que hacía referencia a un ajuste de cuentas entre bandas. Al menos, la noticia no había trascendido más de lo necesario.

Nathan le cogió de la mano mientras salían del ascensor hacia la oficina donde Josh les esperaba.

Entraron donde el resto del equipo esperaba. Josh estaba sentado sobre la mesa realmente sonriente.

—Al fin—pronunció Brad señalando a Nathan y Samantha—. Ya era hora que os dignaseis a....

Nathan se movió rápido hacia él y golpeó su hombro.

—Ni una palabra más—comentó en gesto divertido.

—Vamos, chicos—comentó Josh—. Tengo algo de prisa. Mi avión sale en cuatro horas—continuó realmente sonriente.

—Para de decir eso—bromeó Sean—. Nos das envidia sana.

—República Dominicana me espera.—Volvió a reír cruzándose de brazos. Todos resoplaron—. Al grano—continuó cruzándose de brazos—. Me esperan dos fantásticas semanas de luna de miel, mientras tanto, Brad...—Le señaló—, estás al mando.

—Claro, jefe.

—Quiero que me vayáis informando de todo, no quiero encontrarme con ninguna sorpresa cuando vuelva.

—Los tendré a raya, tranquilo.—Volvió a bromear Brad.

Suspiró y se giró a Samantha.

—Respecto a ti... —pronunció, señalándola. Ella lo miró sin comprender. Josh le mostró un documento—. Ven.

Samantha miró de reojo hacia Nathan el cual le devolvió la mirada y la empujó un poco hacia delante, pues parecía que la muchacha no estaba por la labor de acercarse.

Suspiró y finalmente se aproximó, observando el documento que Josh le mostraba.

—Es tu contrato—pronunció sonriente—. Me ha llegado esta mañana, pero no he querido molestar ya que....

—Josh—le interrumpió Nathan—. ¿No dices que te gusta ir al grano?—bromeó esta vez, él.

Josh le devolvió la sonrisa y le entregó el documento.

—Fírmalo y te quedas con nosotros —explicó entregándole un bolígrafo a una Samantha totalmente conmocionada.

—¿En serio? —susurró.

Josh aceptó sonriente.

Samantha se giró y observó de forma tierna a Nathan, con ojos incluso llorosos por la felicidad que le embargaba. Comprobó que Nathan le devolvía aquella mirada cargada de amor. No pudo evitar pasear la mirada por cada uno de los miembros de su división, todos sonreían hacia ella, como si estuviesen alegres y compartiesen su felicidad.

Ahora estaba completa, al fin... tenía de nuevo una familia.

Otros libros de la serie Nueva York

- 1) Ciudad de reyes
- 2) Reyes de la noche
- 3) Atrapados en la noche
- 4) Noche de lobos
- 5) Un ángel en la oscuridad